



*El alma
que me habita*

Antonia Romero

Contenido

Título

Créditos

Dedicatoria

Peámbulo

PRIMERA PARTE

Un principio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

SEGUNDA PARTE

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[Guía de personajes](#)

[Agradecimientos](#)

EL ALMA QUE ME HABITA
Antonia Romero

©Antonia Romero

Título: El alma que me habita

Primera edición: octubre 2018

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos será constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

A ti, lector incansable que viajas conmigo y sufres y padeces todo aquello que escribo.

A ti, compañero de rutinas cotidianas, largos paseos y dulces caricias.

A ti. Por un mes que vale una vida.

Todos tenemos sueños. No importa cómo sea nuestra vida, siempre buscamos algo que nos justifique. Los sueños son armas que los demás pueden utilizar contra nosotros, pero también son algo que nos ayuda a crecer y a ser mejores.

Hay otra clase de sueños, aquellos que vivimos mientras dormimos. Cuando nuestra mente vaga libre por ese otro mundo sobre el que no tenemos ningún control. Entonces podemos toparnos con seres a los que desearíamos conocer, pero también con aquellos a los que tememos encontrar.

Quizá los sueños sean mensajes que nos enviamos a nosotros mismos desde algún lugar lejano.

Muy lejano.

PRIMERA PARTE
AQUÍ Y AHORA

Un principio

Todos duermen. La noche es fría y sin luna. Sus pies se arrastran cansados atravesando el claustro. El anciano se dirige al *scriptorium*, le queda poco tiempo y los remordimientos no le dejarán morir en paz si no descarga su alma. Ya es tarde para hacer nada por ellos y lo sabe, su corazón se encoge cada vez que recuerda a aquel al que quiso como a un hijo.

Quizá ese último gesto no sea más que fruto de su miedo a tener que rendir cuentas ante el Señor, aunque tampoco Él hizo mucho en su lejano trono. Suspira y una bocanada de aire frío sale de su boca. «Los remordimientos», se dice, «son mi castigo, he convivido con ellos tanto tiempo que se me han pegado al cuerpo como una capa de piel que no muta». Cierra la puerta tras él y se dirige a una de las mesas. Con cuidado saca el pergamino negro de debajo de su hábito y lo despliega sobre la mesa. Observa un instante la firmeza del escriba que dibujó aquellos caracteres rojos en una lengua arcaica, y se lamenta de que su profundo estudio del lenguaje olvidado hubiese propiciado que desentrañara los mensajes en él relatados. Se estremece. A pesar de su inmutable determinación no puede evitar que el temblor de sus manos le recuerde que es su alma lo que está en juego.

Aparta a un lado el pergamino y se dispone a iniciar su narración. Coge el raspador y afila la punta de la pluma, después la introduce en el *calamarium* lleno de tinta. Se detiene y escucha atentamente. El viento aúlla entre las piedras del monasterio y juega a colarse por las rendijas alterando los nervios del viejo abad con sonidos que le recuerdan voces de su pasado.

Respira hondo y su mirada se ve irremediabilmente atraída de nuevo por el pergamino negro, como si aquellas palabras escritas con sangre lo llamaran a gritos en medio del silencio. La primera frase del conjuro resaltada por la mano del antiguo escriba se repetía en voz alta en la cabeza del anciano: *Vendrá desde el otro lado y ocupará su lugar para sembrar en tierra yerma. Su lengua se retorcerá y sus pasos os guiarán hacia el futuro. Mientras él acecha en las sombras para darle caza, porque nadie puede vencer al Tiempo.*

El escriba marcó un rectángulo en el que deberá escribir el nombre con sangre de su sangre. Sabe el nombre que escribirá. Entre todos los que murieron solo puede elegir uno. Ha pensado mucho para dirimir cuál fue el

principio de todo. Quién desencadenó la tragedia.

Antes de eso tiene otra laboriosa tarea. Dejar constancia de todo lo que aconteció para que, en caso de que el conjuro funcione, todo esté narrado tal y como sucedió. El abad moja de nuevo la pluma y suelta el aire que ha quedado retenido en sus pulmones antes de colocarla sobre la superficie rugosa del códice. El silencio de la noche se ve suavemente alterado por el sonido que hace el instrumento de escritura al deslizarse. Escribe el encabezamiento:

«Testamento del abate del Monasterio de Suverte, Bertrand de Riell, a 2 de febrero del año del Señor 1017. He aquí el relato de mi historia, que me apresuro a escribir a sabiendas de que el destino cabalga hacia nosotros acompañado por Los Jinetes del Apocalipsis».

La luz de la vela titila, mientras la cera va cayendo tratando de escapar antes de quedar petrificada. Al anciano le duelen los huesos y su vista está cansada. La nieve se acumula fuera del monasterio y el día amanecerá con mucho trabajo para los monjes. Acerca más la vela al manuscrito, y comienza su narración:

«Maese Pedro abrió el portón del monasterio con ruido de goznes herrumbrosos y madera vieja...»

1

La niña y el espejo

«Nuestro destino ejerce su influencia sobre nosotros
incluso cuando todavía no hemos aprendido su naturaleza».
(Nietzsche)

Junto a la fosa, el cuerpo inmóvil de Toni esperaba su destino final. Ella excavaba con las manos, mientras sus lágrimas empapaban la tierra.

—Deja que te ayude —dijo el niño.

—No —gimió la niña—, es mío y yo lo enterraré.

Buscó dos palitos para hacer la cruz ante la atenta mirada de su amigo. Había muchos lugares que podían servir como cementerio improvisado. No necesitó pensar demasiado para decidir cuál sería el nido definitivo de aquel cuerpecito de plumas verdes llamado Toni. El Periquito murió de repente y Emma tuvo que enfrentarse a una pérdida que nada tenía que ver con el tamaño del difunto. Su amor por aquel ser era tan grande como su corazón era capaz de sentir. Había pasado la noche velándolo, susurrándole al oído que no tuviese miedo. Cuando depositó el cuerpecito desgonzado dentro del nicho que había excavado, lo cubrió de lágrimas mezcladas con tierra sobre la que clavó la pequeña cruz de palitos. Juntó las manos en señal de oración y rezó la única plegaria que sabía.

—Jamás volveré a querer tanto a nadie. ¡Nunca! —Sacudió la tierra que se le había quedado pegada a la ropa.

—Eso lo dices ahora, pero seguro que luego te olvidarás —dijo su amigo buscando consolarla, con poco acierto.

Lanzó una patada que el niño esquivó a tiempo, acostumbrado como estaba a sus lanzamientos de pie.

—¡He dicho que nunca y será nunca! —Arrugaba la barbilla tratando de contener los sollozos que pugnaban por estallar.

Su amigo le colocó una mano sobre el hombro a modo de consuelo y la niña se lo agradeció no apartándolo.

—Pol, ¿tú ves algo raro cuando te miras en un espejo? —le preguntó con prevención, mirando a su alrededor como si temiese que los escuchase alguien.

—¿De qué hablas? —preguntó su amigo siguiendo el recorrido de su mirada.

Aquella fue la primera vez que Pol la escuchó hablar de la niña del espejo, y esa experiencia quedó grabada en su memoria como las grietas en la corteza del árbol.

Emma tenía seis años cuando la vio por primera vez al otro lado del cristal. Parecía salida de una película, de esas que tanto le gustaban a su madre, protagonizada por hombres con espada y mujeres con vestidos de terciopelo y largas melenas. Era igual que ella, tenía su misma cara, pero su ropa y su cabello eran de otra época.

Luego empezaron los sueños inquietantes e incomprensibles para su mente infantil, y de los que se afanaba en despertar porque tenía miedo de querer quedarse para siempre con él, con el niño de las manos bonitas, al que le gustaba tallar la madera. Tenía el pelo enmarañado y su risa la hacía sonreír incluso estando dormida. Le daba mucho miedo porque cuando soñaba sentía que una cuerda tiraba de ella arrastrándola hacia la oscuridad.

De ahí nacieron sus dibujos. Al principio eran simples y abstractos, con mucho colorido y poca definición, pero conforme iba dibujando más y más se fue definiendo un estilo claro y contundente cargado de simbolismo y poesía. Empezó a dibujar a todas horas y en todas partes. Los profesores advirtieron a su madre de que no coartase su creatividad porque creían que realmente tenía talento. Emma no sabía lo que era eso, tan solo dibujaba y lo hacía con la misma naturalidad con la que respiraba.

El Pichi era un juego sospechosamente parecido al Béisbol americano. Las únicas diferencias entre ambos deportes consistían en que en el «pichi», en lugar de golpear la pelota con un gran palo se golpeaba con la muñeca, y en lugar de recogerla con un gran guante, la recogías como podías. Era el juego preferido de Carmeta, la otra amiga de Emma. Y a Pichi estaban jugando la primera vez que la madre de Pol la llamó bruja. Se paró frente a ella y la señaló con el dedo, un dedo que a Emma le pareció una garra con aquella uña larga y afilada.

Emma vio desconcertada cómo su madre rompía a llorar cuando se lo contó. Nunca imaginó que llamar bruja a una niña fuese algo tan espantoso que hiciese llorar así. Cuando dejó de llorar, su madre la hizo arrodillarse para rezar el rosario juntas. Siempre que su madre hacía eso Emma sabía que Dios iba a enfadarse con ella, porque mientras recitaban aquellas palabras sin sentido su mente se marchaba lejos de allí. Y, cuando regresaba, no podía

evitar mirar a su alrededor, asustada, temiendo que Dios estuviese esperándola junto a su madre para enviarla a algún lugar terrible como castigo.

Un día que Emma estaba sentada con Pol en el *Turó de Cavallers* le hizo «la pregunta». Observaba las montañas que, erguidas y orgullosas, se elevaban frente a ellos y la hacían sentir tan pequeña.

—¿Tú no lo oyes? —preguntó en medio del silencio.

—¿El qué? —Pol fruncía el ceño.

—Ese sonido intenso —dijo Emma señalando hacia la explanada en la que solo había rocas y hierba.

El muchacho miró con atención unos segundos y después se encogió de hombros.

—Aquí no hay nadie aparte de nosotros —dijo agachándose a coger una piedra y lanzándola hacia el lugar que la niña había señalado.

—Ahí había un castillo —dijo la niña señalando—, y allí una iglesia. ¿Lo sabías?

—Todo el mundo sabe eso.

—Todo el mundo sabe eso... —lo imitó la niña haciendo burla—. ¡Qué tonto eres!

—Pues anda que tú.

—El que lo dice lo es —dijo Emma sacándole la lengua.

Pol solo aguantó unos segundos su fingida indiferencia.

—Mataron a todo el mundo —dijo con expresión de temor.

Emma asintió con la cabeza.

—La abuela de Carmeta dice que los fantasmas de los Señores de Riell siguen vagando por estas montañas.

—Anda, déjate de fantasmas y hazme un dibujo. —Señaló el cuaderno que la niña había dejado sobre una piedra—. Cuéntame una de tus historias, me gustan más.

La niña arrugó el ceño y negó con la cabeza.

—No quiero. Luego tu madre dice que soy una bruja por contártelas.

—¿De dónde las sacas? —preguntó el niño sentándose junto a ella.

—De aquí —respondió la niña tocándose la cabeza con un dedo.

Pol se alejó y empezó a lanzar piedras desde el borde del precipicio, al fondo del barranco al que llamaban el pozo de las ánimas, imaginándose que

los guijarros impactaban en aquellos estúpidos y desconsiderados fantasmas que se paseaban por su territorio sin dejarse ver.

—Juguemos a ver quién la cueca más veces seguidas en el agujero —le gritó el niño cuando se cansó de jugar solo.

—Hoy he visto a tu madre en la plaza —dijo Emma, acercándose a él y abasteciéndose de piedras—. Me ha llamado engendro. —Pol la miró avergonzado—. Una vez que fui a buscarte me dijo que cuando fuese mayor sería una bruja. Dijo que esto —se señaló con el dedo en la barbilla—, se convertirá en una verruga con pelos y que mi nariz se volvería ganchuda.

—Tienes una nariz perfecta —dijo su amigo señalando el agujero en el que debían colar la piedra—. El mejor de tres. No hagas caso a mi madre. Mi padre siempre dice que no está muy bien de la cabeza.

—Algún día me iré lejos —dijo Emma, lanzando la primera piedra—. Muy lejos de este pueblo. No quiero vivir aquí.

—Yo quiero ser piloto —respondió él—. Y cuando lo sea podré llevarte a donde quieras. A cualquier parte del mundo.

—Cuando le digo a mi madre que yo no sé lo que seré de mayor siempre dice que Dios tiene planes para mí. ¿Tú crees que Dios está sentado escuchando lo que dice todo el mundo y planeando qué vamos a ser de mayores? —preguntó Emma lanzando su tercera piedra—. ¡Gané!

Pol gruñó como siempre que perdía a algo.

—Menudo rollo —dijo con desgana.

—¡Ya estoy aquí! —Carmeta subía por el camino y les gritó cuando los tuvo a la vista.

Emma corrió hacia ella y la esperó en lo alto del Turó con una sonrisa. Carmeta aceleró el paso.

—Tener hermanos pequeños es un rollo —dijo la niña llegando hasta su amiga—. He tenido que cuidar del mío, pero ya estoy aquí. ¿Qué hacíais?

—¡Vamos al río a mojarnos los pies! —gritó Emma echando a correr sin responder.

Julia era una mujer amargada y el hecho de ser la madre de Pol no mitigaba la antipatía que provocaba en Emma. No hacía falta que dijese nada, a veces una simple mirada podía tener un efecto demoledor en la niña. Su carácter se iba agriando con el paso de los años.

Demostraba un especial desprecio por las personas de su mismo sexo, y

ese rechazo se exacerbaba en presencia de la niña de un modo incomprensible para cualquier espectador objetivo. Emma trató infructuosamente de ganarse el aprecio de la madre de su amigo, pero cuanto más lo intentaba más parecía detestarla. En cambio el padre de Pol parecía sentir una desconcertante debilidad por ella. Siempre tenía una palabra amable o un terrón de azúcar para ella.

Los tres niños pasaban muchos ratos en casa de Emma, donde Carmeta y Pol siempre fueron bien recibidos. Contrariamente a lo que le pasaba a Julia con Emma, Luisa siempre tenía palabras cariñosas y deliciosas magdalenas para Pol y le gustaba que se sentara a charlar con ella de cualquier cosa. Solía decirle a menudo que se parecía a su padre como si de un halago se tratase, y a Emma le gustaba verlos juntos.

Emma tenía su propia habitación de hija única y un cubierto de plata, que le regalaron sus abuelos, donde se veían inscritas sus iniciales de nieta única. A pesar de que en casa se pasaba la mayor parte del tiempo sola, nunca experimentó sensación alguna de soledad. Sus sentidos estaban siempre alerta, detectaba cualquier sonido inusual, tal era el silencio en el que había crecido su cerebro. En la habitación de sus padres había un armario muy grande con puertas de espejo donde podía verse de cuerpo entero, aunque siendo entero fuese igualmente pequeño. Le gustaba estar en aquella habitación prohibida, registrar los cajones buscando secretos, mirar las cajas donde su madre guardaba fotos antiguas y trozos de tela de viejos vestidos. No se atrevía a preguntar qué eran aquellas telas porque sería como confesar el delito, así que imaginaba historias que dibujaba y que poco a poco parecían haberse asentado en su mente como verdaderos recuerdos.

Que Emma no era como los demás niños se hizo evidente para sus vecinos desde su más tierna infancia. La niña no sabía por qué la miraban de reojo o cuchicheaban al verla pasar, pero aquellas eran gentes sencillas, sin grandes acontecimientos en sus vidas, que se dedicaban a mirar a sus congéneres a través de los visillos esperando descubrir sus debilidades para hacerse con ellas un abrigo. Y eran gentes influenciables, que escuchaban con agrado cualquier cosa que uno de los suyos quisiera contar de otro, sin que el hecho de que fuese incierto tuviese que ser necesariamente tenido en cuenta.

Pol tampoco era inmune a la personalidad de su inseparable amiga, en algunas ocasiones se sentía poseído, como si una parte de él mismo se hubiese anulado para dejarle más sitio a ella. Él sabía que Emma no era tan fuerte

como aparentaba, era consciente de su inseguridad, conocía bien sus miedos. Pero a pesar de saber cuánto lo necesitaba, a veces lo atenazaba un temor tan profundo que habría dado un paso atrás si hubiese podido moverse.

Los años pasaron y todo siguió igual pero distinto. A Carmeta la enviaron a un internado en la capital para ver si conseguían que estudiara. Pol y Emma encontraron un lugar especial, un lugar para ellos dos solos, en el que tumbados sobre la hierba permanecían en silencio o charlaban de cualquier cosa. Los árboles en otoño cambiaban de color y a Emma le gustaba ver la luz dorada del sol atravesando las hojas y cayendo a sus pies. El sonido del agua del río al deslizarse sobre los resbaladizos cantos rodados, la hierba que, húmeda y fría, acariciaba sus mejillas cuando se tumbaba boca abajo.

Había un viejo puente de madera que conducía al otro lado. Aquel era un lugar alejado del pueblo, se llegaba a él por un caminito oculto y de difícil acceso al que solo se accedía desde la carretera, pero debías ir a pie. Quizá por eso nunca iba nadie. Pol solía decir que en realidad no existía y era un lugar mágico que aparecía delante de sus pisadas. Las de ella.

Cuando Emma cumplió los quince años aquel fue instaurado como su lugar especial. En él se hacían confidencias y caricias, que para el caso es lo mismo, y se dedicaban a soñar con un futuro en el que siempre estaban juntos. Pol se recostaba contra el tronco de un árbol y la veía pintar, con aquel viejo caballete lleno de manchas de pintura que sostenía el lienzo en el que trabajaba.

—Esta mañana volví a verla —dijo Emma mirando al cielo sin volverse.

Pol dobló una rodilla y colocó su brazo sobre ella.

—Dijiste que no volverías a mirarte en ese espejo —dijo.

Ella no respondió, pero se volvió hacia él y su mirada lo hizo estremecer.

—Había tenido un sueño terrible —dijo acercándose con el pincel aún en la mano—. Me caía al pozo de las ánimas y me quedaba flotando allí, a oscuras y sola por toda la eternidad.

Pol empalideció y se puso de pie muy despacio.

—Era una sensación tan aterradora que no pude quitármelo de la cabeza en toda la mañana —susurró Emma—. No había nadie en casa y escuché ruido en la habitación de mis padres, como si algo pesado se hubiese caído. Cuando entré la puerta del armario estaba abierta y me vi. La vi.

—Tienes que dejar de hacer eso —dijo muy serio.

Emma lo miró confusa.

—¿Hacer qué?

—Hablar de ello como si fuese real. No es real, Emma.

—Si la hubieses visto lo entenderías. Si tú...

—¡Basta ya! —exclamó su amigo.

Se alejó unos pasos, enfadado. Cuando hacía eso se sentía indefenso, porque le hacía pensar que no tenían control sobre sus vidas.

—No puedes hacerme esto —susurró impotente—. Acabaré volviéndome loco.

Emma dejó el pincel y se limpió las manos con cuidado. Después fue hasta él y le colocó una mano en la espalda.

—No volveré a hablarte de ella —dijo comprensiva.

Pol estaba pálido y gotitas de sudor cubrían su frente. Ella cogió sus manos y las llevó hasta su pecho, pero no dijo nada.

—Te quiero, Emma —dijo.

—Lo sé, Pol.

Sueños que acaban con el sonido del despertador

«Entre el sentido de culpabilidad y el placer,
siempre gana el placer».
(Nietzsche)

Era un día gris, de esos que te amarran a la cama. El reloj sonó de nuevo después de cinco minutos, pero Pol se resistía a levantarse.

—Pol —susurró su mujer desde el otro lado de la cama—, para la alarma, que vas a despertar al niño.

Se sobresaltó, no era la primera vez que le ocurría. De repente tenía conciencia de dónde estaba, de quién era, y eso lo asustaba. Era como si al estar dormido se creyese otro. Abrió los ojos y se sentó en el borde de la cama. Los párpados tendían a cerrarse de nuevo mientras él intentaba poner a sus neuronas en posición de firmes.

Después de la ducha se encontró mucho mejor y el aroma del café lo acompañó mientras bajaba las escaleras hasta la cocina.

—Buenos días, cariño.

La besó como cada mañana y ella le devolvió el gesto aderezado con una sonrisa.

—No te oí acostarte —dijo ella—. ¿Hasta qué hora te quedaste leyendo?

—No sé qué hora era, pero no era muy tarde —mintió.

La observó trajinar con las tazas del desayuno. En los dieciocho meses que llevaban casados ni un solo día había desayunado solo. Ella siempre se levantaba y preparaba el café. A pesar de no tener que ir a ninguna parte realizaba el mismo rito como un acto ineludible. Se levantó, se acercó a ella y le rodeó la cintura desde atrás, absorbiendo el aroma a limón de sus suaves cabellos.

—¿Qué piensas hacer hoy? —preguntó meciéndose con ella.

—Tengo que hacer la compra y ordenar la casa, ya sabes que viene tu madre —dijo y sintió cómo su marido se tensaba.

Pol la soltó para ir a sentarse a la mesa.

—No sé por qué te empeñas en invitarla...

—Es la única abuela que tiene Javier, cariño. Solo viene una vez al año —

dijo mirándolo con ternura—. Es una mujer complicada, pero es tu madre y tienes suerte de tener una. Y no te hagas el duro conmigo. Si no la trajese una vez al año a pasar unos días tendrías que ir a Riell a verla, y sé que no te gusta nada.

Pol terminó su galleta, apuró el café y se levantó.

—Intentaré venir pronto y traeré a Ed. —La cogió por la cintura y la besó antes de salir de la cocina—. Voy a darle un beso a Javier y me largo pitando. ¡Es mi último día antes de las vacaciones!

—¿Te apetece una copa de vino blanco, Julia?

—¿Quieres matarme? ¿Con las pastillas que tomo quieres que beba vino?

—La miró con severidad—. ¿Cuándo vas a despertar a Javier?

Joana miró su reloj.

—Enseguida —dijo tratando de mantener alto su ánimo. Julia solo llevaba media hora allí y ya estaba agotada.

—Pero si lo tienes todo el día durmiendo, ¿cómo va a saber que eres su madre? Si al menos tuvieses que ir a trabajar, pero te pasas el día en casa, no entiendo por qué lo desatiendes —criticó su suegra mirando a su alrededor—. Por limpiar no será...

Joana cogió aire por la nariz muy despacio. Cada vez le costaba más soportar aquellas visitas, y el hecho de ser ella misma la que las propiciaba lo convertía en masoquismo. Debía recordarse constantemente lo sola y amargada que estaba su suegra.

—Estás muy arreglada, ni que fueras a una boda. —Julia volvió al ataque—. Ya no hace falta que te esfuerces tanto, mi hijo se casó contigo gracias al bombo que le preparaste.

La madre de Pol era una mujer austera, se vestía de forma sencilla, no se ponía ningún tipo de adorno ni complemento y jamás pisaba una peluquería. Joana pensó en su madre, murió al nacer ella y no la conoció, pero lo sabía todo de ella gracias a su padre. Fue una mujer espléndida, muy cuidadosa con su aspecto, y ella se le parecía. Sabía que para Julia su embarazo fue un ardid y tuvo que aguantarse las ganas de contestarle lo que pensaba sobre ella.

—Me gusta arreglarme, Julia, no tiene nada que ver con...

—¿Arreglarte? —la interrumpió su suegra arrugando el entrecejo—. Si a todos esos potingues que te pones en la cara lo llamas tú arreglarte, pues

bueno. En fin, no vamos a estar todo el rato hablando de ti, aunque ya sabemos que ese es tu tema favorito. ¿Cómo está mi nieto?

Julia se sentaba en el borde del sofá con el bolso apoyado en el regazo dando la sensación de estar preparada para marcharse en cualquier momento.

—Muy bien —dijo relajándose al pensar en su Javier—, cada día más mayor.

—La foto que me mandaste en Navidad era muy bonita.

La primera cosa agradable que decía.

—Pol dice que cada día se parece más a... él.

Había estado a punto de mencionar la palabra prohibida. Nadie hablaba del exmarido de Julia delante de ella.

—Se parece a mi padre —dijo la abuela con rencor.

Joana se mordió el labio para contener las ganas de hacer daño. ¡Habría sido tan fácil!

—Tu hermano bien, me imagino —dijo Julia sin ningún interés.

—Sí, muy bien.

—¿Sigue sin casarse? No es bueno que un hombre como él esté solo. Se estropea.

—Tranquila, no hay peligro en que Ed se sienta solo —dijo Joana sonriendo—. No se casa porque no quiere, no porque no haya candidatas.

—Pues no me extrañaría nada que al final lo cace una pelandrusca, porque el mundo está lleno de ellas —dijo Julia con una sonrisa torcida—. Es demasiado guapo y un buen partido en lo económico, más le vale que tenga cuidado y ponga el ojo, y lo que no es el ojo, donde debe.

—Sabe cuidarse —dijo Joana levantando una ceja—, encontrará la persona adecuada. Aún es joven.

—¿Joven? Pero si es mayor que tú, que no eres ninguna cría precisamente. Y tú ya estás casada y con un hijo.

—Solo tiene veintiséis años —dijo Joana.

—Si continúa empeñándose en volar no vivirá mucho más —dijo Julia negando con la cabeza—. No entiendo cómo puede la gente subirse en esos trastos.

Joana apretó los labios para no decir que la raza humana había evolucionado y no todos eran unas antiguallas retrógradas como ella.

—Y encima seguro que sigue con esa tontería del barro —dijo Julia con un mohín que mostraba su disconformidad—. ¿Quién hace jarrones hoy en día? ¡Pero si en cualquier centro comercial los venden por dos duros!

Joana se sirvió más vino escondiendo una sonrisa. Nadie era tan antipático. Era imposible.

—Menudo desperdicio de hombre —siguió Julia.

—Voy a despertar a Javier —dijo Joana poniéndose de pie de un salto.

Pol miró el reloj preocupado, imaginaba cómo debía estar Joana después de haber aguantado a su madre más de hora y media. No sabía si Ed tendría muchas ganas de comer con ellos, pero si había alguien capaz de torear a Julia, ese era él. Hacía apenas veinte minutos que había llegado su avión, así que no tenía escapatoria. Caminó deprisa por la terminal B hacia la salida 37, saludó a unos y otros y se coló por el túnel. Se encontró con algunos pasajeros que arrastraban sus maletas, saludó a Clara, que despedía a sus dos últimos clientes con una enorme sonrisa y un encantador «esperamos volver a verle», y entró en la cabina. Allí encontró a Ed rellenando papeles y contando alguna de sus historias a Juanjo, su copiloto y amigo de ambos, que las celebraba riendo a mandíbula batiente.

—Ya veo, ya, cómo trabajan algunos. —Le dio una palmada en la espalda a la que el otro respondió con un breve gesto del bolígrafo.

—Se hace lo que se puede.

—He venido a buscarte para ir a comer. Órdenes de tu hermana.

—¡Vaya! ¿Hoy es la visita de tu madre? —preguntó el piloto.

Pol hizo un gesto afirmativo.

—Da gusto ver cómo te quiere la familia —dijo Ed mirando a su copiloto.

—Has de sentirte orgulloso, eres el alma de todas las fiestas —dijo Juanjo.

—Tengo tantas ganas de una reunión familiar de esas como de que me atropelle un camión. Estoy hecho polvo, lo que necesito es una ducha y mi cama.

—Ed, lo siento —dijo su cuñado poniendo cara de inocencia—, solo cumplo órdenes.

—Juanjo, no sabes la suerte que tienes de no tener hermanas.

—Pero tengo hermanos. Cinco, ya lo sabes. Imagínate cómo eran las comidas en casa. —El copiloto le dio la mano antes de salir de la cabina.

—Dale recuerdos a Ana —dijo Pol dándole una palmada en la espalda.

—Quiere que vengáis a cenar un sábado, dile a Joana que la llame para concretar —dijo antes de desaparecer por la portezuela del avión.

Pol esperó a que Ed hiciese el papeleo y cuando llegaron los de

mantenimiento les entregaron la documentación y salieron de la nave.

—Hoy empiezas tus vacaciones —dijo Ed sonriendo.

—Creo que esta es una de las mejores sensaciones del mundo —afirmó Pol—. Junto a la de meterte en la cama cuando estás muerto de sueño.

—Hombre, a mí se me ocurren otras sensaciones mejores que esas —respondió Ed riendo—, pero entiendo que tú, que eres un hombre casado y con un hijo, pienses así. Un abuelo, ya.

—Ya te digo —dijo Pol, que nunca caía en las trampas de su cuñado. A cambio le devolvió la pulla—. Mi madre estará deseando verte.

—Menos mal que mi hermana solo monta este circo una vez al año —dijo Ed. Se paró en seco y miró a Pol, que se había detenido junto al quiosco de Claudia.

—¿Emma? —La expresión de sorpresa en el rostro de Pol no podía ser más expresiva.

—¡Pol! —La joven dejó caer la maleta y corrió a abrazarlo.

Pol la levantó rodeándole la cintura.

—Pero ¡qué sorpresa! —exclamó—. ¿Qué haces aquí?

Ed los observaba con curiosidad y cierta extrañeza.

—Vivo en Barcelona desde hace un año —dijo Emma recuperando su maleta.

—Hola. —Ed se acercó a ellos al ver que tenían una clara intención de ignorarle.

—Perdona, Ed —dijo Pol mirando a su cuñado—. Esta es Emma Balasach.

Emma lo miró entrecerrando los ojos. Había algo en él que le resultaba familiar, pero no conseguía ubicarlo.

—Ed es mi cuñado —dijo Pol—. Es piloto.

—¡Te has casado! —exclamó Emma sorprendida.

Pol asintió.

—Y tengo un niño de un año.

Emma abrió la boca y los ojos sin poder disimular el impacto de la noticia.

—Se llama Javier, como mi... padre —dijo orgulloso.

Emma asintió con cierta emoción.

—Me alegro mucho por ti, Pol —dijo.

—Nos conocemos desde niños —le dijo Pol a su cuñado.

—Aunque no nos veíamos desde hacía años —añadió Emma mirándolo

con cariño mientras los recuerdos danzaban en su cabeza—. Qué sorpresa encontrarnos así.

—¿Cómo está Miguel? —preguntó Pol.

—Muy bien, como siempre —respondió Emma.

—Así que vives en Barcelona...

—Sí, en la calle Enrique Granados. Apúntate mi móvil y quedamos un día para tomar una cerveza.

Pol sacó el teléfono del bolsillo y se lo entregó después de desbloquearlo para que lo añadiese ella misma.

—Ya lo tienes, puedes llamarme cuando te apetezca —dijo con una sonrisa.

Pol se guardó el móvil en el bolsillo.

—Pero, cuéntame, ¿qué es de tu vida?

—Oye —intervino Ed después de mirar el reloj—, ¿qué os parece si quedáis para tomar esa cerveza y poneros al día? Es que estoy muerto después de un vuelo transoceánico y mi hermana tiene preparada una comida familiar de lo más apetecible.

Pol miró a Emma con mirada interrogadora.

—¿Te apetece que quedemos? —preguntó Pol.

—Claro, sí —dijo Emma asintiendo.

—¿A las ocho en el Zurich? —preguntó él.

—¿Esta tarde? —Emma no disimuló su sorpresa.

—¿Para qué esperar? —preguntó Pol sonriendo.

—Vale, pero mejor en el Starbucks de Rambla Cataluña. Allí hay menos turistas.

—De acuerdo —asintió—. ¿Te acercamos a casa?

—No, tengo el coche en el aparcamiento. Solo he estado fuera una semana.

Pol asintió y caminaron juntos hacia la salida.

—Así que los dos sois pilotos —dijo Emma.

—No —dijo Pol—. Yo soy controlador aéreo. El piloto de la familia es él.

—Pues cada vez que me he subido en un avión he fantaseado con la idea de que estuvieses en la cabina —dijo Emma mirándolo con complicidad—. No he olvidado que ese era tu sueño.

—Ya sabes lo que dicen de los sueños —dijo Pol guiñándole un ojo—: Acaban con el sonido del despertador.

El caballero de ojos azules

«En el amor siempre hay algo de locura,
mas en la locura siempre hay algo de razón».
(Nietzsche)

—Mama, la fideuá está bien, no empieces —dijo Pol sin disimular su irritación.

—Si tú lo dices. —Julia bajó la mirada, tratando de ocultar la satisfacción que le provocaban aquellas pullas a su nuera—. ¿Qué tal el trabajo, hijo?

—Bien, como siempre —dijo escueto.

Pol trataba de ser agradable, aunque su madre no se lo ponía nada fácil.

—¿Y a mí no me preguntas cómo me ha ido el trabajo, Julia? —dijo Ed intentando poner paz.

—Me imagino que te habrá ido bien, si estás aquí...

Ed soltó una carcajada y Julia no pudo evitar sonreír también. Sentía debilidad por el hermano de Joana. Quizá era su atractivo o la fina ironía con la que solía tratarla, sea como fuere Julia se sentía veinte años más joven siempre que estaba con él, y no hay nada más atrayente para alguien que ya pasó de los cincuenta y cinco que sentirse rejuvenecido.

—Sí, tú riéte, que algún día te vas a ver en un problema. Yo no entiendo el empeño que tiene la gente de hacer cosas imposibles.

—¿Te refieres a volar? —Ed se terminó la fideuá, que estaba realmente buena, y le hizo un gesto a su hermana para hacérselo saber.

—¡Volar! ¿Habrá algo más absurdo?

—Algún día te llevaré a rastras hasta un avión.

—De la única manera que podrías meterme en un trasto de esos sería con los pies por delante —dijo Julia.

El piloto la miró sorprendido.

—¿Quieres que te llevemos a algún lugar cuando te mueras? —preguntó poniendo cara de inocencia.

La mujer lo miró airada y apartó el plato sin disimulo.

—No tienes remedio —respondió con coquetería—. Como los platos de tu hermana.

—He conocido a una vieja amiga de Pol, Emma Balasach —dijo Ed rápidamente para impedir que su hermana contestase a aquella provocación—. Nos la hemos encontrado en el aeropuerto.

—¿Has visto a Emma? —dijo Julia, mientras sus mejillas se teñían de rojo.

Joana miró a su marido con cara de sorpresa.

—¿Emma Balasach? —preguntó con expresión alucinada—. ¿La pintora?

—Sí, la pintora —dijo Pol aceptando que lo habían pillado—. Emma y yo nos conocemos desde niños.

—Pero ¿por qué no me lo habías dicho? —preguntó sin abandonar la sorpresa.

—No sé —dijo él encogiéndose de hombros—, no pensé...

—¿Dónde la habéis visto? —preguntó Julia con cara de asco.

—En el aeropuerto —dijo Ed, algo confuso por la reacción de ambas mujeres.

—Pues espero que se haya marchado bien lejos —dijo Julia.

Ed observó a la madre de Pol, que tenía la vista clavada en su hijo. Hasta ese momento aquella mujer era para él como un libro abierto, la clásica madre absorbente y manipuladora a la que su hijo ha llegado casi a aborrecer, pero a la que tolera porque le debe la vida. Una mujer sin historias que contar, sin vida de la que preocuparse. Siempre pendiente de los acontecimientos de los demás. Pero de repente, con un imperceptible movimiento había enderezado su espalda, sus ojos brillaban cortantes, sus manos crispadas sujetaban la servilleta como si fuese una cuerda a la que agarrarse.

—No me extraña que Pol no os hablase de ella. No estaba bien de la cabeza —dijo Julia—. Su madre es una santurrona, siempre con el rosario en la mano, acabó por trastornar a la niña. Dibujaba cosas muy raras cuando era pequeña, y después al crecer no es que mejorara demasiado...

Pol miró a su madre con expresión crítica.

—Tú siempre tan generosa con Emma —dijo levantando una ceja.

—No me puedo creer que no me lo dijeras —insistió Joana sin hacer caso de la acidez de su suegra—. ¡Conoces a una pintora famosa!

—Pero ¡qué más dará! —exclamó Pol sonriendo—. Cualquiera diría que eres una entendida en arte.

—¡Oye! —exclamó su mujer mirándolo como si fuese un niño que no entiende la envergadura de su travesura—. ¡A mí me encanta el arte!

—No seas tonta —dijo él dándole un beso en la punta de la nariz—, me

estoy metiendo contigo.

Joana sonrió y después miró a su hermano esperando que le contase más.

—Lo siento, poco puedo decir. Parece maja, pero apenas hemos cruzado un par de frases. No tenía ni idea de que fuese famosa... —dijo Ed mientras abría el buscador de su móvil para averiguar quién era Emma Balasach.

—Cuéntales, cuéntales —dijo Julia—. Emma y Pol fueron bastante más que amigos.

—¡Solo éramos unos críos! —dijo Pol moviendo la cabeza.

Su esposa lo miró riendo.

—Vaya, vaya —dijo dándole una palmada en el hombro—, así que novio de una pintora famosa, de lo que se entera una.

—Hacía años que no la veía —dijo pensativo.

—Pues que sepas que a mí me haría ilusión conocerla —dijo Joana poniéndose de pie para recoger los platos—. ¿Alguien quiere flan casero con la fruta?

—¿Flan? ¿Te refieres a esa cosa grumosa y con kilos de azúcar que sueles preparar? —Julia dobló la servilleta—. Veneno legal para una diabética como yo, di que sí.

Joana movió la cabeza sin saber si enfadarse o echarse a reír. No dejaba de asombrarle la capacidad de Julia para hacer comentarios desagradables. Pol la ayudó a recoger la mesa y la siguió a la cocina. Cuando dejaron las cosas sobre los mármoles se volvió hacia él y le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Se puede saber qué te pasa? —dijo con una mirada tierna.

—No me pasa nada —dijo él rodeándole la cintura—, es que no soporto que mi madre te trate de ese modo.

—¿No será que te has puesto triste al encontrarte con tu amor adolescente? —dijo meciéndose con él—. Tranquilo, ya sabes que no soy celosa.

—Siento haber metido la pata con lo de Emma. —Ed asomó la cabeza por la puerta.

Su hermana lo miró frunciendo el ceño.

—Se supone que estás aquí para controlar a la bestia —dijo en un susurro—, no deberías dejarla sola.

—Está jugando con Javier, que se ha despertado. Al ver que no volvíais pensaba que estaríais discutiendo. ¿No estás celosa de la pintora? —dijo su hermano acercándose a robar una lámina de chocolate de las que Joana había puesto sobre los flanes.

—Sé que tú defenderías mi honor, hermanito.

—¿Defenderlo? Si yo me entero de que este tiene un lío con otra lo cuelgo de los huevos.

—Vale, vale —dijo Pol levantando las manos—. Sabéis que odio la violencia.

—Ahora en serio —dijo Ed—, no sé qué tiene tu madre contra ella, pero está claro que he metido la pata y me disculpo.

—Os prometo que un día os contaré la historia de Emma —dijo Pol asintiendo—, pero hoy no.

Su mujer le pasó la mano por la cintura y apoyó la cabeza en su pecho.

—Esta tarde he quedado con ella para tomar un café —dijo Pol.

Joana levantó la cabeza y lo miró con ternura.

—Podrías haberla invitado a venir, así la conocería —dijo.

—¿Con mi madre aquí? ¡Ni loco!

—Me tienes que contar qué pasó —dijo ella

Pol lo dudó un instante antes de hablar.

—Emma es la hija de Luisa —susurró.

Joana ahogó una exclamación y Ed frunció el ceño.

—¿Luisa, la mujer de tu padre? —Pol asintió.

—¡Hostia! —exclamó Ed, que ahora comprendía el odio de Julia.

—Tienes que traerla —dijo Joana hablando en susurros—. Ahora sí que tengo que conocerla. ¿Por qué no me dijiste que la hija perdida de Luisa era Emma Balasach?

—Luisa me lo pidió —dijo Pol con expresión de pedir perdón—. Está bien, intentaré que venga. Pero ese día ni se te ocurra invitar a mi madre.

Emma entró en el que era su taller desde hacía un año, desde que había vuelto de Roma. No era como el que tenía en casa de sus tíos. Allí habían habilitado la última planta del edificio solo para ella. Tenía tres habitaciones y muchos ventanales que le proporcionaban toda la luz que necesitaba. Se mordió el labio mortificada, quizá no había sido buena idea pasar aquellos días con ellos. Había vuelto a enfrentarse a lo que había renunciado, y no era fácil.

Descorrió las cortinas y abrió la ventana para que entrase aire fresco y algo de sol, aunque en aquella calle no le tocaba mucho, tan solo unas pocas

horas del mediodía.

Al mirar hacia la calle vio caminando por la acera a una mujer que le recordó a la madre de Pol. Con aquel pelo negro y corto que tan poco la favorecía. La mujer se giró y su expresión afable le hizo darse cuenta de que el parecido era solo de espaldas. Además, el cariño con el que abrazó a su nieto que llegaba corriendo hasta ella hizo que Emma torciese una sonrisa, no creía que Julia hubiese abrazado así a nadie en su vida.

Se sintió mal, aquel pensamiento había sido muy injusto. Después de todo Julia fue una víctima como su padre. Quizá su sufrimiento fue lo que la convirtió en la mujer amargada que era.

Se dio la vuelta y contempló el lienzo en el que estaba trabajando cuando se marchó. Desde ese ángulo el caballo, negro azabache, se veía imponente, pero sus ojos se fueron directamente hacia el caballero y sonrió. Se parecía un poco al cuñado de Pol.

—Los dos son rubios y tienen los ojos azules —dijo en voz alta.

Pero había una gran diferencia entre ambos. Entrecerró los ojos para observarlo con mayor atención. Aquella expresión hosca y resuelta era la expresión de un bravucón pendenciero, no la del piloto, que parecía un hombre de lo más agradable.

Se deshizo de aquellos pensamientos y revisó todo el material para ver qué cosas necesitaba comprar. Cuando empezase a pintar no quería sorpresas. Después de tomar ese café con Pol iría de compras.

Por encima de sus hijos

«...ningún precio es demasiado alto
por el privilegio de ser uno mismo».
(Nietzsche)

—¿Hace mucho que esperas? —dijo Emma al llegar junto a él.

—Diez minutos —respondió Pol.

—Perdona. —Descubrió una sonrisa socarrona en el rostro de su amigo—.

¿Por qué sonríes?

—Veo que en eso no has cambiado

—Tienes razón, sigo igual de impuntual que siempre.

No era cierto, había cambiado mucho en aquellos años y ahora era una persona extremadamente puntual. De hecho había llegado mucho antes que él y había estado observándolo desde la esquina de la otra acera, sin decidirse a cruzar.

Pidieron dos Macchiato y se sentaron en una mesa apartada de la planta de arriba.

—Así que eres un hombre casado y con un hijo —dijo ella con admiración manifiesta.

Pol asintió y sacó el móvil para enseñarle la foto de Joana y de Javier.

—Ella se parece al piloto —dijo Emma—. Es muy guapa.

—Le diré a Ed que te parece guapo —dijo sonriendo.

—Me dio la impresión de que ya lo sabe —dijo ella.

—Veo que sigues tan perspicaz como siempre.

—Hay cosas que se agudizan con la edad. —Emma se acercó el vaso a la boca.

—¿Con la edad? ¡Tienes veintitrés años! —dijo Pol riendo—. ¿Tú estás con alguien?

Emma negó con la cabeza, mirándolo con aquellos ojos brillantes que no habían cambiado nada.

—Viví con alguien unos meses, pero no funcionó —dijo.

—¿En Roma? —preguntó Pol.

—¿Dónde si no? Estuve allí hasta hace un año.

Pol asintió y se puso serio.

—¿Vas a ir a ver a... tu madre?

Emma apartó la mirada, molesta.

—Ella dejó de ser mi madre hace mucho —dijo con dureza.

—Yo sí los veo —dijo él, aunque era consciente de que ella no quería saberlo—. Son felices juntos, Emma.

—Construir tu felicidad sobre la desgracia de otros no es algo encomiable.

—¿Tu padre cómo está? —preguntó Pol antes de beber de su café.

—Viejo, ya lo sabes —dijo con una sonrisa seca—. Me contó que fuiste a visitarlo.

—Hace mucho de eso —dijo pensativo—. No estaba seguro de que quisiera verme.

—Es un gran hombre —dijo Emma con tristeza—. A pesar de todo nunca nos culpó a ninguno de los dos por ser quienes éramos. Después de todo nosotros no lo elegimos.

Pol asintió.

—La primera vez que vi uno de tus cuadros me emocioné. Supongo que tu tío te animó para que escogieras ese camino. Siempre decía que serías una gran artista.

Emma asintió y se recostó contra el respaldo de la silla.

—Él encendió la llama, sí —dijo sonriendo—. Que creyera en mí fue todo un halago. Conoces a Miguel, no es ningún blando.

Pol asintió, sabía que no exageraba lo más mínimo.

—Debes estar orgullosa de él. Leí en el periódico que es el autor más vendido en Italia y Francia —dijo.

—Sin embargo, en su país apenas se le conoce —dijo Emma.

—Este país... —dijo Pol encogiéndose de hombros.

—Él fue quien le mostró mis trabajos a Gabriel Lombardo —siguió Emma—. Sin pedirme permiso.

—Un gran logro para una pintora tan joven —dijo Pol—. La galería Lombardo, nada menos.

—Para mí fue una gran sorpresa, la verdad. Que la mejor galería de Barcelona quisiera exponer mis cuadros, fue increíble.

—Leí una entrevista que te hicieron y dijiste algo que me sorprendió. ¿De verdad has estado indagando todo este tiempo en la historia de Riell?

Emma asintió y los ojos se le iluminaron. Aquel tema la emocionaba

enormemente.

—Llevo años recopilando datos para un trabajo artístico. Ya tengo muchos bocetos y algunos lienzos terminados. Me resulta inquietante saber que el Señorío de Riell desapareció de la noche a la mañana. Del castillo y el monasterio no quedaron más que ruinas, y la aldea se borró por completo.

—Pero nosotros crecimos en el pueblo de Riell —dijo Pol frunciendo el ceño.

—El pueblo se fundó mucho tiempo después de que desapareciera el Señorío. Hubo una masacre en aquellas tierras. Después de la muerte de Ermesenda, la hija de Ramón, Señor de Riell.

Pol la miró interesado haciéndole un gesto para que continuara.

—Ermesenda se casó con el hijo del conde de Leuda, Guillem, al que acusaron de matarla fingiendo que se había caído del caballo. Después de eso mataron a Guillem y el conde, su padre, se presentó en el castillo con su ejército y mató a toda la familia del que había sido su amigo, Ramón de Riell. Y así se produjo la masacre que borró del mapa el señorío. Carlos no se fiaba de que hubiera represalias y por eso mandó matar a todo el mundo que hubiese tenido algo que ver con Ramón.

—¡Qué brutalidad!

Emma asintió.

—Así eran las cosas en la Edad Media —dijo sonriendo—. Apasionante, ¿verdad?

—¿Y luego se fundó Riell?

—Muchos años después. Según consta en los documentos que me consiguió mi tío, durante doscientos años no vivió nadie en aquellas tierras.

—¿Y tus cuadros versarán sobre ese episodio?

Emma asintió de nuevo.

—He realizado recreaciones de los personajes y de los momentos críticos: la boda de Ramón y Pelegrina. La muerte de Godemir a manos de Berenguer...

Pol frunció el ceño sin comprender y Emma se echó a reír a carcajadas.

—Mis tíos están preocupados por la voracidad de mi impulso creativo —dijo—. He llegado a pasarme un día entero pintando, sin comer ni dormir. Como ves, también tengo un problema de verborrea excesiva cuando hablo de este tema.

—Me encantará ver esa exposición cuando se estrene —dijo Pol orgulloso y con aquella dulce sonrisa que Emma conocía tan bien.

—Pues tendrás que esperar bastante —respondió—. Aún no tiene fecha,

pero creo que no será antes de un año. Y eso si todo va bien.

Se hizo un silencio cómplice; uno de esos que resultan cómodos solo si la persona con la que estás es alguien muy cercano. Se miraron y la distancia y los años se diluyeron en aquella mirada inundándolo todo de recuerdos. Volvía a ser entonces y volvían a ser ellos.

—No sé si puedo preguntarte... —Pol se detuvo.

Emma sonrió antes de responder.

—Mi padre quitó el espejo —dijo.

—¿Se lo contaste?

Emma asintió y Pol la miró con curiosidad.

—Y ¿cómo reaccionó?

—Simplemente lo arrancó del armario y lo guardó en la buhardilla.

—¿Lo guardó? —preguntó sorprendido.

Emma asintió y después se encogió de hombros.

—Me dijo que quizá algún día querría volver a verla.

Pol se quedó pensativo. Recordó las veces que se había puesto frente a aquel espejo esperando descubrir a aquella misteriosa mujer y lo frustrante que era que siempre le devolviese la misma imagen: un anodino y simple reflejo.

—¿La has pintado?

Emma negó con la cabeza antes de responder.

—No. Tendría mi rostro —sonrió—. Y yo no hago autorretrato.

Pol suspiró mientras pensaba que sería un bello cuadro.

—Joana quiere conocerte —dijo volviendo al presente—. Le he prometido que te invitaría a comer a casa.

Emma lo miró con ternura y asintió.

—Me encantaría conocer a tu familia. ¿Le has dicho...?

Pol negó con la cabeza.

—Solo que eres la hija de Luisa y mi mejor amiga. Mi madre añadió que fuimos novios, para meter cizaña. Como si no supiera que con Joana es imposible.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó ella.

—Tan amargada como siempre.

Emma bajó la cabeza, le costaba sostenerle la mirada al hablar de Julia.

—Supongo que seguirá diciendo cosas bonitas sobre mí.

—Ya la conoces.

—No creas que la culpo. Ya no. Supongo que yo en su situación sentiría lo

mismo. —Miró hacia las otras mesas y suspiró—. Soy la prueba viviente de una doble traición.

—No hables así.

—Es la verdad.

—Tú no tenías culpa de nada. Ninguno de nosotros la tuvo.

—Sin embargo fuimos nosotros los que pagamos sus pecados —dijo mirándolo a los ojos—. No entiendo cómo has podido perdonarlos.

—Se quieren, Emma. —Pol se puso muy serio—. Tu madre ha sufrido mucho, si quisieras hablar...

—No me importa lo que haya sufrido, ella se lo buscó —dijo con dureza y después sonrió—. No la desprecio por enamorarse de tu padre, el amor no puede dominarse, pero lo que haces con él sí.

Pol empalideció al recordar lo que ellos tuvieron que hacer.

—Nosotros renunciamos a lo que sentíamos —siguió hablando Emma—. Aceptamos que no podía ser y continuamos con nuestras vidas. Tú te has casado y tienes un hijo. Ellos también podrían haberlo hecho. No tenían por qué destrozarse dos familias.

Pol sabía que no tenía argumentos para rebatirla. Tenía razón, fueron débiles y dejaron que sus sentimientos prevalecieran por encima de todos aquellos que confiaban en ellos. Por encima de sus propios hijos.

—Mi madre vio lo que estaba naciendo entre nosotros. —Emma no quería callarse—. Y ¿qué hizo? Nada. Se quedó mirando a ver si la cosa se pudría sola.

—No podemos cambiar el pasado, pero podemos hacer que no duela.

—¿De verdad? —Emma lo miraba con cinismo—. Yo no puedo. No puedo olvidar aquella noche. Las cosas que tuve que escuchar. A mi padre derrumbándose como un crío, llorando y suplicándole a mi madre que se callara. Saber que él no era mi padre lo destrozó. Y a mí. Y a ti.

Pol ya había olvidado todo aquello, pero no podía rebatírsele. Tenía razón.

—Ella no se comportó como una madre y desde ese momento dejó de serlo —sentenció Emma sin emoción alguna.

—Tu padre no se portó bien contigo —dijo Pol tratando de utilizar todo el tacto del mundo—. No debió pedirte que te marcharas en el estado en el que estabas. Me consta que se ha arrepentido muchas veces.

Emma asintió y entonces sí que los ojos se le llenaron de lágrimas. Aquello todavía le dolía.

—Me mandó a Italia con mi tío. No te diré que entonces lo entendí, porque no fue así, pero después con los años me di cuenta de que necesitaba estar solo para recuperarse. —Soltó el aire de golpe para deshacerse de la tensión y sonrió—. Cuando lo hizo me pidió que volviese, pero yo ya había encontrado mi sitio en Roma. Miguel y Aniello me ayudaron muchísimo a superarlo. Ya sabes cómo es Miguel, no le va nada el drama.

Pol sonrió.

—Yo también lo pasé mal, Emma —dijo sin acritud.

—Lo sé. Tu madre no debió resultar fácil.

Su amigo negó con la cabeza.

—Estaba enamorado de ti —dijo sin tapujos—. Me costó mucho tiempo empezar a pensar en ti como en mi hermana.

—Hermanastra —puntualizó ella haciendo un gesto para quitarle importancia—. Por suerte tan solo teníamos quince años. ¿Quién no supera un amor quinceañero?

Pol asintió.

—Me alegra que nos hayamos vuelto a encontrar —dijo poniendo una mano sobre la suya—. Y espero que no te vuelvas a marchar.

Emma asintió con expresión afable y apartó la mano con suavidad.

Cuero en los huesos

«Es sencillo hacer que las cosas sean complicadas,
pero difícil hacer que sean sencillas».
(Nietzsche)

Montse soltó el bolso y encendió el aire acondicionado. Miró por encima el montón de mails de su bandeja de entrada en Gmail y luego la pila de manuscritos que tenía que leer y cogió aire. Le encantaba su trabajo, pero contar tan solo con dos manos y un cerebro no era tener demasiada ayuda. Cogió su taza del armario y se encaminó a la cocina a buscar café, ese era el único combustible capaz de hacerla funcionar a pleno rendimiento. Eso y su amor por las letras la sostenían en interminables jornadas de trabajo en la editorial, que muchas veces culminaban en más trabajo una vez en casa. Pero ya lo dice el refrán: sarna con gusto...

Al pasar por recepción escuchó la campanilla del ascensor y miró de manera automática.

—¡Emma! —exclamó acercándose a su amiga—. ¡Buongiorno, bambina!

Emma le dio dos besos y la acompañó hasta la cocina a buscar el café. Montse era editora de los libros de Miguel en España y junto a Roger, su marido, eran los mejores amigos que tenía en el país. Los únicos, realmente. Montse era un ser humano muy especial, con una naturalidad poco común y una personalidad sin dobleces. Se entendía bien con ella y podían hablar durante horas sin aburrirse la una de la otra, a pesar de que sus puntos de vista eran casi siempre antagónicos. Montse era pelirroja y moderadamente delgada, con una sonrisa cautivadora y unos ojos que parecían estar siempre interrogándote.

—Creía que me llamarías para ir a buscarte al aeropuerto —dijo llenando su taza y mostrándole la cafetera para saber si a ella le apetecía, a lo que su amiga respondió negando con la cabeza—. Roger estuvo esperando esa llamada toda la mañana. Pero, claro, tuviste tu «encuentro especial».

—No te burles. ¿Cómo está Roger?

—Echando barriga.

—Qué mala eres —dijo Emma riendo.

—Tendrás mucho que contarme, ¿no?

—Algo.

—¿De verdad no quieres café? —dijo Montse mostrándole la taza y recibiendo una nueva negativa—. Pero ¿tú de dónde sacas la energía?

—Pues hoy he dormido muy poco —dijo entrando después de ella en su despacho y yendo a sentarse frente a su mesa de escritorio.

—Esta noche vamos al cine y me pones al día.

Emma asintió. Algunos martes iban al cine a ver una película de reestreno.

—Luego no te quedes trabajando hasta las mil y me dejes tirada —dijo con una mueca.

—La gente no sabe qué hacer con su vida. —Montse se sentó después de dar un largo sorbo a su café—. No paro de recibir manuscritos y las otras editoras están igual. Empiezo a temer que pronto habrá más escritores que lectores.

—Veo que estás muy liada, así que me marchó. Solo he venido a traerte esto de parte de Miguel —dijo sacando un paquete de su bolso.

Montse dio palmas, emocionada. Le encantaban los regalos, pero es que los de Miguel, además, eran de los buenos.

—No te entretengo más, que tienes que currar —dijo Emma señalándole la montaña de manuscritos—. Chica, ¿cómo dejas que se te acumule así el trabajo?

La mirada de la editora la taladró de tal manera que se apresuró a salir de su despacho para evitar que acabara lanzándole algo más contundente.

—Pero ¿a ti te ha gustado o no? —dijo Montse, acabando con la última pegadolsa.

—Sí, me ha gustado, pero me esperaba más. —Emma arrugaba la nariz como siempre que algo la decepcionaba.

Estaban paradas frente a la zona de lavabos. Después de salir del cine y beberse una Coca-Cola gigante, Montse no podía aguantar hasta llegar a casa.

—Roger debe estar a punto de llegar —dijo la editora y de repente se dio la vuelta hacia su amiga—. No mires, pero el tío bueno ese al que has saludado en el cine acaba de entrar al Tommy Mel's.

Emma se sintió como si de pronto volviese a tener quince años.

—Vamos a tomar un batido, anda —dijo Montse arrastrándola hasta allí.

—Pero ¿qué dices? ¿Estás tonta o qué? —Emma se detuvo a medio camino

librándose de la garra de su amiga.

—¡Pero si está como un queso! —dijo su amiga bajando la voz—. Pero ¿tú has visto ese culo? ¿Y los ojos? Ni con Photoshop consigues un azul como ese, te lo aseguro.

—Deja de decir sandeces y vamos a dar un paseo hasta que llegue Roger a buscarte.

—Está demasiado bueno como para ir solo al cine una noche de martes —dijo su amiga—. Oye, ¿no será gay?

—¿Los gais no van al cine acompañados? —dijo Emma echándose a reír—. Deja de decir tonterías.

—Lo que tú digas —dijo Montse volviendo a cogerla del brazo—. Mira, ya nos ha visto. Si no entramos ahora se va a dar cuenta.

—¿Se va a dar cuenta de qué? —dijo Emma sin dar crédito.

—Pues de que estamos cuchicheando porque te interesa.

—Pero si a mí no me interesa.

—Ya.

Montse consiguió que entrasen en la cafetería sin demasiado esfuerzo. Emma optó por resignarse para evitar hacer el ridículo en medio de la calle y sobre todo frente a Ed. El piloto se puso de pie en cuanto las vio entrar.

—Volvemos a encontrarnos —dijo sonriendo.

—El mundo es un pañuelo —dijo Emma devolviéndole la sonrisa.

—Y todos somos mocos —dijo Montse con mirada cínica—. ¿Te importa si nos sentamos contigo?

—No, por supuesto —dijo Ed haciéndoles un gesto para que pasaran delante de él.

Emma los presentó sin demasiada ceremonia y la camarera se acercó para tomarles nota.

—Yo no quiero nada, gracias —dijo Montse.

—A mí tráeme un Strawberry Cheesecake —dijo Emma.

—De algo tiene que servir que coma como un pajarito —dijo Montse refiriéndose a su amiga pero mirando Ed—. ¿Qué tal tu peli?

—Bien —dijo él—. ¿Y la vuestra?

—Pse —respondió—. Así que eres piloto.

Ed frunció el ceño, no recordaba haberlo mencionado, así que estaba claro que habían estado hablando de él. Puso cara de circunstancias y sonrió.

—Pues sí, piloto.

—Eres muy joven para ser piloto, ¿no? —siguió Montse.

—Desde luego, no soy de los mayores, pero hay algunos más jóvenes que yo —respondió.

—Pues yo no me sentiría segura con un piloto más joven que tú, la verdad —dijo Montse.

—He llevado varias veces una copiloto que tiene veintiún años. Se llama Karen y será una estupenda comandante —dijo sonriendo y Emma pensó que sus ojos brillaban más cuando sonreía.

—¡Veintiún años! —exclamó Montse—. Eso es solo un poco más joven que Emma.

Ed asintió.

—Es inglesa y lleva pilotando desde los trece años con su padre, que también es piloto.

—Pues lo siento mucho, pero yo me subo a un avión y veo que el piloto tiene el aspecto de Emma y me bajo —dijo Montse muy seria.

—Lo peor es que lo haría —dijo su amiga sonriendo.

El móvil de Montse vibró encima de la mesa y vio la foto de Roger en la pantalla.

—Me tengo que ir, chicos —dijo poniéndose de pie—, mañana tengo que levantarme temprano para ir a trabajar. No como otras.

—Sabes que me levanto siempre antes que tú, aunque trabaje en casa —dijo Emma.

Ed se levantó también y esperó mientras las dos amigas se daban dos besos de despedida.

—Encantada de conocerte, Ed —dijo Montse dándole también un par de besos—. Emma vive en Enrique Granados, acompáñala a casa, por favor.

El piloto sonrió antes de responder.

—Por supuesto, si ella me lo permite —dijo.

Montse salió de la cafetería y volvieron a sentarse.

—Te pido disculpas en nombre de Montse —dijo Emma un poco incómoda—. Es un torbellino y a veces no se da cuenta de lo atrevida que puede llegar a ser.

—A mí me ha parecido encantadora —dijo Ed sonriendo.

Emma se relajó.

—¿Vienes solo al cine a menudo? —preguntó.

Ed asintió.

—Cómo mínimo dos veces al mes —dijo—. Vengo solo porque el cine es una pasión para mí, no un mero entretenimiento. Nada de palomitas y Coca-

Cola, ya me entiendes.

—Me encantan las palomitas —dijo ella sonriendo.

—A mí también me gustan, pero no en el cine —dijo él—. Salíais de una sala de reestreno.

Emma bebió de su batido antes de responder.

—Sí, por eso venimos los martes —dijo—, lo hacemos de vez en cuando, es extraño que no nos hayamos visto antes.

—Bueno, quizá nos hayamos visto, pero no nos conocíamos.

—Tienes razón.

Emma no dijo que le parecía poco probable. De haberlo visto se habría fijado.

—Así que Pol y tú erais amigos de la infancia —dijo Ed.

—Sí —dijo ella—. Los dos nacimos y crecimos allí, pero yo me marché a Roma con quince años.

—Con tu tío —dijo él recordando.

—Sí, con mi tío y su marido —dijo ella.

—¿Están casados? —preguntó Ed.

—No oficialmente, ya sabes, es Roma...

—Tengo entendido que Italia ya ha aprobado el matrimonio entre personas del mismo sexo —dijo Ed.

Emma asintió mientras bebía de su pajita.

—Sí, y quizá algún día se planteen casarse, aunque lo dudo. Son dos espíritus libres, nunca han dado importancia a esas cosas.

—Supongo que es una cuestión práctica —dijo Ed.

Emma volvió a asentir.

—Sus finanzas van bien y hasta ahora no han tenido que preocuparse por cosas prácticas. Aniello es chef, tiene un restaurante, y mi tío es escritor...

—Lo sé —dijo Ed—. Miguel Bonastre.

Emma asintió.

—¿Lo conoces?

—Sí —dijo él sorprendiéndola—. He leído algunas de sus novelas.

—¿En serio? —dijo Emma emocionada—. No es que me extrañe, escribe increíblemente bien y sus libros son maravillosos, pero es que aquí en España no tiene muchos lectores, la verdad. No está considerado un escritor de bestseller precisamente. Montse es su editora.

—¿De eso os conocéis?

Emma asintió.

—Cuando decidí que volvía a España mi tío habló con ella para que me cuidase —sonrió—. Por suerte Montse merece mucho la pena. Nos llevábamos bien desde antes.

—¿Y cómo es que decidiste volver? Roma no es una ciudad que se abandone fácilmente.

—Cierto —dijo Emma con una sonrisa relajada—, adoro esa ciudad. Pero cuando Gabriel Lombardo se interesó por mi obra pensé que había llegado el momento de regresar. Supongo que la tierra tira...

—No lo sé —dijo Ed jugando con su copa—. Yo a veces no sé ni dónde estoy.

—Debe ser muy emocionante ser piloto —dijo Emma.

—Al principio, como todo —dijo él.

—Yo no podría hacer otra cosa que no fuese pintar —dijo Emma—. He conocido a pintores que trabajan en oficinas en horario de mañana y por la tarde se dedican a su vocación. No sé cómo pueden hacerlo. Me parece admirable su esfuerzo, pero yo no podría.

—Supongo que a la fuerza ahorcan —dijo él.

—Evidentemente —reconoció Emma—. Soy muy afortunada.

—Estoy leyendo *Cuero en los huesos* —dijo él mirándola con interés. Era la última novela de Miguel—. Es lo mejor que he leído en mucho tiempo. La protagonista es aterradoramente real con ese mundo interior tan estremecedor.

Hablaron durante más de una hora enlazando un tema con otro sin darse cuenta del tiempo que había pasado. Ed pagó la cuenta y salieron del centro comercial.

—Mi padre también era piloto, eso fue determinante, supongo.

Caminaban por la Avenida Diagonal hacia el piso de Emma. Hacía una noche muy agradable y paseaban sin prisa, disfrutando de la charla y la compañía mutua.

—Mi hermana y yo estamos muy unidos, supongo que el hecho de que muchas veces solo nosuviésemos el uno al otro influyó en nuestra relación. Mi padre estaba mucho tiempo fuera de casa.

—¿Y quién os cuidaba?

—Hasta que cumplí los nueve años, Pilar, una mujer que incluso se quedaba a dormir con nosotros y a la que nunca quisimos como a una madre —dijo Ed sonriendo al ver la expresión desconcertada de Emma—. Es que todo el mundo nos preguntaba eso y no, ya sé que eso sería lo lógico, pero es que a

Pilar no le gustaban los niños y para ella solo éramos trabajo. Nos cuidaba bien, no me malinterpretas, nunca tuvo una mala palabra para nosotros, pero no le inspirábamos ningún afecto. Cuando mi padre decidió prescindir de sus servicios, ninguno de los tres se sintió especialmente triste.

—Y a partir de entonces, ¿quién se encargó de vosotros? Con nueve años todavía eras un crío.

—Herminia, la portera. Ella nos vigilaba y nos hacía la comida cuando mi padre no estaba. A nosotros nos gustó el cambio porque nos daba independencia y nos hacía sentir mayores. Subía a vernos a la hora de dormir y recogía la cocina mientras esperaba a que nos quedásemos dormidos. —Ed sonrió abiertamente al pensar en ella—. Gracias a ella, todo fue mucho más fácil cuando murió nuestro padre. Aunque yo ya había cumplido los diecinueve años, su cariño fue de gran ayuda. Y su pastel de carne, también.

—Deduzco que a Herminia sí le gustaban los niños —dijo Emma sonriendo con dulzura.

—¡Le encantan! —dijo Ed—. De hecho adora a Javier, ese pequeñajo nos ha quitado el lugar preferente en su corazón por completo.

—Debe ser una mujer muy especial —dijo Emma.

—Lo es —reconoció Ed—. Fue una bendición para Joana y para mí cuando nuestro padre enfermó.

Emma lo miró con interés pero sin preguntar nada, era partidaria de que cada uno contase lo que quisiera, sin interrogatorios.

—Cáncer —dijo él, como si pudiese leerle el pensamiento—. Fulminante. Se descubrió un bulto en el hombro, eran los ganglios supraclaviculares. Fue al médico un lunes y murió el sábado de madrugada.

Emma se tapó la boca para ahogar el exabrupto que le salió espontáneo de la garganta. Ed asintió repetidamente.

—Una grandísima putada, sí —dijo.

—Ya hemos llegado —dijo Emma deteniéndose delante de su portal.

Ed miró el edificio y después asintió.

—Espero no haberte dado mucho la paliza, no suelo hablar tanto y nunca de estas cosas, no sé qué me ha pasado...

Emma sacó las llaves del portal y después de dudar unos segundos finalmente se decidió a darle dos besos.

—Buenas noches —dijo con timidez—. Gracias por el paseo

—Buenas noches —respondió Ed.

Un montón de malentendidos

«La grandeza del hombre está en ser un puente,
no una meta».
(Nietzsche)

Salió del baño envuelta en una toalla y se sentó en el borde de la cama. Sacó la crema de manos del cajón de la mesilla y se quitó los anillos antes de untarse con ella. Se quedó pensando durante unos minutos en Ed. El elegante y apuesto piloto la había hecho sentir tan cómoda durante la charla y el paseo hasta su casa...

Era un hombre especial, no solo porque fuese piloto siendo tan joven, ni porque fuese tan sumamente atractivo. Lo que más la había sorprendido era la enorme ternura que desprendía cuando hablaba de su hermana, el gran cariño que sentía por la portera que cuidó de ellos durante años o las comprensivas palabras que tenía hacia su padre, a pesar de que resultaba evidente que no pudo dedicarse por completo a ellos.

—Y es guapísimo —susurró.

Su cabello era de un rubio ceniza que hacía resaltar sus ojos azules. Aquel chico tenía antepasados nórdicos o sajones. Hay cosas que se heredan, pero lo que estaba claro era que aquel cuerpo perfecto requería de mucho trabajo en el gimnasio, además de una buena genética. Era digno de ser pintado. Sonrió perversa, acababa de imaginárselo sosteniendo una espada completamente desnudo. No estaba segura de que aquella fuese la imagen que él eligiese para que lo pintaran, pero sin duda sería la que elegiría ella.

Se levantó para abrir el último cajón de la cómoda, aún con la sonrisa en los labios. Allí estaban sus viejos cuadernos repletos de bocetos sobre el proyecto de Riell. Algunos de aquellos bocetos se habían convertido ya en pinturas de gran tamaño.

Al mover los cuadernos se topó con uno muy especial. Dos días después de que les contara todo lo que había pasado, Miguel le puso en las manos un cuaderno amarillo con una mariposa labrada en la tapa.

—Debes dibujarlo todo —dijo—. Tus sueños y tus pesadillas. Todas las cosas ocurren por alguna razón y es nuestra misión darles sentido.

Aniello se había acercado a ellos secándose las manos en un trapo de cocina.

—Las cosas que no tienen sentido nos hacen débiles y vulnerables —dijo el cocinero—, porque nos someten a la tiranía del azar.

Miguel había mirado a su marido con una sonrisa cómplice y luego se había vuelto de nuevo a su sobrina.

—Pintar puede ser un buen sentido, ¿no te parece? Y si no, al menos sacarás todo eso fuera de tu cabecita —dijo Miguel con cariño—. Sigue dibujando, pequeña, sigue contando todo lo que sueñas de ese pasado, de ese lugar lejano en el que te ves. Pero añade ahora lo que has vivido. No sé si conseguirás respuestas, pero lo que es seguro es que no te hará ningún daño.

Emma buscó aquel cuaderno con la mariposa y volvió a sentarse en la cama abriéndolo al azar. Allí estaba el abad de Suverte, cuando solo era un monje más del monasterio, tratando de disimular su tristeza porque Arnau se marchaba para empezar su nueva vida. Los dos conteniendo las lágrimas mientras se cogían las manos. Como si fuesen padre e hijo.

Cerró el cuaderno y apoyó la cabeza en la pared, pensativa. Había leído todo lo que se había escrito sobre la historia de Riell. Conocía a los personajes que la protagonizaron. Ramón, el Señor de Riell; su hermano Bertrand, que se convertiría en el abad del Monasterio de Suverte. El hijo bastardo de Ramón, Arnau, que creció bajo el ala de su tío, seguramente sin saber que lo era...

Miguel era un grandísimo historiador y cuando supo de su interés por la época se dedicó a conseguirle todo lo que se había escrito sobre el tema. Pasaron largas tardes revisando la información. Recorrieron juntos los pasajes de aquellos lejanos días de la Alta Edad Media...

El teléfono vibró en la mesilla sacándola de su abstracción. Miró la pantalla y sonrió al ver el nombre que aparecía en ella.

—No son horas de llamar por teléfono.

—Estoy seguro de que sabes que hay una opción en el móvil que se llama «no molestar» —dijo Pol al otro lado.

—¿Lo dices en serio?

Emma escuchó una voz femenina que le preguntaba qué había dicho.

—Joana piensa que soy un impresentable por molestarte a estas horas —dijo Pol volviendo a hablar con ella.

—Tranquilo, estaba despierta —dijo Emma mirando el cuaderno sobre sus piernas—. Pensaba en el Señorío de Riell y en cómo un montón de

malentendidos acabaron con un montón de gente.

—Hablando de eso. Me he informado sobre Godemir y Berenguer, después de nuestra charla me quedé con la curiosidad.

Emma sonrió con evidente satisfacción.

—Godemir era el primogénito del conde Carlos de Leuda —explicó Pol—. Y Berenguer el único hijo de Ennego, vizconde de Farlás. Berenguer mató a Godemir y huyó a Francia. Su padre, al descubrirlo, se colgó y se autoinculpó de la muerte para salvar a su familia, cediéndole al conde todas sus posesiones.

—¡Vaya! —exclamó sorprendida—. Veo que has leído a López de la Cuadra.

—Y también a Francesco Linardi —explicó él—. Según Linardi esa fue la auténtica causa de la masacre de Riell.

—Ahí empezó todo, sí. Aunque podríamos remontarnos a la infancia y adolescencia de Godemir y Berenguer, hay detalles que indican que probablemente siempre fueron rivales.

—Es un tema muy interesante del que podríamos hablar mucho mejor comiendo. ¿Te va bien mañana?

—¿Llamabas para invitarme a comer? —preguntó riendo.

—Veo que no has perdido tus dotes de adivinación —dijo Pol con sorna—. Joana quiere participar de la conversación, así que ha pensado preparar una comida especial para conocerte. Esto de estar de vacaciones es una maravilla. Deberías probarlo.

—Está bien —dijo Emma a la invitación sin hacerse de rogar.

—Apunta la dirección —la voz de Pol no mostró ninguna sorpresa.

—Bienvenida. —Pol fue quien le abrió la puerta con su hijo en los brazos—. Javier, esta es la tía Emma.

—Emmma —dijo el niño recreándose en el sonido de la m.

—Hola, guapo —dijo ella sonriendo.

El niño le ofreció el bastón que se estaba comiendo.

—Es su manera de darte la bienvenida —dijo Pol con una sonrisa.

—Hmmm. ¡Qué hambre tengo! —dijo Emma, y dio un mordisco al pan.

Joana se acercó a recibirla.

—Hola, Emma —dijo con una sonrisa y acto seguido le dio un par de

besos—. Pasa, pasa, estás en tu casa. Ya conoces a Ed, ¿verdad? Nos ha contado que os encontrasteis en el cine.

—Hola —dijo el piloto acercándose a saludarla también.

—Hola —respondió ella contenta de verlo allí.

—Si me das el bolso lo dejo en la habitación —dijo Joana solícita—. Voy a acostar a Javier, es hora de su siesta.

—Gracias —dijo entregándole el bolso después de sacar su móvil.

—Ed, enséñale el piso a Emma mientras Pol se ocupa del asado —dijo su hermana—. Haz que se sienta cómoda.

—Y esta es la terraza. —Ed se apartó para que ella pudiera salir.

Era una terraza amplia y muy luminosa, con suelo de terracota y paredes de ladrillo vista. En el lado derecho habían colocado un sofá y dos sillones de ratán con una mesita en el centro. Las plantas, todas de hoja verde y sin flores, rodeaban el contorno. En el lado izquierdo, dos tumbonas y un baúl de madera.

—Es un ático precioso —dijo Emma poniéndose de pie—, tu hermana y Pol tienen muy buen gusto.

—Espero que no te importe que me haya apuntado a la comida —dijo mirándola a los ojos.

—Me parece estupendo que hayas venido. Todo esto es un poco raro, contigo aquí será más fácil —dijo ella con sinceridad.

—Me alegra oír eso —dijo él sonriendo—. ¿Tienes algo pensado para después?

—Pues voy a pasarme por la sala Lombardo, me han preparado una pequeña reunión.

—¿Te molesta si te acompaño? Me gustaría ver tus cuadros y sería un lujo tener a la pintora cerca.

—Por supuesto que no —dijo Emma sonriendo—. Me encantará que vengas.

Ed sonrió satisfecho.

—Perfecto.

—Debe ser fascinante ser una pintora de éxito —dijo Joana poniendo su mejor sonrisa—. Bueno, en realidad debe ser fascinante tener éxito en cualquier ámbito que a uno le interese.

—No soy una pintora de éxito —dijo Emma con sinceridad—. No creo siquiera que ese concepto exista. Los pintores no salimos en las revistas de moda, ni nos entrevistan en la tele, ni tenemos un programa en la televisión nacional. Interesamos a un grupo muy reducido de personas. A la mayoría de la gente les gusta Velázquez o Van Gogh, no les interesa una pintora joven que todavía respira y que está empezando. Eso no da dinero.

Todos se echaron a reír y Emma se dio cuenta de que se sentía muy cómoda.

—El dinero lo mueve todo —dijo Joana—, aunque a una le gustaría pensar que en el arte es diferente.

—Pues siento decepcionarte —negó Emma.

—Espero que no me digas que también te pasa como a los demás y tu trabajo se acaba haciendo rutinario y aburrido —dijo Joana haciéndole a Pol un gesto con la mano para que le sirviese más vino.

—El de tu hermano seguro que no —dijo Emma volviéndose hacia Ed—. No creo que llevar un avión lleno de gente pueda resultar aburrido, por mucho que él diga.

—Hoy día prácticamente lo único que hace el comandante es despegar y aterrizar, el resto es mirar las lucecitas del panel —dijo Ed con expresión falsamente seria.

—Sí, claro, enciendes el piloto automático y te pones a leer lo último de Stephen King —dijo Emma sonriendo.

—Hay cosas mucho más complicadas que ser piloto —dijo Ed.

—Ser el mejor hermano del mundo, por ejemplo —dijo Joana mirándolo con cariño—, sobre todo si eres demasiado joven cuando te caen encima un montón de responsabilidades.

Emma la miró con interés.

—Nuestra madre murió al nacer yo —explicó Joana—. Y nuestro padre siempre estaba viajando, también era piloto...

—Ya se lo conté yo, Joana —dijo Ed—. Emma va a pensar que no tenemos otro tema de conversación.

Ed guiñó un ojo a su hermana y ella se levantó, dio la vuelta a la mesa y lo abrazó besándolo en la mejilla reiteradamente.

—Seguro que no se lo has contado todo. Ed tenía diecinueve años cuando nuestro padre murió, pero llevaba ya mucho tiempo haciendo de superhéroe para mí —dijo Joana sin soltarlo, mirando a Emma.

—¿No habrás puesto miel en la carne? —preguntó Ed mirando a su cuñado

con cara de agobio, a lo que Pol asintió muy serio—. Te tengo dicho que nada de dulce, que se pone la mar de empalagosa.

Joana le sacudió el hombro con fingido enfado y volvió a su sitio en la mesa.

—El médico le prohibió el azúcar por esto —dijo Ed inclinándose hacia Emma—. Es como un gremlin, si le das algo dulce se pone insoportablemente ñoña. ¿Verdad, Pol?

—Doy fe —confirmó su cuñado muy serio.

—No les hagas ni caso, Emma —dijo Joana moviendo la cabeza como si los diese por imposibles—. Siempre se están metiendo conmigo, pero a mí me importa un pito. ¿Tú tienes hermanos?

Emma miró su plato y jugó con el tenedor sin contestar.

—¿Habéis visto el vídeo del maletero de Iberia? —preguntó Pol atrayendo la atención de todos y cogiendo su móvil para buscarlo—. Lo pillaron *in fraganti* tirando las maletas como si fuesen sacos de serrín.

—Háblanos de tu trabajo, Emma —pidió Joana cuando agotaron el tema del impresentable al que los viajeros habían grabado con sus móviles.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Emma.

—No sé —Joana sonrió con timidez—. ¿Cómo te inspiras? ¿De dónde sacas la idea? Esas cosas.

—¡Ufff! No sabría cómo explicarlo.

—¿Tienes una jornada de trabajo? —siguió Joana—. Quiero decir... ¿Planificas las horas en las que pintas? ¿Sabes lo que vas a pintar?

Todos la miraron con curiosidad manifiesta.

—Bueno —empezó ella—, soy bastante organizada, lo cual le quita un poco de glamour al asunto, lo sé. Suelo hacer bocetos, muchos bocetos. Dibujo, estudio... No dejo de aprender. Y pinto todos los días. Procuro que cuando me llega la inspiración me pille trabajando, como decía Picasso. Pero te aseguro que cuando llega no te gustaría estar allí. He llegado a pintar hasta caer rendida después de varios días alimentándome como un pajarito. Sin dormir, sin salir del estudio. Horrible.

—¡Oh! —exclamó Joana imaginándoselo.

—Mi tío odia esa fase —siguió contando—. Muchas veces se iba de su casa para no verme.

—No es que sea una entendida —dijo Joana—, pero me gusta el arte en general. Soy diseñadora gráfica, me van los ordenadores más que el pincel, pero he visto un reportaje sobre tu exposición y creo que eres realmente

buena.

Emma sonrió con timidez.

—Gracias.

—Pol y yo iremos el martes a verla —dijo entusiasta—. No hemos ido aún porque yo tenía que terminar un trabajo urgente.

—¿Tú diseñas páginas web? —preguntó Emma.

—Sí y adoro mi trabajo —respondió Joana—. Me siento muy afortunada por poder dedicarme a lo que me gusta. Además me encanta trabajar desde casa. Tiene sus inconvenientes, como que no tendríamos por qué arreglarnos, pero procuro comportarme como lo haría si trabajase fuera de casa.

—¿Os apetece un chupito con el postre? —preguntó Pol levantándose.

Hablaron de todo un poco, aunque pasaron de puntillas por la infancia de Pol y Emma. Comentaron algunos momentos, como el rayo que rompió la torre de la iglesia. Mencionaron de refilón a Carmeta y el *Turó de Cavallers* y de repente Emma ya estaba en Roma hablando de sus tíos y de lo mucho que disfrutó estudiando Bellas Artes.

Joana observaba a su marido con disimulo y fue plenamente consciente de la electrizante relación que había entre ellos dos. Intuía cierta tristeza en sus gestos y también en algunas miradas que se cruzaron. Habría querido decirles que podían hablar de ello sin miedo y sin tapujos, que estaban entre amigos. Pero hay cosas que no se pueden decir aunque sean ciertas.

Emma jugó con Javier y su camión de bomberos, le escenificó un cuento haciendo que el niño se riera a carcajadas y fingió comerse sus galletas. Después Joana le enseñó las fotos y el vídeo de la boda, que, contrario a lo que ocurre en general, fue realmente divertido. Y a las siete Emma miró el reloj y se levantó del sofá de un salto.

—¡Las siete ya! —exclamó—. Deberíamos irnos o llegaremos tarde.

—Tenemos un paseo de media hora hasta la Sala Lombardo —dijo Ed poniéndose también de pie.

—¿Tú también vas? —preguntó Joana sorprendida.

Ed asintió y su hermana sonrió satisfecha.

—Me ha encantado conocerte, Emma —le dijo Joana cuando se despedían en la entrada—. Espero que vengas a visitarnos a menudo.

Emma asintió y le dio dos besos con sincero afecto.

—Yo también me lo he pasado muy bien —dijo y se volvió a Pol—. Tienes una familia maravillosa.

—Lo sé —dijo él y después la abrazó con cariño—. Y, ahora que nos

hemos reencontrado, espero que tengas claro que formas parte de ella.

Joana sintió una punzada involuntaria que desechó rápidamente.

—Pasadlo bien —dijo después de despedir a su hermano ya en el rellano.

El piloto y la bruixa

«El valor de una cosa consiste
en lo que se haga por obtenerla».
(Nietzsche)

—El *EICAS*.

—¿El qué? —Emma se puso ojiplática.

—*Engine Indicating and Crew Alerting System* —dijo Ed con una perfecta dicción en inglés—, que sería algo así como la lucecita que se enciende en el panel cuando pasa algo. Si es roja no puedes apagarla hasta que se soluciona el problema, si es amarilla puedes cancelarla, pero debes tratar de solucionar el asunto lo antes posible.

—¡Dios! Se me ponen los pelos de punta solo de pensarlo.

—Así se me han puesto a mí alguna que otra vez, sí —reconoció el piloto.

Hacía quince minutos que disfrutaban de sendos batidos en *El Racó*, después de haber dado buena cuenta de dos hamburguesas. Habían pasado dos horas y media en la sala de exposiciones y cuando salieron estaban los dos famélicos.

—Los aviones son muy seguros —siguió diciendo Ed sin dejar de sonreír por su expresión asustada.

—Eso dicen en las agencias de viajes.

—Y tienen razón, solo tienes que contar los aviones que despegan y aterrizan en un aeropuerto y hacer la cuenta de cuántos sufren algún percance grave. De todas maneras, si quieres viajar más tranquila, un estudio de la Universidad de Greenwich dice que los asientos más seguros son los que están al lado de las puertas de emergencia. Y mejor detrás que delante, contrariamente a lo que piensa la mayoría.

—Claro, por eso el piloto va delante...

—No le queda más remedio, me temo —dijo Ed sonriendo—. Ese estudio también habla de que es más seguro viajar solo porque, si viajas con alguien a quien quieres, te preocuparás de proteger a esa persona, lo que aumenta el peligro para ambos.

Emma frunció el ceño, no estaba de acuerdo con aquella afirmación. Ella

siempre viajaba sola y envidiaba a las familias que viajaban juntas. Estaba segura de que en caso de tragedia era mucho más fácil sobrevivir si hay contigo personas a las que les importas.

—¿No me crees? —dijo Ed al ver su expresión—. Te pondré un ejemplo: la señora Gómez va de viaje a ver a su madre, que vive en las Canarias, y lleva a su pequeño Roberto de tres años para que conozca a su abuelita. Durante el vuelo ocurre un problema en el fuselaje y caen las mascarillas de oxígeno, ¿qué crees que hará la señora Gómez?

—Pues cogerá la mascarilla y se la pondrá a su niño mientras aguanta la respiración y después se colocará la suya.

—Ya, pero es que Robertito tiene tres años y no se está quieto porque está muy asustado. Cuando la señora Gómez ha conseguido ponerle la mascarilla de oxígeno a su hijo, ya no tiene fuerzas para colocarse la suya y pierde el conocimiento. El niño es demasiado pequeño para entender lo que pasa y al ver que su madre no responde, se quita esa molesta cosa que tiene delante de la boca, y los dos morirán irremediabilmente.

Emma lo miraba sorprendida.

—¡Dios mío! —susurró—. Tienes razón...

—Lo correcto es que ella se ponga la mascarilla primero, lo más rápidamente posible, para poder después ayudar a su hijo con mayor seguridad. Se trata de actuar con inteligencia, no con el corazón.

—¿Estás intentando asustarme?

—¿Por qué dices eso? Si necesitas que alguien te diga cuándo debes tener miedo es que hay algo en tu cerebro que no funciona correctamente. Todos sabemos cuándo debemos tener miedo: cuándo está en nuestra mano evitar el peligro. No tener miedo a nada es de necios, tenerle miedo a todo, de estúpidos.

—Yo solo le temo a estar en una cama de hospital, conectada a una máquina e inconsciente hasta morir, las enfermedades degenerativas y el cáncer, solo eso. ¿De qué te ríes? —preguntó Emma contagiándose de su risa.

—Eso son muchas cosas —respondió riéndose.

—Vete a la porra —dijo Emma moviendo la cabeza.

—¿Quieres otro batido? —preguntó Ed señalando la copa vacía de Emma.

—Dime la verdad, ¿alguna vez tienes miedo? —preguntó ella después de negar a su pregunta.

—Cuando voy al dentista —dijo Ed.

—Qué gracioso. Me parto contigo —respondió Emma con burla.

—En los años que llevo pilotando no he tenido ningún percance grave —dijo poniéndose serio—. Las películas americanas han hecho mucho daño a nuestra profesión.

—Y los calendarios navideños a los bomberos —dijo ella riendo. Se sentía muy cómoda con él—. Cada vez que conoces a un bombero una espera que sea como los de esos calendarios.

—Me temo que sobre ese tema no puedo opinar —dijo Ed—. No conozco a ningún bombero.

Emma se echó a reír y Ed ensanchó su sonrisa.

—¿Te gusta viajar? —preguntó el piloto.

—Me encanta —respondió convencida—. Tú debes verlo de otro modo, claro, todo el día para arriba y para abajo.

—No es lo mismo viajar que pilotar un avión —dijo Ed negando con la cabeza—. Viajar me gusta muchísimo.

—¿Cuál es tu ciudad favorita? —preguntó Emma.

—Roma —dijo—. Suelo ir una vez al año.

Emma sonrió.

—A mí también me encanta —dijo.

Ed asintió.

—Para ti debe ser aún más especial. Has vivido allí, debes conocerla muy bien.

—Es una ciudad intensa y profunda. Cuando caminas por sus calles es como si el peso de los que vivieron en ella la asentase con firmeza sobre la tierra. Tiene presencia y no deja indiferente a nadie.

—¿Puedo preguntarte por qué te marchaste a vivir allí?

Emma lo miró mientras jugaba con la pajita de su batido.

—Cosas de familia —dijo con ambigüedad.

Pidieron dos cafés.

—Y ahora te vas a Florencia —dijo él cuando volvieron a quedarse solos.

—Pasado mañana —respondió ella.

—Entonces no tenemos mucho tiempo —dijo él enigmático, y Emma lo miró con curiosidad—. Habrá que aprovecharlo.

Aquella mirada de Ed estaba empezando a ponerla nerviosa.

—Eres una pintora maravillosa —dijo por fin.

—¡Dios! ¡Creí que no ibas a decir nada en toda la noche!

Ed se echó a reír a carcajadas.

—No se puede negar que sé ponerle emoción al asunto —dijo—. No, en serio. Necesitaba tiempo para digerir lo que he visto. Esos colores... casi te golpeaban al entrar en la sala. Y tienes un don natural para captar las emociones. La niña abrazada a su perro es sublime.

Emma sentía que se le hinchaba el pecho y en cualquier momento desplegaría las plumas en todo su esplendor si no paraba de adularla.

—Me alegra mucho que te haya gustado.

Se miraron sin hablar durante unos segundos que resultaron electrizantes. Casi podían verse las chispas saltando a su alrededor.

—¿Sigue en pie lo de mañana por la noche? —preguntó Ed.

—Claro.

—No me gusta la idea de que te marches a Roma otra vez. —Montse la miraba con el ceño fruncido.

—No voy a Roma, voy a Florencia —aclaró su amiga—. Al palacio de Federicco Tarenzi.

—También, ya le vale al Tarenzi ese, podría haberte recibido mientras estabas allí.

—No estaba en Italia. Me reuní con su secretario.

—Espero que Bonastre saque una buena historia de los Señores de Riell —dijo su amiga acompañándola hasta la cocina.

—Puedes darlo por hecho —dijo Emma dejando las tazas en el fregadero—. Miguel está trabajando ya en el primer borrador. Su idea es que el libro salga al tiempo que mi exposición.

—¿Por qué es tan importante la visita a ese palacio?

—Tarenzi tiene una colección enorme de documentos antiguos. Muchos de ellos fueron recopilados por Poggio Bracciolini y provenían del Monasterio de Suverte. Cuando hablamos con él nos dijo que posee un códice y una tabla pintada, además de varios objetos, que pertenecieron a la familia de Ramón de Riell.

—Pensaba que ya habíais visto todo lo que hay sobre ellos.

—Casi todo —afirmó su amiga.

—¿Cuándo te vas?

—El fin de semana.

—Vale, tienes tiempo de beneficiarte a ese bombonazo antes de irte —dijo Montse, refiriéndose a Ed—. ¡Dios, ese hombre no es de este mundo!

—Mira que llegas a ser idiota —dijo Emma moviendo la cabeza como si la diese por imposible.

—¡Pero si no puedo dejar de mirarle el culo cada vez que lo veo! —La editora puso los ojos en blanco y su amiga se echó a reír—. Venga, reconoce que te gusta.

—Eso es fácil —dijo Emma sin hacerse de rogar—. Me gusta bastante.

Julia estaba sola en casa, como siempre. Sentada en su mecedora, en su rincón favorito del salón, observaba el cielo que asomaba por la ventana. Mientras se mecía, las manos hinchadas se apoyaban en su regazo. Los anillos de oro que adornaban sus dedos parecían querer estrangularlos. La artritis había duplicado su tamaño y torcido sus falanges de un modo grotesco. La vida siempre le había quitado más de lo que le había dado. Se alegraba de haber tenido un solo descendiente. No le cabía más dolor en el pecho.

Desde muy pequeño Pol se mostró mucho más unido a su padre que a ella. Por más que hubiese dedicado horas a pensar por qué sentía aquel rechazo visceral hacia su madre, no consiguió nunca entenderlo. Lo amamantó igual que hacían las otras mujeres con sus hijos, cambió sus pañales, lavó su ropa y vigiló que no se hiciese daño. Le procuró todo lo necesario y más aún, pero el niño siempre encontró mejor refugio en los brazos de Javier que en los suyos.

Luisa y ella habían ido juntas a la escuela y se habían casado, una después de la otra. Pero Luisa siempre fue más lista, más guapa y más afortunada que ella en todo. No podía evitarlo, era un don natural, como pintar lo era para su hija.

Cuando Julia se quedó embarazada sintió que por primera vez su amiga sentía envidia de ella... Aceleró el vaivén de la mecedora apretando los agarrotados dedos en los reposabrazos. Javier era el único hombre al que había amado. El único capaz de despertar sus mejores sentimientos. ¿Algún día dejaría de doler la pérdida?

—Cuando esté muerta —susurró.

Emma llegó hasta el interfono y descolgó.

—Bajo —dijo.

—Espera —dijo el piloto al otro lado—, te traigo un libro y no creo que quieras ir cargando con él toda la noche.

Emma apretó el botón que abría la portería y esperó a que subiese, con la puerta de su piso abierta.

Subió los dos tramos de escaleras de dos en dos y llegó frente a ella con una enorme sonrisa y un libro en las manos.

—¿*El Conde de Montecristo*? —dijo Emma cogiéndolo sorprendida.

—Quería que comprendieses por qué mi madre tuvo a bien que me llamase Edmundo. En mi descargo te diré que es una edición de coleccionista —dijo Ed entrando en el piso tras ella, que se había puesto a pasar las páginas mientras caminaba con el enorme tocho hasta la mesa del salón.

—¡Es una preciosidad! —susurró Emma, maravillada—. Me encantan estas ediciones ilustradas. ¿Sales tú?

—Muy graciosa —dijo él, burlón—. Espero que sepas valorar también el texto.

—Debes saber que tengo la rara costumbre de aprenderme párrafos enteros —dijo Emma y después le sacó la lengua.

Ed recitó de memoria y con voz profunda:

—«Entonces su pecho se desgarró, en un interminable sollozo. Corrieron a torrentes las lágrimas que hinchaban sus pupilas; se puso de hinojos con la frente pegada al suelo, y a rezar por largo rato, repasando en su imaginación toda su vida pasada, y preguntándose qué crimen había cometido en aquella vida tan corta aún para merecer tan duro castigo, y así pasó todo el día».

—«¡Ay, mísero de mí, ay, infelice! —Emma había dejado el libro sobre la mesa y se había llevado el dorso de la mano a la frente—. Apurar, cielos, pretendo, ya que me tratáis así, ¿qué delito cometí contra vosotros naciendo? Aunque si nací, ya entiendo qué delito he cometido. Bastante causa ha tenido vuestra justicia y rigor; pues el delito mayor del hombre es haber nacido».

Ed hizo una reverencia admirado.

—Señorita Emma, tiene usted enormes talentos escondidos —dijo mirándola con fijeza.

—Supongo que has leído *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca —dijo Emma—. Está claro que Dumas también.

—Mira que lo han llegado a acusar de cosas al pobre hombre —dijo Ed—. Se le atribuyen una legión de negros literarios, así que lo del plagio es perfectamente aceptable.

Emma se encogió de hombros.

—La Historia es enigmática casi siempre. Cada uno cuenta la feria según le va.

—Leí *El conde de Montecristo*, por primera vez, a los nueve años —dijo Ed poniendo la mano sobre el libro.

—¿Por primera vez?

—Sí, lo he leído muchas veces.

—Yo también envejezco los libros a fuerza de leerlos. Te enseñaré mis fetiches literarios antes de que nos vayamos.

Caminó hasta la estantería que presidía la pared más amplia del salón. Ed se acercó a mirar los títulos de los libros y comprobó enseguida cuáles eran los que le habían dejado marca porque estaban manoseados y las tapas se veían gastadas.

—Ya veo —dijo volviéndose a ella con una sonrisa.

—Mucha gente pensaría que es un desperdicio releer libros cuando hay tantísimo que leer, pero mi relación con ellos va más allá de un mero entretenimiento —dijo Emma acercándose a él—. Este lo he leído tanto que me sé muchos pasajes de memoria.

Ed cogió *La sombra del crisantemo*, de Miguel Bonastre, como el que coge un tesoro. Tenía las tapas gastadas y las hojas habían engordado. Al pasar las páginas vio los dibujos que Emma había ido haciendo en algunas páginas.

—Mi tío odia que lo haga en sus libros, pero no puedo evitarlo, si me emociono cuando leo tengo que expresarme.

Emma dejó el ejemplar de *El conde de Montecristo* sobre una mesita.

—Pensé que tendrías una estantería para los libros que aún no has leído —dijo Ed.

—Sí, la tengo —dijo señalándola—. Pero no voy a guardarlo, lo empezaré hoy mismo cuando regrese de donde quiera que vayamos, que, por cierto, no me has dicho dónde va a ser.

—Vamos al teatro.

—¿Al teatro? —Emma se sorprendió

—A ver *Las brujas de Salem* —dijo Ed sonriendo.

—¿En serio? —Emma se echó a reír a carcajadas.

—No pude resistirme —dijo él—. Cuando miraba esta mañana la cartelera fue como si me enviaran una señal del más allá.

Ed le había contado que Julia, la madre de Pol, la llamaba la bruixa de

Riell.

—Eres increíble —dijo ella divertida.

—Después iremos a cenar a un restaurante al que voy a menudo.

—Si te conocen, podré sacar detallada información sobre tus citas —dijo ella asintiendo.

—¿Entonces ya es oficial? —preguntó Ed con aquella sugerente complicidad—. ¿Tenemos una cita?

Emma sonrió sin responder.

—Me gustaría ver tu cueva —dijo el piloto—, el lugar en el que te encierras a pintar durante horas y horas.

Emma amplió su sonrisa y le hizo un gesto para que la siguiese. Ed entró en la habitación y se paseó como si estuviese en una iglesia.

—¿Es el cuadro en el que estás trabajando? —preguntó señalando el lienzo que colgaba de la pared.

Emma asintió.

—Ya me queda muy poco —dijo contemplándolo también.

—Es muy grande —dijo admirado—, y magnífico. Ese caballo parece a punto de salir galopando. Y...

Emma sonrió divertida al ver que Ed la miraba boquiabierto.

—¿El jinete se parece a mí?

—Si te digo que lo pinté antes de conocerte pensarás que de verdad soy una bruja.

El piloto miró de nuevo al caballero. La pose no dejaba que se viese su rostro completo, tan solo una parte pequeña, pero aquel ojo azul y el cabello rubio... Volvió a mirarla y Emma se encogió de hombros.

—Será mejor que nos marchemos o llegaremos tarde —dijo y se dio la vuelta para salir de la habitación.

Odiar es sencillo

«Algunas madres necesitan tener hijos infelices,
pues de otro modo su bondad maternal no puede manifestarse».
(Nietzsche)

—Muchas gracias por todo, la cena ha sido una delicia —dijo Emma al despedirse de Sandra y Roberto, los dueños del restaurante y amigos de Ed.

—Nos encantará verte por aquí siempre que quieras —dijo Sandra dándole un par de besos.

Salieron del restaurante. La noche era apacible y serena, con una temperatura confortable. Atravesaron las pequeñas calles laterales hasta llegar a la Rambla.

—¿Que te gustaría hacer ahora? —preguntó Ed.

—Me iría bien un paseo para bajar la comida —dijo ella sonriendo—. Siento que voy a explotar.

—Te dije que acabarías con el brownie.

Emma asintió riendo, si hubiese estado sola en casa habría chupado el plato.

La pintora creía que caminaban sin rumbo hasta que se detuvieron frente a la casa de Ed, un edificio modernista de Puig y Cadafalch.

—Me dijiste que te gustaría verla —dijo él mirándola a los ojos con cierta tensión mal disimulada—. Pero si no quieres entrar...

Había pasado muchas veces junto a ella y siempre le había llamado la atención, pero la había mirado como se mira un edificio de esas características: con admiración y distancia. Se volvió hacia él con una sonrisa.

—Me encantaría verla —dijo.

Ed asintió y subió las escaleras de la entrada para abrirle la puerta.

Recorrieron todas las plantas entrando en cada una de las habitaciones. Ed iba explicándole cómo era la edificación original en la que vivió la familia del arquitecto, y los sucesivos cambios que había sufrido hasta llegar él.

—Cuando la compré contraté un despacho de arquitectura especializado para que estudiaran los planos originales y le devolviesen parte del encanto que había perdido con sus anteriores dueños —dijo orgulloso—. Te aseguro

que mi aportación al diseño de Puig i Cadafalch no es nada despreciable.

Emma no pudo evitar cierta decepción romántica. Había imaginado ventanas estrambóticas y espacios inútiles pero hermosos. Después de hacer un completo recorrido por la casa, sacó como conclusión que la persona que vivía allí amaba las cosas pequeñas y disfrutaba del lugar que era su hogar. Nada recargada, la decoración era de estilo minimalista y funcional, pero los detalles conseguían transformar cada estancia en algo único. Como el baúl con más de tres siglos de antigüedad a los pies del tatami que le hacía de cama. O la habitación con torno de alfarero con varias estanterías repletas de vasijas y jarrones, que habían llenado los momentos de soledad de su dueño. Esos eran tan solo algunos de los muchos detalles que le dieron una visión más clara del hombre que ahora la miraba con expresión divertida.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Estaba esperando la pregunta —dijo Ed riendo.

—¿Qué pregunta? —Emma no tenía ni idea de lo que esperaba de ella.

Ed señaló el torno sin dejar de mirarla.

—¿No me dirás que no has visto *Ghost*? —dijo.

Emma comprendió a qué se refería y se echó a reír.

—¡Claro, la escena del torno! —exclamó.

—Y la respuesta es no, nunca la he escenificado —dijo él moviendo la cabeza—. Aún.

Ella apartó la mirada, demasiado explícita para obviarla.

Cuando terminó la visita, se sentaron en el salón con una copa de vino dulce en la mano. Unas garnachas de L'Empordà, le había dicho Ed.

—Me gustaría acompañarte a Florencia —dijo Ed de pronto.

Emma lo miró sonriente, se quitó los zapatos de tacón y dobló las piernas subiéndolas con cuidado al sofá.

—La primera vez que te vi me ocurrió algo extraño —dijo Ed sonriendo también—. De verdad muy extraño, sentí una fuerte atracción. Ya, ya sé lo que estás pensando, pero no, no fue algo normal. Fue raro...

—A mí también me ocurrió —dijo ella, sorprendiéndolo.

Ed la miró muy serio y la intensidad de su mirada habló antes de que él pronunciase las palabras.

—Siento algo demasiado fuerte, Emma —dijo con intensidad—. Apenas nos conocemos...

Emma dejó la copa sobre la mesita que había junto al sofá y le hizo un gesto para que se acercase. El piloto se levantó de la butaca en la que estaba

sentado y dejó también su copa antes de acercarse a ella para besarla. Emma se tumbó en el sofá al tiempo que desabrochaba la camisa de Ed cuando se inclinó sobre ella. El beso del hombre se hizo más intenso y su lengua comenzó a jugar dentro de su boca. Había cierta urgencia en Emma, sus manos se movían rápido deshaciéndose de la ropa masculina mientras su boca se entregaba sin reservas.

De rodillas en el sofá, Ed la ayudó a quitarse el vestido y después desabrochó sus pantalones. Se besaban con ansia y las manos se movían por sus cuerpos con la misma precipitación. Fue ella la que decidió cómo sería, empujándolo a sentarse para poder colocarse a horcajadas sobre él. Lo deseaba como no había deseado a nadie en años.

—¿Tienes...? —preguntó.

Él asintió y señaló la cartera.

—Vaya —dijo ella con una sonrisa brillante—, parece que uno de los dos ya lo tenía claro.

—No te negaré que lo deseaba —dijo con voz profunda—. Mucho.

—¿En pasado? —dijo ella rompiendo el envoltorio—. ¿Ya no lo deseas?

Ed la atrajo hacia sí y la besó con tal ímpetu que el preservativo estuvo a punto de caérsele de las manos.

—¡Dios, cómo te deseo! —gimió contra su boca.

Una cálida sensación los envolvió y Emma cerró los ojos deleitándose con el momento y le buscó un sitio en el lugar en el que se guardan los buenos recuerdos.

—Tengo que contarte algo. —Emma estaba reclinada sobre él, con la espalda apoyada en su pecho, jugando con sus dedos—. Pol es mi hermano.

Lo soltó de golpe, sin avisos y sin preámbulos.

—¡Hostia! —exclamó Ed.

—Cuando nos enamoramos no lo sabíamos —siguió hablando a pesar de notar que se había puesto rígido—. Éramos unos críos.

Ed se levantó y los dos se vistieron. Aquel no era un tema para hablar en cueros. Fue hasta el mueble bar, cogió una botella de whisky y dos vasos y volvió al sofá ofreciéndole uno de los vasos a Emma después de llenarlo generosamente.

—Por suerte nos enteramos a tiempo —dijo Emma después de dar un largo trago.

—¿Quién...?

—El padre de Pol es mi padre —aclaró.

—Pero ¿tu madre no sabía lo que estaba ocurriendo entre vosotros? —preguntó Ed, visiblemente incómodo.

—Claro que lo sabía, pero su cobardía fue más grande que el amor que sentía por su hija. Fue Julia la que lo hizo saltar todo por los aires. Mi madre era una mujer devota, para ella todo es pecado. Tiene gracia, ¿verdad?

—Ninguna —negó Ed.

Emma dio vueltas a su vaso mirando cómo el líquido se movía por las paredes sin derramarse.

—Ahora comprenderás por qué Julia me tiene tan poco aprecio.

—Tú no tienes la culpa.

—No, no la tengo —dijo con naturalidad—. Pero los seres humanos somos muy básicos en nuestras emociones. Odiar es sencillo. Yo odié mucho a mi madre durante años.

Apuró el contenido de su vaso y le hizo un gesto a Ed para que volviese a llenarlo.

—Si no llega a ser por la madre de Pol no sé hasta dónde habría llegado con su silencio.

Ed negó la cabeza con expresión desconcertada. ¿Qué madre guarda un secreto así sabiendo lo que estaba pasando entre ellos?

—Aquella noche se dijeron cosas espantosas sin pensar que nosotros estábamos allí, con nuestros corazones adolescentes rompiéndose en pedazos. —Emma dio un largo trago y sintió la reconfortante calidez del líquido ambarino colándose por su esófago y llegando hasta el estómago—. Julia golpeó a mi madre, pero mi padre estaba mudo y pálido, tan blanco como la pintura de la pared.

Ed estiró el brazo y cogió una de sus manos tratando de transmitirle confianza. Emma sonrió.

—De eso hace ya mucho tiempo —dijo para tranquilizarlo—. Ya no duele, solo siento un poco de tristeza al recordar lo fácil que les resulta a algunas personas traicionar a aquellos que confían en ellos. A quienes los aman.

—¿Y al volver a veros? —preguntó Ed con cierto temor, bajando la mirada a su mano—. ¿Sentiste...?

Emma sonrió más abiertamente y lo soltó para acariciarle los rubios cabellos.

—Quiero mucho a Pol, pero aquello ya pasó —negó con la cabeza—.

Éramos dos críos, Ed.

—¿Por eso te fuiste con tu tío?

—Yo quería quedarme con mi padre, pero él estaba roto por dentro y no quería que yo lo viese así. Me pidió tiempo para recomponerse. Él mismo habló con mi tío para que me acogiesen. —Encogió las piernas y se abrazó a ellas—. Mis tíos son dos grandes personas, te lo aseguro. Me hicieron ver las cosas tal y como eran, sin dramas ni tragedias griegas. Me hablaron de ellos y de lo mucho que les costó que su relación funcionara. Me hablaron de la vida. Yo solo tenía quince años y el caos más absoluto en mi cabeza. Necesitaba personas maduras que me hablasen de la vida real. No sé qué habría hecho sin ellos.

Ed la atrajo con suavidad y Emma se acurrucó en su pecho sintiendo el calor de su abrazo.

—Gracias por contármelo —dijo él inclinando la cabeza para mirarla—. ¿Significa eso que no me consideras un simple rollo?

Emma le rodeó el cuello con sus brazos.

—Qué pena que tengas que trabajar —dijo apretándose contra él—. Me encantaría que vinieses conmigo a Florencia.

—¿Estás tratando de seducirme?

Emma asintió.

—Pero aún estás a tiempo de librarte de mí —dijo—. Todavía no te he lanzado un conjuro para que caigas rendido a mis pies.

—Estoy preparado para responderte a eso ahora mismo —dijo con mirada perversa al tiempo que la presionaba con su erección.

Emma asintió y Ed la atrajo hacia él y la besó suavemente en los labios. Sus brazos la rodearon y el beso se hizo más profundo. Se habían apresurado demasiado en volver a ponerse la ropa.

El principio del viaje

«El que quiere llegar en cierta medida a la libertad de la razón no tiene derecho a sentirse sobre la tierra otra cosa que un viajero».
(Nietzsche)

Cerró la cremallera de la bolsa y la dejó junto al sofá. Necesitaba un café y aún le quedaba tiempo antes de irse al aeropuerto. Habían dormido muy poco, Ed la había acompañado a su casa y después se había marchado directamente al aeropuerto para empezar su turno. Ella había intentado dormir un poco, pero no pudo, los sucesos de la noche volvían a ella para desvelarla.

Salía de la cocina con una taza en la mano cuando el timbre de la puerta la sacó de su abstracción.

—¿Quién es? —preguntó al llegar al interfono.

—Pol.

Emma bebió un largo sorbo de café y dio vuelta a la llave para abrir. Esperó junto a la puerta a que su amigo apareciese en el rellano de la escalera.

—Buenos días, de pocas no me pillas —dijo sonriendo—. ¿Quieres un café?

—No, gracias —dijo él—. Ya he tomado demasiado café hoy.

—¿Demasiado café? —dijo Emma entrando en el piso y dejando que él se encargase de cerrar la puerta—. ¿Eso es posible?

Entraron en el salón.

—¿A qué hora sale tu vuelo? —preguntó Pol.

—En dos horas y media.

—¿Y no deberías estar yendo hacia el aeropuerto? —preguntó él.

—No voy a facturar —dijo ella señalando la bolsa.

—¿Ed no te dio un pase especial? —preguntó sorprendido.

—Me lo ofreció, pero no me gustan esas cosas —dijo—. Ya sabes, aprovecharse de los amigos y eso.

Pol asintió.

—Lo imaginaba —dijo—. Por eso he venido. Venga, que te llevo.

—No hace falta...

—Quiero y me da la gana —la cortó él con expresión decidida.

Emma sonrió y apuró el café de su taza.

—Voy a fregar la taza —dijo y Pol la siguió hasta la cocina.

Durante unos segundos se mantuvieron en silencio, hasta que Emma secó la taza y la colocó en el armario de nuevo.

—Me alegra lo tuyo con Ed —dijo cuando ella se volvió a mirarlo.

Emma sonrió pero no dijo nada.

—Joana ya lo sabe —dijo Pol con la misma expresión seria.

—Me alegro —dijo Emma asintiendo—. Ed también.

Pol suspiró y finalmente asintió.

—Ed es un gran tío, y no lo digo solo por Javier.

Sonrieron más relajados. Era increíble lo mucho que aliviaba saber que ya no tenían por qué ocultar el vínculo que los unía.

—Joana también es una buena persona y se nota que te quiere muchísimo —dijo Emma.

—Creo que las cosas están volviendo a su cauce después de todos estos años —dijo Pol—. Y ahora vámonos o no servirá de nada que yo te lleve hasta la escalinata del avión, no te dejarán entrar.

—*¡Lo dico che ho dimenticato! Quello che succede è che non si dica di me.*

—*Non chiedo nulla. So che lei e io deve aver pensato. Non mi sorprende affatto.*

Emma sonrió al verlos. Estaban esperándola frente a su coche fuera del aeropuerto de Peretola.

—¿Por qué discutís? —preguntó parándose junto a Aniello, que dio un saltito al escuchar su voz tan cerca.

Ninguno de los dos se había percatado de su llegada.

—*¡Ragazza, che spavento!* —exclamó el italiano.

Miguel se acercó a abrazarla.

—¿Has tenido buen viaje, cariño? —preguntó sin soltarla.

—Perfecto —respondió ella. Se apartó de su tío para saludar a Aniello, que ya se había recuperado del susto.

—Va, decidme por qué discutíais —dijo ella mientras Miguel guardaba su bolsa de viaje en el maletero.

—Nada importante —dijo el escritor—. Aniello está perdiendo memoria.

—Eso es una sucia mentira —replicó rápidamente el italiano—, no me dijiste que lo cogiera.

—Como si hiciese falta decirlo —dijo Miguel, enfadado—. Tú te encargabas de los accesorios, eso dijimos.

—De eso nada —replicó Aniello—, yo hacía el inventario, del ordenador te encargabas tú, como siempre...

—No entiendo nada —dijo Emma y dándose por vencida se subió a la parte de atrás del coche.

—*Dove vai?* —dijo Miguel mirando a Aniello.

El cocinero no respondió y se sentó al lado de Emma.

—Prefiero ir contigo —dijo arrugando el morro.

Emma movió la cabeza sin creer que aquellos dos hombres tuviesen más de quince años.

—Vale, ahora soy el chófer —dijo Miguel malhumorado.

—Dejando a un lado vuestro terrible conflicto —dijo Emma—, vamos directamente al palacio de Federico Tarenzi.

—Te hemos echado de menos —dijo Aniello mirándola con ternura.

Emma le cogió la mano y se la llevó a la cara. Después puso la otra mano sobre el hombro de su tío.

—¡Y yo a vosotros! —exclamó con euforia.

—Tarenzi tiene muchas ganas de conocerte, es un apasionado de la pintura —dijo Miguel mientras conducía—. Pero ya te digo que es un tipo raro. Llena de pintura unos pequeños globos que se hace fabricar expresamente para él y los hace estallar contra un lienzo. Está convencido de que es un innovador, el pobre.

—El arte es algo muy subjetivo —dijo Emma.

—Está obsesionado con Poggio Bracciolini —dijo Aniello—. Lleva mucho tiempo insistiéndole a tu tío con que debería escribir una biografía.

—A mí no me interesan sus tejemanejes —sentenció Miguel.

—¿Llamas tejemanejes a rescatar libros y documentos que de no ser por él probablemente se habrían perdido para siempre? —preguntó Emma sin dar crédito—. Salvó muchos documentos del expolio que sufrieron innumerables monasterios en la época de la desamortización.

—No era en tono peyorativo —respondió Miguel—. Muchos de los escritos que él recopiló me han servido para documentar algunas de mis

novelas.

Emma miró por la ventanilla y disfrutó durante unos minutos del paisaje y de sus pensamientos.

—Dicen que nunca ha dejado ninguno de los objetos del Monasterio de Suverte, a pesar de que hay varios museos que se lo han pedido —dijo—. ¿Por qué crees que los guarda con tanto celo?

—No tengo ni idea. Federicco es muy suyo, ya lo verás. Es difícil sacarle información. Siempre parece asustado, como si creyera que todo el mundo quiere robarle —dijo Miguel—. Si no hubiese encontrado la carta por casualidad nunca habríamos tenido noticias del código de Bertrand de Riell.

Emma asintió con la cabeza y volvió a mirar por la ventanilla recordando el texto de aquella reveladora misiva que Poggio envió a su amigo Alonso de Cartagena.

En ella, Bracciolini agradecía al humanista español las alabanzas a su opúsculo «De infelicitate principum», y respondía a la sugerencia de este de que escribiese otra obra, pero en este caso sobre la felicidad de los gobernantes, diciéndole que en esos momentos no tenía tiempo ni tranquilidad para hacerlo. Asimismo le aclaraba que escribió *infelicitate* para ayudar a los hombres a tratar de conseguir la felicidad, dejando a un lado la ambición y persiguiendo la virtud, que era la única razón del buen vivir. En ese punto es cuando le mencionaba su visita al Monasterio de Saint Gall, en Suiza, y su descubrimiento de un código escrito por un antiguo abad de Suverte. Le decía que se trataba de un texto en latín en el que el pobre anciano, próximo a su muerte, descargaba su conciencia respecto a unos hechos que acontecieron a su familia años atrás, haciendo hincapié en que algunas de las cosas que narraba solo podían ser fruto de la senectud de una mente moribunda. Después, Poggio hacía una larga disertación sobre el latín empleado.

Emma miró a Aniello y luego a su tío.

—En la carta no decía nada de una tabla —dijo—. ¿Y si no es de Riell? ¿Y si Federicco se lo inventó?

—Federicco Tarenzi es un tipo muy raro —explicó Miguel—, se comporta como si creyera que alguien quiere matarlo. Pero nunca ha mentado sobre los objetos que posee. Tiene un enorme prestigio dentro del mundo del coleccionismo.

—Tiene más seguridad en su propiedad que el Papa —dijo Aniello riendo—. En serio es un paranoico de mucho cuidado.

Miguel asintió.

—¿Y quién cree que quiere matarlo? —preguntó Emma, sorprendida.

—El gobierno americano —dijo su tío sin dejar de sonreír—. Está convencido de que hay una conspiración para robarle todo lo que posee.

—Joder, pues sí que está bien —dijo Emma.

Me place y me conviene

«La irracionalidad de una cosa
no es un argumento en contra de su existencia,
sino más bien una condición de la misma».
(Nietzsche)

Emma se detuvo frente al palacio de Federicco Tarenzi y lanzó una exclamación incontenible.

—¡Ostras!

—Tiene unos diez mil metros cuadrados de superficie —dijo Miguel.

La fachada delantera contaba con un pórtico central y otro en cada uno de los extremos y estaba coronada por una balaustrada. Las altas ventanas situadas con precisión le daban homogeneidad al diseño.

Miguel la tomó del brazo y casi la arrastró hasta la puerta de entrada. Un mayordomo les abrió la puerta y los tres visitantes entraron en el vestíbulo. Emma observó con admiración las cuatro columnas dóricas que dividían la estancia, pero lo que atrajo rápidamente su atención fue la escalera de un solo tramo tallada en mármol de distintas tonalidades y que subía inclinada hasta el piso superior.

—Sígueme, por favor —dijo el mayordomo.

Los llevó hasta un salón en el que les esperaba el anfitrión.

—¡Bienvenidos, amigos míos! —dijo en un correcto español, aunque remarcando en exceso el sonido de la ese.

—Le estamos muy agradecidos por recibirnos —dijo Miguel estrechándole la mano—. Le presento a Aniello, mi marido, y esta es Emma Balasach, mi sobrina —dijo Miguel haciéndole un gesto para que se acercase.

—Lo sé, lo sé —dijo el anfitrión estrechándole también la mano con una mirada intensa y desconcertante—. La conozco *bene*.

—Encantada, señor Tarenzi —dijo Emma después de unos segundos de desconcierto—. Tiene usted una casa maravillosa.

—*Grazie, grazie* —dijo él—. Pero sentémonos antes que nada.

Lo siguieron hasta unos sofás y varias butacas colocadas alrededor de una mesa de centro. La decoración de la sala era demasiado recargada para el gusto de Emma. Su tío le dio disimuladamente con el brazo antes de sentarse

junto a ella en uno de los sofás.

—Precioso salón, ¿verdad, Emma? —dijo con voz forzada.

—Sí, sí precioso —respondió ella sin saber qué decir.

—Señor Bonastre, —dijo el anfitrión ignorándola—, *non vedo l'ora* de escuchar algo sobre *questa* maravillosa obra que está escribiendo sobre *suoi* antepasado.

Miguel se dispuso a sortear aquel río.

—Todavía no estoy en esa fase en la que puedo compartir detalles —dijo—. Aún estoy recabando datos para poder encajarlos en la historia que quiero contar. Y en eso Poggio nos será de mucha ayuda.

—¡Oh! —exclamó con algo de impostura—. Poggio, Poggio... Un grande personaje. Ojalá nos hubiésemos conocido. *Sono sicuro* que podría explicarme muchas cosas que *io* no comprendo... —Esto lo dijo mirando a Emma de un modo peculiar.

—Un gran hombre, sin duda —apuntó Aniello—. No olvidemos que gracias a él tenemos, por ejemplo, el poema de Lucrecio.

—*De rerum natura* —dijo Tarenzi asintiendo—, una obra en la que Lucrecio trataba de liberarnos del yugo de los dioses y con la que nos ha *portato alla nascita* de la Física.

—¿De qué época era ese poema? —preguntó Emma, interesada.

—Un siglo antes de Cristo —dijo su tío.

—El ser humano no es estúpido por naturaleza —dijo Federicco—, *la sua stupidità e cambiante*, sube e baja como una montaña rusa e varía de un lugar a otro a *seconda* del punto de la montaña en el que *si trova*.

—Habla usted muy bien español —dijo Emma, obviando el hecho de que integrase el italiano en cada una de sus frases.

—Mi madre nació en San Sebastián —dijo con una sonrisa—. De niño pasaba los veranos a casa *dei* mis abuelos. Ciertamente *non pratico molto*, pero dicen que lo que se aprende de niño...

—¿Conoce usted la historia del Señorío de Riell? —preguntó Emma interesada.

Federicco Tarenzi la miró con una expresión extraña y después de unos segundos asintió.

—Bastante —dijo.

Emma no disimuló su alegría y sus ojos brillaron con interés.

—Aparte de la tabla de la que me habló mi tío y del códice del abad del monasterio, ¿cuenta usted con algún otro documento?

—No lo tengo en *proprietà*, pero sí poseo copia de algunos. Por ejemplo, un escrito con manufactura del Monasterio de Suverte con motivo de las bodas del *figlio* del Señor de Riell, Ramón, con Pelegrina de Montallat. Se menciona asimismo la connivencia de los condes de Pallars con este matrimonio, *che è il più* significativo.

El heredero de Poggio se levantó para buscar algo y regresó con una Tablet.

—Aquí están los votos *nuziali* de Ramón y Pelegrina —dijo mostrándoles la copia del documento original.

Emma lo cogió de sus manos y lo miró sin poder disimular su nerviosismo.

—Está en latín —dijo decepcionada—. No entiendo nada.

—Dame —dijo su tío—, yo traduciré.

Emma asintió y se la entregó.

—«Me place y me conviene —empezó a leer Miguel—, amantísima esposa mía, Pelegrina de Montallat, pedirte que te unas a mí en matrimonio. Con este objetivo, en presencia de numerosos hombres honorables, nos intercambiamos los anillos, que representan las arras de nuestra unión, de acuerdo con la voluntad de Dios y de nuestros padres y amigos. Y ya que un matrimonio legal no puede ser contraído sin que vaya acompañado de un título de dote, por el amor que te tengo, por tal que tu belleza sea honrada y por los hijos que habremos de procrear, te hago donación de la décima parte de todo lo que poseo, de lo que he podido adquirir o que adquiriré con la ayuda de Dios, y te lo concedo tal como está prescrito. Y si yo o cualquier otro hombre de mi familia, incluido mi padre, el barón Ramón de Biera, quiere romper esta dote o donación, no pueda hacerlo, sino que tenga que compensar esta dote con tres libras de oro». A lo que la esposa responde: «Yo, Pelegrina de Montallat, recibo a Ramón de Riell como marido mío, como él en mujer suya me recibe, y en ello consiento, tanto en marido como en señor mío».

Miguel levantó la vista del documento y miró a su sobrina.

—Está fechado en el año 975.

—Se me han puesto los pelos de punta —dijo Emma mirando a sus dos tíos y a Federicco, alternativamente.

—*È come aprire una finestra sul passato* —susurró Tarenzi, que la miraba de un modo extraño.

—Este debió ser, con toda probabilidad, un matrimonio de conveniencia, dado el abolengo de las dos familias —dijo Miguel devolviéndole la Tablet a Federicco con un gesto de cabeza para mostrar su agradecimiento.

—¿Cómo sabes si era de conveniencia o no? —preguntó Aniello—. A lo mejor se amaban apasionadamente.

—Lo que se buscaba con esta clase de matrimonios era obtener beneficio, no creo que el amor tuviese mucho peso —dijo Miguel—. Casi siempre el motivo tenía que ver con asegurar la paz, después de enfrentamientos y luchas. Una unión marital entre contrarios podía suponer el fin de las hostilidades.

—*Strategie palaciegas nel Medioevo* —dijo Federicco, que volvía a mirar a Emma con aquella expresión concienzuda.

—Si la mujer era de linaje superior, como en este caso, Pelegrina era hija de un conde mientras que el padre de Ramón era solo barón —siguió Miguel—, el hombre quedaba en un plano inferior, una idea que resultaría chocante y poco creíble dada la poca importancia que tenía la mujer en la época. Pero en realidad se trataba de una falsa apariencia de superioridad, ya que en el momento en que se casaban se convertían en súbditas de su señor, que no era otro que su esposo, al que trasladaban su alcurnia.

—¿Y si esa unión se rompía en qué situación quedaba él? —preguntó Aniello con curiosidad.

—*Pacta sunt servanda* —dijo Miguel—, lo pactado obliga, la mujer se comprometía a hacer todo lo que fuese necesario para mantener la alianza.

—Te refieres a procrear y a no ponerle los cuernos —dijo Aniello.

—Más o menos.

—¿Y el marido? —preguntó su esposo con expresión hosca.

—El marido seguro que también se esforzaba, porque el fracaso del matrimonio podía llevarlo a una guerra.

—¿Me estás diciendo que no existía el amor en la Edad Media? No puedo aceptar semejante premisa —dijo el italiano.

Miguel sonrió con una expresión entre divertida y tierna.

—¡Ay, Aniello! Eres un romántico sin remedio.

—A mucha honra —dijo el otro orgulloso.

—Lo siento Aniello, pero en esto estoy con mi tío —dijo Emma sonriendo con cariño al italiano—. No importa qué ropajes llevasen o qué costumbres tuviesen, los humanos somos, básicamente, seres inteligentes. Aunque las emociones nos hagan actuar a veces por impulso, estoy segura de que el raciocinio acaba encontrando su sitio. Eso haría más fácil que esos matrimonios funcionasen y explicaría por qué uniones que son fruto de una gran pasión acaban fracasando.

—¡Es demasiado cínica *per essere così giovane!* —exclamó Federicco

con sorpresa.

—No quería sonar tan fría —aclaró rápidamente Emma—. No sé si estaban enamorados o no, lo que digo es que la naturaleza utiliza los mecanismos que tiene a mano para conseguir sus fines. Ya sean perpetuar la especie o mantener a un pueblo a salvo de la guerra.

—La naturaleza se equivoca constantemente —dijo Aniello molesto—. Al menos en lo que se refiere a sentimientos. Para esa insensible dama resultan indiferentes tus deseos, ella tiene una función, busca conseguir una finalidad y los daños colaterales le son del todo ajenos. No le importa si la persona a la que amamos es alguien con quien no podremos procrear. Tampoco se fija en si es la que nos causará mayor dolor y sufrimiento.

—Me estás dando la razón —dijo Emma sonriendo con malicia—, aunque sé que no es tu intención. Está claro que, respecto al sufrimiento que mencionas, se obtenían mejores resultados con los métodos que ellos utilizaban. Puedes estar seguro de que de ese modo se conseguían mayores éxitos con menor sacrificio.

—Pero ¿tú oyes a esta criatura? —dijo Aniello mirando a Miguel.

—Uniones por conveniencia —siguió Emma—, pero teniendo en cuenta el estudio de la personalidad de cada uno. Emparejar a la gente por afinidades y con una finalidad concreta. De ese modo habría muchas menos lágrimas.

—Tengo *l'impressione che questa ragazza* nos está tomando el pelo —dijo Federicco riendo.

Miguel soltó una carcajada.

—Hay que ver, Aniello, que el señor Tarenzi haya pillado a Emma antes que tú...

—No me lo tengas en cuenta, tío —pidió Emma sonriendo abiertamente—. No era con mala intención. En el fondo soy una romántica empedernida. Estoy convencida de que el amor puede atravesar no solo el espacio, también el tiempo.

Federicco la miró entrecerrando los ojos.

—¿Conoce usted la teoría del eterno retorno, señorita Balasach? —preguntó atrayendo la atención de Emma y de sus tíos.

La pintora negó con la cabeza.

—Es muy interesante —dijo el coleccionista con semblante serio—. ¿Quiere que se la explique?

Emma miró a sus tíos sin saber qué responder. Recordó que le habían dicho que a Tarenzi le gustaba mucho filosofar y se encogió de hombros al

tiempo que asentía.

—Bien —sonrió satisfecho—. Imagine que tira un dado de mil caras, infinitas veces. Habrá diferentes combinaciones posibles pero, como el dado tiene un número de caras y estamos hablando de lanzarlo de forma infinita, en algún momento toda la serie de opciones se repetirá de manera idéntica. ¿Se hace una idea de lo que digo?

Emma asintió despacio, sorprendida de que no hubiese empleado ni una sola palabra italiana en su disertación. Cuando quería sabía hablar español a la perfección.

—Bien. El Universo es infinito, pero está ocupado por fuerzas finitas entre las que nos encontramos usted y yo. Nosotros somos los dados y las caras representan las diferentes decisiones que tomaremos y que configurarán nuestra vida.

Emma elucubraba en su cabeza con los datos que le daba. De pronto sintió como si alguien hubiese cerrado la llave del oxígeno.

—¡Pero eso sería espantoso! —exclamó—. ¿Está diciendo que todos nuestros sufrimientos y errores volverían a repetirse sin esperanza? ¡Sería horrible!

—Así es. Por eso Nietzsche lo llamaba «la más pesada carga» —dijo Federicco asintiendo—. Ni la voluntad ni el libre albedrío tendrían ya importancia, porque en nuestras infinitas vidas repetiríamos todos los errores y aciertos que ya hubiésemos cometido, una y otra vez.

—Pero esos ciclos nos darían también versiones muy diferentes y semejantes de las mismas series —intervino Miguel tratando de acelerar la evolución lógica del pensamiento filosófico de Tarenzi para acabar cuanto antes—. Por muy pequeñas que fuesen las variaciones, esa persona ya no sería la misma.

—Y en algún momento cada una de las series se repetiría i-dén-ti-ca —recalcó Federicco.

Emma se apretó la cabeza, un montón de ideas bullían en su cerebro mezcladas con una sensación de fatalidad que amenazaba con ocupar todo el espacio.

—¿Se imagina lo que pasaría si una de esas almas fuese capaz de recordar sus otras vidas? —preguntó Federicco.

—¿Cree que el alma es algo físico que puede viajar en el tiempo? —preguntó Emma muy seria.

El coleccionista asintió.

—*Sono convinto* —dijo volviendo al italiano.

—La charla es interesantísima —dijo Miguel—, pero deberíamos ponernos a trabajar o se nos hará tarde.

Tarenzi se puso de pie mirando el reloj.

—*E vero!* Son *le dieci* de la mañana —dijo—. A la una se sirve la comida. Si no tienen suficiente con *queste tre ore* podrán *continuare* hasta las *sette*. Tengo invitados *stasera*, si no los invitaría a quedarse.

—Muchísimas gracias por su hospitalidad —se apresuró a decir Aniello.

—Yo tengo que ausentarme un rato —dijo caminando hacia la puerta—. *Ora* Roberto los acompañará al salón de Poggio. Domenico, *il mio segretario*, les ha preparado *tutto* lo necesario. El código es *originale* e lo mantenemos bajo unas estrictas medidas de *sicurezza e in condizioni* medioambientales *ottimali*.

Cuando ya estaba con la mano en el pomo de la puerta, Tarenzi se detuvo un momento.

—Si detectan *qualcosa* insólita —dijo sin volverse—, *qualcosa* extraña o sospechosa, háganselo saber a Walter, *il mio capo della sicurezza*. *Non importa* lo absurdo que les parezca.

Los tres asintieron sin saber muy bien a qué estaban accediendo.

—*Buona giornata* —dijo antes de salir.

El mayordomo los esperaba en la puerta.

—¿Me acompañan? —dijo indicándoles el camino.

—El señor Tarenzi ya les mostró los certificados que demuestran la autenticidad de los documentos que posee —dijo Roberto, el mayordomo, en un perfecto italiano.

Emma contemplaba anonadada la sala en la que estaban. Los cuadros que colgaban de las paredes, las estatuas diseminadas por toda la habitación, las vitrinas con incontables objetos antiguos... Había varios espejos ornamentados y claramente barrocos, algunas vidrieras policromadas que habían pertenecido a distintas iglesias y catedrales, dos bancos de piedra, numerosas espadas, dos armaduras completas y varias tallas de madera.

—Hace un poco de frío aquí dentro —dijo Aniello.

—La sala debe estar siempre a dieciocho grados —explicó el mayordomo—. Además cuenta con sensores que detectan el calor humano, de manera que al entrar nosotros en la habitación la temperatura ha bajado para contrarrestar

nuestra influencia. En ese armario tienen algunas prendas de abrigo por si las necesitan.

Aniello miró hacia las ventanas esperando ver el sol, pero habían colocado unas cortinas que filtraban sus rayos.

—Está claro que saben lo que hacen —dijo Miguel asintiendo con admiración.

—Domenico, el secretario del señor Tarenzi, les ha dejado el códice en aquel escritorio del fondo. Deben ponerse guantes y mascarilla antes de tocarlo, por favor. El señor Tarenzi confía plenamente en ustedes, jamás ha dejado que nadie entre en esta sala sin su supervisión personal o la de Domenico.

—Creía que el secretario del señor Tarenzi nos acompañaría —dijo Miguel.

—Tenía una reunión importante, vendrá en cuanto termine.

—Descuide, seremos extremadamente escrupulosos —se comprometió Miguel para tranquilizarlo—. Y si se queda más tranquilo puede quedarse a vigilarnos, no nos ofenderá por ello.

—Para eso ya están las cámaras —dijo el hombre torciendo una sonrisa y señalando lugares estratégicos de la sala—. Les dejo solos. Si necesitan algo pueden utilizar el teléfono.

—Gracias. —Miguel lo observó salir de la sala y después se volvió hacia Aniello y Emma—. ¿Empezamos?

—Este hombre tiene muchísimas cosas... —dijo Emma con admiración—. Realmente debe ser pariente de Poggio si heredó todo esto.

—La mayor parte de lo que Poggio consiguió se halla repartido por distintos museos de todo el mundo —explicó Miguel—. Tarenzi es un gran coleccionista de antigüedades, pero todo esto no es de Bracciolini. Debe haber recorrido el mundo para recopilar una colección semejante.

—No me extraña que tenga miedo de que le roben —susurró Aniello.

Se pasearon por la sala acercándose a las vitrinas para ver los objetos que contenían.

—Mirad esto —dijo Emma llamando la atención de sus tíos—. Es un anillo de veneno, ¿verdad?

—Así es —confirmó Miguel—. De bronce, probablemente para que un hombre lo llevara en el dedo meñique de la mano derecha. ¿Veis dónde está el agujero? Si lo llevaba ahí podía tapanlo con el otro dedo. Así.

Miguel les hizo una demostración con el sello que llevaba en su meñique.

—¿Para qué se usaba un anillo de veneno? —preguntó Aniello, aunque sospechaba cuál era su utilidad.

—Era un modo muy práctico para eliminar a un enemigo cercano. Podían verter el veneno en su bebida con disimulo —dijo Miguel.

—Pero cualquiera que viese que llevabas un anillo de esas características sabría que ibas a matarlo —dijo Aniello sorprendido.

—El anillo no debía diferenciarse de los que llevaban normalmente. El único detalle que revelaría su utilidad es el agujero por el que vertían el veneno y que permanecía tapado por el otro dedo.

—Pues quien lo utilizara debía librarse de él en cuanto cumplía su cometido, si no quería ser descubierto —dijo Aniello.

Emma siguió observando el anillo junto a la cajita, en la que su dueño debía guardarlo cuando no lo utilizaba, mientras sus tíos seguían con el resto de objetos.

—No veo la tabla —dijo Miguel mirando a su alrededor con interés—. Deberíamos haberle preguntado al mayordomo.

Los ojos de Emma buscaron el objeto y se quedaron clavados en un enorme espejo con marco dorado que, desde cualquier ángulo que se mirase, resultaba del todo excesivo para ese salón. Según se iba acercando el corazón se le fue acelerando con un latido de reconocimiento mutuo. Era como si ya se hubiese mirado antes en ese espejo a pesar de que era la primera vez que lo veía.

Y de pronto la vio reflejada en todo su esplendor y los recuerdos cayeron sobre ella como un alud de piedras que se precipita a toda velocidad por la ladera de la montaña. Miguel y Aniello la habían seguido y sus exclamaciones fueron suficientemente elocuentes como para estar segura de que no la estaba viendo solo ella. Esta vez, no. Se dio la vuelta muy despacio.

Se trataba de una tabla de ciento ochenta centímetros de alto por cien de ancho. Mostraba la imagen de cuerpo entero de una mujer joven. El cabello caía sobre su pecho en una larga trenza. Los ojos miraban tristes y su barbilla se elevaba con insolencia, mostrando un lunar como única marca en aquel joven rostro. Llevaba un vestido azul con cordonera dorada que Emma reconoció, igual que reconoció sus rasgos por verlos cada día cuando se miraba al espejo. Era una sensación extraña estar viéndola fuera del espejo. Extraña y aterradora.

Un escalofrío recorrió a los tres presentes como si una bocanada de aire frío de las montañas se hubiese colado en aquella hermética sala.

—Ermesenda de Riell —leyó Miguel en el documento que Domenico había dejado sobre el escritorio—. Hija primogénita del barón Ramón de Riell.

El escritor miró a su sobrina y luego a la pintura, para volver a mirar a su sobrina.

—Sí, tío, es igual que yo. O mejor dicho: yo soy igual que ella porque ella fue antes...

—Es imposible —dijo Aniello—, completamente imposible.

El cocinero se acercó a la tabla y la miró con mucha atención. Miguel siguió leyendo la descripción con desconcierto:

—El cuadro fue realizado con materiales muy similares a los utilizados para la pintura al óleo y muestra una técnica completamente novedosa para la época.

—¿Estamos seguros de que es auténtica? —preguntó Aniello.

Miguel asintió.

—Ermesenda de Riell, esposa de Guillem de Leuda.

Ninguno quitaba la vista de la tabla, pero Emma hacía algo más que mirar. Revisaba la técnica y el detalle.

—Han pasado muchos años y está muy deteriorada en su conjunto —dijo escudriñando la pintura—, pero desde luego el pintor fue muy avanzado para su época, no hay duda. ¿Se conoce su nombre?

—No a ciencia cierta —dijo Miguel leyendo las notas—, pero se cree que fue obra de Arnau de Suverte.

El ánimo de Emma estaba muy alterado aunque se mostrase aparentemente tranquila. Desde que se había puesto frente a la tabla sentía una desazón en el pecho. El parecido era estremecedor.

—Vamos a ver el código —dijo con determinación—. El relato del abad quizá arroje algo de luz a todo esto.

El silencio roto por sus lentos pasos fue como un mantra para el cerebro de Emma. En su mente se recrearon las imágenes de su infancia, de pie frente al espejo del armario contemplando a aquella niña vestida con ropajes medievales.

Se detuvo un instante mientras sus tíos se colocaban al otro lado de la mesa y levantaban la tapa del código. Pensó en lo mucho que los dos hombres habían hecho por ella. Las noches sin dormir, hablando sin parar de todo aquello que había sido tabú durante tantos años. Ellos no la miraron como si

estuviese loca, como si fuese una bruja, como si hubiese algo malo en ella. La miraron con ternura, querían saber, no temían decir lo que pensaban.

Vieron sus dibujos y se emocionaron con ellos. Tienes talento, le dijeron. Y hablaron de Pol, de que era su hermano aunque ella aún no pudiese verlo así. No se escandalizaron, no banalizaron el problema con estúpidas frases como que eran jóvenes y que pronto olvidarían. No se le dice a alguien que está triste que lo que tiene que hacer es contentarse. Decirle una obviedad a una persona que sufre no es tratarlo de estúpido, es hacer evidente tu propia estupidez.

Pero Miguel y Aniello no hicieron nada de eso, al contrario, le dieron ejemplo de grandeza. Compartieron con ella sus momentos, la ayudaron a llenar su vida de contenido acompañándola mientras buscaba su meta. Así, poco a poco hicieron de ella una joven normal, con las mismas preocupaciones y los mismos miedos que sus compañeras del instituto. Empezó a preocuparse de cosas que antes le parecieron ajenas, como en qué le gustaría trabajar o dónde querría vivir. Los recuerdos de Riell se fueron alejando y el sentimiento de no pertenencia se fue con ellos. Las visiones habían desaparecido y el espejo solo le devolvía su propia imagen. Todo estaba bien. Todo iba bien.

Volvió la cabeza y miró la tabla de nuevo. Cerró los ojos un instante y abrió su mente derribando todos los muros.

—¿Qué haces ahí? —preguntó Miguel llamando su atención.

Emma volvió de su letargo y dio la vuelta al escritorio.

—*Codex testamentorum* —leyó el título de la primera página—. Está en latín.

—Yo lo traduciré. Sentémonos —dijo Miguel cogiendo el códice ayudado por Aniello, ya que pesaba bastante.

Se sentaron los tres y Miguel carraspeó preparándose para la lectura del texto.

—«Testamento del abate del Monasterio de Suverte, Bertrand de Riell, a 2 de febrero del año del Señor 1017. He aquí el relato de mi historia, que me apresuro a escribir sabiendo que el destino cabalga hacia nosotros acompañado por Los Jinetes del Apocalipsis».

El maestro y su discípulo

«Si sólo se dieran limosnas por piedad,
todos los mendigos hubieran ya muerto de hambre».
(Nietzsche)

Maese Pedro abrió el portón del monasterio con ruido de goznes herrumbrosos y madera vieja. La campana de la entrada les había anunciado visita mientras cada uno se afanaba en realizar sus tareas cotidianas. Al principio no vio a nadie, solo escuchó el relincho de un caballo que se alejaba al galope. Tuvo que bajar la vista para encontrarse con un pequeño infante dentro de una canasta. Bertrand, que era por aquel entonces el habitante más joven del monasterio, caminaba ensimismado hacia el huerto; le habían encomendado revisar los trabajos de los campesinos, tarea que le agradaba enormemente porque era una buena excusa para charlar con ellos. Al pasar junto a Maese Pedro, que seguía indeciso ante lo que veía al otro lado de la puerta, se inclinó sobre su hombro para ver quién se ocultaba tras el voluminoso contorno del anciano. Nadie pudo ver su rostro, pero la sorpresa no era lo que se dibujaba en aquellas hermosas facciones. Se coló por el hueco que dejaba el orondo monje, se inclinó frente a la criatura, que parecía sonreír, y cogió el lienzo que asomaba por entre las ropas. Reconoció el sello de su hermano y se lo guardó con disimulo.

Maese Pedro le exhortó a que elevase al niño del suelo en el que se iba a enfriar y lo llevase ante el abad para que diese su parecer sobre tan curioso hallazgo. No era extraño que llevaran niños al monasterio, de hecho esa era en parte la manera en que Dios recaudaba almas para su contemplación. Pero esos eran los llamados Pueri oblati, niños entregados por sus padres para la vida monástica, práctica que había sido subrepticamente abolida por el abad de Suverte, quien creía que los monjes conseguidos de aquel modo nunca serían verdaderos devotos.

—¿No habéis visto a nadie? —preguntó al anciano.

—El que lo trajo espoleaba a su caballo con firmeza, algo me dice que no quería ser preguntado.

Bertrand cargó en sus brazos al pequeño que, a juzgar por su cara de

satisfacción, parecía reconocer que estaba en un lugar seguro y confortable. Maese Pedro cerró la puerta del monasterio y con un gesto le indicó que lo siguiese hasta el despacho del abad.

Cuando Bertrand estuvo a solas con su superior le entregó el lienzo escrito que traía el niño y el monje lo leyó con atención y miró al religioso con fijeza.

—¿Lo habéis leído? —preguntó.

El joven monje asintió con la cabeza y el abad lo miró apretando los labios.

—Entonces ya sabéis que no debéis hablar de ello. —El viejo se guardó en la manga el papel y miró al pequeño sin levantarse de la silla—. Hay que bautizarlo, según los deseos de vuestro hermano.

Bertrand miró a su sobrino y asintió.

—Se llamará Arnau —dijo con tristeza.

—Y tú serás el encargado de atenderlo hasta que pueda valerse por sí mismo.

Arnau resultó ser un niño muy despierto que aprendía con facilidad y rapidez todo lo que los monjes intentaban enseñarle con paciencia. Poco a poco se fue ganando el corazón de aquellos hombres austeros e imperfectos cuya única diversión era la criatura que crecía ante sus ojos, hermoso y con gran destreza para todo aquello que emprendía. Bertrand quiso hacer de él un buen amanuense, ya que ese era su cometido, y aquella se convirtió en su tarea diaria más satisfactoria. Le enseñó a escribir con letra pulcra y perfecta, tratando de resistirse a los insistentes esfuerzos del infante por arrastrarle a sus juegos.

Bertrand le recitaba los salmos en latín mientras Arnau retozaba sobre las hierbas que crecían en el patio. Lo miraba de soslayo reconociendo en él las facciones de su hermano. Ni una sola vez había ido a visitarlo, pero estaba seguro de que debía importarle el bienestar de aquel muchacho. Por eso quiso que estuviera a su cuidado.

A los trece años Arnau había aprendido a copiar la letra de su maestro hasta tal punto que ningún monje del monasterio era capaz de diferenciarlas.

—Te voy a enseñar a preparar un *codex membraneus* —le anunció colocando sobre una mesa del scriptorium una cantidad notable de hojas—. Para ello necesitamos un pergamino muy fino y liso como este, ¿lo ves? Cogemos una de las hojas y la doblamos por la mitad.

Arnau asintió y el monje continuó su tarea cogiendo otro pergamino y repitiendo la operación.

—Al doblarlo lo hemos convertido en un bifolio que deberemos encajar con otro, así, ¿ves?, uno dentro del otro. Nosotros formamos cuadernos de cuatro bifolios, pero puede hacerse de más.

—Tendremos que coserlos para que se mantengan unidos, ¿no? —apuntó el discípulo.

—Así es, y luego los cuadernos los coseremos también entre ellos, la cantidad dependerá del texto que hayamos escrito. Los cuadernos unidos forman un códice, como este.

El monje tomó el que habían estado copiando esa semana y se lo mostró a Arnau que, al conocer el método para su elaboración, quiso mirarlo con otros ojos.

—¿Te acuerdas de lo que me preguntaste el otro día sobre por qué escribíamos el reclamo?

—Sí, me dijisteis que era para que no se equivocaran al encuadernarlo.

—Ahora puedes verlo tú mismo, cuando acabamos un texto completo lo que entregamos son un montón de bifolios que deben ser encuadernados. ¿Comprendes lo fácil que sería que se mezclaran?

Arnau asintió.

—Por eso escribimos las primeras palabras del folio siguiente al final del anterior.

—Son como un dedo apuntando en una dirección.

El monje sonrió ante lo expresivo del ejemplo.

—Me gusta que me hagas tantas preguntas, eso demuestra tu deseo de aprender.

Bertrand se entretuvo en recoger el material que había utilizado para sus explicaciones, antes de sentarse para continuar su trabajo.

—Hoy no te he visto en la lectura del capítulo —dijo de pronto.

—Llegué tarde al desayuno y no quise hacerme notar —dijo Arnau sonriendo—. Me entretuve haciendo algo...

El monje frunció el ceño, no le gustaba que se saltase sus obligaciones porque eso provocaba que los regaños del abad recayesen sobre él. Arnau sacó un objeto de entre los pliegues de su hábito. Se trataba de una figurilla tallada en madera que representaba a San Lorenzo, uno de los patrones de Suverte, vestido con una dalmática y sentado sobre una parrilla.

—¿Os agrada?

Bertrand le miró asombrado y asintió mientras observaba en detalle aquel trabajo tan refinado.

—¿Cómo no habría de agradarme?

—¿Es cierto?

—¿A qué te refieres?

—A la historia del Santo, ¿de verdad lo quemaron en una parrilla?

—Puedes estar seguro.

—Qué manera más horrible de morir.

El muchacho respetó el silencio de su mentor durante los cinco minutos siguientes, pero pronto tuvo más curiosidad que satisfacer.

—¿Por qué me abandonaron a las puertas de este monasterio? —preguntó.

El monje lo miró con fijeza y sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

—¿Cómo voy a responder a semejante cuita? —preguntó a su vez.

—Es normal que las familias se quieran, ¿no? Aunque nunca habláis de vuestra familia y nadie viene a veros.

Bertrand se sorprendió de aquel repentino interés.

—La vida monacal es una vida alejada de todo. Lo que vivimos antes de estar aquí ya no cuenta para nosotros.

—¿Y no echáis de menos a nadie de vuestro pasado?

—Claro que les echo de menos, pero esta es la vida que me ha tocado vivir y la vivo con resignación. Tú deberás hacer lo mismo.

—Yo no haré los votos, no seré monje —dijo decidido antes de volver al tema que les ocupaba—. Pero os interesará saber si están bien, supongo.

Bertrand sonrió con tristeza y le acarició el pelo sin poder evitar una oleada de nostalgia.

—Mis padres murieron hace años —dijo muy serio—, y mi hermano es el Señor de Riell. Tiene demasiadas preocupaciones para acordarse de este humilde monje.

El joven se quedó un rato pensativo antes de continuar su charla.

—Dicen que vuestro padre era el hombre más justo que ha habido en estas tierras.

Bertrand no levantó la cabeza.

—Lo era.

—Sigo sin entender por qué no visitáis nunca a vuestro hermano, ni por qué no os visita él. ¿Qué importa que sea el Señor de Riell?

Bertrand lo miró entonces y sus ojos mostraban una expresión que Arnau jamás había visto en ellos.

—Sean cuales fueren mis motivos a ti no te importan, preocúpate de no hacer nada reprobable en tu vida y olvídate de aquello que no es de tu incumbencia.

Arnau agachó la cabeza frente a la regañina del monje y se mantuvo en silencio durante un tiempo más largo de lo que era normal en él.

—En cuanto a tu familia —dijo Bertrand, que se arrepentía de haberle hablado mal—, es normal que te preguntes quiénes son, pero es inútil empeñarse, no podemos saber las respuestas si nadie nos las da. Así que deja de pensar en esto y vuelve al trabajo, haragán, que cualquier excusa te sirve para dar de lado el oficio.

El infante se sentó obediente dispuesto a seguir su aprendizaje, mientras el monje lo observaba con disimulo. No podía contarle una historia que juró que jamás saldría de sus labios. Pero allí donde solo él habitaba, dentro de su mente, el recuerdo de Pelegrina seguía tan vivo como el día que la vio llegar al castillo de Riell dispuesta a casarse con su hermano.

Bertrand se hizo mayor viendo crecer a Arnau bajo su tutela. En su cabeza, allí donde nadie más entraba, imaginó que con aquel gesto Dios y su hermano le perdonaban sus pecados. El niño vino a llenar el vacío de la vida monacal y el hueco que Pelegrina había dejado en su corazón.

Siempre supo a qué estaría dedicada su vida, su padre se lo hizo saber desde muy pequeño. Debía tener la misma edad que Arnau cuando le mostró aquella maravillosa figura del Santo Lorenzo que, sentado en la parrilla, estaba presto a cumplir con su destino. Entonces él también era un muchacho y no sabía lo duro que le iba a resultar encerrarse entre aquellas gruesas paredes.

—No por llegar a un monasterio se convierte uno en monje —le había dicho maese Pedro que, viéndolo cabizbajo y apenado, pensó que el joven se creía víctima de algún castigo—, primero has de demostrar que estás preparado para honrar esta vida.

Bertrand había asentido en silencio, aunque en su pecho pugnaba por salir un grito desgarrador. En su cerebro su voz se desgañitaba gritando el nombre de su amada, mientras la culpa lo golpeaba como un martillo.

Había pasado mucho tiempo desde los terribles esponsales, pero aún se le partía el alma cuando pensaba en ella. Miró a Arnau y mantuvo el gesto indiferente mientras el volcán de emociones que erupcionaba en su pecho amenazaba con hacerlo explotar. Saber que su hermano había seguido

divirtiéndose con aquella mujer le hacía hervir la sangre. Recordar las palabras que le dijo al despedirse. Que le hablase de decepción... Arnau era su bastardo, prueba irrefutable de sus más bajos instintos. Tenía la misma edad que Ermesenda, su primogénita. ¿Cómo podía estar con otra mujer? ¿Cómo podía siquiera mirar a otra mujer teniendo en su lecho a Pelegrina de Montallat?

Resultaba irónico que aquel bastardo era el único que podía encender la llama de la alegría en las oscuras tinieblas que envolvían su vida.

Ermesenda de Riell

«...está en todas partes, no está en ningún lugar...»
(Nietzsche)

A los dieciséis años el discípulo se había convertido en un buen escriba, pero no era esa su vocación, a pesar de ejercerla con ahínco y entusiasmo. Lo que al joven alumno le gustaba de verdad era trabajar la madera. En los ratos libres que le dejaban sus tareas monacales había aprendido a utilizar la gubia y el cincel y con manos primorosas tallaba hermosas figuras que recreaban los diferentes pasajes de la Biblia, y otras mucho más mundanas que ocultaba a la vista de todos. Al principio trabajaba a escondidas, temeroso de que su protector se enfadase al ver que no eran sus pasos los que seguía. Pero poco a poco aquella pasión le fue venciendo y no pudo esconder ya su numerosa colección de figuras, cada vez más grandes, cada vez más perfectas. Cuando le preguntaban cómo había aprendido se encogía de hombros sin saber qué responder. Utilizaba tablas que decoraba primorosamente, troncos de álamo blanco que sustituía por imágenes fidedignas de los monjes con los que convivía, creando una magnífica réplica, a tamaño reducido, de su vida dentro de aquellos muros.

El abad quiso comprobar por sí mismo lo que los monjes le contaban y quedó maravillado ante el delicado trabajo del huérfano de Suverte. Habló con él a solas y le hizo un encargo.

—Quiero que realices una talla de la Virgen María. No tengas prisa en hacerla ya que la quiero de tamaño natural. Cuando la tengas terminada haré venir al Maestre Galzerán de Riell para que vea tu trabajo y dé su opinión. De tu buen hacer obtendrás tu futuro —dijo el abad acariciándole la cabeza con cariño—. Ya sé que este es el camino que has elegido, pero deberás demostrar tu valía antes de contar con mi bendición.

Arnau se puso a ello sin tardanza, sabía que María se escondía allí dentro, en el tronco del álamo que habían cortado para ese menester. Había sido él mismo quien eligió el árbol del que iba a sacarla. Tenía que hacerla salir para que ella pudiese mostrarle el camino fuera de aquellos muros. Cuando pensaba en marcharse se le encogía el estómago, allí dejaría a las únicas personas a las

que había conocido. Allí quedaría Bertrand, al que consideraba como a un padre. Pero su deseo de saber era demasiado impetuoso, demasiado fuerte para contenerlo entre rezos y salmos.

Sin más tardanza se puso a trabajar y durante días no salió de su improvisado taller en el lugar donde guardaban los aperos de labranza. Los monjes iban pasando a distintas horas atraídos por la magia de sus manos. Así maese Gonzalo, el decano, consejero del abad y su mano derecha, acudía a las horas más intempestivas para «vigilar que la pereza no lo venciese». Al igual que Clemente, el mercader, encargado de las cuentas y austero monje que contaba las habas al dedillo. Aunque la visita más amena solía ser la de maese Martín, el cellerario, encargado de los caldos vitícolas del monasterio y que no dudaba en probar su sabor a intervalos más o menos regulares para asegurarse de que no se avinagraban. Solía venir cantando y sin esperar conversación lo acompañaba unos minutos en su trabajo asintiendo con la cabeza mientras entonaba su musiquilla. Arnau apreciaba a aquel viejo alegre que parecía no tener más preocupación que avistar el sol de la mañana y degustar su trabajo con la punta de la lengua.

El gran día llegó y la talla cubierta con una pieza de tela de gran tamaño estaba ya preparada para ser mostrada ante el maestro Galzerán de Riell. El artesano, de larga experiencia y gran talento, tuvo que reconocer que no había visto nunca un trabajo tan perfecto. Durante un tiempo que a Arnau le pareció interminable examinó la talla de la Virgen con gran atención. Lo que más atrajo su atención fue la cabeza, a juzgar por el tiempo que le dedicó a esa parte de la anatomía de la Santa. Palpó con dulzura la cofia que había colocado sobre el pelo, los rasgos marcados de angustia, resiguió con los dedos los pliegues de la ropa, una casulla con las mangas muy anchas...

—¿Quién te ha enseñado el oficio?

—Nadie me ha enseñado, señor.

—¿Quieres que crea que has aprendido por intercesión divina?

—Mis manos trabajan y mis ojos las guían, pero mi mente se ausenta y viaja mientras tanto, maestro.

Tras unos momentos de silencio, en los que el maestro trató de entender lo que pretendía decir el muchacho, cogió un pedazo de madera desechada y se la brindó a Arnau para que trabajase ante sus ojos y ver así sus maneras. Después de observarlo trabajar le preguntó, desconcertado.

—¿Por qué has tallado un pájaro tan extraño?

Arnau frunció el ceño observando el pedazo de madera que sostenía en las manos.

—Parece mitad búho mitad águila. —El maestro miraba la obra confundido.

Arnau agachó la cabeza, decepcionado de que el maestro no fuese capaz de captar la belleza que había en aquellas formas.

—El muchacho tiene una gran imaginación —dijo Bertrand acercándose—. Hace esas cosas para entretenerse y no tienen ningún sentido, pero estoy seguro de que un maestro como vos será capaz de abstraerse del objeto en sí y valorar la calidad de la talla.

El maestro Galzerán asintió mirando al monje.

—Cierto —dijo y mirando al muchacho sentenció—: Vendrás conmigo a mi taller. Yo estoy viejo ya y no tardaré mucho en quedarme sin la poca vista que me queda. Necesitaba encontrar a alguien a quien enseñar el oficio para que me sustituya llegado el momento. Quizá seas tú.

Después de una fraternal y privada conversación, el abad y el maestro de Riell se despidieron. El Taller de Galzerán iba a realizar las obras de un retablo nuevo para la Capilla de los Señores de Riell y sería el primer trabajo serio que realizaría el muchacho. La talla de la Virgen María se quedaría en el monasterio como regalo.

—Serás el nuevo ayudante del maestro de Riell con el beneplácito y respaldo del Señor de Riell —le dijo Bertrand cuando le dio la noticia.

Arnau no pudo disimular su emoción, a pesar de que quien se lo anunciaba no compartía la misma alegría. Bertrand sabía desde hacía tiempo que el huérfano no se quedaría en el monasterio. Lo supo desde el día en que descubrió las visitas que hacía el abad al castillo de Riell.

—No estés triste —dijo el joven—. Vendré a veros a menudo.

El día amaneció nublado, el carro con las pocas pertenencias del joven entallador se hallaba dispuesto a las puertas del monasterio. El monje disimulaba la honda tristeza que ocupaba su corazón casi tan bien como lo hacía su discípulo. Ambos tenían los ojos brillantes y se cogieron las manos con ternura.

—Querido Arnau —dijo el que había sido como un padre para él—, quien te dejó a las puertas de este claustro llegó aquí guiado por la mano de nuestro Señor. Has sido una bendición para mí, había en mi corazón mucha tristeza y

tú me ayudaste a sobrellevarla.

Acercó sus labios al oído del muchacho y, haciendo ademán de besarlo, le susurró:

—Que Dios te acompañe y te guíe.

Arnau le miró a los ojos al separarse y asintió levemente. No podía emitir ningún sonido, temía no poder contener las lágrimas.

—Cualquiera diría que no vamos a volver a vernos —dijo el joven con una risa nerviosa—. Vendré a menudo, Riell no está lejos. Además, voy a conocer a vuestro hermano.

El rostro del monje se contrajo en una mueca extraña y Arnau enmudeció por no estar seguro de a qué se debía.

Se despidió del resto de monjes y subió al pescante de Pere el Vell, el pintor del Taller de Riell que lo llevaría hasta Riell.

El gesto de su mano quedó prendido en la nada una vez se alejaron del que había sido su hogar durante quince años. No podía ver ni era visto por ninguno de los que habían sido sus compañeros hasta entonces y la tristeza lo inundó como el agua que cubría las piedras del río.

Un año después el Taller recibió el encargo de Ramón de Riell de realizar un retablo para la capilla y ofreció un lugar de trabajo en el propio castillo para facilitar la tarea.

Era la primera vez que Arnau entraba en el castillo y se quedó embobado contemplando las murallas y la edificación elevada de difícil acceso. Era un lugar perfecto para proteger a los que allí vivían. Avanzó con entusiasmo jovial y aventurero. Pasó por un cobertizo y al cruzar el patio de armas se detuvo a observar el entrenamiento que realizaban algunos soldados.

—¡Más firmeza! —gritaba un bronco soldado que parecía ser el que mandaba—. Si golpeáis así, los sarracenos se van a pensar que estáis bailando alguna clase de danza.

Un joven se acercó a buscar a Arnau y le indicó que lo siguiera. El huérfano se apenó por no poder quedarse un rato más a contemplar lo que para él era un espectáculo. Al pasar junto a la capilla de Santa María asomó la cabeza para ver el lugar en el que iría el retablo.

—No se entretenga, debo enseñarle sus habitaciones —lo apuró el zagal.

Arnau se apresuró a seguirlo mirando a un lado y a otro para no perder detalle.

El joven entallador solo había visto al Señor de Riell a cierta distancia y jamás habían cruzado una palabra, por eso veía con ilusión la posibilidad de que, ahora que viviría en el castillo, pudiese conocerlo. Quería saber cómo era el hermano de Bertrand. Quizá tenía más en común con aquel caballero que con su hermano, cuya vida monacal nunca lo atrajo. Sin embargo, pronto comprobó que allí o en cualquier otra parte, Ramón de Riell no tenía el más mínimo interés en saber de él y desechó sus sueños infantiles para centrarse en su trabajo.

Ya no era un novato, había aprendido pronto y mucho de su maestro. Galzerán era un entallador de larga experiencia que manejaba la gubia con esmero. De sus manos parecían salir las imágenes como si en realidad siempre hubiesen estado ahí, y Arnau había disfrutado de sus silencios tanto como de sus consejos. Estaba dispuesto a esmerarse más que nunca en ser un motivo de orgullo para aquellos que habían confiado en él.

Una tarde, cuando regresaba al castillo, después de haberse pasado el día en el taller trabajando con su maestro, escuchó una dulce voz que cantaba. La canción parecía seguir el sonido del agua que corría sobre el lecho del río. Arnau se salió del camino siguiendo aquel cautivador sonido y tratando de no ser descubierto se acercó sigiloso. Ella no pareció darse cuenta de su presencia, siguió cantando con los pies dentro del agua, tumbada con los brazos estirados más allá de su cabeza. Nunca antes la había visto y el joven Arnau sintió una caricia en el pecho como si una mano ligera le hubiese rozado con una pluma de ave. Cuando pareció terminada la canción la muchacha se incorporó y acercándose al agua utilizó sus manos como un cuenco y bebió.

—¿Tienes sed? —preguntó la joven sin volverse.

El joven se aproximó y tomando las manos que le ofrecían el agua, acercó sus labios y bebió. Mientras bebía ninguno apartó la mirada de los ojos del otro, parecían estar retándose en un duelo invisible.

—¿Estáis sola?

La joven sonrió divertida.

—¿Quién quiere saberlo?

—Yo —dijo mirando a su alrededor con preocupación—. No es seguro para una joven como vos estar sola en estos lares.

—¿Una joven como yo? ¿Qué quieres decir?

—Tan... bonita.

Ella sonrió satisfecha.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó.

—Arnau —dijo presuroso y después se inclinó para saludarla—. Soy entallador y estoy trabajando en el retablo de la capilla del castillo de...

—¿En el castillo? Nunca te he visto.

—¿Vos vivís en el castillo? —preguntó frunciendo el ceño. Por sus ropas podía ser la hija de alguna criada.

—Puedes seguir tu camino —dijo la joven sin borrar su sonrisa.

—Yo os he dicho mi nombre.

—¿Y eso para qué me sirve?

—Me gustaría conocer el vuestro.

—Quizá algún día te lo diga —dijo volviendo a meter las manos en el agua—. Ahora, marchaos y dejadme tranquila.

—No os dejaré aquí sola —dijo Arnau negando con la cabeza—. Vendréis conmigo al castillo.

—Sé defenderme.

Arnau no pudo evitar sonreír. ¿Defenderse? ¿Aquella frágil y pequeña muchacha?

Ella lo miró levantando una ceja y después salió del agua para colocarse frente a él.

—¿No me crees?

Arnau la miró divertido.

—¿Quieres que te lo demuestre?

El entallador asintió lentamente y se preparó para parar un posible golpe.

Ermesenda dio una vuelta sobre sí misma y lo golpeó con el pie en la cara.

Arnau no se lo esperaba y cayó al suelo con un tremendo dolor en la cabeza.

—Ponte de pie —ordenó ella.

Él obedeció y se colocó en una posición defensiva. No quería hacerle daño, pero tampoco quería recibir otro puntapié.

La salvaje dio un grito y saltó sobre él. Antes de poder pensar siquiera que se acercaba, Arnau se encontró tumbado en el suelo, con la espalda en tierra, y aquel ser extraño se sentaba sobre su barriga con un cuchillo apuntando directamente a su cuello.

—¿Me crees ahora? —Apartó el cuchillo y se levantó ayudándole a hacer lo mismo.

—Pero ¿vos qué clase de mujer sois? —preguntó sintiéndose humillado.

—Soy Ermesenda, la primera hija del Señor de Riell.

¿Tienes secretos?

«Mucho tienen que hacer los padres
para compensar el hecho de tener hijos».
(Nietzsche)

Al joven entallador le faltaban horas de luz para hacer todas las cosas que tenía en la cabeza cuando despertaba. Dedicaba la mayor parte de su tiempo a manejar la gubia, acariciando la madera de álamo de la que extraía figuras ocultas a simple vista pero cuyas voces escuchaba el artista en su cabeza. Todos los días se pasaba por el río en busca de Ermesenda, ya que no había logrado verla en el castillo. Sus horarios eran apretados, pasaba la mayor parte del tiempo en el Taller de Riell, y cenaba en la cocina ya que no había sido invitado al comedor.

Llevaba tres meses en en el castillo cuando una mañana fueron a buscarlo a sus aposentos. Ramón de Riell quería conocerlo. Se apresuró en vestirse y siguió al mozo, que era el mismo que lo había recibido a su llegada y al que no había vuelto a ver.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Ovasio —dijo el crío.

—Yo Arnau —respondió.

Al entrar en las dependencias del Señor del castillo todos los pelos de su cuerpo se erizaron hasta estremecerle. Se sentó en la silla que le indicó Ovasio, que lo dejó a expensas de sus fantasías. Esperó inmóvil durante un buen rato, hasta que unas voces infantiles atrajeron su atención. Venían de una habitación contigua, cuya puerta estaba ligeramente entreabierta. El joven, aburrido de esperar y cansado de descartar todo tipo de absurdos motivos por los que podría haber sido llamado por el Señor, se acercó dispuesto a espiar la vida cotidiana de aquellos que habitaban en el castillo. En la sala se encontraban cuatro niñas y dos de ellas iban disfrazadas con ropas masculinas y parecían escenificar alguna clase de teatrillo para las otras.

—Arrodíllate ante mí —decía la de cabellos trenzados—. He conquistado tu reino y ahora me pertenece.

—¡Jamás! —exclamó la de rizos apretados—. Habéis matado a mi padre y

ahora el Rey soy yo, deberéis matarme también a mí para cobraros vuestra conquista.

Arnau no pudo evitar reírse emitiendo un sonido involuntario, por lo que las niñas lo descubrieron con evidente enfado.

—¿Quién eres tú? —La niña de las trenzas que enarbolaba la espada de juguete lo amenazó con ella.

En ese momento alguien se asomó para ver de quién hablaban y Arnau se topó con los vivaces ojos de Ermesenda que, al reconocerlo, sonrieron divertidos.

—Niñas, seguid ensayando —las conminó—, yo me libraré del intruso.

Salió de la sala y cerró la puerta tras ella. Arnau caminaba hacia atrás como si temiera ser atacado de nuevo por aquella salvaje.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Ermesenda.

—El barón... vuestro padre me ha mandado a buscar —respondió con timidez.

—Está claro que no le gustó nada lo que le conté sobre ti. —Ermesenda comenzó a pasearse delante de él con semblante preocupado—. Ahora ya sabe que eres un mentecato al que puedo derribar utilizando tan solo mis meñiques.

Arnau levantó la barbilla y la miró ofendido. Ermesenda se detuvo frente a él y después de unos instantes se echó a reír a carcajadas.

—Tendrías que verte la cara —dijo—. No le he hablado de ti a mi padre. ¿Por qué habría de hacerlo?

Arnau se preguntó qué era lo que tanto le gustaba de ella. No hacía más que burlarse de él y sin embargo sentía una irresistible atracción hacia aquella joven de ojos vivaces y afilada lengua. No era más hermosa que otras que había visto desde que salió del monasterio. Tenía unos cabellos largos y sedosos que se ondulaban de un modo sinuoso. Y unos labios rosados y provocadores...

—¿En qué piensas? —lo interpeló acercándose a él con curiosidad.

—En que no sois muy agradable —mintió a medias.

—Vaya. Esa es una de las cosas que más me gustan de ti. La gente no suele ser muy sincera por aquí. —Lo miraba con atención como si buscara algo que se le había pasado por alto—. ¿Es una costumbre del monasterio? Todavía no sé si vas a querer ser monje como mi tío.

Arnau sonrió al pensar en Bertrand.

—No. Me acogieron allí cuando mis padres me abandonaron y Bertrand es como un padre para mí, pero no seré monje.

—¡Oh! —exclamó Ermesenda—. Yo no lo conozco.

La joven se sentó en una silla y le hizo un gesto para que la acompañase.

—¿Para qué quiere verte mi padre?

—No lo sé.

—¿Cómo es mi tío? ¿Se parece a mi padre?

—No lo sé. Bertrand es un hombre afable y cariñoso, aunque le gusta hacer creer a los demás que es duro y severo. —Sonrió al pensar en ello—. Pero no engaña a nadie.

—Hay algún secreto entre ellos —dijo Ermesenda pensativa—. Siempre hay secretos. ¿Tú tienes secretos?

Arnau negó con la cabeza.

—No sabes quiénes son tus padres.

—Pero eso no es un secreto. Al menos no es un secreto mío. Yo no tengo nada que esconder. Mi vida ha sido muy sencilla, no hay dramas ni tragedias. Supongo que eso es bueno a la hora de no tener secretos.

—Las tragedias son las cicatrices del mundo y cada cicatriz un sendero que deberán seguir los que vendrán —dijo Ermesenda muy seria.

—Habláis de un modo muy extraño —susurró Arnau, que se sentía como hipnotizado por ella.

—Lo sé. —Ermesenda también estaba seria, pero parecía lejos de allí—. A veces pienso y veo cosas extrañas.

Arnau se inclinó despacio hacia ella.

—¿Qué haces? —Ermesenda no se apartó.

—Voy a besaros —dijo él a un centímetro de su boca.

—¿Por qué? —susurró ella.

—Quiero hacerlo desde la primera vez que os vi.

—¿Y si yo no quiero? —Seguía sin apartarse de él.

El aliento de Arnau era dulce y cálido y sus ojos oscuros la miraban con enorme intensidad. Sintió una extraña sensación al mirarse en aquellos ojos que se parecían tanto a los suyos.

—Si no queréis decidlo ahora.

La hija del Señor de Riell dejó que sus bocas se tocasen y aquel beso le recordó el olor de la lluvia cuando mojaba la tierra. Cerró los ojos para dejar que el momento se convirtiese en un recuerdo, uno de aquellos que guardaba para poder volver cuando lo necesitase. Entonces también cerraría los ojos y el viento le devolvería al instante en el que ese muchacho, que parecía mirarla desde dentro de ella misma, tocó sus labios.

—¡Arnau de Suverte! —La potente voz del barón resonó por toda la estancia.

—Ssssseñor. —Arnau se puso en pie de un salto.

—Ermesenda, ¿podrías dejarnos a solas, por favor? —pidió su padre muy serio.

La joven se puso de pie sin levantar la cabeza. Sabía que su padre había visto el beso y por la cara que tenía no estaba muy contento con ello.

—Sí, padre. —Se dirigió a la sala donde Arnau la había encontrado y se perdió detrás de su puerta sin apenas ruido.

Ramón de Riell miraba al joven bastardo con expresión severa.

—Estáis bajo la protección de mi hermano —dijo como si se lo echara en cara.

—Gracias, mi Señor.

—No es muy de recibo que, estando bajo mi techo, te atrevas a las confianzas de las que he podido ser testigo, con mi hija mayor. —Se acercó colocándose frente a él en una posición algo interesada.

—Le pido disculpas, mi Señor —dijo agachando la cabeza—. No estoy muy habituado a las normas que rigen la vida fuera del monasterio. Tampoco he tenido ocasión de disfrutar de la compañía de personas como... su hija. Mujeres, quiero decir.

Ramón soltó una carcajada sin poder evitarlo y se cruzó de brazos colocándose en una postura cómoda y más relajada.

—Me caes bien —dijo—. Pero debes tener claro que cualquiera de mis hijas está completamente fuera de tu alcance. Te diré algo que te ayudará a entenderlo. Tú eres como un hijo para mi hermano y debes considerar a mis hijas como sangre de tu sangre. Cualquier acercamiento en los términos que he podido ver es pecado. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo, mi Señor —dijo sin levantar la cabeza.

—No te aflijas, muchacho —dijo poniéndole una mano en el hombro—, estoy seguro de que tendrás una vida mucho más satisfactoria de lo que crees. Y mujeres no te han de faltar, a juzgar por tu porte, las vas a volver locas.

Arnau levantó la cabeza para mirarlo y sonrió al ver la expresión afable y casi orgullosa en el semblante del Señor de Riell.

—Y ahora vamos a un lugar en el que podemos hablar más tranquilos —dijo cogiéndolo de los hombros y guiándolo hacia la puerta por la que él había entrado—. Quiero que me hables de tu trabajo en el Taller. ¿Sabes jugar al ajedrez?

—Sí, señor —dijo asintiendo.

—Claro, te enseñaría mi hermano. Es el único que ha conseguido ganarme en la vida.

A partir de ese día Arnau cenó todas las noches en el comedor principal con el resto de familiares y amigos del Señor de Riell. Las cuatro niñas que descubrió realizando la obra de teatro eran las hermanas de Ermesenda y lo cierto es que se parecían mucho a ella, aunque no había en ellas aquel halo especial que la iluminaba.

Estaba dispuesto a cumplir su promesa al Señor de Riell y no volver a acercarse a su hija en los términos de la última vez, por lo que a partir de ese día se comportó con ella como un hermano, sin saber que exactamente eso es lo que eran. Pero eso no evitó que su admiración por ella continuase creciendo, cuanto mayor era su conocimiento de la arrolladora personalidad de la joven.

La vio montar a caballo como cualquier caballero, lanzar el hacha con mano certera, mover la espada con destreza y su fina puntería con el arco resultaba sorprendente. Pero a Arnau lo que más le impresionaba de todas sus capacidades era su facilidad para escabullirse y golpear a traición a cualquiera que osase retarla en el cuerpo a cuerpo.

Ermesenda era muy dada a seguir sus impulsos, cosa que muchas veces le había traído problemas. No se apartó de Arnau, como su padre le ordenó, pero sí puso buen cuidado en que no los vieran juntos. Lo arrastraba hasta el río, lo perseguía al taller o lo obligaba a buscarla en las montañas. Para ella era un juego divertido y emocionante, más por prohibido que por auténtico interés. Lo cierto es que Ermesenda no sentía ninguna atracción romántica por el joven entallador, pero le gustaba que todos temieran que la hija del barón se fijase en un simple obrero.

Sin buscarlo creció la amistad y el cariño entre los dos jóvenes y se creó un fuerte vínculo entre ellos. Ermesenda pensaba que, con los años, Arnau sería un buen esposo para ella. Aunque no se sintiese atraída por él, lo quería y respetaba como para permitirle acercarse lo suficiente a ella, cosa que ningún otro hombre podría conseguir. Estaba segura de que sería lo bastante listo para ganarse el beneplácito de su padre. Siempre es mejor casarse con un amigo en quien se pueda confiar, aunque no despierte la pasión que sería deseable.

Ni mis hijos ni yo

«No miente tan sólo aquel que habla en contra de lo que sabe,
sino también aquel que habla en contra de lo que no sabe».
(Nietzsche)

—¿Cómo osas acusarme de semejante atrocidad en mi propia casa? —
Enneco, vizconde de Farlás, se levantó de la silla y dio un fuerte golpe en la
mesa.

Godemir, hijo de su buen amigo el conde de Leuda, lo miraba desde su
lugar en la mesa con ojos iracundos.

—¿Lo negáis? —preguntó sin perder la compostura—. ¿Negáis haberos
reunido con simpatizantes de Almanzor?

—¡Rotundamente! —La cara del vizconde mostraba a las claras la furia
que contenía en su ánimo—. Si no fueras el hijo de mi mejor amigo, ahora
mismo te ensartaría con mi propia espada.

Godemir se levantó muy despacio sin apartar los ojos de su anfitrión y ante
la atenta mirada de los invitados a la cena.

—Me temo, vizconde, que si lo que decís es cierto no es menos grave que
de lo que os acuso, ya que significaría que no sabéis lo que ocurre en vuestros
dominios. De modo que o sois un traidor o sois estúpido.

—Salid de mi vista ahora mismo. —El tono profundo y amenazador del
vizconde de Farlás fue lo suficientemente duro como para que el primogénito
del conde obedeciera sin decir nada más.

Los comensales mantuvieron un tenso silencio hasta que Enneco volvió a
sentarse. Las acusaciones que había vertido Godemir eran gravísimas y todos
los presentes sabían que el vizconde no las habría tolerado de ningún otro.

—No debéis hacer caso —dijo Anglada, que conocía a las dos familias
desde hacía años—. Estoy seguro de que Carlos llamará a su hijo al orden en
cuanto se entere.

—Godemir ya es un hombre y es el único responsable de lo que dice —
intervino Berenguer, el hijo de Enneco, con expresión helada.

Godemir y Berenguer nunca se habían llevado bien, el hijo del vizconde
detestaba los aires de superioridad de los hijos del conde. Tanto Godemir

como Guillem eran dos pendencieros, orgullosos y arrogantes, a los que les gustaba ganar en todo. Sobre todo si tenía que ver con mujeres. Su enemistad llegó al grado sumo cuando Godemir consiguió los favores de Felicia, a la que Berenguer cortejaba. Más aún cuando después no quiso comprometerse con ella y la joven acabó ingresando en un convento.

—Padre, no podéis dejarlo así —dijo Berenguer—. Esta vez se ha pasado. Cuando se marche quién sabe lo que irá contando por ahí.

El vizconde apartó la silla de golpe y se levantó furioso. Había perdido el apetito por completo. Se disculpó con sus invitados y salió del comedor. Berenguer lo siguió enseguida y los comensales se miraron preocupados. No era buena cosa para nadie que el vizconde y el conde tuviesen pleitos.

Al día siguiente encontraron muerto a Godemir en las tierras del vizconde, lo que provocó un grave conflicto entre ambas familias.

En los días que siguieron a aquellos terribles hechos Ennego habló con sus consejeros, pero nadie encontraba cómo solventar la situación si no se daba con el causante de la muerte. Carlos de Leuda, su viejo y querido amigo, no aceptó hablar con él. Estaba claro que no creía en sus explicaciones. Explicaciones que había dado a Guillem, el segundo hijo del conde, cuando acudió a recoger el cuerpo de Godemir. El vizconde había ordenado inmediatamente que se buscara y apresara a los culpables de semejante afrenta. Pero sus hombres no encontraron la más mínima pista de quiénes habían sido ni de los motivos.

El silencio del conde de Leuda no auguraba nada bueno y los rumores que llegaron hasta el castillo del vizconde hicieron presagiar un cruento desenlace si no encontraba una solución. Y así se lo explicaba a su amigo Ramón de Riell, parado frente a él y mirándolo a los ojos con verdadero pesar.

—Vos me conocéis, Ramón, sabéis que no es propio de mí. Yo no tengo nada que ver con la muerte de Godemir.

El Señor de Riell lo miraba a su vez con ojos inquisidores y expresión severa.

—Era vuestro invitado y os ofendió en público —dijo—. Además, lo mataron en vuestras tierras.

—Pero no tengo nada que ver. ¡Lo juro! —exclamó consternado.

—Os creo —dijo su amigo—, pero eso no importa.

—Claro que importa. —Se acercó suplicante—. Hablad con Carlos, pedidle que me escuche. No puede hablar en serio. ¡Va a hacer pagar a mi hijo! Los que lo atacaron debieron ser ladrones...

—No se llevaron nada.

—Porque les entraría el pánico —trataba de justificar el otro.

—Godemir vertió acusaciones muy serias contra vos —siguió Ramón, que trataba de hacer de abogado del diablo.

Enneco lo miró ahora con severidad.

—No creeréis...

—Ya te he dicho que no importa lo que yo crea.

El vizconde suspiró agotado por la tensión y buscó una silla donde sentarse.

—No tengo más prueba que mi palabra. Juro por Dios que no he tenido nada que ver con esa muerte, y si no me ayudáis Carlos enviará a sus soldados para llevarse a mi hijo y se librará una terrible batalla que no beneficiará a nadie. Godemir es... era su primogénito, pero aún tiene a Guillem. Yo solo tengo un hijo varón. Pero Carlos no parará hasta vengarse, siempre ha creído en el ojo por ojo.

—¿Le culparíais por ello? —preguntó su amigo.

Enneco levantó la mirada y negó despacio con la cabeza.

—Si sospechara que él ha matado a mi hijo lo mataría con mi propia espada —confesó—. Pero yo escucharía lo que tuviese que decirme.

Ramón lo pensó durante unos segundos en los que los dos permanecieron en silencio.

—Hablaré con él —dijo al fin—. Pero no pondré en peligro todo lo que tengo por vos. Mucha gente depende de mí y Carlos de Leuda, además de ser mi amigo, es muy poderoso.

—No os pido más. Tan solo quiero que me escuche. Si mirándolo a la cara no consigo que vea que digo la verdad, aceptaré la muerte con gusto con tal que deje a mi familia en paz. De ese modo no habrá derramamiento de sangre por parte de mis hombres.

Ramón no dijo nada. Sabía muy bien cuál era el carácter de Carlos, no por ser su amigo se llamaba a engaño. Si algo tenía el conde de Leuda era una sanguinaria y estricta concepción de la justicia.

Ramón y un grupo de sus soldados abandonaron Riell para acudir al castillo Leuda. El conde recibió a su amigo con rostro severo y la fría mirada de alguien que se prepara para asestar un duro golpe.

—Veo por vuestro semblante que ya habéis emitido sentencia y vengo a rogaros que antes de actuar escuchéis a nuestro amigo —dijo Ramón con firmeza.

—¿No vais a emplear ningún preámbulo? No es de muy buena educación ir directo al grano.

—Entre nosotros no caben esos cumplidos. —Se acercó a él sin apartar la mirada de sus ojos—. Carlos, recapacitad. ¿Qué interés podía tener Ennego en acabar con la vida de Godemir?

—¿Conoceis la discusión que tuvieron antes de su muerte?

—Sí.

—¿Y aun así os posicionáis del lado del traidor?

Ramón lo miró entrecerrando los ojos.

—Imagino que si lo afirmáis con tanta rotundidad es que teneis pruebas —dijo—. Me gustaría verlas.

El conde lo miró decepcionado.

—¿Qué más pruebas necesitáis que la muerte de mi hijo?

Ramón comprendió que el dolor que oprimía el pecho de su amigo no le permitía mantener una conversación racional y justa.

—Escuchadle, por favor, Carlos. Solo os pido eso. Id y hablad con él. O haced que sea él quien venga, pero dejadle hablar. Es lo único que solicita. Lo que me suplicó que os pidiera. Esto os llevará a una guerra y arrastrará a otros muchos. Sus hombres no se quedarán quietos, tiene un considerable número de soldados y muchos amigos.

—Entre los que os halláis —dijo el conde con desprecio.

Ramón apretó los labios conteniendo la furia que pugnaba por emerger. Respiró hondo antes de hablar.

—Sí, es mi amigo. Y vuestro también. Juntos hemos luchado en muchas batallas y hemos confiado nuestras vidas en el otro. ¿Cuántas veces os salvó de una muerte segura poniendo su integridad en peligro? —lo interpeló—. ¿No merece que escuchéis de su boca lo que tenga que decir? Él os escucharía y lo sabéis.

El conde de Leuda miró al barón durante un largo rato. Buscó en su interior un ápice de cordura y la extrajo con gran dificultad.

—Está bien —dijo—. Espero que comprendáis lo arriesgado de vuestra posición y deseo, por vuestro bien, que no hayáis elegido el bando equivocado. Vamos, vendréis conmigo.

La impresionante fortaleza se alzaba rodeada de montañas. El conde la observó en movimiento mientras se preguntaba por qué el vizconde tenía un castillo más imponente que el suyo. Eran aquellas enormes rocas que la naturaleza le había donado sin exigir ningún pago las que dotaban al castillo de la apariencia de una mole infranqueable.

La vizcondesa fue quien recibió a los ilustres visitantes soportando como pudo el terrible tormento que la sacudía por dentro.

—Siento mucho la gran pérdida que habéis sufrido, Carlos —dijo agachando la cabeza y dejando que las lágrimas brotaran libres de sus ojos—. Espero que seáis magnánimo con nosotros y comprendáis que ni mis hijos ni yo tuvimos nada que ver en todo esto.

Carlos de Leuda miró a la mujer con severidad.

—¿Dónde está vuestro esposo? ¿Tan bajo ha caído que se esconde tras las faldas de una mujer? —atronó con su potente voz.

Ramón de Riell se acercó a la vizcondesa y la miró a los ojos.

—¿Qué ocurre, Argenta? —preguntó.

—Venid por aquí y vedlo vosotros mismos.

Los guio hacia las escaleras y los llevó hasta los aposentos de su esposo. Allí, colgado de una de las vigas, se balanceaba, sujeto por el cuello, el vizconde de Farlás.

—¡Virgen santa! —Ramón miró a su alrededor y sobre la mesa vio la carta. Se apresuró a cogerla y la leyó antes de que Carlos se la arrancase de las manos sin miramientos.

El conde levantó la vista de aquella nota y clavó sus ojos en el rostro pálido de su amigo. Después se la tiró a la cara.

—¿Tenéis algo que decir? —masculló entre dientes.

—No puedo creerlo —susurró su amigo.

—Dejasteis que os engañara. Ahí está escrito de su puño y letra: mató a mi hijo porque descubrió que era un traidor.

Ramón miró al vizconde que seguía moviéndose por la inercia, cada vez más despacio. Después miró a Carlos sin pestañear.

—Mis actos me definen —dijo rotundo—. Creí en la palabra de un amigo, igual que creo en la vuestra. Si algún día tenéis a bien engañarme...

—Cuidado —lo cortó el conde—. Debéis saber que ya no estáis frente a un amigo, nuestra amistad termina aquí, en esta sala, con ese testigo mudo.

El conde señalaba al vizconde con su dedo amenazador.

—Elegisteis mal, Ramón, y nuestra amistad es el pago.

El Señor de Riell asintió despacio.

—Está claro que valoré la amistad en mucho mayor grado que mis amigos —dijo—. Asumiré las consecuencias que de ello se deriven.

La vizcondesa, viendo el cariz que estaban tomando las cosas, se arrodilló a los pies del conde y apoyó la cabeza sobre sus zapatos.

—Señor, tened piedad de nosotros. Ni mis hijos ni yo tenemos culpa de los pecados del vizconde. Nada sabíamos, tal y como ha escrito él en esa carta.

Ramón miraba a Carlos con expresión inquisidora. El conde dudó unos segundos antes de sacudirse a la mujer sin miramientos.

—Debéis abandonar este castillo inmediatamente —sentenció—. Os dejaré vivir, pero, tal y como vuestro esposo ha especificado en esa nota, más son ahora todas sus posesiones.

—¿Qué será de nosotros? —sollozó Argenta sin levantar la cara del suelo—. Mis hijas aún son demasiado jóvenes y mi hijo... ¡Era el heredero de su padre! ¡Oh, piedad, señor, tened misericordia!

—Ese es el precio por dejaros vivir, pero si la vida os resulta demasiado insoportable, puedo solucionarlo. —El conde la miró sin compasión y Argenta bajó el tono de sus sollozos, que se hicieron así más desgarradores.

Carlos de Leuda les dio la espalda dirigiéndose a la puerta con absoluta determinación.

—Desalojad el castillo hoy mismo o ateneos a las consecuencias. Mañana volveré y espero encontrarlo vacío.

Ramón observó, con un gran peso en el corazón, cómo su amigo se alejaba llevándose con él tantos buenos recuerdos. Hizo una señal a sus hombres para que descolgaran el cuerpo del vizconde y él se agachó para levantar a Argenta, que seguía llorando sin consuelo.

—Recoged vuestras cosas —dijo con suavidad—. Vendréis a Riell conmigo.

La vizcondesa lo miró agradecida y asintió sin dejar de llorar.

Una decisión arriesgada

«La edad de casarse
llega mucho antes que la de quererse».
(Nietzsche)

—Dios mío —susurró Pelegrina cuando su esposo le relató lo que había ocurrido—. ¿No hay forma de arreglarlo? Sois amigos...

—Ha desterrado para siempre esa amistad —dijo él con evidente preocupación negando con la cabeza.

Pelegrina lo observaba desde la cama mientras su esposo se quitaba la ropa. Había aprendido a quererlo aunque no le resultó sencillo. Al principio sus diferencias parecían insalvables. El dolor de ambos combinó de manera explosiva provocando fuertes discusiones y desencuentros. Tardó mucho tiempo en darse cuenta de que él había sido tan víctima como ella de los planes de sus padres y del destino, que puso frente a ella a Bertrand cuando su corazón estaba ávido de sentimientos.

Cuando nació Ermesenda todo cambió. La niña creó el vínculo que necesitaban para aceptarse mutuamente. Después de eso empezaron a escucharse, a mirarse a los ojos, y el cariño vino cuando ya no se le esperaba.

—Ahora es mejor dejarlo estar —dijo Ramón metiéndose bajo las mantas y buscando el calor de su cuerpo—. El tiempo lo cura todo. Carlos necesita tiempo para superar la tragedia que acaba de sufrir.

—No es bueno tener al conde de Leuda como enemigo.

Su esposo se apoyó en el codo para mirarla a los ojos.

—Carlos no irá contra mí, sabe que tengo el apoyo incondicional de Borrell y su hermano.

—No olvidéis que él tiene el de Sancho y los Señores de Pont. —Le cogió el rostro entre las manos y lo miró dulcificando su expresión—. Habéis tenido un bello detalle al traer a Argenta y a sus hijas aquí.

—También vendrá Berenguer cuando regrese de Cerval —dijo mencionando al hijo de su amigo—. Espero que sea capaz de mantener la cabeza fría y la mano lejos de la espada.

Pelegrina le acarició el rostro y Ramón se inclinó lentamente hasta posar

sus labios sobre los de su esposa. La luna entraba por la ventana y cayó sobre él cuando se liberó del camión que portaba. Después desnudó a su esposa y observó sus generosos pechos, que se movían arriba y abajo con su agitada respiración. Puso una mano sobre uno de aquellos senos y lo acarició sin dejar de mirarla.

Con un rápido movimiento la volteó colocándola de espaldas y se inclinó sobre su cuello. Comenzó a besarla siguiendo el contorno de su figura, haciéndola estremecer y tensarse a su contacto. Cuando ya no pudo esperar más volvió a colocarla de frente y la penetró. Lo hizo sin sobresaltos, con una certera y estudiada estocada que se acomodó a la perfección en aquella cueva, su verdadero hogar en la Tierra.

Los años siguientes labraron una fría cosecha entre los dos amigos. Cuando se veían obligados a encontrarse en alguno de los lugares comunes mantenían las distancias y una postura de relativa calma. Guillem, el hijo de Carlos, visitaba a menudo el castillo de Riell y jugaba al ajedrez con el barón sin olvidar que él fue quien le enseñó. Estaba claro que Guillem no culpaba a Ramón de la muerte de su hermano y solo pensaba que había tomado una mala decisión por la que había pagado un alto precio: la amistad de un gran hombre.

Con veintiún años, Arnau se había convertido en el mejor entallador que había tenido el Taller de Riell. Sus manos hacían prodigios en la madera y sus tallas policromadas se hicieron famosas, llegando a ser comentadas hasta en la corte francesa.

Ramón vigilaba a sus hijos de cerca consciente de que la estrecha amistad entre ellos podía tornarse de repente en otra cosa. La iglesia era muy estricta en esos temas y temía que al final el futuro de su hija se viese truncado por una mala decisión.

—Debemos casarla —dijo Pelegrina después de escuchar sus cuitas.

Ramón la miró frunciendo el ceño.

—¿Y con quién quieres casarla, mujer? ¿Conocéis a algún caballero que pueda dominar a nuestra hija?

—Guillem de Leuda.

El barón se volvió hacia ella con expresión furibunda.

—¿Os habéis vuelto loca?

—Pensadlo, Ramón. Eso ayudaría a solucionar el problema que creó Ennego de manera tan irresponsable.

—Estoy seguro de que Ennego no mató a Godemir.

—Confesó —dijo rotunda—. No importa lo que vos creáis, esposo. Guillem es un hombre fuerte y no ha caído bajo el influjo de Ermesenda como todos los demás. Si no ponemos remedio nuestra hija acabará haciendo algo irremediable.

Ramón miró a su esposa con expresión preocupada.

—¿Creéis que se aman?

—Él sin duda la ama, Ella tan solo se siente cómoda y segura con Arnau. Sabe que podría dominarlo y temo que eso le baste. No sé si nuestra hija sea capaz de amar a un hombre. Es demasiado fuerte para dejarse someter.

—Quizá debería hablar con ella y explicarle...

—Ya hablamos de ello —dijo Pelegrina muy seria—. Si se descubre que Arnau es hijo vuestro podría haber quién creyera que tiene derecho a la sucesión y la posición de Ermesenda será muy distinta. No conseguiría un matrimonio tan ventajoso. No le deseo ningún mal al muchacho, pero no sacrificaré el futuro de mi hija porque vos la metierais donde no debíais.

Ramón la miró con severidad.

—Te recuerdo que al principio nuestro matrimonio no fue un remanso de paz, precisamente.

—Fuisteis muy duro conmigo. Yo era joven e inocente.

—Os fijasteis en quien no debías —sentenció el barón—. Heristeis mi hombría. Mi única opción fue buscar consuelo en otra parte.

—La señora Mirabilia —dijo Pelegrina con desprecio—. Cada vez que la veo pavonearse delante vuestro me entran ganas de arrancarle el corazón.

El barón miró a su esposa tratando de disimular su regocijo.

—No os crezcáis, marido, algún día esa mujer se irá de la lengua y...

—Tranquila, no hablará, no tendría nada que ganar y sí mucho que perder.

—¿Nunca ha preguntado por su hijo? —Pelegrina movió la cabeza consternada—. ¿Qué madre renuncia a su hijo con tanta facilidad?

—Una que sabe que no podrá darle nada si se descubre que es su hijo. No seáis cruel, no va vos.

Pelegrina bajó la cabeza, avergonzada, y su marido se compadeció de ella.

—Venid aquí —dijo abriendo los brazos para que se refugiara en ellos—. Hablaré con Carlos y le propondré el enlace. A él también le conviene que

todo esto se arregle.

Su esposa levantó la mirada y su rostro mostró una clara preocupación.

—Lo más difícil será decírselo a Ermesenda.

—Padre, por favor, no me obliguéis a casarme con él.

Ermesenda se arrodilló junto a su padre y apoyó la cabeza sobre sus rodillas, como hacía cuando era niña y deseaba enternecerlo. Pero el Señor de Riell conocía bien las artes de su hija y no se dejó amilanar; se levantó y caminó hasta la ventana para mirar hacia el patio del castillo, donde algunos soldados se ejercitaban con la espada.

—Eres mi primogénita —dijo con su potente voz—. Nos debes obediencia. Esta unión arreglará las cosas entre las dos familias.

—Pero, padre, Guillem...

El Señor de Riell se volvió hacia su hija y la miró con severidad.

—Cuida bien lo que dices del que será tu esposo. El padre de Guillem es el conde de Leuda y algún día su hijo heredará el condado.

—¡No me importa! —exclamó con los ojos llenos de lágrimas—. ¡No quiero ser su esposa! Me trata con insolencia y me ridiculiza siempre que tiene ocasión. ¡Es rudo y violento!

Su padre se acercó sin mudar su semblante serio, pero suavizando ligeramente su expresión.

—¿Le tienes miedo, hija? —preguntó.

—Cuentan cosas horribles de él. Como que le arrancó la piel a tiras a un joven humilde por pretender a una de sus hermanas. Y siempre está buscando pelea.

Su padre no lo negó, en lugar de eso la cogió por los brazos y la obligó a mirarlo.

—Los hombres con responsabilidades tienen que hacer cosas difíciles de entender para una jovencita despreocupada como tú —dijo—. Esta es una de esas cosas, hija.

—Sin embargo pretendéis que esta responsabilidad recaiga sobre mis hombros.

Ermesenda lo miraba con expresión fría, apretando los labios. Su padre supo que en ese momento había dejado de ser su héroe para siempre. Bajó los brazos y se irguió mirándola desde su gran altura, dejando clara en su

expresión quién mandaba allí.

—Serás una buena esposa y no me avergonzarás delante de su familia. La boda se celebrará dentro de un mes y no se hable más del asunto.

La voz del Señor de Riell sonó atronadora en aquella sala y Ermesenda desistió de sus súplicas y quejas sabedora de que no conseguiría nada con ellas.

—Arnau... —susurró el nombre de su amigo como una invocación.

El joven entallador llevaba varios meses lejos de Riell, trabajando en la construcción de la Iglesia de Santa María de Salull. Aún tardaría más de un mes en regresar. Ermesenda comprendió entonces que su padre lo tenía todo pensado.

—¿Es por eso? —dijo mirándolo a los ojos con gran dolor—. ¿Es porque creéis que deseo casarme con Arnau?

—Eso sería del todo imposible, porque Arnau es tu hermano —lo dijo sin dudar, a bocajarro, con una estocada directa y precisa.

Ermesenda empalideció.

—Eso no es cierto.

—Sí, sí lo es —su padre la retó con la mirada—. Por su bien y por el tuyo nadie debe saberlo.

—¿Cómo es posible? —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No voy a darte explicaciones de ninguna clase. Eres mi hija y acatarás mis órdenes. Tan solo te lo he dicho para que comprendas de una vez que lo vuestro es imposible y lo saques de tu cabeza para siempre.

—De mi cabeza —dijo con tono despreciativo—, porque mi corazón no os importa, siempre que cumpla vuestras órdenes.

Ramón pensó un momento antes de hablar. Sabía que su hija no se lo iba a poner fácil, la conocía bien. Aunque no se dejaría amilanar por ella, cierto era que la amaba más que a ninguna de sus hijas. Lo llenaba de orgullo su fuerza de carácter y su indómita personalidad.

—El corazón es maleable y también esquivo. A veces acepta nuestros designios y otras veces no. Estoy seguro de que si pones de tu parte, algún día podrás amar a Guillem de Leuda y, por poco que lo ames, siempre será más de lo que amas a Arnau.

Ermesenda sonrió con frialdad.

—Prometo intentar amarle —sentenció—. Al menos amarlo tanto como os amo a vos ahora.

Se dio la vuelta para salir de las habitaciones de su padre, pero antes de

abrir la puerta se volvió a mirarlo.

—Tenéis razón, no amo a Arnau, pero lo quiero de verdad y estoy segura de que habría sido bueno conmigo. Y con vos. Permitidme que os advierta de que con Guillem de Leuda no tendréis tanta suerte.

Salió de allí sin esperar respuesta.

Guillem cabalgaba junto a Pedro, su escudero, a paso lento. No tenía prisa por llegar a su destino poco halagüeño. En unos días debería tomar a Ermesenda de Riell como esposa y a buen seguro habría preferido luchar durante un año contra los sarracenos que pasar una noche en la alcoba de aquella bruja. No le gustaba la joven hija de Ramón de Riell, era una niña mimada acostumbrada a que todos comiesen de su mano, y su matrimonio le auguraba muchos quebraderos de cabeza y pocas alegrías. Tampoco era agradable saber que era el medio para acabar las rencillas entre sus padres. La muerte de su hermano seguía muy presente en su ánimo, a pesar de los años que habían pasado. Y Berenguer, el hijo del vizconde traidor, vivía en el castillo de Riell y era uno de los hombres del barón.

Sintió que se le retorcían las entrañas cuando recordó las palabras de su madre al despedirlo:

«Mi muy querido hijo, antes de amar a ningún otro ser, debes amar a Dios. Después tu amor, tu temor y el afecto que merece han de ser para tu padre, el conde de Leuda. Recuerda que de él has conseguido lo que eres. Que Dios te bendiga. Que te dé todos los dones de la tierra y el cielo. Que te proteja de todos tus enemigos. Bendito seas tú y tu juventud».

Él había agachado la cabeza con respeto y no había emitido la más mínima queja. Tan solo miró de reojo a su padre, con el que había hablado largo y tendido sobre el tema y que le había dejado claro que aquella boda era necesaria y que no había nada que pudiese hacer para impedirlo.

Lanzó una blasfemia en voz alta que hizo que Pedro lo mirase con expresión interrogadora.

—No preguntes —dijo—, no me hagas hablar, que ya sabes que las palabras me pierden.

El escudero se aguantó la risa, sabía muy bien lo que le picaba a su amo y le parecía una broma del destino que alguien tan exitoso con las mujeres, y que tantas envidias despertaba en todo aquel que lo conocía, fuese ahora a

desposarse como cerdo llevado al matadero. Lo miró de soslayo analizando su porte regio. Tenía una presencia asombrosa, era alto y fuerte como su padre, pero su rostro estaba dotado de una gran belleza, como el de su madre.

Llegaron a Farín y Guillem ordenó a su escudero detenerse frente a un pequeño albergue para que descansaran los caballos. Habían hecho un largo viaje de despedida antes de emprender el camino hacia Riell.

—O pagáis bien el trabajo o tendréis que buscaros a otro —decía uno de ellos.

—Pensad que a quien retáis es al comendador de Olserga y es a él a quien tendréis que rendirle cuentas.

Guillem puso la oreja mientras bebía agua del pozo con disimulo.

—El comendador no es alguien muy querido por aquellas tierras y vos lo sabéis —dijo el que parecía reacio a cumplir con lo que le pedían.

—Más razón para que vayáis vos y le llevéis el mensaje.

El que quería cobrar antes de hacer el trabajo miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estaba escuchando y paró su atención en Guillem, que seguía bebiendo del pozo.

—¡Vos! —lo llamó con malos modos—. ¿Tanta sed traéis?

Guillem levantó la cabeza y se limpió la boca con la manga.

—Venimos de lejos —dijo el escudero, que conocía el carácter de su señor y sabía que nunca daba esquinazo a una pelea.

—¿Qué pasa? ¿Es mudo tu señor? —insistió el otro.

—No, no soy mudo, pero vos deberíais poner cuidado en cómo habláis a los desconocidos, no vayáis a acabar el día siendo manco o cojo. —Guillem lo miró con expresión divertida y la mano en la cintura rozando su espada.

El hombre torció el gesto y el que lo apremiaba a cumplir el pacto se acercó poniendo paz.

—Tenéis cosas que hacer, Alberic, dejad las pendencias para otro momento.

Aquel al que había llamado Alberic miró a Guillem con ganas de pelea, pero acabó dejando caer los hombros y alejando la mano de la espada a la que ya estaba acariciando con los dedos.

Los dos hombres se alejaron de Guillem y su escudero y subieron a sus monturas marchando cada uno en una dirección ante su atenta y desconfiada mirada.

Pedro se fijó en que el llamado Alberic llevaba la misma dirección que ellos y se persignó con disimulo.

Desarmado y abatido

«La guerra vuelve estúpido al vencedor
y rencoroso al vencido».
(Nietzsche)

Cuando llegó el día de la boda Arnau viajaba de regreso a lomos de su caballo sin saber lo que se iba a encontrar. Ermesenda había pasado toda la noche llorando y ahora se abrazaba a su madre sin encontrar consuelo para su angustia.

—Hija mía, debes sobreponerte.

—No puedo, madre, de verdad que lo he intentado, pero no puedo. —Se apretó más fuerte contra el pecho materno tratando de encontrar allí la seguridad que había perdido—. ¿Cómo podré soportar a un hombre tan tosco y poco versado? ¿En qué consistirá su conversación y entretenimiento? ¡Oh, madre, lo detesto!

Su madre la apartó con suavidad pero con firmeza y la obligó a mirarla a los ojos.

—Voy a contarte algo y espero que sepas utilizar esa información para dar el paso hacia la madurez que demuestras que aún te falta. Límpiame esas lágrimas y escucha. Hace veinte años, vivían dos hermanos que se amaban profundamente. Tenían una relación estrecha que se había ido forjando a base de sueños compartidos y momentos vividos. Una relación fruto del amor mutuo y la confianza. El hermano mayor debía seguir los pasos de su padre y ser un caballero, mientras que el pequeño estaba destinado a dedicar su vida a la Iglesia. Los padres de estos dos hermanos buscaron una esposa para el hijo mayor y llegó el día en el que la joven se trasladó hasta las tierras del que iba a ser su marido. —Pelegrina tenía la mirada perdida como si estuviese presenciando las escenas que narraba—. Cuando la joven llegó al castillo el hermano pequeño vio en ella algo que permaneció oculto para los demás. No era tan simple como la belleza, era mucho más profundo, la promesa de éxtasis y amor eterno que nunca podría realizarse. La mirada de la doncella hizo que despertase su virilidad dormida, agitándose bajo su sayal como un caballo embravecido. Ella era una joven hermosa y altiva, segura de su porte y de su

cuna, que llegó al castillo ansiosa por conocer al que sería su esposo. Miraba a todos los jóvenes presentes con anhelo, buscándolo. Pero entonces sus ojos se cruzaron con los del joven hermano y supo que ya nada sería igual para ella.

Pelegrina se levantó de la cama en la que estaba sentada junto a su hija y se acercó a la ventana para refrescarse. Sus mejillas se habían encendido al recordar aquellos momentos y dudó de si era sensato remover todos aquellos sentimientos que habían permanecido tantos años dormidos.

—La madre del prometido decidió que el hermano pequeño atendiese su alma y se asegurase de adoctrinarla en la fe. Le ordenó ser su custodio y que se asegurase de que su aparente bondad era sincera y su entrega a la familia sería completa. Los jóvenes pronto descubrieron que tenían muchas afinidades. Les gustaba el arte, disfrutaban de la naturaleza y sus discusiones podían alargarse durante horas sin cansancio. Los paseos matutinos se fueron convirtiendo, poco a poco, en una cita ineludible y esperada, y las charlas y risas en algo más necesario que el alimento.

Ermesenda miraba a su madre con el alma estremecida y sus lágrimas ya habían secado por completo.

—Si la joven hubiese podido elegir, lo habría elegido a él para entregarle su vida entera —continuó Pelegrina—. Y así se lo confesó con sus lágrimas mojando su pecho. Pero todo estaba ya decidido, ninguno de ellos podía elegir. La boda se celebró y la palidez en el rostro de la novia tan solo podría rivalizar con la del hermano del novio. Saber que iba a compartir el lecho con su esposo la aterraba y le rompía el corazón.

Ermesenda sintió que las lágrimas volvían a anegar sus ojos, pero no era por ella por quien lloraba.

—Al principio el esposo fue paciente y trató por todos los medios de ganarse el favor de su esposa. Trató de seducirla con buenas palabras y caricias tiernas. Pero ella siempre acababa rompiendo a llorar desconsoladamente mientras él la poseía. Hasta que un día le confesó lo que sentía por su hermano. Lo hizo mientras él estaba dentro de ella, del modo más cruel que pudo.

Ermesenda se tapó la boca para ahogar una exclamación horrorizada. Por primera vez sintió compasión por su padre.

—Él se volvió loco y por primera y única vez los dos hermanos se pelearon y se golpearon hasta que apenas podían mantenerse en pie. Ninguno de los dos contó los motivos de su pelea, pero el pequeño se marchó al

monasterio y solo regresó al castillo una vez, para enterrar a su padre.

—¿Y cómo lo soportó ella? —preguntó Ermesenda—. ¿Cómo pudo vivir con él y tener hijos...?

—Porque comprendió que aquella era su vida y que él era su marido. Y nada iba a cambiar eso. Guardó los sentimientos que tenía por el hermano pequeño en un lugar inaccesible. Un lugar que sería solo para ella. Y dejó su corazón libre para poder sentir amor por otras personas. Su marido era un buen hombre, la quería y estaba dispuesto a conquistarla. Aprendió a quererlo y pudo construir una familia.

Ermesenda miraba a su madre con expresión decepcionada. No podía creer que el matrimonio de sus padres estuviese sustentado por el conformismo. Que el cariño que les suponía hubiese sido forzado, casi inventado.

—Pero él la engañó —dijo muy seria—. Tuvo un hijo con otra mujer.

Pelegrina volvió a la cama y se sentó frente a ella. Asintió con la cabeza.

—Estaba muy dolido. Se sintió menospreciado. Ella se dio cuenta de que todos caminaban hacia el desastre. Y maduró. —Cogió las manos de su hija—. La vida es muy corta, Ermesenda. Una mujer debe madurar si quiere que su vida tenga sentido.

—¿Y eso es esto? —preguntó la joven con expresión amargada—. ¿Casarme con un hombre al que detesto es madurar? ¿Aceptar que debo ser infeliz porque mi padre os fue infiel con otra mujer?

Pelegrina hizo algo que no había hecho nunca, levantó la mano y le dio una bofetada.

—No vuelvas a decir semejante cosa —dijo muy seria—. Tu padre es el Señor de Riell y le debemos respeto.

Ermesenda se llevó la mano a la cara y apretó los dientes.

—Está bien —dijo poniéndose en pie—. Me casaré con él y le daré todos los hijos que pueda. Pero cuando mi hija esté en edad de casarse, juro por Dios que no me sentaré con ella en la cama y le contaré mi vida para que acepte la miseria de la suya.

—¡Ermesenda!

—Tranquila, madre —dijo muy seria—. No os avergonzaré. Pero ahora dejadme para que me arregle.

—Yo puedo ayu...

—Mejor no —la cortó su hija—. Gracias.

Pelegrina salió de la habitación de su hija agarrándose el puñal de

indiferencia que Ermesenda le había clavado en el pecho.

El día amaneció nublado y Ermesenda salió al patio de armas, donde la esperaban sus padres para ir juntos hasta la Iglesia de Santa María. Caminó erguida y resuelta aunque se sentía como un reo camino del cadalso. Hizo oídos sordos a las súplicas de su madre cuando la vio acercarse a su caballo y se montó a horcajadas a pesar del vestido que llevaba. Ramón hizo un gesto a su esposa para que la dejara y cada uno subió a su montura deseosos de terminar con aquel trámite tan incómodo.

Guillem, también erguido, la esperaba en la puerta del templo. Estaba tranquilo y miró a su futura esposa divertido al verla aparecer de aquel modo. La observó atentamente al bajar del caballo seguro de que daría un traspies a causa del vestido. Se equivocó.

—Veo por vuestro rostro que estáis tan deseosa de casaros como de que os maten —susurró inclinando ligeramente la cabeza cuando la tuvo lo bastante cerca.

—Y yo veo que tenéis el don de leer la mente —dijo ella en el mismo tono bajo.

La gente llenaba la iglesia y Ermesenda respiró hondo aguantándose las ganas de gritar. Lo único que quería era que todo pasara pronto.

Tras la celebración, el banquete y los juegos, los recién casados se retiraron a sus aposentos para consumir el pacto establecido por ambas familias.

Las camareras ayudaron a Ermesenda a cambiarse y la cubrieron con la colcha de hilo de oro, regalo de la condesa de Leuda, madre de Guillem. La valerosa e intrépida hija del barón de Riell, diestra en la espada y certera con el arco, temblaba como una hoja y se agarraba al borde de la colcha como si creyera que podía protegerla de algo.

Guillem entró en la estancia cuando salieron las sirvientas y se quitó la bata que llevaba.

—¿Os apetece una copa de vino? —preguntó sirviendo dos copas.

Le acercó una hasta la cama y Ermesenda no supo cómo reaccionar.

—Os hará bien —dijo.

Finalmente la joven soltó la colcha y se sentó en la cama apoyándose en el brocado del respaldo y cogió la copa.

—¿Me tenéis miedo? —preguntó su esposo.

Ermesenda lo miró con atención. Sus cabellos rubios resultaban sorprendentes y sus ojos azules se veían a la luz de la chimenea como cristales de fuego. Guillem se sentó en la cama sin dejar de mirarla.

—No tendréis guardada una espada bajo la almohada, ¿verdad?

Ermesenda negó con la cabeza desde detrás de su copa de vino.

—Me alegra saberlo —dijo Guillem antes de llevarse la copa a los labios—. Mis hombres me auguraban alguna amputación mientras durmiese.

—No mutilaré al hombre que ha de engendrar mis hijos —dijo ella superando su timidez.

—Bien hecho —respondió él. Estiró el brazo acercando su mano a ella y Ermesenda se encogió como un animal asustado—. Solo iba a cogeros la copa. La tenéis vacía.

Su esposa se ruborizó y le entregó la copa con mano temblorosa.

—No debéis temerme —dijo muy serio—, nunca he forzado a una mujer y no lo haré con vos, aunque seáis mía. Esperaré a que perdáis el miedo y a que mi presencia no os resulte tan... inquietante.

Guillem se levantó y caminó hacia la puerta que comunicaba las habitaciones conyugales.

—Os dejaré dormir. Mañana saldremos a cabalgar juntos, sé que sois una gran amazona. Los esposos deben divertirse juntos para poder después seguir la diversión en la cama. Buenas noches, querida.

—Buenas noches —dijo Ermesenda al ver que no se iría hasta que respondiese.

Se incorporó en la cama mirando hacia aquella puerta durante varios minutos. ¿De verdad iba a dejarla en paz? Tenía muy presentes las explicaciones que le habían dado sobre la noche de bodas. Había tratado de prepararse mentalmente para ello, pero ahora que estaba sola y no tenía que mentirle a nadie, debía confesar que no lo había conseguido en absoluto.

Se deslizó en la cama hasta poder tumbarse sobre las almohadas. Se sentía increíblemente eufórica y deseó poder gritar su alegría. Se contuvo, no quería que aquel rubio de ojos cristalinos regresara al escucharla.

Por la mañana se despertó feliz. La noche resultó mucho más halagüeña de lo que ella había esperado y Ermesenda se despertó vigorosa cuando la sirvienta entró en el dormitorio. En el rostro de la criada vislumbró enseguida el desconcierto al ver el otro lado de la cama intacto, pero no le importó. No

le importaba que todos supieran que el matrimonio no había sido consumado. En el fondo sentía la edificante sensación de haber triunfado.

—Su esposo ordena que os apuréis, mi señora, en media hora os espera en las caballerizas —dijo la mujer.

Ermesenda se puso ropa de montar y bajó a las cocinas a buscar algo de comer. Su madre llegó antes de que se marchara.

—¿A dónde vas tan temprano? —preguntó.

—Guillem quiere cabalgar conmigo —dijo sonriendo con picardía para incomodar a su madre delante de las criadas—. Me debo a mi esposo y a sus deseos, ¿no, madre?

—Quería enseñarte las telas que llegaron ayer...

—Ya habrá tiempo de telas —dijo saliendo de la cocina alegremente—. Cuando se aburra de mi compañía.

Pelegrina se asomó para ver a su hija, que atravesó el patio dando saltitos. Movi6 la cabeza con resignación y volvió a entrar en el castillo.

Desde el otro lado de la plaza, Berenguer, el hijo del vizconde traidor, también observaba a la joven novia ir al encuentro de su esposo. Con una mirada fría y calculadora se sacudió una mariposa que se había posado en su hombro y llevó después la mano a la espada.

—Encontraré el momento —susurró, y después de mirar a su alrededor se dirigió hacia el lugar en el que había dejado su caballo.

—Podéis ser sincero —le pidió después de hacerle la pregunta—, estamos solos y no va a oírlos nadie.

—Pues... maldije mil veces mi suerte —confesó Guillem después de unos segundos de dudas—. No os quería por esposa, es cierto, pero mi padre no me dio opción.

—Lo sé. A mí tampoco —dijo ella mirándolo con atención.

Ya no le parecía tan hosco y temerario. Tenía un bello rostro y el cuerpo de un dios romano.

—Espero que no hayáis dejado a ninguna joven con una promesa incumplida —dijo Ermesenda con sincera preocupación.

Guillem soltó una sonora carcajada que hizo relinchar a su caballo.

—Hasta Peliagudo se ríe de vos —dijo cuando recuperó el habla.

—¿Peliagudo? ¿Quién le pone un nombre así a un caballo como ese?

El caballo de Guillem parecía haber salido del mismísimo infierno. Con el pelo negro azabache más brillante que Ermesenda hubiese visto nunca y un

cuerpo musculoso y gigantesco, parecía el rey de los caballos.

—Si lo hubieseis conocido cuando era un potrillo lo entenderíais —dijo sin dejar de sonreír—. Sois mucho menos guerrera de lo que me temía.

Ermesenda sonrió con picardía.

—Estoy haciendo que os confiéis. —Se mordió el labio—. No quiero tener que dormir muchas noches con mi espada bajo la almohada.

Guillem la miró entrecerrando los ojos. ¿Estaba coqueteando con él?

—Hagamos una apuesta —dijo.

—Me gustan las apuestas —respondió ella.

—Una carrera hasta el molino —propuso—. El que gane tiene derecho a pedirle algo al otro a lo que no se podrá negar.

Ermesenda empalideció y sus manos temblaron.

—No os pediré eso —dijo él sabiendo en lo que pensaba—. Eso me lo daréis vos misma, ya os lo dije.

Ermesenda soltó el aire que retenía en los pulmones.

—De acuerdo entonces.

—Cuando cuente tres. Una, dos...

—¡Jia! —La hija del barón de Riell azuzó a su caballo y se puso al galope dejando a Guillem contando solo. El caballero soltó una carcajada y se apresuró a seguirla.

Los dos conocían bien aquel bosque y sabían dónde estaba cada piedra y cada árbol caído. Guillem se desvió hacia la derecha dispuesto a adelantarla por el cerro mientras ella iba directa al pozo de las ánimas.

No la vio caer, tan solo escuchó su grito agónico desde lejos. Guillem hizo que su caballo cambiase de dirección y galopó hacia el lugar de donde había venido aquel grito. Saltó del animal cuando aún no se había detenido y se lanzó a por Ermesenda, que estaba inmóvil en el suelo. El caballo se había roto la pata al meterla en un agujero demasiado profundo para ser natural.

—¡Ermesenda! —gritó cogiéndola en sus brazos.

La sangre empapó rápidamente la tela de su camisa y la levantó del suelo con cuidado dispuesto a subirse con ella a su caballo para llevarla al castillo.

—¿Qué ven mis ojos? —Berenguer de Farlás estaba frente a él apuntándole con su espada—. ¿Qué habéis hecho con vuestra pobre esposa?

—Se ha caído del caballo —dijo muy serio—. ¡Apartaos! Debo llevarla al castillo.

Berenguer chasqueó la lengua varias veces mientras movía la cabeza.

—Me parece que no es eso lo que ha pasado. Lo que ha pasado aquí es

que habéis traído a vuestra esposa a una muerte segura. ¿Veis ese agujero de ahí? Está muy claro que lo hicisteis vos y luego la trajisteis para que se cayera y pareciese un accidente.

Guillem lo miraba muy serio.

—Acusadme pues, pero dejad que la lleve para que la curen. Está perdiendo mucha sangre.

—Me temo que no hay salvación para Ermesenda, y bien que lo siento, siempre fue buena conmigo y con mi familia. Ojalá no hubiese sido necesario.

—¡Estáis loco! —Guillem dio un paso, pero Berenguer adelantó su espada.

—No os libraréis de esta. —Sí que parecía la mirada de un loco—. Mi padre se colgó por culpa del vuestro y alguien debe pagar por ello.

—Vuestro padre se colgó porque era un cobarde —dijo Guillem mordiendo cada palabra.

Berenguer no esperó más y le atravesó el pecho.

—¿¡Qué!?! —Guillem cayó de rodillas esforzándose en sostener aún a Ermesenda, que ya no respiraba.

—¿No habéis comprendido lo que ocurre? Yo paseaba por el bosque y oí los gritos de Ermesenda. Vi con mis propios ojos cómo le golpeabais la cabeza en esa piedra hasta rompérsela, después de haber provocado que se cayera con el caballo. Por eso la trajisteis aquí esta mañana. Queríais vengaros por la muerte de vuestro hermano.

Guillem dejó a su esposa en el suelo y se llevó la mano a la espada, pero Berenguer le dio otra estocada antes de que pudiera levantarse con ella.

—Antes de morir debéis saber que yo maté a Godemir —dijo el hijo del vizconde—. No se lo esperaba, igual que vos.

—¡Maldito! —dijo Guillem, que seguía tratando de ponerse en pie apoyándose en su espada.

Berenguer golpeó el filo del metal haciendo que el herido perdiese su apoyo y cayese de bruces.

—Mi padre no era un cobarde —dijo con rabia—, tan solo quería proteger a su hijo. Vuestro padre nos lo quitó todo. ¡Todo! Nos dejó en la miseria, a expensas de la caridad del barón de Riell. ¡Mi padre era el vizconde de Farlás! Desde entonces he vivido humillado y no ha pasado un solo día sin que pensara en un modo de vengarme de vuestra familia.

—Ermesenda... —La sangre le llenaba la boca dificultando que pudiese hablar—. Ella no...

—No —le cortó su verdugo—, ella no tenía la culpa. Pero no se me ocurrió otro modo. Saber lo mucho que os gusta este camino lo hizo más sencillo...

—Mi padre... —Guillem cayó al suelo y se arrastró acercándose a su esposa.

—Vuestro padre vendrá y Ramón se enfrentará a él porque vos habéis matado a su hija, no lo olvidéis. Yo solo la he vengado.

—Habrá... guerra... —Guillem exhaló su último suspiro.

Berenguer los miró a los dos con expresión seria. Ni siquiera le hubiese importado que en ese momento alguien lo descubriese. Aun así habría valido la pena.

—Me regocijará ver el sufrimiento en los ojos de vuestro padre al saber que ya no tiene ningún hijo varón. —Se acercó a la hija del Señor de Riell y se agachó a su lado para apartarle el cabello de la cara—. Lo siento, Ermesenda.

Cogió la mano de la muerta y la arrastró hasta la piedra que le había señalado a Guillem. La colocó y después le cogió la cabeza y la golpeó repetidamente hasta que le destrozó el cráneo. Volvió a colocarla sobre el charco de sangre que había dejado en el suelo. Ahora le tocaba a Guillem. Cogió su espada y se hizo varios cortes en diferentes partes del cuerpo para que pareciese que habían luchado. Después la lanzó a un lado como si lo hubiese desarmado y abatido.

Se apartó varios pasos para asegurarse de que no se le escapaba nada y asintió satisfecho. Se subió a su caballo y volvió al castillo al galope en busca de ayuda.

El Eterno Retorno

«Sólo comprendemos
aquellas preguntas que podemos responder».
(Nietzsche)

—Berenguer mató a Ermesenda y a Guillem... —Miguel miraba a su sobrina con expresión pensativa.

Emma asintió. Después de leer todo lo que el abad de Suverte había escrito en aquel códice sentía una extraña sensación en el pecho. Una desazón innata e inexplicable.

—Menudo cabrón el Berenguer ese —dijo Aniello.

Emma se apartó de sus tíos y se acercó de nuevo a la pintura de la tabla.

—¿A qué creéis que se refería el abad con lo de que esperaba que el futuro le perdonase por lo que iba a hacer? —preguntó.

—Está claro —respondió su tío acercándose a ella—. Hizo ese conjuro.

Emma se giró a mirarlo.

—¿Un pergamino negro? —Frunció el ceño desconcertada—. Ya sé que hablamos de la Edad Media, pero era abad de un monasterio, algo leído debía ser.

—Hablamos de alguien que ha llegado al final de su vida cargando con una pesada carga —explicó Miguel—. Toda su familia, el señorío entero. Arnau, al que amaba como a un hijo. Su hermano, todo el mundo muerto. ¿Le culpas por agarrarse a un clavo ardiendo?

—No, no le culpo —dijo Emma—, pero es tan simple...

—¿Y cómo lo hizo? —preguntó Aniello acercándose también—. No lo explica.

—Pues escribiendo un nombre en el recuadro —dijo Miguel sin ver la dificultad.

—Pero no podía escribir cualquier nombre —dijo Aniello—. Debía hacerlo con sangre de la persona a la que eligiese, y todos estaban muertos.

—Dice «con sangre de su sangre» —aclaró Miguel—. Por lo tanto podía escoger a cualquiera de su familia.

—¿Y entonces qué? ¿Resucitaba? —Aniello se persignó de manera

mecánica. No es que fuera muy creyente, pero lo que nos enseñan de niños siempre aparece en los momentos más extraños.

—Eso he entendido yo —asintió Miguel—, pero no lo explica.

—Sin duda elegiría a Arnau —dijo Emma, convencida—. Era la persona que más amaba.

—Sí, porque Pelegrina está claro que aceptó su destino y acabó convirtiéndose en una buena esposa para Ramón —dijo Aniello con cierto desprecio.

—¿Y la culpas? —Emma lo miró con el ceño fruncido—. ¿Qué querías que hiciera?

—Bueno, no pretendía sonar injusto, Emma, solo me compadecía del pobre Bertrand.

Emma sonrió a su tío y se acercó a darle un beso.

—Perdona, he sonado un poco dura, pero es que la situación de la mujer ha sido tan difícil siempre...

Miguel se acercó a la tabla.

—No me cabe en la cabeza...

—Veo que ya han conocido a Ermesenda de Riell. —Federicco Tarenzi acababa de entrar en la sala y se acercó a ellos sonriente—. *Mi è costato molto* disimular esta mañana.

Miguel se acercó a saludarlo y movió la cabeza.

—Ya me parecía raro que no se hubiese dado cuenta del enorme parecido.

—*Impossibile non vederlo* —respondió mirando la pintura—. ¿Cómo está, señorita?

—Bien, bien —respondió Emma—. Una casualidad difícil de digerir, pero no me quitará el sueño.

—*Abbiamo tutti un doppio*, un doble, quiero decir.

—Sí, sí, le he entendido —asintió la pintora—. Pero resulta estremecedor verlo en una tabla que tiene más de mil años.

—Lo imagino. —Se volvió hacia Miguel—. ¿Han podido leer *il* código? ¿Necesitan más tiempo?

—No, gracias —respondió el escritor—. Lo hemos leído con tranquilidad. Incluso hemos releído algunas partes.

—Espero que no hayan hecho foto con *il tuo cellulare* —dijo juntando las manos como si rezara.

—No, no, nada de fotografías —aseguró Miguel.

—¿Y a la pintura? —preguntó Emma—. ¿Me dejaría hacer una fotografía a

la tabla?

El coleccionista lo pensó unos segundos y finalmente asintió.

—*Va bene*. En cierta manera tiene derecho a ello. —Le hizo un gesto con la mano para que lo hiciese—. Pero nada de flash, *per favore*.

Emma hizo una fotografía. Estaba deseando enseñársela a Ed.

—Así que en Praga —dijo sentada en la cama del hotel, mirando a Ed en la pantalla de su móvil.

—¿Has estado alguna vez? —preguntó el piloto ajustándose los auriculares.

—No.

—Es una ciudad preciosa.

—Espero verla pronto —dijo ella asintiendo—. Aunque ahora mismo de lo que tengo ganas es de volver a casa. Estoy saturada después de ver el palacio del enigmático Federicco Tarenzi.

—¿Enigmático? —preguntó el piloto sentándose en un banco.

—Sí, un tipo peculiar —dijo Emma sin disimular la sonrisa.

—Es un millonario coleccionista de arte y antigüedades, ¿qué esperabas?

Emma asintió y durante unos segundos se miraron en silencio.

—Cuéntame algo de Praga —dijo ella—. ¿Qué es ese monumento que tienes detrás?

Ed se levantó y enfocó hacia el grupo escultórico que adorna la Plaza Vieja de Praga.

—Te presento a Jan Hus —se oyó la voz de Ed, que caminaba lentamente, rodeando el monumento mientras hablaba—. Este señor tan serio que ves mirando fijamente hacia la iglesia quiso reformar la Iglesia Católica él solito. No creía que entre Dios y los hombres hubiese necesidad de colocar intermediarios y detestaba profundamente la ostentación del clero y su falta de compasión. —Giró el móvil para que lo enfocara a él un momento—. Al parecer no se cortaba un pelo diciendo lo que pensaba y ya imaginarás cómo acabó.

Emma sonrió y se tumbó sin dejar de mirar a la pantalla.

—Mal, no me cabe la menor duda —dijo.

Ed le guiñó un ojo y volvió a encarar la cámara hacia el monumento.

—Lo engañaron para que se presentase en el Concilio de Constanza y allí

le tendieron una trampa. Le insistieron para que renunciase a sus ideas, cosa que no hizo, y fue condenado a muerte por hereje.

—Espera —Emma se inclinó hacia el móvil con interés—. ¿Has dicho el Concilio de Constanza?

—Sí.

—Es curioso —dijo ella, pensativa.

—¿El qué?

—Ese Concilio fue convocado por el antipapa Juan XXIII y Poggio, el antepasado de Tarenzi, era su secretario.

—¿Juan XXIII no fue papa en los sesenta? —la interrumpió el piloto.

—Ese es otro —dijo ella sonriendo.

—Pues a este pobre hombre lo quemaron en la hoguera.

—Qué empeño tenían con quemar a la gente.

—Pues a algunos eso les da risa. —Ed hacía alusión a la obra de teatro que fueron a ver y en la que Emma se echó a reír en el momento en el que quemaban a unas brujas.

—Me lo vas a estar recordando siempre, ya lo veo.

—Espero que si me queman en una hoguera tengas, por favor, la decencia de no reírte —dijo él.

—Serás burro. —Fingió ponerse seria.

—Me gustaría estar ahí contigo. —La voz de Ed sonó especialmente cálida.

—Me gustaría que estuvieses aquí conmigo.

Ed caminó alejándose de la Plaza Vieja y se metió por una de las calles laterales.

—No camines mirando la pantalla —dijo ella—, te vas dar un porrazo.

—Me muero por volver —dijo Ed susurrando—. No dejo de pensar en ti.

—Ed... —murmuró ella también.

—¿Has suspirado? Te he oído, Emma, has suspirado.

—A veces me olvido de soltar el aire, es una cuestión mecánica, nada más —dijo con sorprendente timidez.

—Ya.

Ed la miró con aquellos ojos azules y el pelo alborotado y Emma pensó que era demasiado perfecto para ser posible.

—Tengo que irme —dijo Ed—, me espera un avión.

—Espera un momento —dijo ella—. Tengo que enseñarte algo.

Le envió la fotografía de la pintura.

—¿Qué es esto? ¿Es la tabla de la que me hablaste? ¡Pero si eres tú! — exclamó al verla.

—No, no soy yo. Es Ermesenda de Riell, la hija del Señor de Riell.

Ed miró el cuadradito de la pantalla en la que se la veía a ella y su expresión era de total desconcierto.

—Sí, no estás alucinando, era igualita a mí.

—Pero ¿cómo es posible?

Emma se encogió de hombros y Ed tocó la pantalla para hacer su imagen grande.

—¿Qué pasó con Ermesenda? Quiero decir, ¿conoces su historia? ¿Tuvo una buena vida? Espero que tuviese una buena vida...

Emma sonrió divertida.

—Tranquilo, te lo contaré todo cuando nos veamos. Te auguro una charla interesante. Que tenga un buen vuelo, comandante —dijo Emma, y se mordió el labio para callar lo que pugnaba por salir de su boca.

—Nos vemos en mi casa —dijo él antes de colgar.

Emma se quedó mirando la pantalla del móvil unos segundos con un sentimiento incierto.

Comieron una succulenta cena en una pizzería bajo el auspicio de Aniello, que se encargó de pedir por ellos. El italiano era de los que pensaba que una buena pizza puede consolar un corazón herido. Emma se había desahogado con sus tíos y ellos habían conjurado sus fantasmas.

—Tomaremos unos chupitos, ¿no? —dijo Miguel.

—Por supuesto —dijo Aniello haciendo un gesto a la camarera—. Déjenos la botella.

—Lo de Poggio ha sido mucho mejor de lo que esperaba —dijo Emma mientras Aniello llenaba los vasitos.

—Poggio era un estudioso del latín, un purista, y produjo mucha literatura en su época —comentó Miguel, satisfecho—. Para mis libros he consultado muchos de los documentos que él consiguió, pero lo cierto es que no imaginaba nada parecido a ese códice. Tanto tu exposición como mi novela son una realidad después de esto.

—Esto entra demasiado bien —dijo Emma después de probar el licor—, acabaremos borrachos.

—La ocasión lo merece, ¿no creéis? —dijo Aniello levantando su vasito —. ¡Por el Señorío de Riell!

Emma y Miguel se miraron antes de levantar su vaso y apurar el contenido de un trago.

—Todo lo que nos habías contado durante años, la mujer del espejo, tus pesadillas... Todo cobra sentido después de ver la tabla, ¿no crees?

Aniello asintió a lo que decía Miguel y Emma frunció el ceño.

—¿Qué clase de locuras estáis pensando? —preguntó mirándolos a ambos alternativamente—. ¿Crees que soy Ermesenda reencarnada?

Los dos hombres se miraron antes de decir nada.

—Eterno Retorno —dijeron los dos a la vez y después se echaron a reír.

Emma hizo un gesto para indicar que se habían vuelto locos.

—Nietzsche decía que la tarea del hombre es vivir de tal manera que desee vivirlo todo de nuevo pues, quiera o no quiera, lo hará —dijo Miguel.

Emma movía la cabeza.

—Por lo que yo he entendido, a lo que se refería Nietzsche era a repetir exactamente lo mismo. O sea que Ermesenda volverá a montar ese caballo y volverá a caerse y a abrirse la cabeza. Y yo volveré a verla en ese espejo sin tener ni idea de quién narices es. —Se llenó el vasito y se lo bebió de un trago.

—Habría que hacer algunas variaciones a la teoría —dijo Aniello rellenando los vasitos.

—Has visto la pintura —dijo Miguel—. Aquella eres tú, Emma, hasta en el más mínimo detalle.

Emma miró a sus tíos sin dar crédito.

—Se supone que deberíais tranquilizarme —dijo sin dar crédito—. No estáis haciendo un buen trabajo.

—Dejemos de hablar de esto —dijo Aniello mirando a Miguel—. Es verdad que no la estamos ayudando nada.

—Pues yo quería mencionar otra cosa que ninguno de los dos ha comentado... —Miguel miraba a su sobrina con expresión culpable y Emma supo lo que iba a decir antes incluso de que hablase—. Arnau y Ermesenda también eran hermanastros...

Emma puso los ojos en blanco.

—¡Miguel! —exclamó Aniello mirando severamente a su marido.

—No pongas esa cara, Emma —dijo el escritor cogiéndole la mano—. Entre nosotros no hay temas tabú, ¿verdad?

Emma lo pensó unos segundos y finalmente negó con la cabeza.

—Yo también me he dado cuenta de ese detalle —dijo.

—¿Qué piensas? —preguntó Aniello mirando a Emma, que estaba muy seria.

—Pienso que me voy a terminar la botella yo sola para poder dormir algo esta noche, porque con todo lo que estáis metiendo en mi cabeza no podré hacerlo en los próximos cincuenta años.

El pozo de las ánimas

«Cuando miras largo tiempo a un abismo,
el abismo también mira dentro de ti».
(Nietzsche)

Cuando Emma bajó del avión aún le duraba la resaca de la noche anterior. Con las gafas de sol puestas salió del aeropuerto caminando hasta el aparcamiento en el que había dejado su coche. Se sentó al volante todavía impactada por todo lo que había descubierto en Florencia. Impactada y alucinada, debería decir para ser exacta. Movi6 la cabeza desechando las ideas que seguían pululando por su cabeza. No era posible. Por mucho que dijeran sus tíos, aquella pintura y la mujer del espejo no podían tener nada que ver. ¿Qué sentido tenía todo aquello?

Sacó el móvil del bolso para quitar el modo avión. Siempre se olvidaba de hacerlo.

—Qué raro —dijo frunciendo el ceño al ver que tenía catorce llamadas perdidas. Diez eran de Pol.

Le dio al botón de rellamada y se puso el auricular en el oído.

—¿Emma? —La voz de su amigo sonaba preocupada.

—¿Qué pasa, Pol? Tengo un montón...

—Tu padre está en el hospital —la cortó—. Ha tenido un infarto.

—¿Está...? —No pudo acabar la frase.

—Me ha llamado mi madre y he intentado localizarte.

—Estaba en el vuelo. Acabo de subirme en el coche, aún estoy en el aeropuerto.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó él.

—Me voy para allá ahora mismo —dijo al tiempo que ponía el motor en marcha.

—Recógeme —dijo Pol—. Te acompaño.

—No digas tonterías.

—Estoy de vacaciones y Joana lo entenderá. Recógeme, voy a preparar una bolsa. Mi madre se alegrará de verme.

No tenía ganas de discutir, bastante tenía con aguantar la angustia que

crecía por momentos en su pecho.

Llegaron al hospital en un tiempo récord. Pol trataba de disimular el temblor de sus piernas mientras entraban rápidamente a través de urgencias. Y Joana pensaba que a él le gustaba la velocidad; si hubiera ido en el coche con Emma habrían tenido que ingresarla.

Les costó un poco dar con su padre. Había entrado por urgencias, pero rápidamente lo habían llevado a quirófano y después de la operación lo habían llevado a la UCI. Les dijeron que esperaran y que un médico hablaría con ellos en cuanto pudiera.

Emma y Pol se sentaron en la sala de espera sin que ninguno de los dos tuviese la necesidad de hablar. No hacía falta decir nada.

Después de media hora Pol se levantó y fue hasta una máquina para sacar dos cafés y le dio uno a Emma, que se lo agradeció con un intento de sonrisa.

—Familiares de Héctor Balasach.

El médico miraba a todos los que estaban en aquella sala y Emma se levantó acercándose rápidamente.

—Yo soy Emma, su hija —dijo con cierto temblor en la voz.

—Soy el doctor Alberto Fernández —dijo el médico con expresión seria y un marcado acento argentino—. Su padre ha sufrido un infarto. Hemos tenido que hacerle una angioplastia, que es un procedimiento para abrir los vasos sanguíneos que se han quedado estrechos o están bloqueados y no pueden suministrar sangre al corazón.

—¿Es grave? —preguntó nerviosa.

—Bueno, un infarto siempre es grave, pero su padre lleva una vida muy saludable, está en su peso y realiza bastante ejercicio. En principio tiene muy buen pronóstico, pero en los asuntos del corazón no se pueden hacer afirmaciones rotundas. Habrá que ver la evolución.

—¿Puedo verlo?

—Ahora no, la avisarán, tranquila. —La expresión del doctor se suavizó un poco—. Sé que oír la palabra infarto resulta angustiada, pero lo importante es que pudieron traerlo enseguida y lo atendimos muy rápido. Podemos ser optimistas.

Emma asintió.

—Gracias por todo, doctor —dijo con sinceridad.

El médico sonrió ligeramente y volvió a su trabajo. Emma soltó el aire de

sus pulmones con fuerza y cerró los ojos un instante.

Héctor miraba a su hija con expresión mortificada. Estaba más preocupado por que ella hubiese tenido que ir hasta allí que por haber sufrido un infarto.

—Lo siento, hija —dijo muy serio.

Emma le apretó la mano sonriendo con los labios, aunque sus ojos estaban muy tristes.

—¿Que lo sientes?

—Sí, que te hayan hecho venir hasta aquí. Seguro que tenías cosas que hacer.

—Mira que eres tonto —dijo Emma sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Su padre miró a Pol, que estaba de pie a los pies de la cama.

—¿A ti también te han llamado? —preguntó molesto.

—Me llamó mi madre —dijo negando con la cabeza—. No podían localizar a Emma porque estaba en un avión.

—He estado en Florencia —explicó Emma—. Con Miguel y Aniello.

Héctor asintió pero no dijo nada. Hacía años que no sabía nada de aquellos dos.

—Bueno, pues ya estoy bien —dijo huraño—. Ya podéis iros.

Emma sonrió, ahora de verdad.

—Claro que sí, papá.

—Lo digo en serio. Ni sueñes que vas a quedarte aquí...

La puerta se abrió sin un sonido. Emma había esperado un recibimiento más chirriante, pero los goznes de aquella entrada estaban acostumbrados al uso. Para ella siempre era igual cuando volvía, todo se le removía por dentro.

Entró detrás de su padre, que se movía despacio. Había adelgazado y nunca fue gordo, así que aún se veía más frágil. Lo siguió hasta el salón y durante unos segundos se quedó inmóvil, contemplando la habitación con un rictus amargo. Soltó la bolsa en el suelo y fue hasta la ventana mientras Héctor se sentaba en su butaca. Levantó la aldaba y abrió las contraventanas de madera para dejar entrar la luz del sol. Una luz que apenas pudo con un pedazo del pasado, el que abarcaba el sofá y un taburete de madera que su madre

empleaba para coser. Su mirada se quedó unos segundos allí atascada, con el recuerdo de su colonia entrando por sus fosas nasales. Se sacudió los recuerdos y abrió la ventana para dejar entrar el aire fresco de la montaña, que se coló por cada recoveco inundándolo todo sin pudor y llevándose de un plumazo los recuerdos.

—¿Estás bien? —le preguntó a su padre.

—Perfectamente —dijo él con retintín—. ¿No me ves?

—¿Quieres ir a la cama? —Emma se acercó y se agachó junto a él—. El médico ha dicho que...

—Ya sé lo que ha dicho el médico, pero no me repondré si ando todo el día en la cama. Ya he descansado todo lo que tenía que descansar. Ahora lo que quiero es que me dé el aire.

—Voy a limpiar un poco y después de comer daremos un pequeño paseo. Cortito.

Su padre asintió y le dio unos golpecitos en el brazo. Era su manera de decirle que la quería.

Recorrió la casa limpiando y mientras lo hacía iba colocando sus recuerdos cada uno en su lugar, como si fuesen figuritas que se hubiese llevado cuando se marchó de allí.

Para Emma estar en aquella casa resultaba aterrador porque le recordaba a la que fue. Todo estaba igual que cuando se marchó. Los sonidos y las voces la perseguían mientras pasaba el plumero y barría el suelo. Era como si hubiesen dejado parte de sus almas allí. Uno no se va del todo de algunos lugares. ¿Cómo podía seguir afectándola, después de tanto tiempo?

Emma volvió a ver a su madre como aquella noche. Suplicándole a Julia con la mirada y con todo el lenguaje corporal del que disponía. Le suplicaba que se muriese allí mismo, que se abriese el pecho y se sacase el oscuro corazón que le permitía destruir a sus familias de aquel modo. El rugido de angustia que salió del pecho de Héctor pareció partirlo en dos.

El paseo fue muy corto, pero tan solo unos pocos metros sirvieron para que la expresión en el rostro de su padre cambiase.

—¿Te importa si voy a dar una vuelta? —le preguntó cuando regresaron.

Héctor se sentó en su butaca.

—Vete tranquila —dijo—, yo veré un rato la tele.

Emma sonrió y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—No tardaré —dijo—. Cuando vuelva prepararé la merienda.

Su padre asintió y encendió el televisor.

El camino estaba alfombrado de piedras caídas de la montaña. Se miró los pies con una sonrisa satisfecha, menos mal que aún estaban sus botas donde las dejó y que sus pies no habían crecido desde entonces. Siguió con la caminata y, a juzgar por los carteles que daban detallado aviso, los desprendimientos eran ahora más habituales que años atrás. El que avisa no es traidor, podían haber escrito los cuidadores del Parque Natural.

Emma no era consciente de lo incómodo del camino, ni siquiera sentía cómo las piedras la obligaban a ejercer demasiada fuerza con los tobillos. Sus ojos la ayudaban a distraerse de la presión que le oprimía el pecho después de los últimos días, mostrándole el intenso verde de la hierba húmeda, las flores silvestres que teñían de lila, amarillo y azul el paisaje, o el agua que, buscando un camino por el que seguir avanzando, formaba ríos y embalses naturales hasta precipitarse desde lo alto con ensordecedor estruendo.

Paso a paso fue impregnándose de aquel paisaje que le decía que nada era tan importante. El agua cae y vuelve a subir, las flores se muestran magníficas y sin embargo mueren. El camino avanza, pero no lleva a ninguna parte.

Las piernas le temblaban después de tres horas subiendo y bajando pendientes pedregosas. Pero lo que en realidad la hacía temblar era el cansancio y la certeza de que en algún momento, lo que había amenazado a su padre desde el infarto, acabaría alcanzándolo. La naturaleza la prevenía de que todo es efímero y eterno a la vez. Se acercó al barranco, las escarpadas cumbres la rodeaban, las cimas nevadas y el aire helado le acariciaron el rostro mientras allí abajo, impassible e indiferente, el pozo de las ánimas le devolvió la mirada.

Nunca había bajado desde el *Turó de Cavallers* y la cuesta era muy empinada, sin contar con los desprendimientos de los que la habían advertido los carteles durante todo el camino. Pero había algo que la llamaba, un deseo irreprimible de hacer algo difícil y arriesgado. Algo que la hiciese sentir realmente viva.

Empezó a bajar con mucho cuidado fijándose bien en dónde ponía el pie cada vez. La brisa era fresca a pesar de la época, y el silencio resultaba ensordecedor para alguien que ya estaba más acostumbrado a los ruidos propios de la ciudad.

El descenso fue mucho más difícil de lo que había imaginado y se sintió

orgullosa y eufórica al llegar abajo. Sonrió satisfecha al valorar la hazaña en su justa medida, aunque luego tendría que volver a subir y eso no le hizo tanta gracia.

Caminó sobre aquel terreno pedregoso en el que a pesar de todo crecían preciosas flores que no había visto en ningún otro lugar. Sus colores eran brillantes y los pétalos parecían de seda. Emma se acercó a ver de cerca una de aquellas flores que crecía al borde de la pared y de pronto escuchó el rumor familiar de sonidos que recordaba de su infancia. Aquellos sonidos que Pol nunca escuchaba: voces, roce de metal, cascos de caballos...

Se giró bruscamente esperando encontrase con lo que emitía esos sonidos, pero allí no había nadie más. Estaba sola.

—No debería haber bajado —se dijo sintiendo un miedo atávico. Un miedo irracional que nada tenía que ver con lo peligroso que había sido bajar por la escarpada montaña.

Había tanto ruido en su cabeza que no escuchó el que hacían las piedras al precipitarse desde lo alto de la montaña. Si hubiese mirado hacia arriba habría visto a Julia y quizá le habría dado tiempo de apartarse. Pero no miró. La piedra golpeó su espalda con fuerza derribándola y, al caer, su cabeza se dio contra una de las cortantes rocas que estaban esparcidas por el suelo.

Y el mundo desapareció.

Vuelve conmigo

«El mundo real es mucho más pequeño
que el mundo de la imaginación».
(Nietzsche)

Ed miró el reloj antes de salir de casa. La angustia le atacaba a oleadas, más o menos organizadas, que le oprimían el estómago y le aceleraban el pulso. Cuando escuchó la voz de su hermana supo que algo terrible había ocurrido.

Pol y él llegaron al hospital de madrugada. Héctor estaba sentado en la sala de espera, descansando la cabeza en la pared.

—¿Cómo estás? —preguntó Pol, preocupado por él.

—Estoy bien.

—No deberías estar aquí —dijo Pol—. Estás convaleciente. Estoy seguro de que Emma se...

—Llevan cuatro horas en el quirófano —dijo Héctor con la mirada vidriosa—. Había mucha sangre...

—¿Fuiste hasta allí? —Pol lo miró sorprendido.

—¿Ir hasta el pozo de las ánimas? ¡Si apenas pude caminar doscientos metros! Me lo contó Raúl, uno de los agentes que la encontraron.

—¿Qué hacía Emma allí? —preguntó Pol sin comprenderlo.

—Yo qué sé. Mira que han puesto carteles advirtiendo de desprendimientos... —Héctor fijó su mirada en Ed.

—Soy Ed.

—Ya —asintió Héctor estrechándole la mano—. El piloto.

Ed asintió.

—No voy a engañaros —dijo el padre de Emma mirándolos a los dos—. Es grave.

Ed se sentó en uno de los incómodos bancos de la sala de espera y se apoyó en las rodillas tratando de calmar su estómago revuelto. Pol se acercó a una de las ventanas y centró su atención en el exterior del hospital.

En la hora siguiente unos y otros fueron cambiando posiciones tratando de rellenar el tiempo de algo más que angustia y pánico. El médico habló con

ellos tras la operación, pero no pudo decirles nada que los tranquilizase. Debían esperar a que despertase para evaluar los daños.

Miguel y Aniello llegaron por la mañana y Montse y Roger acudieron por la tarde de ese mismo día. Aquellos primeros días todos pulularon por el hospital entrando y saliendo a distintas horas. Se quedaron en la casa de Héctor y de ese modo también el padre de Emma estaba vigilado.

El doctor Fernandez volvió a reunirse con ellos tres días después de la operación y todos lo escucharon con el corazón encogido.

—Le hemos realizado todas las pruebas neurológicas y sensoriales. No hemos encontrado ninguna causa para el coma que padece, pero somos incapaces de despertarla. Su respiración es profunda y regular, tiene las pupilas mióticas, simétricas y fijas, normal en pacientes con sobredosis de heroína, pero que no nos explicamos en este caso. Sufre unos episodios extraños en los que sus pupilas se mueven de manera errática, como si estuviese en la fase rem del sueño. Le hemos practicado una serie de escáneres y durante esos episodios su actividad cerebral es inusitada. Hemos comprobado que hay inhibición de noradrenalina, serotonina e histamina, las neuronas motoras no resultan estimuladas.

—¿Reacciona al dolor? —preguntó Ed.

—En estado normal sí, pero cuando la estimulamos durante uno de esos estados de mayor actividad, su reacción es nula. He de reconocer que este caso contradice muchas de las cosas que nos enseñan en la facultad y que yo mismo he podido comprobar durante los veinte años que llevo ejerciendo.

—¿Puede oírnos? —intervino Miguel.

—Es imposible contestar a esa pregunta —dijo el médico—. Yo, personalmente, creo que sí, pero eso solo nos lo podrá aclarar ella cuando despierte. Ahora vamos a trasladarla a planta, en una habitación normal podrán estar con ella. Les recomiendo que establezcan turnos, será más descansado y práctico para todos.

Cuando el médico desapareció tras la puerta batiente todos se miraron tensos e incómodos.

—Deberíamos hacer lo que ha dicho el médico —dijo Miguel tomando la palabra—. Establecer turnos para estar con ella. Héctor, tú debes ir a descansar.

—No pienso ir a ninguna parte —su excuñado lo miró muy serio.

Miguel lo pensó un momento, pero finalmente dio un paso al frente y se encaró con él.

—Si te da otro infarto no serás de ayuda para nadie —dijo con severidad—. No sabemos cuánto tiempo va a estar en esta situación, pero esto podría alargarse mucho. Cuanto antes te recuperes del todo más útil serás.

Héctor empalideció al escucharlo hablar así.

—Y he llamado a mi hermana —añadió—, hiciera lo que hiciera es su madre y tiene derecho a estar aquí.

Hector bufó por la nariz y apretó los puños, pero no dijo nada. Se dio la vuelta y se dirigió a la salida del hospital. Su excuñado lo miró alejarse con mucha pena, apreciaba sinceramente a aquel hombre y no sentía ninguna simpatía por lo que le había hecho su hermana, pero ahora tenía que ser fuerte y no podía convertirse en una carga. Se volvió hacia los demás.

—Supongo que vosotros tendréis que volver a Barcelona —dijo mirando a Pol y a Ed.

—A mí aún me quedan unos pocos días de vacaciones y ya le he dicho a Joana que los pasaré aquí —dijo Pol.

—Yo tengo que irme —dijo Ed con expresión desvalida—, pero volveré en cuanto pueda.

—Tranquilo. —Miguel le sonrió consciente de su angustia—. Cuando vuelvas seguro que harás falta. Los que estemos nos turnaremos para estar con ella. Yo me quedaré esta noche.

—Yo vendré por la mañana a sustituirte —dijo Pol.

—Y mañana por la noche me quedará yo —dijo Aniello.

—Me gustaría que esta noche me dejaseis a mí —dijo Ed muy serio mirando a los tres hombres—. Mañana por la mañana tengo que irme y me sentiría mejor si puedo estar con ella unas horas.

Miguel pensó que le gustaba aquel tipo.

—Claro que sí —dijo asintiendo.

Los cuatro hombres se sentaron de nuevo a esperar.

Ed sintió una mano agarrándose a su estómago, fue consciente de su esófago, de sus pulmones, de todos y cada uno de los órganos que lo mantenían en pie frente al cuerpo inerte de Emma. Vio a la enfermera salir y cerrar la puerta tras ella a cámara lenta, después volvió la mirada hacia Emma. Siguió en la misma posición, a la misma distancia durante un espacio de tiempo no mensurable.

Podía verla, estaba allí y, sin embargo, no podía alcanzarla. En su mente se

movía y reía con aquella risa que había escuchado tan solo unas horas antes. Todas esas imágenes se proyectaban sobre el cuerpo inmóvil de aquella cama. Los besos, las caricias, las palabras...

Se acercó a la ventana. Fuera, en la calle, ya era de noche. En el pasillo las bandejas con la cena hacían tintinear los cubiertos y golpeaban las barras del carro que las transportaba. En la habitación, aquellas cuatro paredes habían entrado dentro del área de influencia de un pequeño agujero negro que había detenido el tiempo, al menos el tiempo que Ed podía sentir en sus venas.

La noche duró lo que la Era Glacial y durante ese tiempo Ed deambuló por la habitación, se sentó junto a la cama, rezó a un Dios en el que no creía, blasfemó y gritó en silencio mil veces y de mil maneras diferentes. Durante aquella interminable noche también pensó, y en un momento de raciocinio perturbador se dijo que cuando despertase no se separaría de ella. Jamás.

Las primeras luces de la mañana dibujaban el día en el suelo cuando tuvo conciencia de aquella realidad y abrió los ojos como si despertara de un sueño. De una pesadilla. Aquello sería suficiente, tenía que ser suficiente para que ella también despertara.

—Emma, estoy aquí —susurró inclinando su cara sobre ella—, vuelve conmigo.

Héctor llegó al hospital a media mañana. Avanzaba por el pasillo hacia la habitación de su hija cuando Luisa salió para ir a buscar un café a la máquina dispensadora. Había llegado a primera hora de la mañana sin apenas haber dormido nada.

Los dos se pararon en seco y se quedaron unos instantes mirándose con la pena en los ojos y un enorme peso en el corazón. Héctor apretó los puños, no con violencia sino como si necesitara sujetarse a algo para no caer. Se acercó despacio.

—Nuestra niña —susurró Luisa aguantándose las lágrimas.

Héctor apretó los labios y no dijo nada. Pasó por su lado y siguió hasta la habitación. Luisa se limpió las lágrimas que cayeron por sus mejillas al tiempo que asentía levemente. Casi podía sentir el dolor que emanaba del que había sido su marido durante años.

Temía aquel momento y lo había vivido mil veces como una pesadilla, pero nunca imaginó que sería en unas circunstancias como aquellas. Sabía que

Dios la castigaría y tenía el cuello preparado para su espada, pero nunca imaginó que su venganza sería de un modo tan cruel: haciendo daño a la persona más inocente de los tres.

Héctor estaba junto a la cama de su hija, que seguía sin despertar. Sin dudarlo se cambiaría por ella. Era mucho más duro estar a aquel lado y más sabiendo que ella tenía toda una vida por delante, mientras que él no tenía nada.

Cuando Luisa volvió a entrar con el café en la mano él ni levantó la mirada. Su exmujer se colocó al otro lado de la cama e inclinó la cabeza mirando a Emma con ternura.

—Despertará —dijo la mujer con seguridad—. Dios aprieta, pero no ahoga.

Héctor sí levantó la cabeza al escucharla.

—¿Dios? —dijo con mirada cínica—. ¿Crees que Dios ha hecho esto?

Luisa lo miró compungida sin atreverse a responder a eso y abrir con ello las puertas del abismo.

—¿Crees que Dios está castigando a tu hija por lo que tú hiciste? —la voz de Héctor sonaba áspera—. ¿Es eso lo que estás diciendo? Debes vivir un infierno si es así como piensas.

Luisa no pudo contenerse y rompió a llorar desconsolada. Héctor no se movió de donde estaba.

—Nuestra hija vino a cuidar de mí porque soy un viejo inútil que no puede valerse por sí mismo —dijo sin apartar la mirada de Emma—. Si hay algún culpable de lo que le ha pasado, soy yo.

—No digas eso, Héctor, por favor —dijo Luisa mortificada—, aún me haces más daño.

—¿Que yo te hago daño? —La sonrisa de su exmarido mostraba claramente la ironía de aquella frase.

—Quiero decir...

—Sé lo que quieres decir —la cortó.

Durante unos segundos permanecieron callados, pero Luisa tenía muchas cosas que quería decir y no creía que tuviese muchas más oportunidades.

—Nunca quise hacerte daño —dijo.

Héctor no se movió, pero todo su cuerpo se había tensado como las cuerdas de una guitarra.

—Quería ser una buena esposa —siguió Luisa—, me esforcé en serlo...

Esperó a que él dijese algo, pero Héctor seguía con la mirada clavada en el rostro de Emma sin moverse.

—Luché contra lo que sentía y después de nacer Emma traté de acabar con aquello muchas veces, pero soy una mujer débil y pecadora...

Héctor sonreía con tristeza cuando la miró.

—Siento que haya sido tan duro para ti. —Cada palabra le hacía sentir como si le arrancasen un pedazo de carne—. Ojalá lo hubiese sabido, te habría ayudado a tomar la decisión correcta. No pretendía tenerte contra tu voluntad. Siempre me pregunté por qué tenía la impresión de que todo el amor salía de mí. Tenía la impresión de que tú simplemente te dejabas querer.

—Eso no es cierto —dijo ella—. Yo sí te quise.

Héctor siguió sonriendo, aunque sus ojos tenían la mirada más triste que Luisa hubiese visto.

—Pero que Emma no fuese mi hija... —susurró—. Habría preferido vivir sin saberlo.

Cerró los ojos un instante para filtrar lo que sentía y evitar que su corazón se terminase de romper.

—No debí pedirle que se marchara con su tío. La aparté de mi lado después de todo. Ella no me miraba como a un extraño, seguía viéndome como a un padre...

—¿Le pediste tú que se marchara? —Luisa lo miró sin creerlo—. ¿Por qué hiciste eso?

—No quería que me viese como tú —dijo mirándola—. Como una pesada carga.

—Yo no te veía como una carga —negó ella—. No eras tú el que estaba haciendo algo malo. ¡Para las dos tú siempre fuiste su padre! No importa quién pusiera la semilla, tú la criaste. Cuidaste de ella y te preocupaste por sus necesidades.

Héctor asintió mirando Emma.

—Es mi hija —afirmó—. No puedo perderla a ella también.

No quería decirlo en voz alta, pero fue su corazón el que habló. No pudo soportar que Luisa lo escuchara. Ella no. Salió de la habitación sin hacer caso a sus súplicas y Luisa se quedó mirando la puerta cerrada unos segundos. Después se volvió de nuevo hacia su hija y se arrodilló muy despacio apoyando las manos juntas en la cama. Bajó la cabeza y cerró los ojos.

—Padre misericordioso, devuélvele a su hija. Llévame a mí, pero deja que mi niña vuelva —suplicó—. No importa cuál sea el castigo que me impongas,

lo acataré con humildad y resignación, incluso si te la llevas a ella. Pero déjame que te suplique que no lo hagas. Por favor, Señor, ten piedad de su alma.

SEGUNDA PARTE
UN VIAJE INESPERADO

¿Cómo no lo viste?

«Todos los pozos profundos
viven con lentitud sus experiencias:
tienen que esperar largo tiempo hasta saber
qué fue lo que cayó en su profundidad».
(Nietzsche)

Emma abrió los ojos y parpadeó varias veces. Le dolía la cabeza y sentía un terror profundo e irracional. Se sentó bruscamente y vio a Ed, vestido con ropas extrañas y saltando... ¿de un caballo?

—¿Estáis herida? —dijo arrodillándose frente a ella y cogiéndole la cabeza—. Ha sido una caída terrible.

Emma no podía pensar con claridad, pero entendió lo que le preguntaba aunque aquel Ed disfrazado hubiese dicho «ferida» en lugar de herida. Estaba claro que estaba teniendo una alucinación a causa de la caída. Cerró los ojos un instante y sacudió la cabeza esperando que la alucinación desapareciese.

—Habría que sacrificarlo. —La voz de Ed hizo que abriese los ojos de nuevo y siguió su mirada hasta el caballo que relinchaba con evidente dolor.

«Qué extraño —se dijo—, habla en castellano antiguo, pero lo entiendo perfectamente. Es como si mi cerebro tradujese las palabras al tiempo que las dice».

Bajó la mirada y se tocó el vestido con manos temblorosas. Levantó los brazos y observó aquella tela colgando de sus mangas. ¿Por qué iba disfrazada? Lo último que recordaba era haber bajado al pozo de las ánimas y que algo la golpeó por detrás.

Trató de ponerse de pie, pero todo empezó a dar vueltas haciendo que se cayera de nuevo.

—¡Cuidado! —exclamó él sujetándola—. No creo que sea buena idea que volváis a golpearos la cabeza.

Emma lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con mucho tacto.

—¿No lo recordáis? Os habéis caído del caballo. —Su expresión parecía la de un niño a punto de coger sus caramelos—. Aunque eso significa que he ganado la apuesta, así que ahora podré demandaros lo que desee.

Emma empalideció al recordar el código de Bertrand de Suverte. Miró a

su alrededor con temor esperando ver aparecer a Berenguer con su espada dispuesto a matarlos.

—Debemos irnos —dijo de manera irracional, sin prestar atención a la idea estúpida de que hubiese sido teletransportada a la Edad Media.

—¿Irnos? —El que se parecía a Ed miró también a su alrededor buscando esa amenaza que había visto en sus ojos asustados.

—Mira el agujero del suelo —señaló Emma—. ¿Lo ves? ¡Es una trampa! ¡Alguien ha intentado matarme!

El hombre miró lo que le decía y su rostro mudó de expresión a otra mucho más temible. Se apartó ligeramente de ella, desenfundó la espada y cogiéndola con las dos manos apuntó hacia delante.

—¿Hay alguien ahí? —gritó—. ¡Salid si tenéis agallas!

Después de unas décimas de segundo en las que el Ed disfrazado parecía estar escuchando los sonidos del bosque, echó a correr alejándose de Emma.

—Me he debido de dar un golpe demasiado fuerte —dijo en voz alta al tiempo que volvía a intentar ponerse de pie.

Se tocó la dolorida cabeza y se estremeció al notar la humedad de su sangre en la mano. Respiró hondo varias veces y se llevó la mano al bolsillo para coger su móvil.

—¿En serio voy a seguir viendo estas ropas antiguas todo el rato? —dijo nerviosa—. Vamos a ver, Emma, cálmate. Esto no está pasando. Estás tirada en el suelo, en el pozo de las ánimas. Te has caído y te has dado un buen porrazo. Esto es algún tipo de pesadilla horrible que curiosamente tiene olor y tacto...

Se acercó para tocar al caballo que seguía gimiendo en el suelo.

—Dios mío, eres tan real —susurró—. No puedes estar aquí sufriendo de verdad.

El Ed disfrazado regresó y se quedó un instante observando cómo acariciaba con ternura al caballo.

—Hay que sacrificarlo —sentenció y la apartó con determinación.

—¿Vas a matarlo? —preguntó horrorizada al ver que le cogía la cabeza con una mano mientras la otra seguía sosteniendo la espada—. Avisemos a un veterinario para que lo entablille, seguro que pueden curarlo...

—¿Veterinario? —La miraba como si no comprendiera lo que decía—. Pareciera que es la primera vez que veis sacrificar a un animal como este.

Emma se volvió de espaldas para no ver cómo le rebanaba el cuello al pobre caballo. Se llevó las manos a la cabeza. Aquella situación estaba

empezando a agobiarla bastante.

El extraño Ed se colocó frente a ella mientras limpiaba su espada.

—Ahora no voy a pedirlos que paguéis la prenda que me debéis, esperaré a que estéis completamente restablecida de vuestra caída, pero no olvidéis que no podéis negaros.

Emma tragó saliva y se llevó con ella las palabras que pugnaban por salir de su boca, que no eran muy amigables precisamente. No entendía por qué sentía aquel rechazo visceral hacia Ed. Aunque fuese una pesadilla o una alucinación, a ella le gustaba Ed. Mucho. Él la cogió de la mano y la llevó hacia su caballo.

—Volvamos al castillo. Vuestra madre sabrá atenderos y hará que su médico judío os cure esa herida. No está bien asustar a vuestro marido tan pronto después de la boda.

Emma se detuvo en seco y se echó a reír de manera involuntaria. ¿De verdad estaba recreando en su mente la boda de Ermesenda con Guillem de Leuda?

—¿De verdad no has visto a nadie en el bosque? ¿El que ha hecho esto se va a ir de rositas?

El hombre frunció el ceño como si no entendiera algo de lo que había dicho.

—¿A dónde decís que se ha ido? ¿Rositas es alguna aldea cercana? Habláis de un modo muy extraño, mi señora.

Emma frunció el ceño. ¿En serio? ¿Ella hablaba de manera extraña? Trató de contener la risa que se escapaba entre sus dientes.

—Si alguien nos seguía ha sabido escabullirse con gran premura y no tengo ni idea de si se dirigía a Rositas o a otra aldea. ¿Es causa de risa lo ocurrido? Ese ejemplar era un caballo admirable —dijo muy serio señalando el cuerpo del caballo.

Emma se volvió hacia el animal que yacía inerte en el suelo y la risa se congeló en su boca.

Guillem caminó hasta su corcel y se subió de un salto. Después se inclinó ofreciéndole su mano para ayudarla a montar delante de él y haciendo que se sentara de lado. Emma aceptó el gesto preguntándose cuánto iba a tardar en despertarse de aquel maldito sueño.

Cuando llegaron frente al castillo, Emma respiró hondo tratando de

mantener la calma. Nunca había tenido un sueño tan real y resultaba escalofriante. Sentía las manos de Ed rodeando su cuerpo y el pecho del hombre contra su cuerpo, aunque lo sentía distinto.

Tras pasaron la puerta. Los soldados que la guardaban los saludaron con respeto y los dejaron pasar. Ella los miró de soslayo fijándose en cada detalle de su vestimenta. ¿Cómo podía soñar algo tan perfecto? Estaba segura de no conocer ninguna de las prendas que llevaban. Los únicos soldados medievales que conocía eran los que había visto en películas americanas y ya se sabe que no son muy fieles a la realidad.

Guillem bajó primero del caballo y la ayudó a bajar después cogiéndola en brazos a pesar de sus protestas.

—Puedo andar —dijo molesta.

—¿Queréis que vuestro padre piense que soy un desconsiderado? —El Ed disfrazado la miraba con un gesto burlón que jamás le había visto—. Os llevaré a nuestra cama y haré que avisen a vuestra madre.

Emma se fijó en un hombre joven que los miraba desde la cuesta que llegaba de la puerta. Tenía el pelo muy negro y una poblada barba. La miraba con expresión inquieta como si temiera su reacción y mantenía una postura erguida, pero no agresiva.

—¿Quién es? —preguntó en voz alta sin pensar.

Guillem se giró y luego la miró con expresión preocupada.

—¿No lo reconocéis? —preguntó con el ceño fruncido—. Es Berenguer, el hijo del traidor de Farlás.

Emma sintió un escalofrío y se apretó contra el cuerpo de Guillem de manera involuntaria, gesto que pareció satisfacer a la alucinación a juzgar por su sonrisa.

—¿Qué ha ocurrido? —Una mujer de suaves facciones y distinguido porte se apresuró a acercarse a Emma, a la que Guillem había depositado en la mullida cama.

—Se cayó del caballo —dijo Guillem—. El animal se partió una pata de muy mala manera; he tenido que sacrificarlo.

—¡Oh, Ermesenda! Estarás desolada, con lo mucho que amabas a ese caballo... —dijo su madre acariciándole el pelo—. Tienes sangre seca en la cabeza.

—No es nada... —respondió Emma con suavidad. Se sentía extraña. De su corazón brotaba un afecto inexplicable por aquella desconocida.

—Id a buscar a Ivri —ordenó a la criada que había llegado con ella.

—Ahora mismo, mi señora.

La joven salió corriendo sin más dilación y la mujer se sentó en la cama cogiendo la mano de la herida.

—¿Cómo no lo viste? —preguntó con preocupación—. No es propio de ti ser poco cuidadosa cuando montas a caballo. Podrías haberte matado.

Emma la miraba con expresión desconcertada. Resultaba estremecedor el realismo de su alucinación y empezaba a acometerla el rumor trágico de la fatalidad. ¿Aquella era Pelegrina de Montallat? ¿La madre de Ermesenda? Definitivamente se estaba volviendo loca.

Un hombre de rostro enjuto, vestido con una especie de saya y con aspecto de monje se acercó a Emma para revisarle la cabeza. Dedujo que debía ser el médico judío.

—Ha tenido suerte —dijo Ivri con expresión admirada—. Con una herida así debería haberse desangrado y haber muerto en cuestión de minutos.

—¡Alabado sea Dios! —musitó Pelegrina al tiempo que se persignaba repetidamente.

—Le haré un vendaje después de limpiarle la herida —dijo el médico remangándose.

Pelegrina se apartó para dejarlo trabajar y se acercó a Guillem.

—¿Cómo habéis permitido que ocurra algo así? Es vuestra esposa, está bajo vuestra protección.

—Debo volver al lugar para aclarar algunas cosas. Me llevaré a algunos hombres —dijo Guillem como respuesta y salió de la estancia sin dar explicaciones.

Emma contemplaba la escena mientras el médico hurgaba en su herida. El dolor actuó como revulsivo y le dio muestras de que lo que estaba viviendo era sin duda real. El terror le atenazó las entrañas y la desesperación hizo presa de su ánimo.

—No es posible —susurró al tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas.

¿Se estaba volviendo loca? ¿O es que estaba muriendo en el fondo del barranco y aquella iba a ser su experiencia de la muerte?

Pensó en su padre, que apenas podía moverse. Se preocuparía al ver que no regresaba. ¿Cuánto tardarían en encontrar su cuerpo? Se incorporó bruscamente y trató de levantarse de la cama.

—No os mováis —exclamó el médico tratando de inmovilizarla—. Debéis permanecer en reposo durante dos días por lo menos, hasta que la herida empiece a cerrarse.

—¡Debo irme! —exclamó—. ¡Debo volver al pozo de las ánimas!

—¿Adónde? —Pelegrina estaba junto a ella y trató de cogerle la mano para calmarla—. Hija mía, debes tranquilizarte.

—¡Yo no soy tu hija! —gritó Emma a punto de perder la poca cordura que le quedaba—. Me llamo Emma y no debería estar aquí.

Pelegrina se sorprendió de la enorme fuerza de su hija, que consiguió librarse de ella y del médico y correr hasta la puerta. La cabeza le dolía mucho y tenía la visión borrosa, pero logró alcanzar las escaleras y escapar de sus perseguidores. Escuchaba los gritos de Pelegrina llamando a Guillem, pero Emma solo pensaba en huir de aquella pesadilla como fuese.

Corría lo más rápido que podía yendo descalza, con la sensación de que la cabeza le iba a estallar y que no le cabía el aire en los pulmones. No sabía cómo iba a salir del castillo: si todo desaparecería de repente, se despertaría en el pozo de las ánimas o en un hospital, pero sentía que debía intentar llegar al lugar en el que perdió el conocimiento o no podría volver jamás.

Puedo hacerlo yo

«Yo amo a quienes no saben vivir
de otro modo que hundiéndose en su ocaso,
pues ellos son los que pasan al otro lado».
(Nietzsche)

Los fuertes brazos de Guillem la levantaron del suelo, Emma pataleó desesperada gritando que la soltara. Aquel hombre era una roca inamovible, por más que ella se resistió no hubo forma de liberarse y en pocos minutos se vio de nuevo en la cama de aquel enorme cuarto bajo la atenta mirada de unos fríos ojos azules.

—¿Se puede saber a dónde ibais? —preguntó muy serio.

Emma trató de levantarse de nuevo, pero la mirada amenazadora de su captor la detuvo.

—Si volvéis a levantaros de esa cama no será solo la cabeza lo que os dolerá —dijo muy serio.

Emma frunció el ceño preguntándose si lo había entendido bien. ¿La estaba amenazando con pegarle? Miró hacia Pelegrina y vio que no se inmutaba por su violencia. El corazón golpeaba tan fuerte en su pecho que a poco que mirasen lo verían moverse dentro de su caja.

—Necesito dormir —dijo poniéndose de lado y dándoles la espalda—. Por favor, dejad que duerma.

—Eso me parece muy bien, hija —dijo la madre de Ermesenda.

—Mi señora, es una pésima idea —dijo el médico—, podríais no despertar.

Emma cerró los ojos elevando una plegaria. Eso era exactamente lo que desearía: no despertar. Al menos no despertar en aquella pesadilla y volver a su realidad.

—Yo me quedaré con ella y no dejaré que se duerma —sentenció Guillem acercando una silla hasta la cama.

—¿No debíais irs con vuestros hombres a alguna parte? —preguntó Pelegrina.

—Iré en otro momento —sentenció el caballero.

—¿Seguro que no la dejaréis sola? —insistió Pelegrina con preocupación.

—Descuidad, no me moveré de su lado.

Emma sintió unas irrefrenables ganas de llorar. Aquello no podía estar pasando. La desesperación tomó posesión de todos sus sentidos y el simple hecho de respirar se convirtió en una ardua tarea. Sentía la mirada de Guillem clavada en su espalda como una amenaza y aquella habitación una cárcel de la que no podía huir.

—¿No queréis hablar conmigo? —La voz de Guillem se había dulcificado y Emma se limpió las lágrimas antes de volverse a mirarlo—. ¿Por qué lloráis?

—No puedo explicártelo —musitó.

Guillem sonrió con dulzura y se inclinó hacia delante apoyando los brazos en la cama.

—Claro que podéis —dijo—. ¿Os asusta la idea de que podríais haber muerto?

Emma negó con la cabeza.

—Hay cosas mucho más aterradoras que la muerte.

—Cierto —dijo él y su expresión se volvió más inquisitiva—. Os veo... distinta. Tenéis una mirada extraña y habláis de un modo...

Emma no dijo nada, tan solo cerró los ojos un instante como si quisiera borrar aquello que él veía.

—Visteis la trampa, pero no pudisteis reaccionar —dijo él con el ceño fruncido.

Emma negó con la cabeza.

—No la vi... hasta después.

Las líneas en la frente del hombre se hicieron más profundas.

—Estabais en el suelo y teníais un fuerte golpe en la cabeza, pero señalasteis el lugar exacto en el que estaba el agujero. Sí la visteis.

—Quizá sí, no sé —rectificó pensando que debía poner mucho cuidado en lo que decía.

Guillem movió la cabeza con expresión de duda.

—Sois un experto jinete —dijo—, mejor que la mayoría de los hombres con los que he cabalgado. No os habríais metido en el agujero de haberlo visto. Además dijisteis que era una trampa. Estabais convencida de que había alguien espiándonos.

Emma se incorporó ligeramente y se apoyó en las almohadas con mucho cuidado. Lo miró con intensidad y sin reparos. Tenía el rostro de Ed, pero sus facciones eran más duras y marcadas. Aun así sus ojos eran tan azules y

brillantes como los del piloto. Tener a alguien que le resultaba tan familiar en un lugar que consideraba hostil y aterrador la hacía sentir vulnerable y necesitada.

—No deberíais mirarme así si no queréis que os acompañe en esa cama —dijo él con expresión muy seria—. Sigo siendo vuestro marido, no lo olvidéis.

Emma apartó la mirada rápidamente al sentir que las lágrimas afloraban de nuevo.

—Me gustaría que te marcharas —dijo con voz temblorosa.

—¿Me pedís que me vaya? —preguntó confuso.

Emma asintió lentamente y las lágrimas cayeron de sus ojos.

—No puedo dejaros sola —dijo.

—Os prometo que no me dormiré. —Se sorprendió hablando como él—. Necesito estar sola, por favor.

Guillem se puso de pie sin dejar de mirarla.

—Antes os quitaré la ropa para que no tengáis tentaciones de volver a huir —dijo muy serio.

Emma apretó las sábanas contra su pecho y lo miró asustada temiendo que fuese una treta para conseguir lo que aún no tenía.

—Puedo hacerlo yo —dijo temblorosa al ver que no iba a ceder.

—Adelante. —Guillem se cruzó de brazos sin moverse del lado de la cama.

—Podríais daros la vuelta.

—Podría.

Emma apretó los labios furiosa pero consciente de estar en una posición desaventajada. Apartó las sábanas que la cubrían y se puso de rodillas sobre el incómodo jergón. Revisó atentamente su vestimentas, tratando de localizar las distintas prendas y cómo quitárselas. Se quedó con una especie de camisa larga debajo de la cual no llevaba nada. Por lo visto allí la ropa interior no se consideraba necesaria, lo cual le resultó bastante incómodo al deslizarse bajo las sábanas. Trató de impedir que aquella camisola se subiera, pero era realmente imposible de controlar. Se sentía desnuda frente a él a pesar de las cobijas que la cubrían.

Guillem la miró unos segundos más con expresión divertida y finalmente se dirigió hacia la puerta.

—Si hay algo en lo que confío es en vuestra palabra —dijo volviéndose—. Todo el mundo que os conoce sabe lo que vale. Me habéis dicho que no os

dormiréis y yo os creo.

Salió de la habitación y Emma se sintió culpable por haberle mentado.

—Lo siento, pero no soy Ermesenda —musitó mirando hacia la ventana—. Me temo que mi palabra no vale demasiado y lo único que quiero es despertar de esta pesadilla.

Cerró los ojos y el cansancio la venció en cuestión de segundos.

—¡Ermesenda! ¡Ermesenda! ¡Despierta, hija!

La voz de Pelegrina se coló a través de la bruma en la que se había sumido y abrió los ojos confusa. Miró a su alrededor y un largo y lastimero gemido salió de su garganta.

—¿Te duele mucho, hija? —preguntó Pelegrina creyendo que aquel lamento era por el dolor.

Emma respiró hondo y trató de calmar su angustia. La cabeza le iba a estallar. Tenía una herida grave, lo primordial era curarse.

Se prometió que volvería al pozo de las ánimas. Todo había ocurrido allí y allí debían estar las respuestas, si es que las había. Trató de controlar el sentimiento de fatalidad que la embargó al pensar en ello. ¿Qué creía que podría hacer si regresaba allí? ¿Golpearse la cabeza de nuevo para despertar dentro de su cuerpo?

—Ivri dice que puedes tomar un poco de caldo —siguió hablando Pelegrina al tiempo que cogía el cuenco que la sirvienta había dejado sobre una mesa—. Ayuda a la señora a sentarse.

La sirvienta pasó la mano por debajo de la espalda de Emma y la ayudó con delicadeza a incorporarse.

—Gracias —dijo Emma con una sonrisa—. ¿Cómo te llamas?

La sirvienta miró a Pelegrina y esta le hizo un gesto para que respondiera.

—Columba, señori... señora.

—Gracias —dijo cogiendo el cuenco de manos de Pelegrina cuando se acercó para darle de comer—, ya puedo sola.

—Puedes irte, Columba —ordenó la madre de Ermesenda.

Emma se bebió el caldo lentamente y miró a Pelegrina, que se sentó en la cama observándola con atención.

—¿Qué pasó en el bosque? —preguntó sin apartar los ojos de la que creía su hija—. Tu padre va a querer saberlo cuando regrese.

Emma no pudo controlar a tiempo su expresión de desconcierto y su madre asintió.

—Tranquila, poco a poco lo recordarás todo. Tu padre y el conde de Leuda habían sido convocados por los condes de Pallars para después de la boda. Se marcharon esta mañana en cuanto amaneció.

Emma bajó el cuenco ya vacío y lo apoyó en su regazo.

—Es el mejor caldo que he tomado en mi vida —dijo.

Pelegrina frunció el ceño.

—Realmente te has dado un fuerte golpe en la cabeza si has dicho lo que acabo de oír. ¡Tú detestas el caldo!

Emma se relamió aguantándose la risa.

—Estás muy rara —dijo Pelegrina—. Te miro y veo a mi hija, pero siento que no eres tú. Tu mirada tiene un brillo distinto y la manera en la que nos miras y nos hablas... Me tienes muy preocupada.

—No me siento bien —dijo Emma pensando bien cada palabra—. Hay muchas cosas que no recuerdo. Me siento como si estuviese en un lugar extraño con personas extrañas.

Pelegrina cogió la mano de su hija y la acarició con ternura.

—Debes estar tranquila y dejar que te cuidemos.

Emma asintió. Ahora sería más sencillo, no haría falta que se esforzase en ser Ermesenda, podía ser ella con la excusa del golpe en la cabeza. Al menos un poco.

—¿Anoche...? —Pelegrina la miraba con reparo. Estaba claro que su hija y ella no tenían mucha confianza—. ¿Guillem se comportó de manera adecuada contigo? ¿Todo estaba bien entre vosotros esta mañana?

Emma frunció el ceño. Según el código de Bertrand nadie supo que Berenguer era el culpable de la muerte de Ermesenda y todos creyeron la versión del hijo del vizconde de Farlás, lo que demostraba una clara desconfianza hacia Guillem. Era probable que Pelegrina estuviese haciendo cábalas sobre el accidente y que Guillem estuviese en el centro de sus sospechas.

Asintió sin responder directamente a la pregunta.

—La caída del caballo... ¿Fue un accidente? —siguió preguntando Pelegrina.

—Alguien había cavado un agujero en el suelo y lo había tapado...

Pelegrina empalideció.

—¿Alguien? ¿Quién?

Pensó en decir el nombre de Berenguer, pero no podía demostrarlo y estaba segura de que eso le traería muchas complicaciones. No podía desvelar lo que sabía. Además tampoco podía aventurar cómo afectarían sus conocimientos al futuro... Debía ir con cuidado.

—No lo sé —dijo.

Pelegrina frunció el ceño.

—¿Dónde estaba Guillem cuando ocurrió?

—Habíamos hecho una apuesta.

—¿Una apuesta? —La madre de Ermesenda la miró confusa.

—Era un juego... madre. —Le costó decir aquella palabra. Inmediatamente que lo hizo la imagen de Luisa se materializó en su mente y tuvo que apartar la mirada.

—¿Qué clase de juego?

—Un juego... romántico. Guillem no tuvo nada que ver, si es lo que estáis pensando. —Lo mejor era abordar el problema directamente. No podía incriminar a Berenguer, pero sí podía exculpar a Guillem, y era lo justo—. Si mi... esposo hubiese deseado mi muerte podría haberme matado cien veces y nadie lo habría descubierto jamás.

Pelegrina se tapó la boca con la mano al escucharla.

—¿Cómo podéis hablar así de él?

—¿No es eso lo que temáis?

—Hija mía, esa franqueza no te traerá nada bueno.

Emma se quedó pensativa y en silencio, y tras unos segundos de espera Pelegrina pensó que quería descansar, así que se levantó de la cama, cogió una labor de bordado que Columba había dejado sobre un mueble y se sentó en una silla dispuesta a acompañarla en silencio.

Emma agradeció que la dejase tranquila y permitió al fin que sus pensamientos fluyesen libres dentro de su dolorida cabeza. Empezaba a tener conciencia del cuerpo que ocupaba y también de la mente. En el cuerpo percibía un estado físico mucho mejor que el suyo propio, sus brazos eran más fuertes y sus piernas más resistentes. Y en cuanto a la mente era consciente de que había empezado a emplear palabras antiguas y modismos desconocidos para ella, pero que salían de su boca de manera natural. También estaba descubriendo recuerdos que no eran suyos de vivencias que no había tenido. Era como si los conocimientos de Ermesenda estuviesen mezclándose con los suyos.

Comprendió entonces por qué sentía aquella animadversión hacia Guillem,

a pesar de que le recordaba a Ed. No era ella la que detestaba a aquel tosco caballero, era Ermesenda, y sus sentimientos se habían mezclado con los propios creando en su mente un caos total.

Miró a Pelegrina y sintió calor en su corazón. Las finas manos de la madre de Ermesenda se movían sobre la labor con delicadeza y suavidad y casi podía recordar el tacto de sus caricias maternas.

Después de un par de horas Ivri, el médico judío, permitió por fin que se durmiese y Emma cerró los ojos elevando una muda oración para rogar que la dejaran regresar a su vida, consciente de que se estaba alejando poco a poco.

No me gustabais nada

«Los pensamientos
son las sombras de nuestros sentimientos».
(Nietzsche)

Se despertó helada de frío y abrió los ojos parpadeando con lentitud. Cuando reconoció la habitación en la que se encontraba se dio la vuelta y golpeó el colchón con el puño, una y otra vez, mientras ahogaba sus gritos con la almohada. La cabeza aún le dolía, pero lo peor era la desesperación.

Se sentó en la cama y respiró hondo buscando la calma que sabía que necesitaría para afrontar lo que se le venía encima.

Bajó los pies al suelo y se puso de pie con cuidado asegurándose de que la sostuviesen.

—¿A dónde vais?

Emma se volvió sobresaltada y vio a Guillem de pie mirándola. No se había dado cuenta de que estuviese allí.

—¿Habéis dormido en el suelo? —preguntó incrédula.

El caballero torció una sonrisa.

—En peores sitios he dormido.

Llevaba puesto una especie de medias o mayas ajustadas a sus poderosos muslos y una camisa larga y abierta que mostraba sus desarrollados pectorales. Estaba mucho más musculado que Ed y tenía un cuerpo más grande que el del piloto. Aun así, Emma podía imaginar cómo era el tacto de su piel y casi pudo sentir sus manos acariciándola.

—¿Os duele la cabeza? —preguntó acercándose a ella de aquella guisa.

Emma asintió.

—Deberíais quedaros en la cama.

La joven lo miró mientras se preguntaba qué pasaría si le contaba la verdad.

—Ya he dormido demasiado —dijo negando con la cabeza—. Necesito salir de esta habitación.

Guillem la miró entrecerrando los ojos y después de unos segundos asintió.

—Podéis venir a la mía si os complace más —dijo burlón.

—Estoy segura de que sois capaz de comprender que no es a eso a lo que me refiero.

—Vaya, vaya, parece que habéis despertado al fin de vuestro sueño —dijo acercándose a ella—. Volvéis a ser la joven arisca y malcarada que conocía.

—Vos, en cambio, no habéis dejado de ser una molestia en ningún momento.

Guillem soltó una sonora carcajada y se agarró la cintura sin dejar de reír.

—No entiendo qué os hace tanta gracia.

Su marido estiró un brazo y apartó el pelo de su cara con suavidad y sin que se borrara su sonrisa.

—Vos, mi señora, vos me hacéis mucha gracia.

La miró con intensidad y Emma se apartó rápidamente, acercándose a la ventana.

—Comprendo que estéis cansada de estar entre estas paredes —dijo Guillem—, yo me moriría si tuviese que quedarme aquí encerrado un solo día. ¿Qué os apetecería hacer? ¿Queréis pasear? ¿Os gustaría una competición de tiro con arco?

Emma frunció el ceño. No había cogido un arco en su vida, pero sospechaba que no se le daría mal si cogiese uno.

—Pasear estaría bien —se aventuró—. ¿Podríamos ir al bosque? Me gustaría volver al lugar en el que me caí.

—¿Para qué? —preguntó Guillem y Emma se dijo que aquel hombre era tremendamente atractivo.

Apartó la mirada temerosa de que pudiera leerle el pensamiento.

—Curiosidad.

—Está bien —aceptó él—, pero antes comeremos algo.

Guillem la dejó para que la vistieran y se marchó a sus aposentos para cambiarse de ropa. Una joven camarera acudió enseguida para atenderla, lo que fue de gran ayuda ya que no tenía ni idea ni de dónde guardaba Ermesenda la ropa ni tampoco habría sabido qué prenda iba primero y cuál después. Una vez estuvo cada pieza en su sitio se encontró con un problema mayor. ¿Cómo podía moverse con agilidad con toda aquella pesada tela?

Se miró la falda y el cinturón de seda color verde, como la túnica superior, y sonrió reconociendo, solo para sí misma, que empezaba a resultarle de lo más agradable no llevar ropa interior. Se puso las manos en los pechos y los sintió ligeros y cómodos bajo la tela.

—¿Estáis lista? —preguntó Guillem entrando en la habitación sin llamar.

Emma bajó rápidamente las manos al ver que él observaba su gesto con deseo. Pensó que hacía solo unos minutos estaba completamente desnuda en medio de la estancia y se puso colorada como una niña.

Salieron al patio de armas y Emma se quedó embobada mirando cómo un aguerrido caballero adiestraba a un escuálido mozalbete. El joven contrarrestaba su pobre fisonomía con una agilidad propia de una ardilla. Mostraba un control del equilibrio y una velocidad de movimientos admirable.

Le faltaba mucha fuerza en los brazos y tendrían que pasar años para que pudiera batirse con una espada de verdad, en lugar de aquella de madera que movía frente a su contrincante. El pequeño trataba de escaparse de su atacante como podía, pero los golpes del caballero eran cada vez más frecuentes.

—¡Mantenla derecha! —gritó el hombretón.

El joven la sujetó con ambas manos e hizo lo que le decía.

—Ahora sigue mis movimientos. Despacio, pero no pierdas de vista mi espada —siguió el instructor con sus indicaciones—. Los pies firmes en el suelo, siéntelo. ¡Atacad!

El joven corrió hacia él blandiendo la espada y el caballero se apartó y le dio una patada en el trasero que lo hizo caer de bruces.

Emma vio cómo Guillem se escabullía de su lado y se plantaba frente al instructor colocándose entre él y el muchacho. Sacó la espada con lentitud y la sostuvo con firmeza.

—Ya está bien, Rodrigo, que el pobre Álvaro se ha defendido como un valiente —dijo burlón.

—¿Buscáis greña? —preguntó Rodrigo desenvainando también muy despacio.

—No solo vos vais a divertir os hoy —respondió el otro sonriendo.

—¿Estáis herida?

Emma se volvió al escuchar aquella voz que le resultaba tan familiar y sus ojos se abrieron como platos al ver frente a ella el rostro de Pol.

—He oído que os caísteis del caballo. —El rostro del joven mostraba una gran preocupación.

—Estoy bien —dijo ella sin aventurarse—, pero he olvidado algunas

cosas...

El joven la miró con curiosidad.

—¿No me reconocéis?

—Reconozco vuestro rostro, pero no recuerdo vuestro nombre.

—Arnau.

—¡Arnau! —exclamó sorprendida, y el joven sonrió con satisfacción al ver que le causaba tanta alegría.

—Dejadme felicitaros también por vuestra boda, no pude llegar a tiempo —dijo mirando con timidez a Guillem, que seguía jugando con sus amigos—. Si no hubiese sido tan precipitada...

—Gracias —respondió Emma—, me siento un poco confusa por el golpe.

—Os recuperaréis —dijo Arnau convencido—. ¿Cómo ocurrió? Sé lo bien que montáis y no puedo creerme que vuestro palafrén os tirase.

Emma recordó al caballo y sintió una profunda y sincera tristeza. Estaba claro que Ermesenda quería a aquel animal.

—Había un agujero en el suelo y no lo vi. El caballo se rompió la pata por varios sitios, hubo que sacrificarlo.

—Lo siento mucho —dijo Arnau con sincero pesar—. Sé lo que significaba para vos.

—¿Estáis bien? —Ahora fue ella la que preguntó. Aquella pregunta llevaba implícitas muchas dudas. Emma no estaba segura del carácter de la relación entre Ermesenda y Arnau. El código del abad era tan solo la opinión del monje y no podía saber hasta qué punto era fiable.

El joven frunció el ceño como si no comprendiese la pregunta.

—Yo no he sufrido ningún percance en mi viaje —respondió—. He podido seguir los trabajos en la catedral de Premins y debo decir que ha sido de mucho aprendizaje.

Emma asintió sin evidenciar lo poco que entendía sus palabras, pero no parecía que Arnau estuviese sufriendo por amor.

—Teníais razón en todas vuestras apreciaciones —dijo Arnau ajeno a sus pensamientos—. Como siempre, vuestros consejos fueron acertados y me ayudaron mucho en mis decisiones.

Emma lo miró con atención mientras hablaba de los trabajos que había realizado y buscó en su mente los recuerdos que unían a Ermesenda con aquel joven, que tenía el rostro de Pol. Como si fueran relámpagos en una tormenta nocturna algunos recuerdos de la dueña de su cuerpo le mostraron la información que buscaba. No había en ellos el menor ápice de romanticismo.

Cuando Guillem se cansó de sus juegos con Rodrigo volvió a buscarla y se despidieron de Arnau. La cogió de la mano y la arrastró por el castillo de un lado a otro explicándole qué era cada lugar y recordándole algunas anécdotas que había protagonizado. Así conoció el lugar en el que aprendió a usar el arco a la edad de once años y supo cómo había saltado desde la escalera derribando a uno de los caballeros de su padre. Emma lo escuchaba hablar con un sentimiento dulce. Estaba claro que durante años había observado a Ermesenda desde la distancia y se preguntó si se había enamorado de ella.

—No me gustabais nada —dijo él como si pudiera leer sus pensamientos.

No la había dejado montar sola obligándola a montar delante de él a mujeriega, igual que cuando la llevó al castillo después de la caída. Emma jamás había montado a caballo y se sorprendió de la soltura que había tenido para encaramarse al animal, aunque estaba segura de que iría mucho más cómoda a horcajadas y sola.

—Hombre, gracias, me siento halagada —dijo ella.

Guillem la miró divertido. Volvía a su extraño lenguaje.

—Mi hermana Gunila también monta a horcajadas cuando mi madre no puede verla —dijo Guillem en tono confidente—. Mi hermano Godemir y yo le enseñamos cuando era pequeña.

Emma giró la cara para mirarlo y se fijó en su perfecta mandíbula. Pero enseguida fueron sus labios los que atrajeron su mirada y apretó los suyos en un gesto involuntario.

—Siento lo que le ocurrió a vuestro hermano —dijo sin pensar.

Guillem bajó la mirada hacia ella y Emma tuvo la impresión de que sus brazos la apretaban ligeramente.

—Estábamos muy unidos, aunque a menudo andábamos a la gresca.

—¿Por qué acusó a Ennego en su propia casa?

La mirada de Guillem se tornó dura y sus penetrantes ojos azules la atravesaron como una flecha.

—No creo que este sea un tema para hablar con una mujer —dijo muy serio.

—Ahora estamos solos, podemos hablar con total libertad —dijo ella.

Guillem no pudo evitar su gesto de sorpresa.

—¿Qué importancia tiene que estemos solos?

—¿Creéis que porque soy mujer mi cerebro no piensa?

—¿De qué habláis? —Guillem se removía incómodo en su cabalgadura.

Aquella mujer tenía el don de sacarlo de sus casillas en una fracción de segundo.

—Godemir debió hablar con vos o con vuestro padre y dejar que las cosas se arreglasen de otro modo, ¿no creéis?

Guillem apretó los labios y bufó por la nariz.

—Mi hermano era impulsivo y un hombre de honor, no pudo callarse. Estoy seguro de que no pensó que se encontraba en la guarida de una alimaña.

—¿No os habéis planteado la posibilidad de que Ennego no lo matara?

—¡El traidor confesó! —gritó con furia y su caballo relinchó como si respondiera a su enfado—. Será mejor que dejemos este tema o acabareis con mi paciencia.

—Está bien, como gustéis —dijo Emma enfadada—. Seré una mujer florero.

—¿Cómo decís?

—Sí, que seré como un objeto bonito e inútil —se quejó cruzando los brazos y mirando hacia el bosque.

Cuando llegaban al lugar del accidente, Emma le pidió que se desviara un poco y descabalgaron justo en el punto en el que había caído después del desprendimiento. Miró hacia arriba y suspiró.

—¿Estáis loca? —Guillem negaba con la cabeza después de escuchar su petición—. De ninguna manera voy a permitirlos subir por ahí.

—Puedo hacerlo perfectamente —dijo molesta—. A pesar de estas malditas ropas que no me dejan moverme y estos zapatos inútiles.

Guillem la miró entrecerrando los ojos y Emma bufó agotada de aquella situación. Buscó una piedra en la que sentarse y se frotó la cara tratando de calmar los nervios.

—Os estáis comportando de un modo muy extraño —dijo él, acercándose.

—¡No me digas! ¿En serio? ¡Estás hecho un lumbreras, chico!

—¿Lumbreras? —Guillem fruncía el ceño completamente desconcertado.

Emma no podía parar, era como si estar en aquel lugar la conectase con su realidad y la obligase a ser ella misma.

—¡Dios! —exclamó poniéndose de pie—. Creo que tengo algo subiendo por mi pierna. ¡Diooooo!

Comenzó a dar saltitos y a sacudirse la ropa, pero seguía notando aquel cosquilleo ascendente. Se levantó las faldas y se dio palmadas entre las piernas para hacer caer lo que fuera que se le había colado bajo el vestido.

Guillem la miraba sin dar crédito a lo que estaba viendo y cuando Emma se topó con su mirada bajó la vista y comprobó que estaba mostrando mucho más de lo que habría deseado. Dejó caer la tela de golpe y pateó el suelo irritada.

—¡Quiero volveeeeeeer! —gritó mirando hacia el cielo, como si clamase a Dios por su ayuda.

Guillem se acercó a ella y la sujetó por los hombros.

—¡Cálmate, mujer! —le ordenó.

—¿Que me calme? —Se soltó con brusquedad—. ¡Me va a estallar la cabeza! No tienes ni idea de lo que me pasa...

El hombre le cogió la cara y la besó en la boca haciéndola callar. Emma sintió una electrizante sensación que recorrió su cuerpo como un rayo y percibió en el contacto que él también lo había sentido. Guillem se apartó para mirarla un instante y después la rodeó con sus brazos para besarla otra vez. La lengua masculina penetró entre sus labios y acarició la suya sin timidez. Emma le rodeó el cuello con los brazos y se dejó invadir sin resistencia, respondiendo a sus acometidas con una intimidad casi salvaje a la que él no estaba acostumbrado.

El calor de sus cuerpos prendió rápidamente y el movimiento sinuoso de sus lenguas provocó una evidente erección en Guillem. Emma se pegó más a él y se puso de puntillas, lo que provocó una fricción que lo llevó un paso más allá.

El esposo de Ermesenda deslizó los labios por su garganta y ella echó la cabeza atrás gimiendo sin pudor, lo que hizo que él regresara a su boca y la tomara sin reservas. La arrastró hasta un árbol y una vez allí metió la mano bajo sus faldas, no sin dificultad.

—Ermesenda... —gimió.

Emma abrió los ojos y la imagen cobró realidad. Se dio cuenta de dónde estaba y de quién creía él que era ella... Lo empujó sin miramientos y dejó caer la tela del vestido.

—¿Qué?! —El rostro de Guillem mostraba una enorme confusión.

Emma estiró el brazo y mostró la palma de su mano cuando comprendió su intención de volver al ataque.

—No te acerques —ordenó.

—¡Eres mi esposa!

—¡No lo soy! —gritó.

Guillem la miró temiendo que se hubiese vuelto loca.

—Si no te tomé la primera noche fue por consideración —dijo entre

dientes—. Tengo todo el derecho...

—No lo tienes. —Emma sentía la tensión que había entre ellos y no estaba segura de poder contenerlo—. No soy quien tú crees.

Guillem respiraba con dificultad y todo su cuerpo estaba en plena ebullición sexual.

—No soy Ermesenda, me llamo Emma Balasach y vengo del siglo XXI.

El secreto revelado

«Una conversación entre dos personas
son dos monólogos con interrupciones
más o menos pacientes»
(Nietzsche)

—Sé que crees que esto es por el golpe que me di y probablemente pienses que estoy loca, pero te digo la verdad. Me llamo Emma Balasach, soy pintora y nací en 1994. Estaba paseando después de dejar a mi padre en casa y bajé desde allí arriba. —Señaló lo alto de la montaña—. Fue una estupidez, había carteles advirtiendo de desprendimientos, pero no les hice caso. Cuando llegué aquí una piedra me golpeó la espalda y me caí golpeándome la cabeza contra otra roca.

Guillem abrió y cerró la boca varias veces, se colocó las manos en la cintura, estiró los brazos y cambió de postura sin saber cómo reaccionar. Estaba claro que Ermesenda había perdido la cabeza, pero lo que se preguntaba era si sería algo pasajero o, por el contrario, no tendría solución.

—Sigues pensando que estoy loca...

—Loca no, pero veo que sufrís una alucinación terrible.

Emma cerró los ojos un instante y respiró hondo. ¿Cómo podía hacer que la creyese?

—Mientras venías para casarte con Ermesenda tu escudero y tú os encontrasteis con dos hombres en Farín.

Observó a Guillem, que no pudo disimular la sorpresa en su expresión.

—Estuviste por ahí, ahogando tus penas por tener que casarte a la fuerza —siguió contando tal y como lo recordaba—. Os topasteis con dos hombres malcarados. Uno le contaba al otro no sé qué del comendador de...

No recordaba el lugar y se paseó hacia un lado y otro buscando en sus recuerdos hasta que dio con el nombre.

—¡Olserga!

—¿Cómo sabéis eso? —susurró Guillem muy serio.

—Ya os lo he dicho, vengo del futuro.

El hijo del conde de Leuda se movió rápido y en dos zancadas la tuvo sujeta por el brazo mientras la escrutaba con una fría mirada.

—¿Es alguna clase de broma que habéis planeado con mi escudero? ¡Lo moleré a palos en cuanto le eche la mano encima!

—Tu escudero no tiene nada que ver con esto. ¿Cuándo crees que he hablado con él? ¡No me habéis dejado sola ni un momento!

Guillem tuvo que darle la razón. Desde la boda no había estado sola y antes de eso su escudero siempre estuvo a su lado.

—Discutisteis y lo amenazaste con dejarlo manco —siguió Emma.

Guillem la miró con una intensidad tal que no pudo evitar un escalofrío.

—Se llamaba Alberic —musitó.

Su esposo empalideció y dio un paso atrás como si acabase de descubrir que estaba frente a una bruja.

—Es imposible —dijo—. ¿Qué clase de hechicera sois?

—No soy una hechicera —dijo ella dando un paso hacia él—. Soy Emma Balasach y vengo del siglo XXI. Te lo juro.

Guillem se llevó la mano a la cabeza y se apartó el pelo tratando de serenarse. Su mente le decía que aquello que decía era imposible, pero estaba claro que sabía cosas que no podía saber.

—Si vienes del futuro, ¿cómo es que sabes algo que ocurrió en el pasado?

—Bertrand de Riell escribió un códice...

—¿Bertrand? ¿El hermano de vuestro padre?

Emma asintió.

—En ese códice explica la... historia de su familia. —Se apresuró a cambiar su discurso para no dar datos que no deseaba revelar—. En él cuenta la boda de Ermesenda con Guillem de Leuda y tu aventura.

—¿Cómo podía conocer ese suceso el abad?

—Porque tu escudero se lo contó después de... —Emma cerró la boca de golpe.

—¿Después de qué? —La miró amenazador.

—Después de tu muerte.

Guillem la miró sin temor.

—¿Sabes cuándo voy a morir?

Emma negó con la cabeza.

—Ya no —dijo—. Deberías haber muerto en el bosque, cuando me caí.

—Así que era yo el que debía pisar aquella zanja...

Emma respiró aliviada y asintió corroborando su idea, pero sin verbalizar ninguna mentira.

—Entonces me habéis salvado —dijo sonriendo con una extraña

expresión. Parecía que se estaba divirtiendo—. ¿Por eso estáis aquí? ¿Y dónde está Ermesenda?

—No lo sé —dijo Emma encogiéndose de hombros—. Solo sé que yo sufrí un accidente y me desperté dentro de este cuerpo.

Guillem la miraba con asombro y estupefacción.

—¿Cómo llegó a vuestras manos ese códice y por qué?

—Estaba investigando a Ermesenda de Riell. Desde niña la veía cuando me miraba en el espejo que había en el armario del dormitorio de mis padres.

—¿Armario? ¿El lugar en el que guarda vuestro padre las armas está en su dormitorio? ¿Y tiene un espejo? ¿Para qué?

Emma frunció el ceño y negó repetidamente.

—Armario es el lugar en el que se guarda la ropa en el siglo XXI. Y los espejos no son como los de ahora, esos pequeños objetos de plata como el que tengo en mi habitación. Son grandes y de cristal. Se cuelgan en las paredes y en las puertas de algunos armarios para poder verte de cuerpo entero.

Guillem asintió muy despacio pero sin asimilar la información.

—¿Y veíais a Ermesenda en esos espejos?

Emma asintió.

—Yo no sabía que era ella hasta después. Encontré una pintura en el mismo lugar en el que se conservaba el códice. Era una pintura de Ermesenda y gracias a ella descubrí que éramos idénticas. Creo que tu esposa y yo estamos conectadas de algún modo y por algún motivo que no acierto a comprender nos hemos intercambiado.

—¿Creéis que Ermesenda ha viajado al futuro? —preguntó visiblemente alarmado.

—No lo sé, pero si yo estoy aquí...

Emma sintió que su cuerpo se cubría de una fina capa de sudor y sintió que las piernas no podía sostenerla. A trompicones fue hasta el árbol en el que poco antes habían estado a punto de hacerlo y se arrastró hasta el suelo poniendo buen cuidado en sentarse sobre la falda.

—¿Os encontráis mal? —dijo él hincando una rodilla en el suelo.

Emma respiraba con dificultad y sintió que las lágrimas afloraban a sus ojos.

—No puedes imaginarte el alivio que siento al poder contarle esto a otra persona. Desde que desperté en tu mundo he vivido aterrada y desesperada. No sé cómo puedo volver. Creí que viniendo aquí algo ocurriría, pero aquí sigo...

Guillem le acarició el rostro con ternura y sonrió.

—No temáis, ahora que sé vuestro... secreto, cuidaré de vos —dijo tratando de reconfortarla.

Emma puso su mano sobre la de él y cerró los ojos en un acto impulsivo.

—Volvamos al castillo —dijo él—. Necesitáis descansar para recuperar las fuerzas.

La ayudó a subir al caballo y emprendieron el regreso en un calmado silencio. Los dos tenían mucho en lo que pensar y Emma trató de relajarse y disfrutar del paseo. Ahora que tenía un aliado se sentía mucho más segura y tranquila. Al menos frente a él ya no sería necesario disimular.

Guillem la acompañó hasta su habitación y la ayudó a meterse en la cama. Pidió a la sirvienta que le trajese algo de comer y que avisara al médico para que le cambiase el vendaje. Cuando Pelegrina acudió a ver a su hija la encontró con mucha mejor cara.

—Tienes mejor aspecto —dijo sonriendo.

—Me encuentro mejor —dijo Emma sonriendo también.

—Estaba esperándoos, mi señora —dijo Guillem acercándose a su suegra—. Debo ausentarme y no quiero que vuestra hija se quede sola en ningún momento.

Pelegrina miró a Emma y luego al futuro conde.

—¿Qué ocurre? Pensaba que le había sentado bien el paseo —dijo con preocupación.

—Me temo que lo que le pasa a mi esposa es mucho más grave de lo que pensábamos —dijo sin mirarla en ningún momento—. Sufre de terribles alucinaciones y temo que pueda hacer una locura si no la vigilamos.

—No... —gimió Emma al tiempo que se incorporaba en la cama.

—No puede quedarse sola bajo ningún concepto —insistió su esposo sin dejar de mirar a Pelegrina—. Ordeno que, si es necesario, la aten a la cama y os hago directamente responsable de ello hasta que yo vuelva.

Pelegrina asintió, consciente de cuáles eran sus obligaciones.

—¿Cómo puedes...? —La voz de Emma se rompió y no pudo seguir hablando.

Se dejó caer contra las almohadas y cerró los ojos sintiendo las lágrimas aflorar.

—Traeré al médico de mi padre —dijo Guillem con el rostro pétreo.

—¿Ese sarraceno?

—Táriq no solo sabe curar el cuerpo, también puede curar el espíritu — dijo Guillem mirándola con dureza—. Me temo que vuestra hija tiene una dolencia que su médico judío no podrá aliviar.

Pelegrina se tapó la boca para ahogar un grito de horror.

Guillem se volvió hacia su esposa y la vio acurrucada como un bebé mientras las lágrimas caían sin freno de sus ojos. Sintió una punzada en el corazón y hubiera deseado envolverla con sus fuertes brazos y decirle que no temiera, que iba a ayudarla a curarse, pero apretó los puños y salió de la estancia sin decir nada más.

El beneficio de la duda

«Las personas que brindan su plena confianza
creen por ello tener derecho a la nuestra.
Es un error de razonamiento:
los dones no dan derechos».
(Nietzsche)

Durante los siguientes días no dejaron que Emma saliese de su habitación. Pusieron guardia a su puerta y la mantuvieron vigilada todo el tiempo. Táriq, el médico sarraceno, le preparó algunos potingues que tuvo que tomarse contra su voluntad. Pero, después de varias tomas, tuvo que reconocer que aclararon su mente y calmaron por completo los dolores de cabeza.

Al principio aquella situación la llevó al borde de la desesperación y a punto estuvo de intentar escapar por una de las ventanas atando toda la ropa que pudo conseguir además de las sábanas de su cama. Pero la caída era de muchos metros y tampoco tenía ningún lugar al que ir, así que desistió y volvió a colocar todo en su sitio antes de que despuntase el alba. Tenía la sospecha de que su buen juicio había regresado gracias a las medicinas de Táriq, que además era la única persona con la que se sentía realmente cómoda allí. La dejaba hablar a su modo, sin pretender reconvenirla. La escuchaba con serenidad y no le insistía una y otra vez en que estaba loca, como los gestos y actitudes de Pelegrina parecían evidenciar todo el tiempo.

Con la calma llegó el raciocinio. Necesitaba aclarar la mente y planificar una estrategia. Había vuelto al pozo de las ánimas y no había conseguido nada. Estaba claro que no había ninguna puerta que atravesar para regresar a su mundo. De hecho ella no había viajado, en realidad el cuerpo que ocupaba era el de Ermesenda, por lo que dedujo que el suyo seguía en el siglo XXI o algo peor. Tenía que enfrentarse a la posibilidad de que hubiese muerto y que fuese su alma la que se había trasladado hasta aquella época, después de abandonar su cuerpo para siempre.

—¿En serio estás pensando eso, Emma? —susurró.

Hablar sola era algo que la reconfortaba. Escucharse la hacía sentirse completamente ella. No es fácil saber que ocupas el cuerpo de otra persona. No había espejos en los que mirarse, pero una exploración directa había

mostrado muchos detalles en aquel receptáculo de piel y huesos que no reconocía como propios. ¡Cuánto echaba de menos una cuchilla de afeitar!

Guillem la visitó en varias ocasiones y ella le dejó muy claro que no quería verlo. No hizo falta decir nada, tan solo lo ignoró por completo como si no estuviese allí y el marido de Ermesenda se marchó derrotado. Aquello la reconfortó algo, aunque no lo suficiente.

Tuvo mucho tiempo para pensar y cuando se fueron aclarando sus ideas, abriéndose paso entre el malhumor, la rabia y la angustia, comprendió que había perdido de vista lo más importante: Ermesenda estaba en peligro. O sea: ella estaba en peligro. Berenguer no había conseguido su propósito, pero no creía que hubiese cejado en su empeño de vengarse del conde por lo que había ocurrido con su padre. Menudo cínico, el único culpable era él por haber matado a Godemir.

Emma se dijo que de momento debería centrarse en salvar su vida y que después de eso ya pensaría en todo lo demás. Estar allí encerrada y vigilada, día y noche, la había protegido de cualquier ataque de Berenguer, pero no podía estar siempre escondida, eso sería peor que la muerte. Además, si no podía acceder a ella el de Farlás ingeniaría otro plan que acabaría con el Señorío de Riell, aunque su intención fuese en realidad acabar con el conde de Leuda y sus descendientes.

—Quizá debería hablar con él —susurró—, contarle lo que conseguirá con sus actos. Estoy segura de que no le desea ningún mal al barón de Riell.

Emma se acercó a la ventana y miró hacia las montañas. El paisaje era precioso y ni siquiera le había dedicado un minuto desde que estaba allí. No se había parado a pensar en los detalles, algo comprensible dada su situación. Después de unos minutos de relajación volvió al tema que analizaba.

—Si le cuento todo lo más probable es que reaccione como Guillem. —Al decir en voz alta su nombre sintió que la inundaba un sentimiento de rabia—. ¡Capullo!

Como si lo hubiese invocado, Guillem de Leuda apareció de repente invadiendo su intimidad con aquella expresión soberbia en su rostro que Emma tanto detestaba.

—¿Cómo estáis hoy?

Ella apartó la mirada dispuesta a ignorarlo tal y como había venido haciendo desde que la traicionó. Se volvió hacia la ventana, dándole la espalda sin ningún miramiento.

—Había pensado que, si os sentís bien, podríamos dar un paseo para ver

la puesta de sol.

Emma se volvió de golpe sin poder controlar sus gestos, entusiasmada ante la idea de salir de allí. La sonrisa de satisfacción en el rostro de Guillem hizo que apretara los labios con rabia. Acababa de darle un gusto.

—Veo que os agrada la idea —dijo alegre—. Podemos salir y caminar por los alrededores del castillo, si gustáis.

Emma lo miraba con tal frialdad que Guillem sintió que se le congelaba la lengua en la boca. Hizo un gesto y Emma no se hizo de rogar pasando junto a él con aquella manera de caminar, tan peculiar y resuelta, que a él tanto le sorprendía.

Las piedras enrojecían con la puesta de sol y todo el mundo se movía preparándose para la noche. Se guardaban los rebaños, se amontonaba la leña para alimentar la lumbre. Los sonidos del castillo cambiaban dependiendo de la hora del día y a Emma le gustó pasear entre aquellas gentes a las que empezaba a ver tan reales. Salieron del castillo caminando y ante la atenta mirada de los guardias que custodiaban las puertas.

Emma elevó la mirada hacia los picos de las montañas que mostraban idéntica fisonomía a la que estaba acostumbrada. Era lo único que se había mantenido imperturbable durante siglos llegando hasta sus días con el mismo dibujo contra el horizonte.

—¿En qué pensáis? —preguntó Guillem.

Emma lo miró con desprecio, pero no respondió.

—Veo que seguís enfadada conmigo...

—¿Enfadada? —No pudo aguantarse más—. ¿Por qué tendría que estar enfadada? ¿Te refieres al hecho de que te abrí mi corazón y tú lo pisoteaste hasta hacerlo añicos? ¿Te has permitido, aunque solo sea un instante, pensar en que lo que te dije fuese cierto?

El caballero tardó unos segundos en descifrar el galimatías, pero en líneas generales entendió lo que le preguntaba.

—Si me preguntas si dudé: sí, lo hice.

Emma paró en seco la acelerada caminata que había emprendido y lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Y no pudiste darme el beneficio de la duda?

—¿Qué beneficio es ese? —preguntó él sin comprender—. Me cuesta mucho entender vuestras palabras cuando habláis así.

Emma pensó un poco. La lengua que él hablaba se diferenciaba notablemente de la que hablaba ella, a pesar de ser la misma. Extrañamente

ella podía hablar ambas de manera natural, pero no debía olvidar que él no. Entre otras cosas utilizaban e en lugar de y. Decían omne y mugier, en lugar de hombre y mujer. Avemos, en lugar de tenemos. Fezist, por hiciste... Y así con la mayoría de palabras, añadiendo, además, diferente entonación.

—Intentaré hablaros en vuestra lengua —concedió ella.

—Os lo agradezco —respondió con expresión irónica.

—Comprendo que es muy difícil aceptar que lo que os dije es cierto. Sé que es mucho más sencillo pensar que estoy loca, pero os di pruebas de ello. No es posible que no os deis cuenta de que no miento.

—No tengo la menor duda acerca de que vos creéis realmente que esa alucinación es cierta y reconozco también que me hicisteis dudar, pero coincidiréis conmigo en que es del todo inverosímil la posibilidad de que vengáis del siglo XXI.

Emma suspiró. ¿Qué habría pensado ella si alguien le hubiese dicho en su mundo que venía del siglo X, enfundado en el cuerpo de alguien a quien conociese?

—No sé qué voy a hacer —musitó derrotada.

Guillem se acercó a ella y la cogió por los hombros.

—Os propongo algo —dijo mirándola a los ojos—. Tratad de comportaros de un modo coherente durante los próximos tres meses. Dejad que pase el tiempo y en noventa días volvemos aquí y retomamos esta conversación. ¿Qué os parece?

Emma lo miró sin reservas de ningún tipo.

—¿Creéis que esas ideas desaparecerán de mi mente?

—Si en tres meses no han desaparecido, deberemos plantearnos dos posibilidades: que hayáis perdido el juicio o que tengáis razón. Prometo estar abierto y receptivo sea cual sea la situación. No os abandonaré, Erm... Debo llamaros Ermesenda.

Emma asintió.

—Lo comprendo y acepto vuestra propuesta. Durante estos tres meses seré vuestra esposa frente a todos, pero cuando estemos a solas me permitiréis ser yo misma.

—¿Eso significa que no me permitiréis compartir vuestro lecho?

Emma dio un paso atrás y lo miró amenazadora.

—Si sois sincero en vuestras palabras no osaréis forzarme a ello...

—Nunca una mujer se habría atrevido a mirarme del modo que vos lo hacéis —dijo con severidad—. No os forzaré, mi señora. Si en tres meses

desde hoy no os habéis recuperado deberemos llegar a un acuerdo, pero hasta entonces respetaré vuestra voluntad. Solo visitaré vuestra cama cuando vos me lo pidáis.

—Cosa que no ocurrirá jamás —dijo Emma volviendo al castellano moderno.

Guillem sonrió divertido.

—¿Esto es un pacto?

Emma asintió y le mostró la mano para que la estrechara. Guillem la miró confuso.

—Debéis estrecharme la mano en señal compromiso —dijo ella moviéndola ligeramente.

—¿Teméis que os ataque con mi espada? —preguntó él.

Emma no comprendía a qué se refería. Pues claro que no pensaba que fuese a atacarla. Guillem le cogió la mano y la apretó con firmeza, y Emma sonrió satisfecha.

—¿No os estrecháis la mano para sellar vuestros pactos? —preguntó con curiosidad.

Guillem negó con la cabeza sin disimular su preocupación al ver que realmente no recordaba apenas nada.

—He estrechado la mano de muchos hombres, pero siempre para asegurarme de que no sacaban una daga escondida con intención de atacarme a traición mientras conversábamos.

—Curiosa costumbre —dijo Emma sonriendo. Empezó a caminar de nuevo y le hizo un gesto para que caminase junto a ella—. Entonces, ¿aceptáis dejarme ser yo misma cuando estemos solos?

Guillem asintió con la cabeza a modo de respuesta.

—Siempre y cuando os comportéis como Ermesenda frente a todo el mundo.

—Así lo haré —confirmó Emma—. Me gustaría preguntaros algo. ¿Cómo llamáis vosotros al lugar en el que me caí del caballo?

—El barranco del diablo —dijo Guillem frunciendo el ceño—. ¿Vos lo conocéis con otro nombre?

Emma asintió.

—En mi tiempo lo llamamos El pozo de las ánimas.

—Qué nombre tan curioso —dijo Guillem y continuaron caminando.

Emma se preguntó si todavía se llamaría así. Aquel nombre venía del tiempo en el que desapareció el señorío de Riell. La leyenda era que

arrastraron hasta el barranco a todos los que sobrevivieron al ataque al castillo y allí los mataron. Pero si en un año nadie moría ese nombre no tendría sentido. Se estremeció. ¿Realmente se podía cambiar el destino? ¿Y si finalmente ocurría y todos morían igual?

—¿Os ocurre algo? —preguntó Guillem.

Emma negó con la cabeza y trató de sonreír.

Con todo mi respeto

«Solamente aquel que construye el futuro
tiene derecho a juzgar el pasado»
(Nietzsche)

A partir de aquel día Emma aprovechó cualquier ocasión en que estuviesen solos para hablarle de su vida. Le contó que era pintora, le habló de Roma, de Miguel y Aniello. Cuando le dijo que estaban casados Guillem la miró como si de verdad se hubiese vuelto loca. Le habló de los coches, los trenes y los aviones. También de los enormes barcos que surcaban los mares repletos de turistas.

Le habló de Ed y de lo mucho que se parecía a él. De Pol, de lo que eran las pruebas de ADN, del cine, de la televisión y de la comida. Le hizo un repaso turístico gastronómico por todo el mundo, hablándole de toda clase de platos.

Guillem la escuchaba, al principio sin demasiado interés, pero poco a poco se dio cuenta de que aquel entramado era demasiado complejo para brotar de manera espontánea y sin más por el mero hecho de haberse golpeado la cabeza.

Según pasaban los días empezó a mirarla con otros ojos y se encontró buscando diferencias entre aquella mujer y la Ermesenda con la que se había casado. A su esposa no le habría temblado el pulso a la hora de disparar una flecha contra un ciervo, pero ella se puso a temblar incapaz de dejar ir la flecha, y acabó empujándolo cuando le tocaba disparar provocando que errase el tiro.

La observaba hablar con los caballos y acariciarlos con ternura mientras interrogaba al mozo de cuadras sobre lo que ella verbalizó como «malos tratos», refiriéndose a la espuela que había visto que llevaban los caballeros.

Le gustaba hacer cosas extrañas con la comida, como envolver la carne con la verdura o meterla en finas tiras dentro del pan para luego comérselo todo junto. Hizo que el herrero le fabricase un extraño utensilio al que llamó «tenedor» y que solo utilizaba cuando estaban solos y nadie podía verla.

Pero una de las cosas que más le sorprendió de ella fue lo que hacía todas

las mañanas después de despertarse. La había descubierto por casualidad una semana después del accidente cuando entró en su habitación para despertarla. Había colocado una alfombra frente a la ventana abierta y realizaba una serie de movimientos curiosos y extraños colocando su cuerpo en posturas imposibles que requerían de una gran flexibilidad. Se había vestido con unas calzas masculinas y en la parte de arriba una camisa que había cortado hasta la cadera para atarla después con un nudo a la cintura.

—¿Qué hacéis? —preguntó sorprendido.

Emma lo miró con una expresión relajada.

—Yoga —respondió.

—¿Yoga? —preguntó acercándose a ella.

Emma siguió con sus movimientos, asana tras asana con una armonía admirable, fruto de años de entrenamiento.

Guillem no podía apartar los ojos de su cuerpo, que con aquellas exiguas prendas se mostraba ante él casi sin filtros. La camisa se abría constantemente mostrando unos turgentes y firmes pechos que lo llamaban a gritos. Mientras las medias se adherían a las piernas femeninas como una segunda piel.

Emma, completamente ajena a lo que la visión de su cuerpo estaba provocando en el caballero, siguió con las posturas hasta llegar al final de su rutina. Respiró profundamente varias veces y dio por terminado el ejercicio. Entonces captó la mirada de Guillem y al bajar la cabeza comprendió que llamaba tan poderosamente su atención y se cubrió con rapidez.

—No me miréis así —dijo.

Su esposo clavó en ella unos ojos desconcertados.

—Ahora mismo en lo último que pienso es en miraros. ¿Sois consciente de que soy vuestro marido y de que os deseo?

Emma se apretó la camisa como si creyera que podía protegerla, pero con ello solo consiguió mostrar cada una de sus curvas con mayor atino.

—Soy un hombre joven y vigoroso que no ha podido satisfacer sus instintos naturales durante días —dijo él con expresión enfadada—. ¿Cómo creéis que puedo sentirme viéndoos de ese modo?

—Estaba haciendo ejercicio —se quejó ella—. No deberías entrar en mis aposentos sin pedir permiso.

—¿Pedir permiso? ¿Queréis que me convierta en el hazmerreír de todo el castillo? ¿Qué digo del castillo? Si esta situación llegara a saberse se reiría de mí todo Riell y sus aledaños.

—Calmaos —pidió Emma sin poder apartar la mirada de aquella

protuberancia que emergía bajo sus pantalones.

Guillem se dio cuenta de que lo miraba y aquello acabó con su paciencia. Se acercó en dos zancadas, la levantó del suelo como si fuese una pluma y la depositó sobre la cama. Emma no supo cómo reaccionar. Por un lado comprendía su estado y no podía obviar que era un hombre del medievo. Además, Guillem era igualito que Ed, por lo que no le disgustaba físicamente. Se quitó aquella idea de la cabeza, lo último que necesitaba en la situación en la que estaba era tener sexo con un salvaje anacrónico.

—Hicisteis una promesa —le recordó mientras trataba de zafarse de él, pero el peso de su cuerpo apenas la dejaba moverse.

—No podéis provocarme de este modo y pretender que no responda —dijo él metiendo una mano bajo la camisa y colocándola sobre uno de sus pechos—. ¡Dios, sois increíblemente apetecible!

—¡No soy un sándwich! —gritó ella—. Apartad vuestra sucia mano de mi teta ahora mismo.

Él la miró con el ceño fruncido y en lugar de hacer lo que le pedía le plantó un beso en la boca y le metió la lengua sin pedir permiso. Emma sintió que su cuerpo respondía al instante y eso en lugar de calmarla la enfureció aún más. Cerró los dientes y lo mordió con un gesto calculado: quería hacer daño, pero no mutilar. Después se movió como una serpiente y consiguió el espacio necesario para propinarle un rodillazo entre las piernas.

—¡Auuuuu! —El grito de dolor fue acompañado de un rápido movimiento que llevó las manos de Guillem hasta su entrepierna—. ¡Maldita bruja!

Emma consiguió salir de su alcance y sin poder contenerse empezó a reír a carcajadas. Los nervios del momento se tornaron en risas y no pudo parar de reír durante mucho rato, mientras su marido se retorció de dolor en su cama.

—Al menos hoy no tendré que revolver las sábanas —dijo sin parar de reír.

—¿Estás completamente restablecida? —Ramón de Riell miraba a su hija con preocupación.

—Sí, padre —dijo Emma poniendo buen cuidado en comportarse como se esperaba—. Fue una caída tonta, pero ya estoy bien.

El Señor de Riell miró a su hija con atención y Emma bajó la mirada en señal de respeto, pero también para intentar que no viese más de lo deseable.

—Ven y cuéntame cómo fue esa caída tonta —dijo su padre señalando la

silla que había junto a él.

Emma miró a su esposo y este asintió con la cabeza y la siguió hasta la mesa del barón. Siempre había mucha gente en el comedor del castillo y Emma no se sintió cómoda en la mesa de honor, a la que también se sentaba Berenguer. Durante todos aquellos días había conseguido evitar al hijo del vizconde, pero sabía que en algún momento aquel encuentro sería inevitable. Lo saludó con una ligera inclinación de cabeza a la que él respondió de igual modo antes de dejarla pasar. Hubo en sus miradas un cierto reconocimiento y Emma sintió un escalofrío que la acompañó hasta su asiento.

—Me ha dicho tu madre que alguien había cavado un agujero en el suelo y que no lo viste —dijo su padre cogiendo un pedazo de carne y llevandoselo a la boca.

—Así fue —corroboró ella.

—Y vos, Guillem, ¿dónde estabais? —preguntó Ramón elevando la voz.

De pronto se hizo el silencio en el comedor. Todos los presentes se habían vuelto hacia la mesa de honor y esperaban la respuesta del hijo del conde de Leuda. Guillem miró a su suegro.

—Iba tras ella.

—¿Cabalgabais a la grupa de vuestra joven esposa? Cualquiera podría pensar que la enviasteis como abanderada vuestra.

—Era una carrera —dijo Guillem muy serio.

—Una carrera que ibais perdiendo, por lo que se ve —dijo Ramón, provocando la risa de sus invitados, mientras seguía comiendo como si tal cosa.

—Me temo que así es —confirmó su yerno—. Como sabéis vuestra hija monta a caballo mejor que la mayoría de los caballeros que conocéis.

—Ya veo que voy a tener que plantearme llevarla a ella al campo de batalla en vuestro lugar. ¿Qué me decís?

—Estoy seguro de que mi esposa sería una guerrera implacable con sus enemigos. —Guillem mantenía la guerra dialéctica sin perderle el respeto—. Pero me temo que ahora soy yo el único que pude tomar decisiones sobre su destino, como ya sabéis, y tengo a bien librarla de tales peligros.

Emma sentía la tensión que emanaba de los dos hombres y que la tenía a ella como epicentro.

—Fui yo la que propuso el juego —dijo tratando de descargar el peso que recaía sobre los hombros de Guillem—. Y creo que hice trampas.

Algunos hombres se rieron y uno de ellos tomó la palabra.

—¿Lo creéis, mi señora? ¿Y qué os hace sospechar tal cosa?

Emma era consciente de que se estaban burlando de Guillem a su costa y se sintió mal por ello.

—Era un juego de recién casados...

La carcajada general evidenció que no estaba yendo por buen camino.

—¿El juego consistía en haceros caer del caballo? —preguntó otro de los hombres a voz en grito—. Estoy seguro de que al futuro conde de Leuda le agradarían más otra clase de «juegos».

—¿Qué opinas tú de la caída, hija mía? —Ramón habló después de mirar severamente a aquellos hombres haciéndolos enmudecer—. ¿Crees que ese agujero en el suelo fue cavado a propósito?

—No lo sé, padre —dijo ella pensando bien cada palabra—. Quizá era alguna trampa de caza...

—¿Es posible, Guillem? —preguntó el Señor a su yerno.

—Podría ser, aunque no me lo pareció —respondió el aludido.

—Quiero ver esa zanja —dijo el padre de Ermesenda—. Mañana me acompañareis y entre los dos trataremos de encontrarle una explicación razonable.

Guillem asintió sin decir nada y volvió la vista a su comida, que estaba intacta.

—Si no hubiese sido por los cuidados de mi esposo podría haber muerto allí mismo —dijo Emma con preocupación por el cariz que habían tomado los acontecimientos.

—Me satisface escucharte hablar como una fiel esposa, hija mía.

Emma percibía el enfado en la voz del barón, pero decidió ignorarlo.

—Nos pareció escuchar que había alguien cerca —se aventuró.

El Señor de Riell dejó el pedazo de carne sobre la madera que lo sostenía y se limpió la mano antes de girarse hacia su hija con semblante crispado.

—¿Qué significa eso, mi querida hija? ¿Estás tratando de decirme que alguien cavó aquel agujero en el suelo esperando que cayeras en él y que se esperó para asegurarse de que se cumplía su propósito?

Emma comprendió que había desatado un conflicto y no tenía nada a lo que agarrarse. Sabía perfectamente quién había querido matarla y los motivos que había tenido para ello, pero no podía hablar. Miró a su esposo, que tenía los músculos del cuello tan tensos que parecían las cuerdas de una guitarra, aunque aquellos hombres no hubiesen visto ninguna.

—No había nadie —intervino Guillem—. Me aseguré de comprobarlo. Lo

que oímos fue el ruido de algún animal.

Ramón lo miró con expresión severa.

—Se espera de un esposo que sea capaz de cuidar de su esposa, no que la ponga en peligro con juegos estúpidos, impropios de caballeros. —Ramón pareció estallar al fin.

Guillem apretó los labios aguantando la afrenta. Emma no conocía las costumbres de la época, pero estaba segura de que no estaba siendo fácil para él mantener la compostura.

Sin pensarlo se volvió a su padre.

—Yo fui la que lo provoqué, padre, él solo me trató con consideración aceptando mis juegos infantiles. Y os repito que, si no hubiese sido por él, probablemente ahora estaría muerta. Estáis siendo muy injusto con...

—¡Ermesenda! —la voz atronadora de Guillem la hizo enmudecer.

La expresión de su padre era lo suficientemente elocuente. Emma miró a la madre de Ermesenda y luego a los demás asistentes a la comida y se dio cuenta de que su manera de comportarse no era aceptable para ellos. Imaginó que el trato de Ermesenda para con su padre distaba mucho de parecerse al suyo.

—Con todo mi respeto, padre —dijo con timidez.

Pinturas y pinceles

«¿Acaso no se nos aparece y enfrenta todo en el espejo de nuestra propia personalidad?». (Nietzsche)

—¿Cómo le habéis hablado así a vuestro padre en público? —Guillem la había cogido del brazo para sacarla del comedor.

Emma no daba crédito.

—¿Me lo estás reprochando? ¡Lo he hecho para defenderte!

—¿Defenderme? ¿A mí? —Guillem se apartó de ella con el ánimo visiblemente alterado—. Debo estar haciendo algo muy mal si creéis que necesito que mi esposa me defienda. ¿También vais a venir conmigo a luchar contra el infiel?

—¡Desagradecido! —escupió con desprecio y se alejó de él a toda prisa.

Guillem la alcanzó al final del pasillo y le cortó el paso.

—¿A dónde creéis que vais? —le espetó malcarado—. ¿Cómo osáis dejarme con la palabra en la boca?

—¿Cuándo vas a aceptar que no soy ella? ¡No soy Ermesenda! —exclamó.

Guillem hizo un gesto brusco al ver que alguien los estaba escuchando. Emma se volvió y vio a Berenguer de Farlós mirándolos con expresión curiosa. Su marido la agarró de nuevo del brazo y la arrastró hasta su dormitorio cerrando la puerta de un portazo.

—¡No volváis a hablarme de ese modo en público! —le dijo amenazador.

Emma sintió verdadero miedo al ver su expresión. Aquel no era el hombre que había estado acompañándola desde que llegó. Su rostro mostraba una extremada dureza y una amenaza cierta.

—Me obligaréis a hacer algo que no deseo, si volvéis a faltarme el respeto de ese modo delante de... cualquiera.

—¿Me estás amenazando? Un hombre que amenaza físicamente a una mujer es profundamente despreciado en mi época.

—¿Volvéis otra vez con eso?

—No estoy volviendo a ningún lado. No me he movido de ahí. Debes

entender que no pienso como vosotros. Las mujeres somos muy diferentes en el siglo XXI, es muy difícil para mí...

—Os he tenido mucha consideración porque en cierto modo me he sentido responsable del accidente que sufristeis. Vuestro padre tiene razón: debí vigilaros mejor. Pero no toleraré ni una falta de respeto más. Os he dejado hacer muchas locuras estos días, con esa fantasía tan estúpida de que venís del futuro. He escuchado vuestros cuentos...

—No son cuentos —susurró ella.

—Y no os he tocado, a pesar del derecho que me asiste —siguió advirtiéndole con la mirada—. Esto debe terminar. Y el mejor modo es terminando lo que empezamos el día de nuestros esponsales.

Emma sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. No eran lágrimas de pena, eran de impotencia y de rabia.

—¿Cómo puedo hacer que entiendas que no son mentiras ni niñerías? ¿No podrías pensar por un momento...?

—¡No! —gritó haciéndola callar—. Vuestro padre me ha puesto en evidencia delante de todo el mundo. ¡Delante de mis hombres! Soy el hijo del conde de Leuda, algún día heredaré el condado y también seré el Señor de Riell por matrimonio. Merezco respeto y por vuestra culpa hoy me he visto...

—¿Y yo no importo nada? —Las lágrimas caían por sus mejillas sin que hiciese nada por impedirlo—. ¡Estoy sola y desamparada en un mundo extraño e inhóspito! He dejado a mis seres queridos y he perdido...

—¡Basta! —ordenó Guillem agarrándola del brazo con fuerza.

—Me haces daño.

—Os he dicho que no me habléis de ese modo —dijo mirándola a los ojos—. Hablad de manera correcta para que entienda todo lo que decís. Os voy a decir algo que no repetiré y sobre lo que no volveré a tratar con vos. Incluso aunque vuestros delirios fuesen ciertos, ahora estáis aquí, sois Ermesenda, hija del Señor de Riell y esposa mía. Deberéis vivir como tal, ya que no hay modo ni manera de que regreséis. Aceptad vuestro destino y cumplid con él, que, al fin y al cabo, es lo que hacemos todos.

La soltó de golpe y cambió su expresión por una menos dura.

—No deseo haceros ningún daño. Nunca quise casarme con vos, pero vuestro padre y el mío así lo dispusieron. Sois mi esposa y no me negaréis que durante estos extraños días os he tratado con paciencia y cuidado.

Emma asintió y se limpió las lágrimas. Comprendía que todo lo que decía era cierto y tenía razón en que quizá esa era la única vida que iba a poder

vivir.

—¿Tanto os desagrada? —preguntó mirándola con intensidad.

—No es eso... —dijo ella sintiendo una extraña emoción en el pecho—.

Pero estoy tan asustada...

—No debéis temerme —dijo Guillem cambiando el tono—. Seré delicado y no os lastimaré. Sé que la primera vez no os gustará, pero dentro de un tiempo, cuando ya no os cause dolor...

—No será la primera vez para mí —dijo Emma levantando la vista, comprendiendo que la había malinterpretado.

Guillem la apartó para verla bien.

—¿Cómo decís?

—En mi época el sexo es algo normal. He mantenido relaciones con varios hombres...

El futuro conde de Leuda la miró sin saber si echarse a reír o estrangularla.

—Esta noche podréis comprobar que todo eso son alucinaciones. Os aseguro, esposa mía, que no habéis sentido dentro de vos lo que sentiréis cuando os tome en mis brazos.

Emma sonrió también.

—Y yo os demostraré lo equivocado que estáis —dijo viéndolo caminar hasta la puerta. Y bajando la voz para que no pudiera escucharla añadió—: Pero no será esta noche.

—¿Me habéis hecho llamar? —Arnau entró en la sala donde Emma lo esperaba ansiosa.

—Sí, Arnau, te he... —Se dio cuenta a tiempo de que estaba empleando un lenguaje moderno y rápidamente dejó que los conocimientos de Ermesenda tomasen el control—. He pensado que sois el más indicado para proporcionarme los utensilios que necesito.

El hijo bastardo del Señor de Riell se acercó a ella con el ceño fruncido y sin comprender lo que le solicitaba.

—¿Qué es exactamente lo que necesitáis?

—Pinturas, necesito pinturas. Y pinceles. Y lienz... pergaminos, quiero decir, o algo en lo que pintar.

Arnau la miró con expresión desconcertada.

—¿Para qué necesitáis todo eso?

—Para pintar.

—¿Pintar vos? ¿Desde cuándo?

—Desde ahora —dijo molesta—. ¿Qué ocurre, os parece mal? Pensaba que lo entenderíais mejor que nadie.

—No me malinterpretéis, me ha sorprendido, nada más.

Emma volvió a sonreír satisfecha.

—Entonces, ¿podréis ayudarme?

Arnau asintió con la cabeza y sonrió divertido.

—Me gustará ver vuestras pinturas.

—Tráeme todo lo necesario sin escatimar en nada —dijo decidida. Para algo tenía que servir ser la esposa de Guillem de Leuda. Significase lo que significase eso.

—Así lo haré —asintió el joven.

Emma lo miraba con una intensidad impropia que incomodó al muchacho. Pero es que se parecía tanto a Pol que removi6 de nuevo la angustia que se esforzaba por arrinconar en un lugar apartado y oscuro de su cerebro.

—¿Os ocurre algo? —preguntó el muchacho.

—¿Os sentaríais a hablar conmigo un momento?

Arnau asintió y la acompañó hasta un lugar en el que había varias sillas.

—Tenéis una formación religiosa, aunque no seáis monje —empezó.

—Sí, crecí con los monjes de Suverte, al cobijo de la sombra de vuestro tío —dijo orgulloso.

—Creéis, pues, en Dios —afirmó ella.

—Por supuesto —ratificó él.

—¿Y en el alma?

—¿Cómo no he de creer? El alma es lo que hace que caminemos por el mundo como seres inteligentes y no como animales.

—¿Y creéis que es posible que dos personas compartan un alma?

Arnau frunció el ceño y la miró con atención.

—¿Cómo podría ser eso posible? El alma es una e indivisible, no puede partirse.

—No, no quiero decir al mismo tiempo. Lo que digo es si creéis que sería posible que un alma ocupe un cuerpo y cuando ese cuerpo muera el alma viaje a otro.

Arnau no sabía qué contestar a eso, pero su confusa expresión fue muy elocuente.

—Creo que deberíais hablar con vuestro tío —dijo—. Seguro que él podrá contestaros mejor que yo.

Emma asintió.

—¿Me acompañaríais al monasterio?

Arnau ensanchó una enorme sonrisa.

—¡Sí! Ya debería ir a visitarlos, han pasado cuatro meses desde la última vez.

—No le mencionéis a nadie lo que hemos estado hablando, por favor. No quiero que me tomen por loca.

El joven entallador sonrió.

—¿Por que me pidáis pinturas van a pensar que estáis loca? —dijo con complicidad obviando el otro tema—. Os traeré todo lo que me habéis pedido.

—¿Podría tenerlo esta tarde? —preguntó con las manos unidas en señal de súplica.

—No temáis, sé dónde puedo conseguirlo.

Emma lo miró agradecida y se despidieron amigablemente.

Aquella noche Guillem hizo que llevaran varias jarras de vino y algo de fruta a la habitación de su esposa. Cuando llegó esperaba encontrarla en la cama, nerviosa y asustada, pero la encontró muy tranquila y afanada.

—¿Qué hacéis? —preguntó acercándose a ella.

Estaba sentada de espaldas y se inclinaba sobre algo que había en el suelo. Cuando estuvo lo suficientemente cerca vio que estaba pintando y no pudo disimular su sorpresa.

—¿Qué clase de pintura es esa? —preguntó anonadado agachándose para verla en detalle.

—Esta es una casa modernista —explicó levantando el pincel—. Es la casa de Ed, el piloto que te dije que se parecía a ti...

Guillem vio que había varios dibujos esparcidos por el suelo. En uno de ellos se reconoció. Llevaba el pelo cortado de un modo extraño y vestía unas ropas ridículas, pero el rostro era claramente el suyo. Giró la cabeza para mirar a Emma y se sentó en el suelo frente a ella. Uno tras otro fue cogiendo los dibujos.

—Creí que te resultaría más fácil de entender si podías verlo con tus propios ojos —Emma lo miraba sin acritud—. Este es Pol, mi medio hermano. Esta es la casa en la que me crié, en Riell. Este es el espejo del que te hablé,

en el que veía a Ermesenda desde niña.

—Para... —susurró Guillem mirando las pinturas.

El realismo con el que había dibujado todas aquellas cosas resultaba aterrador. Nunca había visto pinturas con una técnica como aquella. Además, lo que había dibujado...

—Esta soy yo —musitó Emma mostrándole una pintura de ella misma.

Guillem la cogió y la observó con atención. Era su rostro, llevaba el cabello por los hombros y miraba hacia su izquierda con una expresión serena. Estaba apoyada sobre una especie de reja y tras ella se veía una enorme extensión de agua.

—¿Has visto el mar alguna vez? —preguntó.

Guillem asintió.

—En mi época la gente va de vacaciones a lugares donde hay mar.

—¿Vacaciones? —preguntó mirando hipnotizado a aquella joven que se parecía tanto a Ermesenda, pero que no era ella.

—La gente trabaja todo el año y cada cierto tiempo tienen unos días libres en los que pueden ir donde les place. A eso le llamamos vacaciones.

A Guillem le llamó la atención otro dibujo y lo cogió del suelo para mostrárselo.

—¿Este soy yo? —preguntó.

—Creo que sí, aunque cuando lo pinté no te conocía —dijo Emma—. Es el cuadro en el que estaba trabajando. Ya te dije que soy pintora.

Guillem bufó con fuerza y se levantó de golpe para ir hasta la jarra de vino. Llenó un vaso y bebió de él hasta dejarlo vacío. Emma lo miraba consciente de la confusión que había provocado en la mente del caballero. Para ella había sido terrible descubrir que estaba en la Edad Media, pero ella al menos conocía la existencia de esa época, la había estudiado en el instituto. Él, en cambio, se enfrentaba a algo completamente desconocido y seguramente aterrador.

El caballero volvió con ella, pero se llevó con él la jarra y los dos vasos. Los llenó de vino y le ofreció uno a Emma.

—Háblame de todo esto —pidió.

Emma se puso de rodillas sin poder disimular su regocijo.

—¿Me crees por fin? —preguntó a punto de tirarse a sus brazos.

—Háblame de ello —insistió sin comprometerse.

Durante horas bebieron mientras Emma le iba contando todo sobre su vida. Le habló de Pol y de cómo descubrió que era su medio hermano. De los años

que vivió en Roma con sus tíos. De sus estudios, de sus pinturas. De lo que le gustaba leer y del cine. Le habló de Ed y de cómo habían empezado a sentir algo el uno por el otro.

—¿Lo amas? —preguntó muy serio.

Emma lo pensó durante unos segundos.

—Creo que con un poco más de tiempo lo habría amado —confesó.

—¿Yacisteis con él? —Se percibía algo más que curiosidad en su mirada.

Emma asintió.

—¿Y con otros?

Emma volvió a asentir y Guillem llenó su vaso de nuevo y bebió hasta vaciarlo.

—El amor es distinto en mi época —explicó ella comprendiendo el caos mental que estaba provocando en él—. Nosotros creamos un vínculo fuerte y seguro basado en la confianza mutua.

—Y según ese vínculo, ¿yacer con otros hombres no es considerado una traición?

—Cuando estás con alguien le eres fiel —explicó—. La fidelidad sigue siendo muy importante en el siglo XXI, pero la unión entre un hombre y una mujer es siempre voluntaria y puede romperse cuando uno de los dos así lo desee.

—¿Puede romperse? —Guillem estaba alucinando.

—Y después de eso, ambos pueden volver a emparejarse con otras personas —explicó Emma asintiendo.

—¡Pero ella ya está usada!

Emma trató de no mostrar la repugnancia que le provocó aquella expresión y no perder de vista que hablaba con un hombre que había nacido en el siglo X.

—Las mujeres y los hombres son considerados iguales en mi época. Ella está usada y él también. Eso no le importa a nadie.

—Dios mío —musitó admirado y horrorizado a partes iguales.

Emma se sentó doblando las piernas a la manera de los que meditan.

—Nada te ata al otro más que lo que sientes por él. Por eso, si una persona está a tu lado quiere decir que te ama sinceramente. ¿No te parece hermoso?

Guillem cogió la jarra para servirse más vino, pero estaba vacía. Buscó en las otras, pero no quedaba ni gota en ninguna.

—Necesito más vino —dijo poniéndose de pie.

—Trae algo de comida —pidió Emma—, creo que yo también estoy un

poco borracha.

Cuando Guillem estuvo fuera de la habitación se apoyó en la pared con una jauría de perros taladrándole el cerebro. Mientras creía que el extraño comportamiento de su esposa era causado por el golpe que se había dado en la cabeza, todo era mucho más sencillo. Ahora había empezado a pensar que su relato era auténtico y el mundo se tambaleaba bajo sus pies.

Aquellas pinturas eran algo que no había visto jamás, que no creía que nadie hubiese visto jamás. Y lo que contenían... Ni el más imaginativo de los pintores podría haber creado aquellos edificios y objetos extraños. Pájaros metálicos que volaban repletos de personas en su panza. Barcos enormes e imposibles en los que había miles de personas que no iban a ninguna parte, simplemente «viajaban». Carros de metal y con ruedas que se movían por cintas negras que alguien había extendido por todas partes.

Miró la jarra que tenía en las manos y recordó a qué había salido. Trató de sacudirse todas aquellas ideas de la cabeza y caminó hacia las cocinas.

Emma se quedó unos segundos mirando la puerta con un extraño temor corriendo por su venas. ¿Y si no la había creído? ¿Y si volvía con el médico y la encerraba para siempre en aquella habitación?

Se volvió a mirar las pinturas que había estado haciendo durante toda la tarde. Habían sido como una catarsis. Un modo de despejar todos sus fantasmas y enfrentarse a la realidad. Esa era ella y aquellos cuadros mostraban su vida. No estaba loca, no estaba soñando y no estaba muerta.

Cogió los pinceles y continuó con el dibujo de la casa de Ed. De nada servía tener miedo, tenía que intentarlo.

Cuando la puerta se abrió, levantó la mirada con temor y sintió un gran alivio al ver a Guillem, que volvía con dos jarras y una tabla con comida.

Por el bien de todos

«Esta doctrina es indulgente
para con los que no creen en ella,
no tiene infiernos ni amenazas».
(Nietzsche)

La mañana los encontró aún hablando. Los dibujos esparcidos por el suelo, la tabla de comida y las jarras vacías. Emma con la espalda apoyada en el dosel de la cama y Guillem con la espalda contra la pared y un brazo apoyado en la pierna doblada. Ambos habían hablado y hablado sin parar. Cada uno explicándole al otro su mundo y su vida. Sin buscarlo, aquella noche tejieron un lazo de complicidad y confianza que anudaron a su alrededor, y aunque la atadura era floja la sentían presente alrededor de sus cinturas.

—No era así como había imaginado esta noche —dijo Guillem con una sonrisa.

Emma se incorporó y se acercó colocándose de rodillas frente a él.

—Soy consciente de que ahora mismo pertenezco a vuestra época —dijo esforzándose en encontrar la palabras exactas—. Y que, probablemente, aquí viviré hasta que llegue el día de mi muerte. También sé que vos no sois culpable de lo que me pasa y que no sería justo que tuvieseis que pagar por ello soportando un falso matrimonio.

—Aquí no existe eso que llamáis «divorcio» —intervino él.

—Lo sé. Quiero que sepáis que me siento atraída por vos.

Guillem entrecerró los ojos y algunos de los músculos de su cuello se tensaron.

—Esperad a que acabe de hablar antes de abalanzaros sobre mí —dijo Emma sonriendo con timidez—. Para poder llevar esa ligera atracción a algo más, necesitaré algunas cosas. En primer lugar debo conoceros más. Lo que hemos hecho esta noche ha funcionado. Para que os hagáis una idea: antes estaba allí —dijo señalando el otro lado de la habitación—, y ahora estoy aquí.

Guillem sonrió ligeramente.

—Estoy segura de que si pasamos ratos juntos esta complicidad nos llevará hasta ahí. —Señaló el lecho de manera sutil.

Guillem soltó una carcajada.

—Espero que me dejéis dormir alguna noche, no creo que pueda aguantar vuestro ritmo mucho tiempo.

—Hay algo más —dijo Emma, que una vez que había abierto la espita de la sinceridad no pensaba parar—. Debéis lavaros.

La risa del caballero murió en sus labios.

—¿Lavarme?

Emma asintió.

—Si queréis que algún día compartamos lecho primero tendréis que daros un buen baño caliente que os quite toda esa mugre.

Guillem frunció el ceño y Emma se puso de pie y se levantó las faldas hasta las rodillas.

—¡Señora! —exclamó él.

—Mirad mis piernas —pidió—. ¿Veis lo limpias que están? Tocadlas, si gustáis.

Guillem lo hizo con cierta precaución, se sentía como si estuviese metiéndose en una trampa.

—Vuestro cuerpo también debe resultarme agradable para que quiera tocaros. —Dejó caer las faldas y volvió a sentarse—. El día que estemos juntos debéis estar limpio, no lo olvidéis.

—Lo tendré en cuenta —dijo él con una mirada entre divertida y ofendida.

—Gracias, mi señor —dijo inclinando la cabeza.

—Yo también tengo algunas peticiones que haceros, mi señora —dijo él—. Me tratareis con respeto frente a todo el mundo y en toda situación. No quiero volver a sufrir una escena como la que tuvimos con vuestro padre. Tampoco quiero que hagáis nada sin consultármelo, podría ser peligroso para vos y para mí.

Emma asintió.

—Pero cuando estemos solos intentaré trataros como esta noche.

—Con plena confianza y respeto —añadió ella.

—Con plena confianza y respeto —confirmó él—. Pero no olvidareis que vivís en mi época y no en la vuestra.

—Así será —acató.

—Quiero preguntaros algo —dijo Guillem—. Vos no visteis el agujero, pero de algún modo sabíais que estaba allí.

Emma empalideció sin poder controlarlo y el caballero comprendió que lo que temía era cierto.

—Sabéis algo que no me habéis contado. Algo sobre mí.

Emma asintió.

—¿Qué es?

—No puedo contároslo, mi señor, por favor, no me lo pidáis —dijo poniéndose de pie.

—¿Por qué? —Guillem se levantó también y la enfrentó—. Confianza y respeto, ¿recordáis?

—Es por vuestra seguridad y la de todos. Mis decisiones podrían modificar el devenir de los acontecimientos y cambiar el futuro.

Su esposo la miró durante unos segundos con los ojos entrecerrados.

—Está bien. Contestad solo si podéis. ¿Alguien cavó ese agujero?

Emma asintió.

—Y sabéis quién fue.

Emma volvió a asentir.

—¿Me diréis su nombre?

Emma negó con la cabeza.

—Debéis confiar en mí —pidió Emma—. Haré lo que crea que es mejor para todos.

—¿Para todos? Aquel agujero solo nos habría afectado a Ermesenda y a mí —dijo pensativo—. A no ser...

Emma apartó la mirada cuando vio la luz en sus ojos azules.

—¿Ermesenda murió en la caída? —Guillem la agarró por los hombros para obligarla a mirarlo—. ¡Es eso!

Se apartó de Emma y vagó por la habitación mientras colocaba sus pensamientos en un orden lógico.

—Si murió estando a solas conmigo... He visto cómo me miraba vuestro padre... Seguro que pensó... ¡Dios! —Se acercó de nuevo a Emma—. ¿Es eso? ¿Creyeron que yo tuve algo que ver con su muerte?

—No puedo deciros nada —suplicó. No quería verlo tan angustiado, pero debía mantenerse callada.

—¿Qué me sucedió? ¿Me mataron? —La sacudió con rabia—. ¡Hablad! ¡Es mi destino!

—¡No puedo! —gritó ella angustiada—. No eres tú el único que ha cambiado su futuro. No sé lo que va a pasar, no quiero destruir todo lo que conocí...

—¿Teméis por ellos? ¿Es eso? A pesar de estar aquí seguís anteponiéndolos a nosotros —dijo dolido.

—No seáis tan simple, vuestro destino también es el nuestro. Tan solo quiero estar segura de lo que hago.

—Si alguien desea mi muerte tanto como para matar a Ermesenda —dijo muy serio—, no ha conseguido su propósito, por lo que seguirá maquinando cómo lograrlo. No podéis llevar ese peso sola, no es solo vuestra vida la que está en juego, mi señora. Como habéis dicho es el destino de todos el que pende de un hilo.

Caminó hacia la puerta, pero antes de salir se volvió hacia ella.

—Espero que sepáis lo que hacéis, por el bien de todos.

Emma se sentó en el suelo, agotada. Tenía mucho en lo que pensar.

Arnau la esperaba fuera del castillo, lo suficientemente alejado como para no llamar la atención de los muchos ojos que la vigilaban. Había pedido a su amigo Pere el Vell, pintor del Taller de Riell, que los llevara hasta el monasterio.

Emma apareció envuelta en una capa y con la cabeza cubierta por la capucha. Logró salir del castillo tratando de no llamar la atención, arrojándose a un grupo de mujeres que salía con los canastos de ropa para lavar en las piedras del río.

No se percató de la figura que se ocultaba en las sombras observando sus movimientos con mucha atención. Aquella sombra la siguió a una conveniente distancia a través del bosque.

El pintor del Taller abrió los ojos sorprendido al reconocer a la hija del Señor del castillo.

—¿Va a venir con nosotros? —preguntó mirando a Arnau con preocupación.

Emma tendió la mano en la que llevaba una bolsa de monedas y le sonrió aparentando tranquilidad.

—No os preocupéis, no estáis haciendo nada malo —aseguró—. Voy a visitar a mi tío y quiero que sea una sorpresa, por eso tanto secretismo.

El viejo cogió la bolsa, consciente de que le estaba mintiendo. Pesaba bastante y con ella se podrían llenar muchas jarras de vino. Le hizo un gesto para que subiera a la carreta y se puso en marcha.

En el entorno del monasterio se extendía una amplia finca de cultivo.

Algunos monjes trabajaban conjuntamente con aldeanos que eran quienes realmente cultivaban las viñas y árboles frutales de aquellas tierras.

Emma bajó del carro con el corazón palpitante, como si regresara a un lugar que le era familiar a pesar de haberlo visto derruido. Reconocía las montañas que los observaban distantes y la orografía del terreno.

—¡Arnau! —Un hombre apareció tras las puertas caminando presuroso hacia ellos.

—¡Bertrand! —exclamó el muchacho corriendo hacia él.

Los dos se fundieron en un tierno y sincero abrazo ante la mirada de Emma, que estaba en shock. Aquel hombre era el que veía en sus sueños, tal y como lo recordaba. De pronto comprendió y su mirada se clavó en Arnau, el joven entallador. Sus manos también habían aparecido en aquellos sueños. Sintió que el suelo temblaba bajo sus pies. ¿Todo aquello no había sido algo mágico y fortuito? ¿Era aquel su destino?

—Te veo muy bien —dijo el monje cuando se separó de su discípulo—. Estás muy contento.

—Sí, padre, he aprendido mucho en mi último viaje. Pero mirad, vengo acompañado de vuestra sobrina Ermesenda.

El monje se volvió hacia ella sorprendido.

—Ermesenda —susurró.

Emma se esforzó por recuperarse y se acercó a saludarle con una cortés reverencia.

—Hija, qué alegría más grande que hayas venido —dijo con regocijo—. Pero pasemos dentro, estaremos más cómodos y podremos charlar tranquilos.

El monje pidió que les trajeran un refrigerio y se sentaron cerca de una ventana por la que entraba el sol a raudales.

—Me gusta sentir el calor del sol a esta hora —dijo Bertrand—, empiezan a dolerme los huesos, pero si os molesta podemos sentarnos lejos de la ventana.

—A mí también me gusta el sol —dijo Emma con timidez. No podía creer que estuviese frente al hombre que escribió el código y que hizo el conjuro que la llevó hasta allí.

—Qué visita más inesperada —dijo el monje con agrado—. Estás hecha toda una mujer, Ermesenda. La última vez que te vi eras tan solo una criatura.

—No hace mucho sufrió un accidente de caballo —dijo Arnau.

Su tío mostró en su rostro la preocupación que ese hecho le causaba.

—¿Estás bien?

—Sí, tío, perfectamente —dijo ella poniendo cuidado en cada palabra que empleaba.

—¡Oh! —exclamó el monje—. Aquí nos traen las viandas.

Durante la siguiente media hora los dos hombres hablaron distendidamente sobre los trabajos de Arnau y la vida monacal, con tímidas intervenciones de Emma. Dieron cuenta de la comida y la bebida y Arnau le explicó el motivo de su visita. Cuando hubo puesto al monje en antecedentes sobre el tema del que Emma quería tratar, se disculpó con la excusa de que quería saludar a los otros monjes y los dejó solos.

No pienso mentirle

«...por muy lejos y muy rápido que corra,
la cadena corre con él»
(Nietzsche)

—Y bien, ¿qué es eso de lo que quieres hablar conmigo? —preguntó Bertrand sacudiéndose las migas del hábito.

—Querría hablaros en confesión —dijo Emma.

—¿En confesión privada? —preguntó sorprendido—. No es muy común...

—Lo sé, pero necesito hacerlo, tío —insistió.

—Bien —aceptó el monje—. Vayamos a la capilla de San Miguel, es un lugar más propio para estos menesteres. Y, además, estaremos más resguardados de oídos no deseados.

La capilla era de planta cuadrada y tenía una puerta flanqueada por columnas. La fachada tenía varios escudos entre los que se encontraba el de Riell: un oso de perfil en actitud de ataque, sobre fondo rojo.

—El Señorío es uno de los mayores benefactores del monasterio desde que se construyó en tiempos de tu abuelo, como ya debes saber.

Emma asintió y lo siguió hasta el lugar que eligió para que se sentaran.

—Aquí estaremos tranquilos y nadie vendrá a molestarnos a esta hora —dijo el monje mirándola con interés—. Puedes hablarme de lo que desees.

—No sé por dónde empezar —dijo nerviosa.

El monje sonrió con ternura.

—No creo que vuestros pecados sean tan graves como para temer decirlos en voz alta.

—No es de mis pecados de lo que quiero hablaros, Bertrand. ¿Vos creéis verdaderamente en el alma?

—Bendita sea, por supuesto que creo.

—¿Y creéis que es posible que un alma pueda viajar en el tiempo?

El monje frunció el ceño mirándola con expresión alarmada.

—¿De qué habláis, criatura? —preguntó sonriendo, seguro de que se trataba de alguna preocupación femenina y sin trascendencia.

Emma empezó entonces a relatarle los hechos que la llevaron hasta

despertar en el cuerpo de Ermesenda. El monje la escuchó incrédulo al principio, pero poco a poco su expresión mostró una clara inseguridad en sus certezas, sobre todo cuando mencionó el códice.

—¿Un códice?

Emma asintió.

—En él contabais la historia que llevó a vuestra familia y a todo el señorío de Riell a su desaparición.

El monje empalideció al imaginar ese escenario tan terrible.

—Cuando lo escribís ya sois el abad del monasterio de Suverte.

—¿El monasterio no desaparece con la aldea y el Señorío?

Emma negó con la cabeza.

—¿Y qué es eso de un pergamino negro?

—Es un pergamino que descubriréis al ser nombrado abad y tener acceso a objetos que solo son conocidos por los abades de este monasterio. Lo guardaréis durante años sin atreveros a utilizarlo, tal como hicieron vuestros antecesores.

—¿Me estás diciendo que el abad tiene ese pergamino ahora mismo? —preguntó incrédulo.

Emma asintió.

—Según vuestras palabras, así es.

—¿Y qué contiene ese pergamino?

—Un poderoso conjuro que vos activaréis y que es el que me ha traído hasta aquí.

Bertrand se persignó varias veces, con claro temor.

—Intentaré recordar las palabras que escribisteis —dijo Emma pensando en ello—. Empezabais con algo sobre que alguien vendrá y ocupará su lugar. Luego que ella os guiará hacia el futuro. Y también advertíais de que alguien acechaba para darle caza.

El monje la miraba pálido como la muerte.

—Sé que es un poco abstracto, pero no puedo recordarlo literalmente —dijo Emma—, tal como se escribió, quiero decir.

—Bendito sea Dios —susurró el monje, visiblemente alterado—. No es posible que creas todo esto, criatura.

Emma respiró hondo y cerró los ojos un momento. Estaba agotada de tener que esforzarse para que la creyesen.

—Arnau es hijo de mi padre y de la señora Mirabilia. Vos y mi madre os enamorasteis cuando ella llegó al castillo para casarse con mi padre...

—¡Callad, insensata! —Bertrand miró hacia la entrada de la capilla mientras su rostro empalidecía.

—Leí todos vuestros secretos en aquel códice, en él lavabais vuestra conciencia revelando toda la verdad.

—¡Pero eso no es posible! —exclamó aterrado—. ¿Cómo va a ser posible que vengáis del futuro? Si así fuese, sería cosa del demonio.

—No sé quién es el responsable de que yo esté aquí, aparte de vos. Lo único que sé es que fuisteis vos quien me trajo y necesito que me ayudéis a regresar. No pertenezco a este lugar.

—Sois Ermesenda, hija del Señor de Riell...

—Este es su cuerpo, es cierto —confirmó Emma—, pero ella murió al caer del caballo, ya os lo he dicho.

—Y ese fue el detonante del fin del Señorío... —dijo pensativo.

Emma asintió y el monje repasó mentalmente los hechos tal y como Emma se los había narrado.

—Si estuviera en vuestra mano impedir que todo aquello que conocéis, vuestra familia y amigos, desaparecieran para siempre, ¿no lo haríais?

—Pero ¿acudir a la magia negra? ¿Invocar al demonio?

—¿Por qué dais por hecho que es el demonio quien está detrás de ese pergamino? ¿Por qué motivo los abades de este monasterio guardarían un objeto demoníaco? —preguntó ella tratando de contener las ganas de gritarle que se dejase de tonterías.

—Podríamos decir que si la muerte de Ermesenda no se ha producido quiere decir que ya hemos cambiado el futuro —elucubró el monje en voz alta—, por lo tanto yo no tendré que realizar ese conjuro... ¿En qué consistía exactamente? ¿Qué era lo que yo tenía que hacer?

—Debías poner el nombre de la persona muerta que querías que recuperase su alma. Y debías escribirlo con sangre de su sangre, por lo que utilizaste la tuya propia, ya que eras su tío.

El monje la miró ya sin cuestionarla, dando por hecho que lo que decía era cierto.

—Bien —dijo asintiendo—, ¿cómo crees que puedo ayudarte a regresar?

—Faltan años para que os convirtáis en el abad y yo necesito ver ese pergamino del que hablabais en el códice.

—Quieres averiguar si explica cómo enviarte de vuelta.

Emma asintió emocionada.

—Solo quiero volver a mi casa, con los míos. Esta es una época que no

comprendo, con unas costumbres que me resultan arcaicas y bárbaras. No puedo comportarme de manera natural ni hablar en mi propia lengua.

—Utilizas un lenguaje un poco forzado, pero yo te entiendo bien.

—Eso es gracias a Ermesenda. Al ocupar su cuerpo he mantenido sus conocimientos y muchos de sus recuerdos. Puedo hablar a vuestro modo aunque a veces me distraigo y...

—Comprendo —dijo Bertrand—, la lengua está viva y evoluciona.

Emma asintió.

—Pero hay muchas incógnitas en tu discurso, querida sobrina —dijo el monje moviendo la cabeza pensativo—, y ya ves que no me cierro a nada y hablo contigo dando por hecho que todo lo que me cuentas es razonable, a pesar de que ambos sabemos que suena a locura.

—Soy consciente de ello, pero os he mostrado pruebas de que sé cosas que nadie más que vos sabéis.

—No exactamente —la corrigió—. Que yo amé a Pelegrina lo sabe también vuestra madre, y que Arnau es hijo de vuestro padre, lo sabe él mejor que nadie.

—Ni la madre de Ermesenda ni su padre le hablarían jamás de esas cosas a su hija —dijo Emma aterrada por que no la creyese—, y vos lo sabéis. Os juro que...

—Tranquila, tranquila —dijo poniendo una mano sobre las suyas—, ya te he dicho que iba a tener la mente abierta y sigo en esa tesitura. Lo que quiero que comprendas es que, aun creyéndote, tu misma presencia aquí demuestra que los hechos no han de producirse ya tal y como los cuentas. Ni Ermesenda ha muerto a ojos de todos, ni Guillem ha sido ajusticiado por ese caballero del que no quieres darme el nombre. Por lo tanto el Señorío ya no está en peligro...

—Eso no lo sabemos —le cortó Emma—, posiblemente quien intentaba que eso ocurriese seguirá procurándolo.

—También eso es cierto —dijo el monje, pensativo—. ¿Y no crees que sería mucho más útil a tu causa si me dijesees quién es?

—No puedo arriesgarme a variar el futuro con mi intervención directa. Hasta ahora no he cambiado nada de manera activa. Simplemente aparecí. Si os digo el nombre de ese hombre y vos actuáis contra él ¿quién sabe cómo afectará eso a mi futuro? ¿Qué pasará con mi familia? ¿Con mis amigos? ¿Con la vida en el siglo XXI? Es impredecible cómo una intervención directa puede afectar...

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó el tío de Ermesenda—. Si al final tienes que quedarte aquí deberás vivir como Ermesenda hasta el fin de tus días. No podrás influir con tus conocimientos en ninguno de los que te conozcan. ¿Podrás mantener esa firmeza hasta tu muerte?

Emma sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. No quería ni plantearse esa posibilidad, prefería seguir aferrándose a la idea de que podría volver, pero el monje tenía razón.

—Si después de ver el pergamino negro no hallamos el modo de hacerme regresar, aceptaré mi destino lo mejor que pueda.

Ninguno de los dos se había percatado de que Arnau había escuchado una gran parte de la conversación escondido tras una columna. El joven entallador se aferraba a la piedra con fuerza y la sangre había abandonado sus nudillos, que se mostraban tan blancos como el mármol.

—No sé si podré descubrir el lugar en el que el abad guarda ese pergamino del que hablas, pero intentaré encontrarlo. Es todo lo que puedo prometerme.

—Pero no debéis despertar sospechas —pidió Emma—, nada debe cambiar el hecho de que lleguéis a ser abad de este monasterio.

El monje asintió pensativo comprendiendo la evolución del pensamiento de su sobrina. Para que ella pudiese viajar al pasado él debía escribir el códice y hacer el conjuro. Había que reconocer que la hija de su hermano tenía una imaginación prodigiosa.

—Tened cuidado —dijo el monje cuando Emma estuvo sentada en la carreta—. No deberíais haber venido solos. Podríais tropezaros con mala gente.

—Por eso he venido vestida como una campesina —dijo Emma sonriendo—. No os preocupéis, tío. Al venir no hemos visto a nadie en todo el camino.

El monje pensó que un joven entallador y un viejo pintor eran poca protección para la hija del barón, pero no tenía modo de evitarles el trayecto, así que lo mejor era que no los entretuviese más.

—Os he puesto algo de comida y bebida en ese zurrón para el camino. Id con Dios —dijo despidiéndose con la mano.

Emma lo saludó también mientras se alejaban y de pronto una oleada de recuerdos la dejó sin aliento. Recuerdos suyos, no de Ermesenda. Su padre, sus tíos, Ed, Pol... Se preguntaba si habrían encontrado su cuerpo en el fondo

del barranco. Si estaría ya muerta y enterrada en una fría tumba. No creía que supiesen que quería ser incinerada, probablemente la habían metido en un agujero oscuro y lóbrego en el que su cuerpo se descomponía sin que nada pudiese evitarlo.

Bajó la mirada y pasó la mano por encima del manto que la cubría y sintió un profundo temor. ¿Y si no había un cuerpo al que regresar? ¿Qué importaría entonces lo que pusiera en aquel pergamino negro? ¿Qué le ocurriría si lo intentaba? ¿Su alma permanecería vagando en el limbo para toda la eternidad?

Cerró los ojos y después de unos segundos se sacudió aquellos aterradores pensamientos. Cuando llegase el momento tomaría la decisión. Al menos a este lado tenía una vida que vivir. Miró a su alrededor, no es que fuese una vida muy atractiva para alguien que sabía lo que era un ordenador, pero estando viva podría encontrar algo que hiciese que mereciese la pena. En ese momento la imagen de Guillem se materializó en su cabeza ocupando todo el espacio.

Al girarse comprobó que Arnau la miraba desde el pescante junto a Pere el Vell con expresión concienzuda y extraña. Rápidamente giró la cara y le dio la espalda, y Emma se quedó durante los siguientes minutos pensando en aquella expresión de su rostro. Repasó todo lo que había pasado en el monasterio y se dio cuenta de que, cuando se encontraron después de la charla con el tío de Ermesenda, ya estaba raro.

Volvió a mirarlo, pero él seguía dándole la espalda y Emma se preguntó si habría oído algo de lo que habían hablado en la capilla.

Cuando Emma entró en el castillo las criadas la recibieron con gran alboroto y alabanzas a Dios mientras se llevaban las manos a la cabeza.

—Pero ¿dónde estabas, hija mía? —la abordó Pelegrina con expresión asustada—. Hace horas que vuestro marido ha salido a buscaros con varios de sus hombres...

Emma sintió que se le aceleraba el corazón al sentirse descubierta.

—Fui a dar un paseo con Arnau, no deberíais haber...

—¿Sin decírselo a nadie? ¿Escondiéndote de los guardias? —La severidad en los ojos de su madre mostraba el grado de enfado que había provocado.

—No he hecho nada malo —dijo molesta.

Pelegrina la agarró del brazo.

—Vayamos a mis aposentos y hablemos tranquilamente —dijo llevándosela de todos aquellos ojos que miraban con tanto interés.

Una vez en un lugar privado y después de cerrar bien la puerta, Pelegrina enfrentó a su hija con expresión severa.

—¿A dónde habéis ido? —preguntó.

—Le pedí a Arnau que me acompañase al monasterio de Suverte — confesó.

—¿Al monasterio? —Pelegrina la miró confusa—. ¿Para qué tenías que ir al monasterio?

—Quería ver a mi tío.

Su madre no disimuló ya su estupefacción.

—¿Para qué tenías tú que ver a Bertrand? Sabes que tu padre...

—Sí, sé que hace años que no se hablan, pero ¿qué tiene eso que ver conmigo? Es mi tío y quería hablar con él de un asunto... de fe.

Su madre la miró sorprendida.

—¿Y tenías que ir con él? —Pelegrina estaba visiblemente enfadada—. ¿Es que no comprendes cuáles son tus obligaciones, hija?

—Arnau es mi... amigo. —respondió.

—¿Qué pensará tu esposo? —dijo la madre de Ermesenda con preocupación—. Ha salido de aquí como alma que lleva el diablo. Creí que mataría a los guardias de la puerta por dejarte pasar. Parecía creer que estabas en peligro... ¿Por qué pensaba eso?

Emma empalideció y se volvió de espaldas tratando de ocultarse a la que se consideraba su madre. Pero Pelegrina era un hueso duro de roer y se acercó a ella y la obligó a mirarla.

—¿Qué querías hablar con tu tío?

—Permitidme que lo guarde para mí, madre.

—¿Tiene algo que ver con vuestro matrimonio? ¿Por eso habéis ido con Arnau?

Emma se preguntaba en qué estaba pensando Pelegrina.

—Ayer pillé a una de las criadas hablando de más y tuve que mandar que la azotaran —dijo la mujer del barón escudriñando a su hija.

—No sé a qué os referís.

—Estaba convencida de que vuestro marido no... —Pelegrina miró hacia la puerta antes de terminar la frase—. Que no habéis consumado.

Emma sintió que el rubor teñía sus mejillas. De pronto le entró el pánico.

Recordó las películas que había visto en las que el rey tenía que hacer el amor a su esposa frente a testigos. No pudo evitar imaginarse siendo sometida a una humillación semejante.

—¿Es por Arnau? —preguntó Pelegrina leyendo en su rostro—. ¿Te has resistido a los deseos de tu esposo por él?

Emma se apartó de Pelegrina. No podía dejar escapar las palabras que pugnaban por salir de su garganta. Aquella mujer no lo entendería. ¿Cómo iba a entender que ella no era su hija si conocía cada uno de sus rasgos?

—Dios mío, Ermesenda —se lamentó su madre—, no sabes el problema que le puedes provocar a tu padre.

Emma se volvió a mirarla esperando una explicación.

—El único momento en el que esta situación quedará resuelta será cuando traigas un hijo de Guillem de Leuda al mundo —explicó—. El vizconde de Farlás no solo era el mejor amigo del padre de tu esposo, además era su hombre de confianza. ¿Crees que después de haber sido traicionado por él va a poder confiar en nadie? Hay muchas voces que le susurran al oído contra tu padre.

—El conde ha casado a su hijo conmigo, no hará nada contra...

—¡Qué inocente eres, hija! —Su madre la miró sin dar crédito—. Debería haberte enseñado mejor. No veo de qué han de servirte ahora la gramática, la dialéctica y la retórica...

Emma miraba a Pelegrina consciente de su angustia.

—Cuando escuché a esa pobre infeliz no quise creerlo, pero después de ver tu cara... —La madre de Ermesenda movió la cabeza y se alejó de su hija con evidente disgusto.

—Madre. —Tuvo que esforzarse para poder llamarla así—. Guillem ha sido muy comprensivo, las cosas están bien entre nosotros.

Su madre se volvió a mirarla con expresión asombrada.

—¿Tu marido está de acuerdo en...?

—En esperar —la cortó—. Quiere darme tiempo a que pierda el... miedo.

Pelegrina frunció el ceño. No conocía muchos hombres capaces de una actitud tan generosa. Pensándolo bien, no conocía ninguno.

—Entonces ¿estás segura de que tu marido no está... descontento con este matrimonio?

Emma asintió con la cabeza, aunque por dentro no estaba tan segura.

—Debemos pensar algo que decirle... —Pelegrina parecía llevar su pensamiento por los mismos derroteros.

—No pienso mentirle —sentenció Emma.

La madre de Ermesenda la miró muy seria.

—Espero que sepas lo que haces —dijo su madre—. Cuando se marchó en tu busca tenía la mirada del mismo demonio.

El plan maestro

«Tenéis que estar orgullosos de vuestro enemigo».
(Nietzsche)

Desde la ventana de su habitación, Emma lo vio atravesar la puerta montado en su enorme caballo. Guillem elevó la mirada un instante y su expresión era de una fiereza incontestable. Se deslizó hasta el suelo y buscó a su alrededor. Emma supo qué era lo que buscaba antes casi de ver al joven entallador.

—¡Arnau de Suverte! —gritó el hijo del conde con su potente voz.

A su alrededor se hizo un profundo silencio y Emma vio impotente cómo Guillem arrastraba a Arnau hasta una pared agarrándolo del cuello. Echó a correr desesperada y bajó las escaleras lo más deprisa que pudo tratando de no pisarse el vestido.

Cuando llegó junto a su esposo este levantaba al entallador del suelo para propinarle otro puñetazo.

—¡Guillem! —gritó angustiada—. ¡Déjalo!

El caballero la miró furioso y sin poder creer que se atreviese a ponerlo aún más en evidencia. Emma no asimilaba la situación en su justa medida y se metió entre los dos hombres para impedir que volviese a golpearlo.

—¡Él no tiene la culpa! —Lo miraba horrorizada—. Le pedí que me llevase a ver a mi tío y el aceptó para evitar que fuese sola.

Guillem cayó sobre ella como una fuerza de la naturaleza. Feroz e impulsivo, la cogió por la cintura y la llevó en volandas hasta el interior del castillo, ignorando sus enérgicas protestas y ante la risa de los testigos. Cuando estuvieron dentro de la habitación el caballero cerró de un portazo y la soltó sin miramientos provocando que Emma trastabillase y perdiese el equilibrio. Ella lo miró entonces con los ojos echando chispas.

—¡Eres un animal! —le escupió poniéndose en pie.

Él no dijo nada, tan solo la miraba con aquellos helados ojos azules.

—¿No has escuchado lo que te he dicho abajo? Le pedí a Arnau que me acompañase al monasterio de Suverte para hablar con Bertrand, el hermano de...

—Sé quién es Bertrand —su voz era acerada como un cuchillo.

Emma temblaba sin poder evitarlo y se preguntó si era miedo lo que sentía.

—Él escribió el códice que yo estaba estudiando en mi época. En ese códice explicaba todo lo que iba a ocurrir tras la muerte... Tras tu muerte —dijo controlándose. No iba a mentir, pero tampoco quería desvelarle todos los secretos.

Guillem seguía apretando los dientes y respirando agitado.

—Mis hombres y yo hemos estado horas buscándoos —dijo mordiendo cada palabra—. Creí que habíais vuelto al barranco y al no hallaros temí que...

Emma vio en sus ojos el miedo.

—¿Creíste que había... vuelto?

Él no respondió, pero su expresión era demasiado elocuente.

—Guillem... —suavizó el tono de su voz y estiró la mano para acariciarle el rostro, conmovida—, en verdad me creéis.

—¡Deteneos! —bramó él con su potente voz—. ¿Cómo os atrevéis a desobedecerme? Prometí trataros con respeto y vos prometisteis lo mismo. Os pedí que no hicieseis nada sin consultármelo...

Emma recordó ese momento y cerró los ojos un instante sintiéndose terriblemente culpable.

—No me habríais dejado ir —dijo.

—¿Y eso es un motivo para mentirme? ¿Para escabulliros cuando aún no había casi ni amanecido? —Se inclinó hacia ella hasta que Emma sintió su aliento rozándole la piel—. ¿Con otro hombre?

—Arnau no...

Guillem se apartó y torció el gesto con una expresión que mostraba claramente lo decepcionado que se sentía.

—¿Qué ibais a decir? ¿Que el entallador no es un hombre? He visto cómo os mira.

—No es lo que pensáis —dijo ella sin poder decirle todo lo que hubiese deseado.

—Si lo que pretendéis es destruirme, estáis haciendo un gran trabajo —dijo con cinismo—. Resulta que somos la comidilla de todo el castillo. Y si me apuráis, de la aldea y sus alrededores. Todo el mundo habla de la hija del Señor de Riell saliendo a escondidas de las dependencias de su esposo para encontrarse en el bosque con su amante, Arnau de Suverte.

—¡Eso es mentira!

—De acuerdo —asintió Guillem—, eso le diremos a todo el mundo, que es mentira. Y todos nos creerán. En lugar de hacer caso a las criadas que cuchichean sobre por qué aún no hemos consumado nuestro matrimonio. Probablemente hasta mi padre lo sepa...

Emma comprendió que lo había puesto en una situación imposible y creyó ver algo debajo de toda aquella rabia. Algo que produjo un extraño e inesperado efecto en su corazón.

—¿Tanto os importa lo que piensen? —preguntó.

Guillem la miró unos segundos como si volviese a hablarle de modo extraño, a pesar de que había empleado palabras que él conocía bien.

Emma se apartó de él y se acercó a la ventana abierta por la que entraban los sonidos del trajín diario en el castillo. Al mirar hacia abajo vio que había varios corrillos y, de vez en cuando, alguien levantaba la mirada hacia aquella ventana.

Se giró un momento para mirar a Guillem y comprendió la situación en la que lo había puesto y lo difícil que debía ser para él soportar aquello. Suspiró apenada.

—Lo siento mucho, Guillem. No pensé...

—No teníais que pensar nada —dijo dolido—, tan solo debíais cumplir vuestra palabra, tal y como yo la he cumplido.

Estaba preparada para soportar su ira, pero no para aquella actitud tan perturbadora.

—¿Vais a romper nuestro pacto? —preguntó temerosa.

—Jamás en mi vida he faltado a mi palabra —dijo sin borrar aquella decepción de sus ojos—. Habéis menoscabado mi honor, pero no permitiré que me quitéis también eso.

Emma lo vio salir de su habitación y sintió una mano estrujándole el corazón. Habría querido pedirle que la comprendiese. Habría deseado que la rodease con sus brazos y le dijese que nada malo le iba a pasar estando con él. Que la cuidaría y la haría desear que aquella fuese su casa y su vida.

Los siguientes días Guillem se mantuvo distante con ella cuando estaban solos y educado y solícito si estaban en público. Emma lo observaba cuando entrenaba en el patio con sus hombres o enseñaba a los más jóvenes el arte de la espada. Lo vio jugar al ajedrez con Aimeric, su mano derecha, y recordó los sueños que tenía de niña. Comprendió que era él quien aparecía en sus sueños,

igual que supo que el monje era Bertrand. ¿Cómo pudo ella ver aquella imagen tal y como la estaba viendo en ese mismo instante? Le vino a la mente la primera vez que vio a Ed y la instantánea atracción que sintió hacia el piloto. Quizá no era hacia él, sino...

Empezó a darle vueltas a la idea de que todo aquello formase parte de un plan maestro. Un plan en el que ella era el epicentro. Ella y Ermesenda.

A pesar de lo ocurrido Guillem no tomó represalias contra Arnau y a partir de aquel día se limitó a ignorarlo como si no existiese. Era una situación incómoda para Emma, pero preferible a que lo atravesara con su espada.

A menudo el Señor de Riell enviaba a Guillem a algún lugar y el hijo del conde de Leuda desaparecía por unos días. Emma trató de averiguar a qué se debían aquellas escaramuzas que hacía Guillem con sus hombres, de las que regresaban exhaustos casi siempre y heridos algunas veces, pero no consiguió que respondiera a sus preguntas.

Cuando estaba en el castillo dormía en sus aposentos y ya no le pedía siquiera que simulase su presencia en la alcoba tirando alguna prenda de su ropa o revolviendo su lugar en la cama.

Contrariamente a lo que podría parecer, eso no hizo que Emma se sintiera tranquila; al contrario, parecía irritarla.

Estaba pensando en eso mientras observaba a Guillem hablando con su padre. Habían organizado una recepción en honor de Borrell I, de Pallars, que estaba de visita en el castillo, y los tres hombres parecían estar teniendo una apasionada conversación.

—Os sienta muy bien el matrimonio.

Emma se volvió y tuvo que hacer grandes esfuerzos para no mostrar su sobresalto al ver a Berenguer frente a ella pidiéndole su mano para llevársela a los labios sin dejar de mirarla.

—Está claro que vuestro esposo sabe haceros feliz, mi señora Ermesenda —dijo con media sonrisa.

—Doy fe de ello —respondió ella sintiendo que se le retorció el estómago—. Cualquier mujer sería feliz teniendo un marido de la talla de mi esposo. Vos sabéis que es digno de admiración y respeto. Y también soy feliz al veros aquí, en el castillo de mi padre, el hombre que os salvó del escarnio y la miseria, a vos y a vuestra familia.

Berenguer empalideció al escucharla decir aquello en medio de un salón

repleto de gente.

—Porque cuando os veo —siguió Emma sin dejar de mirarlo—, se que estoy frente a un amigo de mi familia, alguien que comprende la importancia del honor y la lealtad mejor que ninguno de los presentes a esta recepción. ¿No es así, Berenguer?

El que debería haber sido el siguiente vizconde de Farlás miraba a Emma con una expresión casi demente, como si no pudiese controlar el impulso que hacía que deseara estrangularla con sus propias manos.

—He sabido que vuestra hermana Eugenia va a casarse con mi primo Geraldo —siguió Emma con una deslumbrante sonrisa—. Eso nos convertirá en familia. ¿Verdad que es una maravilla?

—Yo no lo habría expresado mejor —dijo entre dientes.

Emma se inclinó hacia delante y habló solo para sus oídos.

—Tened cuidado cuando cabalguéis cerca del barranco del diablo, hay peligrosas zanjas.

Sin esperar respuesta se alejó de él y se dirigió al lugar en el que su padre parecía discutir con Guillem frente a su invitado. El rostro de Berenguer estaba cubierto de una palidez absoluta mientras los observaba.

—¿De verdad creéis posible una aceifa de Almanzor en estas tierras? —Ramón miraba a Guillem con evidente enfado—. No dejáis de sorprenderme.

—Lo único que digo es que debemos estar preparados. Mis informadores son muy fiables y sus incursiones son cada vez más atrevidas. El reino de Pamplona...

—Sancho no es santo de la devoción de su yerno, pero te aseguro que Almanzor no cruzará a este lado, si en algo aprecia su vida —sentenció Ramón riéndose de su yerno. Miró a Borrell buscando su apoyo—. ¿Qué os parece el atrevimiento de Guillem?

—Estoy con vos, Ramón —dijo el de Pallars—, pero no está de más estar preparados por si acaso. Cuando regrese hablaré con mis hermanos y enviaremos espías a ver qué averiguan.

Ramón de Riell no era ningún tonto y se dio perfecta cuenta de que Borrell se había puesto de parte de Guillem hablando como si fuese a él a quien apoyase. Pero el Señor de Riell, en lugar de dirigir su enfado hacia el conde de Pallars, lo desvió hacia su yerno.

—Empiezo a pensar que Guillem solo busca excusas para mantenerse lejos del castillo —dijo mirándolo con sorna—. Es extraño viniendo de un recién casado.

Emma miró a Guillem y detectó bajo aquella capa de serenidad una contención de fuerzas volcánicas.

—¿Querríais dar un paseo con vuestra esposa? —pidió acercándose a él y agarrándole del brazo en un gesto muy cercano.

Guillem la miró confuso y ella le sonrió seductora.

—Estoy segura de que mi padre y el conde Borrell se apiadarán de esta pobre mujer enamorada.

El caballero se dejó llevar fuera del salón mientras algunos de los invitados cuchicheaban sobre lo descarada que era la hija del Señor de Riell.

—¿Qué tramáis? —susurró cuando estuvieron en el exterior del castillo.

—Solo quiero que demos un paseo juntos —pidió ella—. Por favor, Guillem. ¿No me habéis castigado ya suficiente?

Su esposo la miró muy serio sin moverse.

—¿A dónde queréis ir? —preguntó después de unos segundos.

—A donde vos queráis —dijo ella.

Guillem pareció pensarlo durante unos segundos y finalmente asintió. Los dos guardias los vieron abandonar el castillo en el caballo del hijo del conde.

Pasaron por la aldea y atravesaron por caminos cuyas chozas aisladas estaban edificadas con pobres materiales. Los aldeanos saludaban a Guillem con efusión y él tuvo una palabra amable para cada uno de ellos. A Emma le emocionó ver que aquellos humildes campesinos apreciaban a su esposo y se sintió orgullosa al reconocer en sus ojos el respecto que les inspiraba.

Entraron en el bosque y se alejaron de los núcleos habitados. Emma se reclinó indolente contra el pecho de su esposo y Guillem sintió el calor de una emoción desconocida.

—Me reconforta pensar que el sol es el mismo, estés donde estés y sea la época que sea —susurró Emma.

—¿Qué hablabais con Berenguer? —preguntó Guillem obviando su reflexión.

—Es una persona mezquina y ruin —sentenció Emma.

Guillem bufó irritado.

—¿Lo habéis descubierto aquí o ya lo sabíais? —preguntó.

Emma se incorporó tratando de alejarse de él y giró la cabeza para mirarlo malhumorada.

—¿Cuando volveréis a tratarme como a una amiga?

—No sois mi amiga, sois mi esposa —dijo muy serio—. Al menos, de nombre.

Emma respiró hondo sin dejar de mirarlo. Aquel hombre era un cabezota testarudo.

—Detened el caballo para que pueda bajarme —pidió.

—Pararemos cuando yo lo decida —dijo él ignorándola.

La había obligado a sentarse a la mujeriega y el caballo paseaba tranquilo, por lo que a Emma no le costó deslizarse hasta el suelo. Guillem la miró apretando los labios.

—Sois indomable —dijo mordiendo las palabras.

—Y tú eres imbécil —dijo Emma mirándolo desde el suelo—. He tratado de explicarte un montón de veces por qué hice lo que hice...

—Hablad para que os entienda —dijo regañándola.

—No quise ponerlos en evidencia —dijo volviendo al castellano antiguo—, pero necesitaba ver a Bertrand y contarle...

—¡Otra vez no, por Dios! —exclamó Guillem bajando del caballo—. Dejad de hablar de vos y de lo que a vos os importa.

Emma lo miró sorprendida.

—¿Sabéis de lo que estaba hablando con vuestro padre? —preguntó visiblemente preocupado—. ¿Tenéis idea de las amenazas que nos acechan?

Ella frunció el ceño y trató de pensar en lo que había aprendido en el colegio y el instituto.

—Os he oído mencionar a Almanzor —dijo—. Era del reino de Al-Andalus, ¿no? Hacia incursiones en los demás reinos de la península...

—Es increíble oíros hablar de ello como si lo hubieseis leído en un libro...

—Lo he leído en un libro —musitó ella.

Guillem se acercó a una piedra y colocó el pie sobre ella mirando al horizonte. Emma lo observó sin disimulo ya que podía hacerlo sin que él fuese consciente. Cada vez le parecía más atractivo y su porte arrogante la ponía a mil.

—Mi padre no parecía creer que hubiese motivos para preocuparse.

—Vuestro padre es demasiado confiado. Tengo informadores que me han advertido de que en la próxima aceifa llegará hasta nuestras tierras —dijo Guillem sin volverse a mirarla—. Pero no es solo vuestro padre el que no me escucha, el mío tampoco.

Emma se acercó y colocó una mano sobre su hombro. Guillem se volvió y

su expresión cambio al ver aquellos ojos que lo miraban de un modo muy distinto a como lo habían mirado hasta entonces. Bajó el pie al suelo y se colocó frente a ella.

—No deberíais mirarme así —dijo con la voz profunda.

—¿Por qué no? —preguntó ella sin apartar la mirada—. Soy vuestra esposa.

Emma sonrió y se disponía a besarlo cuando una flecha pasó rozando su mejilla provocándole un corte. No se dio cuenta de lo que pasaba hasta que Guillem se colocó frente a ella y otra flecha impactó de lleno en su brazo. Todo ocurrió muy rápido. Guillem la arrastró hasta unas piedras tras las que se resguardaron.

Las flechas silbaban sobre ellos cada pocos segundos y el corazón de Emma latía desbocado, mientras se preguntaba si había viajado mil años en el tiempo para morir de un modo tan estúpido.

—Solo conozco a una persona que sea tan mal tirador con el arco —dijo Guillem torciendo una sonrisa.

Emma no podía creer que en una situación así tuviese ganas de reír.

—Estáis herido —dijo como si aquello lo dijese todo.

Guillem miró la flecha, que seguía clavada en su brazo, y luego a ella con el ceño fruncido.

—Menos mal que me lo habéis dicho, no me había dado cuenta. —Sin esperar respuesta se inclinó hacia su derecha para tratar de ver algo—. ¡Seáis quién seáis, tenéis poco tiempo para escapar! ¡En cuanto suba a mi caballo sois hombre muerto!

La voz de Guillem se escuchaba potente y segura en medio de aquellas montañas. Emma esperaba que el corcel estuviese a salvo donde lo habían dejado.

—¡No os queda mucho tiempo! —siguió gritando, bravucón—. ¡Yo, si fuera vos, lo emplearía con tino!

Miró a Emma y se inclinó hacia ella para susurrarle.

—Es un hombre solo —dijo—. Los segundos entre una flecha y la siguiente lo demuestran. Y además es un pésimo tirador. En cuanto suba a mi caballo iré a por él y le daré caza, no temáis.

—¡Estáis herido! —repitió Emma mordiendo las palabras tratando de contenerlas.

—Mi señora, dejad de darme malas nuevas o acabaréis asustándome.

Parecía divertirse a pesar de la situación, pero a Emma no se le escapó su

expresión alerta y sus gestos que pretendían protegerla en caso de que fuese necesario.

La flechas dejaron de volar y el silencio se vio interrumpido por el relincho y el sonido de los cascos de un caballo. Guillem se puso de pie de un salto e hizo ademán de echar a correr, pero Emma lo abrazó por la cintura y se lo impidió.

—¡No! —gritó.

—Pero ¿qué hacéis? —la interpeló furioso—. ¿No veis que se escapa?

—Dejad que escape. ¡Estáis herido! —repitió por enésima vez.

—¡Dios, qué mujer tan pesada! —exclamó y agarrando la cola de la flecha la partió con un golpe seco.

Emma lanzó un grito de horror y se tapó la boca al ver que Guillem cogía una piedra del suelo y dando un golpe empujó la flecha para que lo atravesara.

—Sacadla —ordenó apretando los dientes con dolor.

Emma temblaba cuando la agarró.

—Hacedlo con firmeza o me haréis más daño —dijo él al ver cómo se movía su mano.

Emma respiró hondo para serenarse y consiguió dejar de temblar. Agarró la flecha y tiró con fuerza. Guillem respiró agitado varias veces, pero no se quejó.

La sangre le empapaba la ropa a demasiada velocidad y Emma se levantó la falda para romper una tira de su enagua y hacerle un vendaje provisional.

—Debemos volver cuanto antes —dijo con evidente preocupación al ver que la venda se teñía de rojo rápidamente.

Guillem no parecía preocupado por su herida, pero sí por el hecho de que el que les había disparado hubiese huido. Miró a su esposa y comprendió que no podía ir tras él. Debía llevarla sana y salva de vuelta.

—Tendremos que cabalgar deprisa —dijo Emma cuando él le tendió la mano desde lo alto del caballo—, esa herida no deja de sangrar. La flecha debe haber tocado alguna vena importante. Dejad que monte como un hombre.

Guillem sonrió y la elevó tirando de ella con su brazo bueno. Emma se sentó a horcajadas sobre el caballo y él maniobró para enfilear el camino de vuelta poniéndolo enseguida al galope.

Cuando ya veían el castillo Emma notó que el peso del cuerpo de Guillem recaía sobre su espalda.

—Agarraos a mí —pidió, obligándole a cruzar las manos alrededor de su cuerpo y sujetándolas con una de las suyas, mientras con la otra tomaba las

riendas del animal.

30

Cicatrices

«Todo lo que se hace por amor,
se hace más allá del bien y del mal».
(Nietzsche)

—Ha perdido mucha sangre, pero se recuperará —dijo el médico antes de salir de la habitación.

Cuando Emma se quedó por fin a solas con su esposo, quitó las sábanas con las que el médico lo había cubierto y empezó a quitarle la ropa para lavarlo. Había pedido que le trajesen agua y unos paños, estaba segura de que para la herida era casi más importante el jabón que las atenciones del médico.

Lo lavó con ternura y lo observó tranquila al saberse libre y sin testigos. Se detuvo en cada cicatriz de su cuerpo, repasándolas con sus dedos, como si lo estuviese memorizando para poder dibujarlo.

Un par de horas después Guillem abrió los ojos y la miró muy serio.

—Tenéis una herida en la mejilla —dijo con voz profunda, estirando la mano para acariciarla—. Deberían curárosla.

Emma sonrió.

—¿De verdad os preocupa un simple arañazo? ¿Teméis que haya estropeado la cara de vuestra esposa Ermesenda?

—Emma —dijo con mirada intensa—. Mi esposa se llama Emma.

—Podría haberos matado —dijo Emma sentándose en la cama y cogiéndole la mano para jugar con ella—. Os pusisteis delante de mí y esa flecha podría haberos matado...

—Si os hubiese pasado algo, yo... —Guillem apretó su mano—. Lo que más siento es que esas malditas flechas os interrumpieron cuando...

Emma lo besó haciéndolo callar. Guillem cerró los ojos sin poder creer que sus labios fuesen tan suaves. Acarició su boca delicadamente, conteniendo su exacerbado deseo. Recibió su lengua como un exquisito manjar y dejó que ella marcara el ritmo de aquel beso.

Emma se separó de su boca como si le costase la vida y lo miró con ojos cristalinos. Después, sin hablar, comenzó a besar cada una de sus cicatrices.

Guillem cerró los ojos, presa de un sentimiento desconocido y desgarrador que le atravesaba el pecho con furia. Y, sin haberlo experimentado antes, supo que no podría resistirse a aquel ataque, que no había armas capaces de eliminar a un enemigo tan poderoso como aquel.

Emma no podía pensar en nada, tan solo se dejó llevar por los sentimientos que la embargaban. Se quitó la ropa y se tumbó sobre él con suavidad. Cogió la mano de su brazo sano y la colocó sobre su pecho. Sintió la piel de la palma áspera, curtida por el uso de la espada y por una vida dura y difícil. Su vientre se contrajo por la excitación y se deleitó con aquellos momentos previos tan reveladores.

Guillem nunca había experimentado algo así con ninguna mujer, todo su cuerpo respondía a sus caricias y la sentía dentro como la sangre que corría por sus venas, como si ya fuese parte de él.

Emma volvió a su boca y la mente de Guillem comenzó a girar en un oscuro torbellino de sensaciones. Atrapó sus cabellos para evitar que volviese a alejarse y la devoró con exigencia. Ella no se arrellanaba, devolviendo cada beso con igual ímpetu. Mordisqueaba sus labios y enredaba su lengua impaciente, saboreando cada rincón de su boca.

Guillem sintió los apretados pechos contra su cuerpo y gimió involuntariamente cuando pasó sobre la herida.

—¡Oh! —exclamó Emma apartándose sobresaltada—. ¡Lo siento!

—Si volvéis a alejaros de mí —dijo su esposo mirándola a los ojos mientras su mano la sujetaba por la nuca—, me causaréis un dolor mucho peor que ese.

Emma sonrió divertida.

—Parece que estáis muy necesitado, mi señor.

—No sabéis cuánto, mi señora —musitó él entre dientes.

—Os mostraría cómo es el sexo en el siglo XXI —dijo susurrando—, pero temo que aún no estáis preparado.

Guillem respiraba con dificultad y se resistía para no tomar el control.

—Esta primera ocasión no será del todo placentero para mí —siguió hablando Emma mientras se movía para cambiar de posición—, ya que este cuerpo es virgen.

Guillem de Leuda la dejó hacer a su voluntad y, si aún le quedaban dudas de que aquella mujer viniese del futuro, después de la intimidad que compartieron esa noche quedaron todas despejadas.

Emma lo miraba con la cabeza apoyada en su mano. Seguía desnuda sobre la cama, junto a él, y Guillem no se atrevía a moverse por si se despertaba de aquel sueño.

—Ahora ya soy vuestra esposa —dijo sonriendo.

Él la miraba muy serio. Sus ojos parecían querer interrogarla, pero sus labios no se movían.

—¿Os habéis quedado mudo? —preguntó.

—¿Todas las mujeres son así en vuestro tiempo?

—¿Así, cómo? —preguntó perversa.

—Tan... atrevidas.

—¿Esto te ha parecido atrevido? —preguntó conteniendo la risa.

Guillem se incorporó en la cama y la agarró del brazo con fuerza.

—Jamás haréis esto con ningún otro hombre.—Lo dijo con expresión amenazadora.

Emma se recostó en la cama y lo miró durante unos segundos antes de contestar.

—Eso deberéis ganároslo —dijo sin dejar de mirarlo.

Guillem miró su cuerpo desnudo, de arriba abajo, sin soltarla.

—Sois mía —dijo mordiendo las palabras.

Emma se incorporó y se puso de rodillas frente a él. Tenía el cuerpo más perfecto que había visto nunca en un hombre. Sus músculos eran reales, formados a fuerza de usarlos, y estaban bien definidos y marcados.

—No se puede poseer a una persona —dijo acariciándole el rostro—. Sé que vivo en vuestra época y que aquí tenéis derecho sobre este cuerpo. Podríais tenerlo incluso contra mi voluntad. Pero eso que os he hecho hace unos minutos no lo haría jamás contra mi voluntad. Para tenerme en cuerpo y alma deberéis ganároslo.

—¿Cómo? —preguntó él visiblemente turbado por las emociones que sentía.

—Amándome —sentenció Emma—. Tratándome como a vuestra igual. Respetándome para que os respete. Y siendo un hombre digno de que os ame. Si eso se cumple jamás os seré infiel y nunca permitiré que otro hombre tome lo que será solo vuestro.

Guillem la rodeó con su brazo sano y la atrajo hacia su cuerpo.

—No sé lo que tiene vuestra agua —dijo Emma sonriendo—, pero estoy

segura de que los hombres del siglo XXI matarían por ella.

—¿No visteis quién os atacó? —El Señor de Riell miraba a su yerno con expresión severa.

—No —respondió Guillem, que se había empeñado en dejar el lecho a pesar de las protestas de su esposa—. Pero fuese quien fuese iba a por nosotros.

Ramón lo miraba con los labios apretados.

—Berenguer de Farlás se marchó del castillo poco después de vosotros —dijo Aimeric entrando en la sala a la carrera.

Guillem entrecerró los ojos con mirada felina.

—Dejad que vaya en su busca —pidió volviéndose hacia Ramón—. Me llevaré unos pocos hombres, aunque podría ir solo...

—¡No! —gritó Emma sin poder contenerse—. No debéis acercaros a él, dejad que se marche.

Su padre y su esposo la miraron sin comprender aquel arrebato.

—Estáis convaleciente —dijo tratando de pensar con rapidez.

—Esto es un asunto de hombres —dijo su padre mirándola con semblante serio—. No sé qué haces aquí, pero mantente callada.

Emma miró al señor de Riell con expresión airada, pero Guillem le hizo un gesto para calmarla y de algún modo le recordó dónde estaba. Ramón volvió a poner la atención en su yerno.

—Siempre he sospechado de él —dijo Guillem con fiereza—. Odiaba a mi hermano...

—Algunos hombres dicen haberle escuchado algunas cosas... —intervino Aimeric.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó Ramón de Riell.

—Hablaba de que habría sido mejor que Almanzor hubiese conquistado las tierras de su padre, antes que tener que verlas en manos de... el conde de Leuda.

Guillem apretó los dientes y ensanchó las aletas de su nariz.

—Fue él —escupió las palabras y se volvió a su esposa con mirada iracunda—. ¡Él cavó aquella zanja!

Emma respiraba agitada, pero no dijo nada.

—¡Calmaos! —le ordenó Ramón—. Debemos pensar con serenidad. Berenguer no se atrevería a traicionarnos. No después de que su familia esté

bajo mi techo.

—Me temo que eso ya lo hizo hace tiempo. —Guillem seguía mirando a su esposa muy serio y lentamente se volvió a su suegro—. Él mató a mi hermano. El vizconde solo protegía a su hijo.

Ramón empalideció.

—Vos nunca creísteis que Ennego fuese un traidor —siguió Guillem—. Al final los dos acertasteis: tanto mi padre como vos.

Ramón lo miraba sin comprender. ¿Cómo pudieron acertar los dos si pensaban cosas opuestas?

—Ennego no mató a mi hermano, por lo que no traicionó a su amigo, en un principio, pero sí lo hizo al proteger a su hijo, sabiendo lo que había hecho —sentenció.

—El hijo del conde tiene razón. —Argenta entró en la sala con expresión serena, seguida de Pelegrina—. Mi esposo me contó lo que iba a hacer y los motivos para ello.

El barón la miró sin dar crédito a lo que escuchaba.

—No deseábamos causaros ningún daño, mi señor —siguió la vizcondesa—. Siempre fuisteis un gran amigo y mi esposo os amaba sin reservas. Habría muerto por vos y lo sabéis. Pero un hijo...

Ramón la miraba furioso.

—¿Por qué lo confesáis ahora?

—Tengo que proteger a mis hijas —dijo Argenta sin que le temblase la voz—. Vos habéis sido bueno con nosotras y quiero que comprendáis que estamos de vuestro...

—¡Callad! —gritó Ramón—. ¡Quitaos de mi vista antes de que haga algo de lo que luego tenga que arrepentirme!

—Enseguida me iré, Señor. —Argenta dio un paso para acercarse más a él.

Todos los presentes se sentían asombrados por el cambio de comportamiento en aquella mujer menuda. No quedaba nada de la actitud apocada y asustada con la que se había deslizado por los salones del castillo durante todo aquel tiempo.

—Mi esposo fue un buen hombre. Luchó por sus amigos, defendió sus tierras y siempre fue justo con quienes le pedían ayuda. En muchas ocasiones puso la vida del conde de Leuda por delante de la suya propia, y me consta por habérselo oído contar a vos. —Esperó el asentimiento del barón, pero Ramón no se inmutó—. Nuestro hijo era un buen muchacho, pero todo cambió

cuando su padre lo envió a vivir con el conde. Berenguer no tenía hermanos varones, solo hermanas, y Ennego temió que se... afeminara. No sabemos lo que pasó mientras vivió en el castillo de Leuda, pero cuando volvió había cambiado. Se había convertido en un joven huraño y malcarado con la mano presta a sacar la espada.

La vizcondesa se encaró entonces con Guillem y este apartó la mirada.

—Vos sabéis qué pasó allí —dijo apuntándole con el dedo—. Vuestro hermano le hizo algo, él es el verdadero culpable de todo.

Guillem la miró ahora apretando los dientes para controlar las palabras que empujaban desde su garganta.

—No me hagáis hablar, señora —escupió—. Vuestro hijo era...

—Terminad la frase —le ordenó Ramón—. ¿Qué era Berenguer?

—No me hagáis decirlo delante de su madre —pidió Guillem.

Ramón lo miró confuso, después a Argenta y de nuevo a Guillem. De pronto la luz se hizo en el cerebro del Señor de Riell.

—¿Berenguer es un sodomita? —preguntó sin contemplaciones.

Argenta levantó el mentón con orgullo y miró a Guillem con desprecio.

—¡Responded! —le ordenó su suegro.

Guillem suspiró y, sin poder negarse más a contestar, asintió con la cabeza.

—¡Mentís! —gritó Argenta lanzándose contra él.

Guillem la sujetó con firmeza, tratando de no hacerle daño.

—Lo siento mucho, señora. Habría deseado evitaros este sufrimiento. Yo no os deseo ningún mal. —Guillem la miró muy serio y Emma comprobó que sus ojos eran sinceros—. Vuestro hijo y mi hermano eran buenos amigos hasta que Berenguer...

Argenta se soltó bruscamente y lo miró con enorme dolor.

—Mentís —repitió en un susurro ya sin fuerzas—. Mi hijo amaba a Felicia de Guyó...

—Me temo, señora, que eso no fue más que un intento de resistirse a sus impulsos antinaturales. Aranyó fue testigo de cómo Berenguer trató de... —Guillem no quería hacerle más daño y no sabía cómo contar lo sucedido sin hacerlo—. Mi hermano le golpeó y rompieron su amistad para siempre. Mi padre no quiso que su amigo se enterase y por eso hizo un trato con Berenguer. Le prometió no decirle nada a su padre si le juraba no volver a intentarlo con ningún otro hombre y acataba la ley divina.

Argenta dio un paso atrás tambaleante y Pelegrina la rodeó con su brazo para sostenerla.

—Mi padre cumplió el trato y calló. Todos callamos.

—Dios santo. —La vizcondesa se llevó las manos a la cara y sollozó.

—Su padre no lo habría protegido de haber sabido sus verdaderos motivos —dijo Ramón con rabia—. ¡Vuestro hijo es un malnacido!

Los sollozos de Argenta arreciaron y Pelegrina la abrazó mirando a su esposo con la súplica en los ojos.

—¡Lleváosla de aquí! —gritó Ramón—. Todas las mujeres... ¡Salid de aquí!

Emma no se movió.

—¿Es que no me has oído? —Su padre la miró furioso.

—Estáis muy enfadado, dejad que me quede...

Ramón miró a Guillem, furibundo.

—¡Lleváosla de aquí si os queda algo de hombría!

Guillem la agarró del brazo arrastrándola sin contemplaciones. Atravesó las puertas y la empujó fuera de la sala. Después cerró mientras ella lo miraba con los ojos abiertos como platos.

—¡Será imbécil! —musitó. Después miró a ambos lados del pasillo para asegurarse de que nadie la había oído y una vez comprobado levantó el dedo medio apuntando a la puerta.

Emma se paseaba de un lado a otro de la habitación esperando la llegada de su esposo. Al principio estaba furiosa con él por no apoyarla para que se quedase. Tenía pensadas un montón de maneras de vengarse y todas acababan dejándolo solo en la cama.

Después de la primera hora empezó a calmarse y recuperó la cordura. ¿En qué estaba pensando?

—¡Emma, querida, estás en el siglo X! —dijo en voz alta—. No digo que tuviera que servirte de algo lo que estudiaste en el instituto, pero el cine, hija...

Estaba claro que tampoco, a juzgar por su insistencia en comportarse como una estúpida. Debía asumir que allí las mujeres eran poco menos que muebles decorativos que guardaban premio en sus cajones.

—Normalmente, un premio que berrea mucho y acaba siendo heredero de algo —volvió a hablar.

Guillem era un santo, estaba claro. Aquel hombre se merecía un

monumento. Desde que la había conocido no había dejado de comportarse como una lunática y aun así parecía que no le desagradaba.

Emma caminó hasta un baúl y se sentó encima. La tapa cedió un poco, pero le dio igual. ¿Cómo no iba a comportarse como una lunática? ¡Estaba en el siglo X! Si eso no era para volverse loco entonces no sabía qué lo era.

Su mirada se desvió hacia la cama y sonrió al ver lo revuelta que estaba. Todo su cuerpo se encendió como si alguien hubiese subido la calefacción al máximo. Se preguntó qué pasaría si ahora Bertrand entrase por la puerta con el pergamino negro y le dijese que había encontrado el modo de hacerla volver.

El corazón se le aceleró y sintió que se le hacía un nudo en la garganta. No quería vivir en el siglo X. Echaba de menos la luz eléctrica. Y sus pinceles.

—¡Mis pinturas! —exclamó poniéndose de pie y volviendo a caminar por la habitación—. Nunca obtendré pigmentos como aquellos. ¡Y el cepillo de dientes! ¡Dios! ¡Cómo lo echo de menos!

Se detuvo frente al pequeño espejo de plata bruñida que tenía sobre uno de los muebles de la habitación y tuvo una sorprendente y extraordinaria visión. Ni siquiera se había dado cuenta. Se vestía todos los días sin prestar atención a sus ropas por considerarlas poco menos que un disfraz. Bajó la vista y se fijó en la tela de un azul brillante y en la cordonera dorada que ceñía su cintura. Se tocó el pelo que caía en una trenza por encima de uno de sus pechos. Volvió a mirarse en el espejo y se reconoció en la pintura de la tabla del palacio de Federicco Tarenzi. Estaba exactamente igual.

Guillem había entrado en la habitación con el paso decidido y firme de un soldado, y se colocó tras ella contemplando la misma imagen. Emma se volvió hacia él muy despacio, le rodeó el cuello con sus brazos y rozó sus labios con dulzura. Él la agarró por la cintura y le devolvió el beso embriagándose de su sabor como si del mejor vino se tratase. Cuando Emma se separó, Guillem acarició su rostro con ternura sintiendo la suavidad de su piel bajo los dedos.

—No me esperaba este recibimiento —dijo él con la voz ronca por la emoción.

—¿Creéis en el destino? —preguntó ella jugueteando con los dedos en su cuello.

Su esposo la apretó contra su cuerpo.

—Si mi destino sois vos, sí, entonces creo.

Emma volvió a besarlo con un hambre insaciable. Guillem gimió contra su boca y la levantó del suelo para llevarla hasta la cama. Se tumbó sobre ella y la observó durante unos segundos al tiempo que acariciaba su rostro.

—Quiero que hagáis una de vuestras pinturas para mí —dijo mirándola con intensidad y emoción—. Una que os muestre tal y como estáis hoy. Será la pintura más hermosa que se haya pintado jamás y la quiero de tamaño natural.

Emma sintió un escalofrío y enredó los dedos en sus cabellos cuando su esposo tomó de nuevo posesión de su boca.

Se dijo que ya habría tiempo de hablar del destino, de pinturas y de enemigos que deseaban matarlos. Ahora, lo único que quería era sentirlo de nuevo.

Epílogo

«Continuamente se desprende una página
del libro del tiempo, cae, se va lejos flotando,
retorna imprevistamente y se posa en el regazo del hombre».
(Nietzsche)

Ed llegó al hospital a media tarde. Atravesó los pasillos, réplicas unos de otros, con el mismo sentimiento de pérdida que lo invadía cada vez que lo pisaba. Hacía dos meses que Emma había tenido el accidente y aquellas dependencias se habían convertido en parte de su rutina. Todo su tiempo libre lo pasaba en Riell. Al principio se alojó en el único hotel que había en el pueblo, hasta que el padre de Emma le pidió que dejase de comportarse como un capullo y se trasladó a su casa.

Entró en la habitación y Pol levantó la cabeza que había tenido apoyada en la mano en duermevela. Le hizo un gesto de saludo y miró hacia la cama para comprobar que todo seguía en calma.

—¿Qué tal habéis pasado la noche? —preguntó Ed en voz baja.

—Ha estado muy inquieta —respondió Pol—. Se le ha acelerado el corazón varias veces, pero las enfermeras han comprobado que todo estaba bien.

Ed se acercó a la cama y puso una mano en la cabeza de Emma, acariciándola. Se inclinó para besarla, pero se quedó a medio camino con el corazón latiéndole desbocado. Se incorporó lentamente mientras Pol se acercaba por el otro lado de la cama.

Emma los miraba con los ojos muy abiertos. Primero a uno y luego al otro como si algo no encajase.

—Guillem... —susurró con el ceño fruncido—. Arnau. ¿Qué son esas ropas que portáis? ¿Dónde estoy?

Emma miraba a su alrededor con una expresión que se asemejaba más al terror que al alivio.

—Emma... —susurró Ed sin poder creer que hubiese despertado.

—¿Emma? ¿Quién es Emma? ¿Por qué me llamáis así, mi señor? ¿Y qué lugar es este?

La máquina que controlaba los latidos de su corazón comenzó a pitar mientras ella la miraba completamente espantada.

—¿Qué es ese objeto arcano? ¿Estoy muerta, acaso?

—Emma...

—¿Por qué seguís llamándome así? Arnau —dijo volviéndose a Pol—, ayudadme vos, parece que mi esposo no me reconoce. ¿Qué clase de vestimenta es esta? ¡Estoy casi desnuda!

—¿Quién crees que eres? —preguntó Pol con temor.

Lo miró paralizada por el miedo. ¿Cómo podía preguntarle aquello?

—Soy Ermesenda de Riell.

GUIA DE PERSONAJES

Primera Parte

- ANIELLO. Esposo de Miguel. Chef.
- CARMETA. Amiga de la infancia de Emma y Pol.
- ED. Hermano de Joana. Piloto.
- EMMA Balasach. Pintora.
- HÉCTOR. Padre de Emma.
- JAVIER (niño). Hijo de Pol y Joana.
- JAVIER. Padre de Pol.
- JOANA. Esposa de Pol. Diseñadora de Webs.
- JUANJO. Copiloto de Ed.
- JULIA. Madre de Pol.
- LUISA. Madre de Emma.
- MIGUEL Bonastre. Tío de Emma. Hermano de Luisa. Escritor.
- MONTSE. Amiga de Emma. Editora.
- POGGIO Bracciolini. Humanista. Secretario de varios papas. Perseguidor de manuscritos.
- POL. Amigo de Emma. Controlador aereo.
- ROGER. Marido de Montse. Amigo de Emma.
- Federicco TARENZI. Coleccionista de antigüedades. Descendiente de Poggio Bracciolini.

Segunda Parte

- ÁLVARO. Aprendiz de caballero.
- AIMERIC. Mano derecha de Guillem de Leuda.
- ALMANZOR. Militar y político andalusí.
- ANGLADA. Amigo de Ennego de Farlás.
- ARGENTA, esposa de Ennego y vizcondesa de Farlás. Madre de Berenguer.
- ARNAU. Huérfano de Suverte. Amigo de Ermesenda.
- BERENGUER. Hijo del vizconde de Farlás.
- BERTRAND. Abad del monasterio de Suverte. Autor del Testamento y Códice. Hermano de Ramón.
- BORRELL I. Conde de Pallars.

- CARLOS, conde de Leuda. Padre de Guillem y Godemir.
- Maese CLEMENTE. Encargado de las cuentas del monasterio de Suverte.
- COLUMBA. Criada del castillo.
- ENNEGO, vizconde de Farlás. Padre de Berenguer.
- ERMESENDA. Hija de Ramón y Pelegrina.
- FELICIA de Guyó. Dama a la que Berenguer cortejaba y a la que sedujo Godemir.
- Maestre GALZERÁN. Entallador y maestro en el Taller de Riell.
- Maese GONZALO. Consejero del abad de Suverte.
- GUILLEM. Hijo del conde de Leuda. Esposo de Ermesenda.
- GODEMIR. Hermano de Guillem. Hijo y heredero del conde de Leuda.
- IVRI. Médico judío.
- Maese MARTIN. Cellario del monasterio de Suverte.
- MIRABILIA. Madre de Arnau.
- OVASIO. Mozo en el castillo.
- Maese PEDRO. Monje del monasterio de Suverte.
- PEDRO. Escudero de Guillem.
- PELEGRINA de Montallat. Esposa de Ramón. Madre de Ermesenda.
- PERE el Vell. Pintor en el Taller de Riell.
- RAMÓN. Señor de Riell. Padre de Ermesenda.
- RODRIGO. Instructor del uso de la espada.
- TÁRIQ. Médico sarraceno.

Agradecimientos

No suelo escribir esta clase de páginas porque creo que estas cosas hay que decirlas directamente y sin tapujos, pero voy a hacer una excepción y dejar constancia escrita de este sentimiento.

Gracias a Cristina y a Mari Carmen por vuestros ojos lectores y vuestros buenos consejos. Por decir siempre que sí y coger mis historias con el cariño de dos amigas.

Gracias a Myriam. Por las risas, la complicidad y tu visión de escritora. Por las charlas interminables y esa seguridad aplastante que respiras.

Gracias a Montse. Por decirme esas cosas tan bonitas sin anestesia. Por creer en mí. Por tus consejos y tu inestimable ayuda. Por todo.

Gracias a Silvia. Por descuartizar a mis personajes, analizar cada cosa que no digo y mostrarme tu enorme poder de lectora voraz.

Gracias a Bea. Por ponerte las gafas y tener siempre listos tus rotus para mis historias. Por llorar y reír con mis personajes, aunque no sean dragones ni zombis.

Gracias a Guille y a Laura por sus ánimos constantes, su ilusión por todo lo que hago. Pero sobre todo por darme la gasolina que mueve mi motor: su amor y sus risas.

Y gracias a Marco Antonio. Eres la luz de mi mundo y, sin duda, viajaría mil años para encontrarte.

Por último me dirijo a ti, lector. Gracias. Sin ti nada de esto tendría sentido.

Antonia Romero